

10 OZ  
FINE  
GOLD

999.9

PAUL CHRISTOPHER



LA

# CRUZ TEMPLARIA

*Un antiguo secreto. Un legado mortal*



200352

Lectulandia

Cuando el soldado de élite retirado John Holliday consigue adaptarse a su puesto como profesor en la Academia de West Point, Raffi Wanounou, ¿un joven arqueólogo israelí?, le trae terribles noticias: Peggy, la sobrina de Holliday y prometida del propio Raffi, ha sido secuestrada mientras fotografiaba la excavación de una antigua tumba en Egipto. Sus raptos se hacen llamar la Hermandad del Templo de Isis, unos fanáticos que rinden culto a un dios muerto.

La búsqueda de Peggy les hará seguir un rastro de pistas que se extiende por todo el mundo hasta el centro de una conspiración que relaciona una antigua leyenda egipcia con los secretos más oscuros de la Orden del Templo: secretos a los que, una vez descubiertos, no se puede sobrevivir.

**Lectulandia**

Paul Christopher

# **La cruz templaria**

**John Holliday - 2**

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2017

Título original: *The Templar Cross*  
Paul Christopher, 2010  
Traducción: Ester Molina Sánchez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

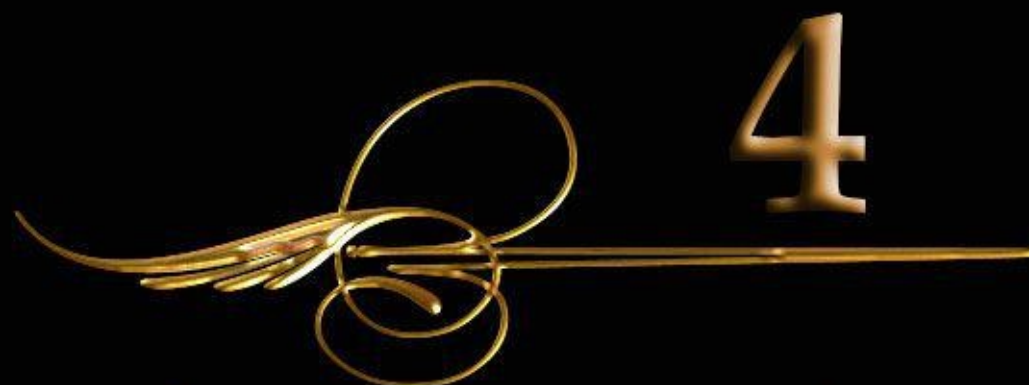
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Más libros,  
más libres



Aniversario

LA academia militar estadounidense de West Point estaba desierta. No había pelotones haciendo prácticas de instrucción de orden cerrado en la Explanada, marchando bajo la eterna mirada deslustrada de un George Washington de bronce a caballo. No se oía el eco de las botas de combate recién pulidas al deslizarse por el asfalto en el área central mientras los cadetes cumplían los castigos. No se escuchaban las órdenes a gritos retumbando en las paredes de piedra, ni a los sargentos de instrucción marcando la marcha.

La ceremonia de graduación había terminado. Los cadetes de primera clase, transformados en soldados recién acuñados, se habían ido a sus puestos; chusma, perdedores y repelentes iban todos a algún curso de entrenamiento avanzado de verano. No tocaba ninguna banda y el único sonido que se percibía era el de los árboles susurrando secretos en la brisa de principios del verano. El complejo de antiguos edificios grises se desvanecía hacia un tono cálido dorado en la ya debilitada luz del sol. Era el último domingo de junio. Mañana era el Día R.

El teniente coronel John *Doc* Holliday caminaba por la amplia y desierta extensión de la Explanada con su atuendo blanco y sintiéndose algo achispado. Volvía a casa de su cena de despedida en el club de West Point, en la parte opuesta del campus, y se sentía aliviado, ya que no había nadie alrededor que pudiera verlo en aquellas condiciones. Un desfile de profesores de historia con frac y tambaleándose borrachos por los terrenos de la primera escuela militar de la nación no tendría muy buena acogida entre los papás y las mamás; sin duda, no serían las mejores relaciones públicas.

Holliday perdió la mirada en la creciente oscuridad con los ojos empañados. Bajo el parche negro, la cuenca del ojo con cicatrices le provocaba un dolor fantasma probablemente causado por algún *whisky* de malta de más. La lúgubre amplitud de la Explanada estaba tan vacía como el resto de West Point. Mañana, los padres, madres, hermanos, hermanas y amigos de mil doscientos nuevos reclutas se aglomerarían en el amplio campo cuidadosamente cortado, como hormigas con cámaras de vídeo para grabar las últimas doce horas de libertad de los mil doscientos sentenciados antes de que los engullera la máquina militar de los Estados Unidos.

El día de matriculación era una mezcla de circo y día del Juicio Final. Los nuevos cadetes, conservando aún sus cortes de pelo, tenían más que algo que ver con los presos de un campo de concentración. Con los ojos abiertos de par en par y aterrorizados, llegaban en filas de autobuses y se los rapaba, atizaba, gritaba, se les daban números y uniformes, y luego desfilaban hacia el olvido como los niños de Hamelín siguiendo al flautista.

Tras cinco semanas de pruebas de acceso recibiendo el entrenamiento básico, que pondría bajo el foco a unos cien que no eran capaces de soportarlo, y cuatro agotadores años que pondrían bajo el mismo foco a unos cuantos cientos más, el mismo flautista los llevaría finalmente hasta los sanguinarios campos de Afganistán o Irak, o a cualquier otro lugar al que quien fuera que ocupara la Casa Blanca en aquel momento decidiera que debían ir ese año.

Holliday los había visto ir y venir y, durante años, los había visto morir en lugares que las familias de los nuevos cadetes ni siquiera podrían llegar a visualizar. La pompa, la solemnidad y todos los tópicos de West Point darían paso a la sangre, los sesos y miembros amputados, al igual que a todas las demás realidades que forman parte de un conflicto y que nunca salen en las noticias de la noche, por no hablar de las páginas de *The Howitzer*, el anuario de West Point. La prueba de esto se remonta a 1782 y a un soldado llamado Dominick Trant, que yace en el viejo cementerio de Washington Road.

Pero ahora todo eso había acabado. Diez meses antes, tras la muerte de su tío Henry, Holliday se encontró siguiendo la pista de la espada de un cruzado que los había llevado a él y a su prima Peggy Blackstock por medio mundo y hacia un secreto que cambió su vida para siempre: un tesoro que perteneció a un templario y que ahora estaba guardado a buen recaudo en un viejo castillo del sur de Francia, el Château de Ravanche.

Ahora él era el rehén de ese tesoro; estaba atado a aquel imponente secreto como un guardián. Había luchado durante meses contra sus obligaciones y, finalmente, se había dado cuenta de que, siendo sincero, no podía emplear más horas de su vida enseñando historia; ahora tenía que vivirla. Había entregado su dimisión al superintendente y aceptado terminar el curso. Y ese curso ya había acabado.

Holliday llegó al final de la Explanada y giró por Washington Road. Pasó por Quarters 100, la antigua casa de estilo federal ocupada por el superintendente, y encaminó Professor's Row. Su casa era la más pequeña de la avenida de filas de árboles, un bungalow artesanal de los años veinte con dos habitaciones, paneles de roble, vidrieras, mobiliario también de los años veinte y suelo brillante hecho a base de maderas nobles. Era una vivienda familiar, incluso siendo viudo desde hacía diez años, pero cuando se enroló en West Point tras Kabul y el estúpido accidente que se había cobrado su ojo, esa pequeña casa era el único alojamiento adecuado para su rango.

Holliday luchó torpemente con las llaves y consiguió abrir la puerta principal y entrar en la casa. Como de costumbre, tan solo por un segundo, una pequeña parte de su corazón y de su mente imaginaron que Amy estaría allí, y un segundo después sintió la suave caricia de la tristeza al darse cuenta de que no; ella ya no estaba allí. Había pasado mucho tiempo, casi diez años, pero, al contrario de lo que decían los filósofos, una parte del dolor no se había ido.

Tiró las llaves en el aparador, sobre el platito que Peggy le había hecho cuando

tenía doce años, y se dirigió a la cocina por el pasillo. Encendió el gas bajo la cafetera con café *cowboy* que siempre tenía en la hornilla, fue al dormitorio y se quitó el uniforme. Incluso estando achispado se aseguró de colgarlo cuidadosamente en el armario junto a los otros de gala de las Fuerzas Armadas y se puso unos vaqueros y una camiseta. Volvió a la cocina, se sirvió una taza del amargo brebaje y se lo llevó a la pequeña salita. La habitación era un rectángulo revestido de libros con un pequeño sofá y algunas cómodas sillas viejas colocadas alrededor de una chimenea de estilo artesanal de azulejos verdes, culminada por dovelas del omnipresente roble.

Ya había oscurecido del todo afuera y Holliday sintió la habitación fría. Preparó el fuego, lo encendió y se dejó caer con pesadez en uno de los sillones, sorbiendo el café y mirando cómo las llamas prendían las pequeñas astillas de leña fundiéndolas con los troncos más grandes. En tan solo diez minutos el fuego ardía con fulgor y un cerco de calidez se expandió por la habitación; el frío de la noche se disolvía en el fuego alentador.

La mirada de Holliday se desvió al objeto que colgaba de dos clavos y relucía casi sensual con la luz danzante: la espada de los templarios que él y Peggy habían encontrado en un compartimento secreto de la casa de su tío Henry, en el noroeste de Nueva York. La espada que lo había iniciado todo; ochenta centímetros de acero con estampado de Damasco, la empuñadura envuelta en una alambrada de oro y el alambre cifrado con un mensaje sorprendente. Una espada que perteneció a un caballero cruzado llamado Guillaume de Gisors setecientos años atrás. Una espada que en su día poseyeron tanto Benito Mussolini como Adolf Hitler. La gemela de la espada que Holliday utilizó para matar a un hombre hacía menos de un año. La mortífera espada que colgaba sobre la chimenea era *Hesperios*, la Espada del Oeste.

Antes de embarcarse él y Peggy en un largo viaje de descubrimiento hacía ya casi un año, la actitud de Holliday hacia la historia era incuestionable. Los hechos, datos y eventos atemporales estaban tallados literalmente en piedra, así como en los libros de texto. Palabras como *incondicional*, *invulnerable*, *irrevocable* e *inalterable* eran parte de su vocabulario histórico.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Una cierta visión de la historia podía verse truncada con tanta facilidad como un estanque en calma por un guijarro lanzado o por algo tan simple como un nacimiento. O, en el caso de Holliday, por una espada.

El descubrimiento de *Hesperios* en la casa del tío Henry en Fredonia no solo había alterado la historia de Holliday, sino también la de los demás. Si no la hubiera descubierto nunca, habría personas buenas y malas que seguirían vivas; algunas de ellas estaban ahora muertas porque él mismo las mató. El pasado del tío Henry la había cambiado y Holliday había sacado a la luz las circunstancias y los secretos que llevaron la espada a sus manos.

Su interpretación de la historia de los templarios también había cambiado; hacía mucho tiempo, les había enseñado a sus alumnos que la antigua hermandad no era más que una nota al pie curiosa en las crónicas de la época medieval, un grupo que



vio cómo una harapienta asamblea de menos de una docena de caballeros desempleados pasaba de ser una manada de bandoleros *routier* en peregrinación a Jerusalén a convertirse en una fuerza económica que se extendió como la pólvora por la Europa del siglo XIII.

También les había enseñado a sus alumnos cadetes que todo aquello se había desmoronado en un único día, el viernes trece de octubre de 1307, cuando se llevó a cabo la detención de todos los templarios de Francia bajo orden del rey Felipe IV de Francia y el papa Clemente, así como la confiscación de todas sus propiedades y riquezas.

Todos los países de Europa siguieron rápidamente el ejemplo al ver en esta una oportunidad de deshacerse de la agobiante deuda real con los bancos templarios. Según la historia comúnmente reconocida, los templarios habían desaparecido sin más, se les había borrado de la historia; un fenómeno breve que tal como llegó, se fue. Holliday había enseñado todo esto como un hecho. Y había estado completamente equivocado.

Concretamente ese día de 1307, los esbirros del rey Felipe IV cortaron miles de cabezas de templarios, pero Felipe olvidó que también había miles de templarios a la cola. Los caballeros, o al menos casi todos, se habían ido, pero los contables, muchos de ellos monjes cistercienses, sobrevivieron. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Alemania era un páramo sembrado de escombros, pero cuando se disipó la humareda, los mismos hombres controlaban los trenes, patrullaban las calles e instruían a los niños. En los Estados Unidos, los presidentes iban y venían cada pocos años como puertas giratorias, pero los burócratas se quedaban. Y lo mismo pasaba con los templarios.

Mucho después de que el rey Felipe emitiera el edicto, los niveles inferiores de la Orden del Temple advirtieron el posible desastre y tomaron medidas para evitarlo. Se reescribieron escrituras y testamentos, se cambiaron títulos de propiedades y se transfirieron notas de grandes sumas a manos supuestamente inocentes en lugares remotos, lejos de las garras de Felipe y sus primos ingleses. No era una casualidad que el hombre que inventó la contabilidad por partida doble fuera un monje. No estaba muy lejos del concepto de guardar dos ejemplares de cada libro.

Cuando Felipe arrestó a los templarios, confiscó su riqueza visible, pero la que se podría llamar invisible hacía ya mucho que se la habían llevado en secreto. Como dijo Jacques de Molay, último Gran Maestre oficial de los templarios, poco antes de que lo quemaran en la hoguera en 1314: «La mejor manera de guardar un secreto es olvidando su existencia». Y eso fue precisamente lo que hicieron los templarios.

Durante la mayor parte de setecientos años y bajo montones de nombres e identidades diferentes, los recursos secretos de los templarios habían crecido hasta límites insospechados, doblándose y redoblándose a lo largo de los años, diversificándose a cualquier condición y faceta de la vida cotidiana en prácticamente cada nación de la tierra.

Una vez consolidados como fuerza única, el poder de toda esa riqueza sobrecogería a casi cualquiera y podría derrocar gobiernos con suma facilidad. Forjada como un poderoso martillo, la influencia de la fortuna de los templarios era capaz de hacer un bien inmenso y un mal indescriptible. Era la llave al reino de los cielos o a las abrasadoras puertas del infierno.

Y la llave se encontraba en el pequeño cuaderno salpicado de sangre que el teniente coronel Holliday guardaba en el cajón del escritorio de su estudio. El cuaderno era un regalo de un exsacerdote llamado Helder Rodrigues, que murió en sus brazos en la isla de Corvo, en las lejanas Azores.

Sin embargo, al regalo lo acompañaba un codicilo: úsalo con sabiduría, úsalo bien o no lo uses. El tesoro de los templarios que Rodrigues les había desvelado a Holliday y a Peggy aquel día bajo la enfurecida lluvia había sido más que suficiente; el secreto que se revelaba en el cuaderno era un millón de veces mayor. El neonazi Axel Kellerman había perdido su vida por él atravesado por Aos, Espada del Este. El desconocido asesino del Sodalitium Pianum del Vaticano había muerto por él una medianoche en las callejuelas de Jerusalén.

Todo esto estaba tras la decisión de Holliday de abandonar West Point. Sabía que la amenaza que conllevaba el cuaderno de Rodrigues seguía existiendo y no iba a poner en peligro a los cadetes ni a nadie de West Point; si había algún peligro, solo debía correrlo él.

Holliday dormitó reconfortado por el fuego y cayó en un profundo y plácido sueño. Cuando se despertó, casi había amanecido, y las primeras luces de tonos rosáceos se deslizaban sobre los árboles de Gee's Point y el río Hudson. El fuego había ardido hasta convertirse en cenizas y a Holliday le dolían las articulaciones por haber pasado la noche en el sillón. Algo lo había despertado. Oyó un sonido, parpadeó y levantó la muñeca para mirar el viejo Rolex Royal Air Force, herencia de su tío Henry. Las seis menos diez. Demasiado pronto para el toque de diana; quedaban cuarenta minutos.

Se desencajó del sillón y cruzó la habitación hacia la ventana. Había un taxi azul de la compañía Academy Taxi de Highland Falls parado delante de la casa. Una figura bajó del taxi y comenzó a caminar. Solo llevaba una maleta de mano.

Holliday reconoció inmediatamente al apuesto hombre moreno. Era Raffi Wanounou, el arqueólogo israelí del que se habían hecho amigos él y Peggy en Jerusalén. Desde lejos parecía encontrarse bien y en forma, y la única muestra de la paliza salvaje que había recibido en Jerusalén por defenderlos era una leve cojera. En cambio, la expresión que se dibujaba en su cara era desalentadora. Subió los escalones apoyándose en la pierna derecha. Holliday se acercó a la puerta principal y la abrió de golpe.

—Raffi —dijo—, qué sorpresa. ¿Qué demonios haces aquí?

—Ha desaparecido —dijo el arqueólogo—. Se han llevado a Peggy.

—**H**ABLA —dijo Holliday, entreteniéndose haciendo una cafetera fresca.

Raffi se sentó dejándose caer en la mesa de la cocina. Tenía el rostro pálido y parecía agotado. Emitió un leve quejido y se colocó algo más erguido en la silla.

—Tú sabías que entre nosotros... —comenzó Raffi con indecisión.

Era casi una pregunta.

Holliday se encogió de hombros.

—Erais pareja —dijo—. Ella volvió a Jerusalén después de que estuviéramos en las Azores y se quedó allí.

—Exacto —dijo Raffi asintiendo—. Al principio, se vino para cuidarme cuando saliera del hospital, pero luego... —lo dejó en el aire.

—Luego se convirtió en algo más —dijo Holliday.

—Algo así —confirmó Raffi.

Holliday encontró dos tazas en la despensa sobre la encimera, fue al frigorífico y sacó un envase de nata. Mantuvo las manos ocupadas buscando cucharas. Nunca se sentía cómodo hablando de sus relaciones y menos de las de los demás, en particular las de Peggy. Muerto el tío Henry, él y su mucho más joven prima quedaron huérfanos, y solo se tenían el uno al otro; había un vínculo especial entre ellos. Ahora estaba en medio este joven arquitecto.

—¿Os habéis peleado o algo así? —preguntó Holliday intentando sacar algo en claro.

Cogió una cucharada de granos de café y la puso en el molinillo de la encimera. La máquina zumbó unos segundos y el intenso y fresco aroma de los granos llenó el aire.

—No —dijo Raffi negando con la cabeza—. No ha habido ninguna pelea ni nada de eso. De hecho hablábamos de hacer las cosas algo más... estables.

—¿Boda? —preguntó Holliday sorprendido.

Peggy se describía a sí misma como una monógama en serie, una soltera convencida, o solterona, o cualquiera que fuera el término políticamente correcto para eso hoy en día. No parecía típico de ella.

—Íbamos a hacerlo allí —dijo Raffi desolado.

—Y, ¿qué pasó?

—Recibió una llamada de la revista *Smithsonian*. Tenían un encargo para ella. Sabían que estaba en Jerusalén, así que parecía la opción lógica.

—¿Querían un reportaje fotográfico? —preguntó Holliday.

Puso el grueso poso del café en la cafetera francesa Bodum de la encimera y vertió agua hirviendo. El café *cowboy* de la hornilla era para él; el Bodum, para los

invitados.

—Un reportaje fotográfico y también escrito. Un diario de la excavación. Le gustaba la idea de escribir; se lo había estado pensando. Era un cambio para ella, o eso pensaba —añadió Raffi amargamente.

—¿Qué excavación? —preguntó Holliday.

—La Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén había subvencionado una expedición a Egipto y Libia. Uno de los superiores, un hombre llamado hermano Charles-Étienne Brasseur, se había topado con un alijo de textos antiguos sobre templarios mientras desarrollaba una investigación en los Archivos Vaticanos.

—¿El Vaticano? Los católicos romanos habían disuelto la orden y quemado en la hoguera al último Gran Maestre —dijo Holliday.

—Los textos que Brasseur descubrió habían sido confiscados por los alguaciles del rey Felipe IV durante la disolución —respondió Raffi—. Provenían de una recóndita abadía llamada La Couvertoirade en la región de Dordoña, en Francia.

Holliday presionó el émbolo de la Bodum y echó dos tazas. Las llevó a la mesa y colocó una frente a su amigo; luego se sentó.

—¿Qué había en esos textos que llamara la atención de este Brasseur dominico? —preguntó Holliday.

Raffi, agradecido, dio un sorbo a la taza. Estaba visiblemente más relajado, se sentaba más erguido en la silla y se le veía cada vez más despierto a medida que el fuerte brebaje penetraba en su organismo.

—Los textos los escribió un monje cisterciense llamado Roland de Hainaut. Hainaut era secretario de Guillaume de Sonnac, el Gran Maestre que dirigió a los templarios en el sitio de Damietta en 1249.

—¿Dónde está Damietta? —preguntó Holliday.

—En el delta del Nilo, al este de Alejandría.

—Vale, te sigo.

Holliday asintió con la cabeza visualizando un mapa de Egipto con el delta en forma de abanico y, justo debajo, no muy lejos, El Cairo.

—Según decía Hainaut, viajó a un monasterio copto de algún lugar del desierto y allí oyó rumores sobre la ubicación de la tumba de Imhotep. Imhotep era un erudito, una especie de Leonardo da Vinci de su época. Fue el hombre que ideó la pirámide y descubrió el arte de la medicina.

—Sé quién fue Imhotep —dijo Holliday—. ¿Tiene final la historia o debería ir pensando en preparar la cena para esta noche?

—Perdón —dijo Raffi—, es complicado y estoy cansado.

—Continúa —dijo Holliday.

—En fin, el texto de Hainaut daba indicaciones bastante claras de cómo llegar al monasterio, pero no decía nada más sobre la tumba. La expedición pretendía hacer una excavación preliminar de prueba en el monasterio. Encontrar la tumba sería un golpe maestro por sí mismo, pero este arqueólogo, el hermano Brasseur, tiene una

extraña teoría sobre que Imhotep era el arquetipo de Noé y el Diluvio Universal. Para mí tiene muy poca base científica, pero la prensa se lo tragó y la expedición obtuvo financiación.

—Y, ¿qué ocurrió? —preguntó Holliday.

Se levantó, llevó la cafetera Bodum a la mesa y repartió lo que quedaba. Raffi continuó.

—Salieron de Jerusalén y se citaron en Alejandría, donde se encontraron con los proveedores de sus vehículos, suministros y empleados. En algún lugar entre El Alamein y Mersa Matruh fueron raptados por un grupo llamado la Hermandad.

—¿Qué demonios es la Hermandad? —preguntó Holliday amargamente y con una horrible sensación enroscándose en su intestino y llevando bilis a su garganta.

—Su nombre completo es la Hermandad del Templo de Isis. Según ellos, son la versión musulmana de los templarios y ya existían antes de estos. Se supone que se remontan al culto de Imhotep en Menfis, en el Nilo, alrededor del 600 a. C., y que la Hermandad adora a Imhotep como al dios Ptah. Ptah era el dios de los artesanos y la reencarnación. Era inmortal. En otras palabras, un carpintero que volvió a la vida y vivirá eternamente. El paralelismo cristiano es obvio. La Hermandad cree que los católicos, en concreto los católicos romanos, se apropiaron de Imhotep tomándolo como Jesucristo. También se proclaman a sí mismos descendientes directos tanto de los coptos como de los asesinos, o *Hashasheen*, una secta de musulmanes *shia* drogados, los fedayines originales, «luchadores por la libertad» en su terminología.

—Terroristas —dijo Holliday.

—Lunáticos —dijo Raffi y se encogió de hombros.

—Lo mismo es. Y, ¿esas son las personas que tienen a Peggy?

—Sí.

—¿Cuánto hace que pasó? —preguntó Holliday.

—¿A qué estamos hoy?

—A veintiséis, lunes.

—Pues fue el jueves. Hace cuatro días.

Raffi se pasó los dedos por el pelo enmarañado y bostezó.

—¿Cuáles son sus exigencias? —preguntó Holliday.

—Ninguna, no han pedido nada —dijo Raffi—. Por lo menos no lo habían hecho cuando me fui ayer de Ben Gurion.

—Eso no es bueno —afirmó Holliday.

—No —dijo Raffi—. Eso mismo es lo que dicen mis amigos en Mosad.

Emitió otro bostezo con un crujir de mandíbula.

—¿Cuándo dormiste por última vez? —preguntó Holliday.

—En el avión. Lo que necesito es comer algo.

—Pues vamos a darte algo de desayunar. —Holliday se levantó—. ¿Estás bien para dar un paseo?

—¿Después de catorce horas sentado en los asientos baratos de un E1-A1 777?

Claro que doy un paseo. ¿Adónde vamos?

—Grant Hall. La cafetería está abierta desde muy temprano. ¿Tiene que ser *kosher*?

—Ahora mismo me comería un sándwich de beicon con guarnición de más beicon —respondió el arqueólogo.

—Espera —dijo Holliday—, voy a cambiarme y nos vamos. El baño está al final del pasillo, por si lo necesitas.

Raffi se dirigió al baño y Holliday al dormitorio. Cinco minutos después apareció vestido con un cómodo uniforme de batalla desgastado de camuflaje chocolate chip que databa de la primera guerra del Golfo. Cinco minutos después reapareció un Raffi recién aseado y salieron de la casa. El aire de la mañana era fresco y agradable y el sol se elevaba sobre los árboles. Iba a hacer un buen día. Mientras Holliday cerraba con llave, se oyó el estallido del cañón en Trophy Point, algo menos de un kilómetro más allá de Washington Road. Se detuvo y se cuadró un segundo mientras sonaban el toque de diana y el golpeteo de las notas de la corneta por todas las instalaciones.

—Comienza otro Día *R* —dijo Holliday uniéndose a Raffi en el camino—. Que Dios nos asista.

—¿Qué es el Día *R*? —preguntó Raffi.

—La llegada de los nuevos reclutas. Mil doscientos niños con sus mamás y papás, y sus hermanos y hermanas pequeños, quizás una novia o novio y, a veces, incluso el vecino de al lado. Todo esto se convierte en un circo.

—¿A las seis y media de la mañana?

—Al ejército le gusta empezar temprano su locura —dijo Holliday con una amplia sonrisa—. Si tenemos suerte, nos podemos librar de casi todo.

Caminaron por Professor's Row. Muchas casas tenían la típica pinta de estar desiertas y cerradas a cal y canto. La mayoría de los oficiales y civiles que enseñaban asignaturas académicas en West Point ya se habían ido de vacaciones o estaban en sus propios cursos de verano en otro lugar.

Los dos hombres llegaron a la unión de Professor's Row con Jefferson Road y giraron hacia el oeste, pasando por Quarters 100 y el monumento Thayer. Delante de ellos estaba la mole de Washington Hall, sobre la que se erigía la estatua de Washington a caballo frente al enorme edificio de dos alas. La capilla de los cadetes se elevaba sobre la colina de atrás. Las entradas del edificio dejaban pasar a los nuevos reclutas, la mayoría de ellos con la ropa de gimnasio blanca y negra que sería su vestimenta, algo degradante, hasta que les dieran los uniformes más adelante. Holliday veía por todos lados a los cadetes de segundo año uniformados y con sus bandas rojas organizando como ganado a los nuevos reclutas desconcertados.

—Parece que estuvieran en el infierno —dijo Raffi sonriendo y observando cómo los chicos y chicas intentaban mantener el rostro inexpresivo.

—Esa es la idea —dijo Holliday—, alienación y ruptura con el pasado. Terapia de

choque, como al cortar el cordón umbilical.

—Mejor ellos que yo —dijo el israelí.

—Tú lo has dicho —asintió Holliday.

Entraron en el amplio paseo de hormigón de Washington Hall abriéndose paso entre los rebaños de nuevos reclutas que se movían rápida y agitadamente de aquí para allá como pequeños bancos de peces. A la izquierda, en la gran extensión de la Explanada, empezaban a congregarse padres y amigos como si fueran a ser testigos de una ejecución.

Al pasar por delante de la estatua de Washington, un cadete se levantó de donde estaba sentado y se acercó a Holliday y a Raffi. Llevaba el uniforme completo con las seis insignias doradas de un comandante del regimiento de cadetes y unas horrendas gafas de control de la natalidad, llamadas así porque con ellas puestas no iban a ser partícipes de nada que, a los nueve meses, acabara en nacimiento. Parecía mayor que el cadete de primera clase medio y tenía sombra de barba de tres días en las mejillas y la mandíbula. Llevaba un anillo de West Point en el dedo anular de la mano izquierda. El joven rebuscaba en el bolsillo de los pantalones del uniforme con la mano derecha mientras sonreía tímidamente.

—Perdone, señor, parece que he perdido mi...

Holliday reaccionó casi sin pensar y apartó bruscamente a Raffi tumbándolo de un golpe. Al mismo tiempo, arremetió contra el cadete golpeándolo en la cara tan fuerte como pudo, notando el cartílago romperse bajo el impacto. Agarró la muñeca derecha del joven mientras este sacaba la mano del bolsillo del pantalón, colocó el talón detrás del tobillo adelantado del cadete, doblándole al mismo tiempo la mano derecha hacia atrás y rompiéndole la muñeca como si de una ramita se tratara.

El cadete gritó y cayó al suelo mientras Holliday aún le agarraba la muñeca. Raffi se levantó con dificultad mientras una pequeña multitud empezaba a congregarse alrededor de ellos. Holliday vio por el raballo del ojo a varios cadetes con banda roja que corrían hacia ellos. El hombre del suelo luchó un momento y cayó inmóvil. Miró misteriosamente hacia Holliday mientras la mandíbula se le movía como si le rechinaran los dientes.

—¿Quién demonios eres? —le gritó amenazante Holliday—. Sé que no eres un cadete.

El hombre del suelo comenzó a convulsionar golpeando el suelo con los talones. Los ojos se le volvieron hasta quedarse en blanco y un líquido espumoso le salió de entre los labios.

—Por Dios —dijo Raffi junto a él—, se está muriendo.

Holliday giró la cabeza hacia un objeto de acero al carbono que había en el suelo junto al hombre del uniforme de cadete.

—Y esto es una navaja militar —dijo Holliday—; intentaba matarme. Es un asesino.

**E**STABAN de pie alrededor de la mesa de examen de uno de los cubículos del hospital militar Keller mirando hacia abajo, hacia el cuerpo desnudo de la camilla. Había pasado menos de una hora desde lo ocurrido delante de Washington Hall, pero el cuerpo ya tenía el típico aspecto gris descolorido. Parecía un maniquí de almacén sobrecogedoramente realista. En la parte izquierda del pecho del cadáver, sobre el corazón, había un enrevesado tatuaje: unas llaves cruzadas detrás de un escudo en el que se veían un león y un ancla, y con una mitra sobre el escudo. Holliday le hizo una foto con el móvil. Estaba claro que era el escudo de armas de un papa, pero no sabía de cuál.

—Yo no soy patólogo —dijo el doctor, un capitán llamado Ridley.

Era joven, de menos de cuarenta, con cabello oscuro que apenas empezaba a escasear por la frente y era algo gris en las sienas.

—Pero por la espuma de las comisuras y la rigidez de los miembros diría que ha sido algún tipo de neurotoxina. Debe de funcionar increíblemente rápido.

—No le dio tiempo de tomarse nada —dijo Holliday.

—Es verdad —dijo Raffi.

—He encontrado trozos de plástico en la lengua y en la garganta —dijo Ridley—. Algún tipo de cápsula que podía tener metida en la boca desde antes.

—¿Una pastilla para suicidarse? —preguntó Raffi asombrado.

—Eso parece —afirmó el doctor.

También estaba allí una representante de la oficina del capitán preboste de West Point, una mujer fornida de unos treinta y tantos con uniforme de batalla, botas militares y el pelo recogido con una cola. Llevaba un arma de bolsillo en la cadera y tenía la cara blanca como la pared. Era sargento y se llamaba Connie Sayers.

—Solo soy una investigadora de la Policía Militar —dijo—. Esto está por encima de mi salario.

Negó con la cabeza sin apartar la mirada del cuerpo. Tenía pinta de estar aguantando con dificultad la bilis en la garganta. Cuando habló, se notó que tenía los dientes apretados.

—¿Han llamado al CID? —preguntó Holliday refiriéndose al Departamento de Investigación Criminal del Ejército.

—Sí, señor. Han mandado a dos detectives desde Fort Gillem.

Fort Gillem estaba en Georgia, lo que significaba seis u ocho horas de espera, o incluso más. Holliday sabía que, cuanto más tiempo pasara en la Explanada, más jaleo burocrático se iba a tener que tragar. La academia entera estaba alborotada con la situación, que no iba a hacer más que empeorar.



—¿Tenemos alguna identificación? —preguntó Holliday sabiendo de antemano la respuesta.

—No, señor —dijo Sayers negando con la cabeza—. Nada más, aparte del tatuaje.

—Quienquiera que fuese, era un chiflado —dijo el doctor—. Un loco.

Holliday cogió el cuchillo de la mesa de examen de acero inoxidable. Era una navaja automática Microtech del modelo Troodon con una hoja de unos trece centímetros; un estilete. Medio segundo más y habría sido Holliday el de la mesa, con la hoja del cuchillo alojada en el corazón. No es el tipo de arma que llevaría un loco.

—Supongo que estamos de acuerdo en que yo no lo maté —dijo Holliday.

—Doy fe de ello —dijo el doctor—. No hay duda de que fue un suicidio.

—Bien —dijo Holliday—, porque Raffi y yo tenemos cosas que hacer en Nueva York.

—Los investigadores querrán hablar con usted —dijo la sargento Sayers—. Tendrán preguntas que hacerle, y el Departamento de Seguridad Nacional también, me imagino. Quizás debería quedarse en la base... ¿eh, señor?

Holliday le lanzó la implacable mirada de un superior.

—¿Es una orden, sargento?

La joven policía militar recibió el mensaje alto y claro. Este tipo de abusos de autoridad iba en contra de los principios de Holliday, pero en ese momento había sido necesario.

—No, señor.

—Bien. Le dejaré mi número de móvil a su jefe.

Holliday echó un último vistazo al cuerpo, se dio media vuelta y salió del cubículo. Raffi lo siguió.

Holliday se hizo con un coche del parque móvil y se dirigieron al Burger King de los exteriores del estadio Mitchie, en Stony Lonesome Road. Fiel a su palabra, Raffi pidió dos enormes cruasanes con huevos, jamón y beicon acompañados de varios cafés solos. A Holliday le costó terminarse un bollito inglés con huevo y salchicha. Todavía sentía la adrenalina recorriéndole el cuerpo desde el incidente con el asesino.

—Reaccionaste muy rápido. ¿Cómo lo supiste? —preguntó Raffi.

Entró una madre sollozando acompañada de su marido y una joven, quizás la hermana de un nuevo recluta del que acababan de despedirse hasta dentro de unos meses. Al parecer, iba a ahogar sus penas en unas croquetas de patata y cebolla.

—Lo llevaba todo mal —dijo Holliday—. El uniforme estaba bien, pero cualquier cadete superior auténtico se habría afeitado mucho mejor para el Día R y llevaba el anillo en la mano equivocada; va siempre en la derecha, nunca en la izquierda. Las gafas también estaban mal. Solo tienes que llevar las BCG del ejército durante las primeras semanas de básico en los cuarteles de los novatos. Después puedes ponerte tus gafas de siempre.

Holliday dio un sorbo al café y notó cómo se agriaba en el estómago sobre la

salchicha y el huevo.

—La sargento Sayers fisgonea demasiado; va a encontrar a un cadete de primera clase al que le falla el uniforme.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Raffi—. Primero Peggy y ahora esto.

—Tiene que haber una conexión, si no, sería demasiada casualidad. El tatuaje es el quid de la cuestión —dijo Holliday con el ceño fruncido—. Me recuerda a Lutz Kellerman y sus colegas neonazis.

—¿Crees que los templarios tienen algo que ver?

—Son las cuentas del collar —dijo Holliday—. Según dices, Peggy formaba parte de una expedición en torno a unos textos sobre templarios, así que podría tener sentido. —Negó con la cabeza—. Pero en realidad, eso no importa; lo que importa es encontrar a Peggy y traerla de vuelta.

—¿Por dónde empezamos?

—Yendo a Nueva York.

—Eso me estaba preguntando —dijo Raffi—. ¿Qué tenemos que hacer allí?

—Ir al JFK —dijo Holliday levantándose y poniendo la basura en el carrito—. Nos vamos a Francia.

Volvieron a casa de Holliday y Raffi esperó a que hiciera la maleta y cogiera el valioso cuaderno que le había dado el monje Rodrigues. Luego pidieron un taxi y se encaminaron a Highland Falls. Raffi alquiló un coche a su nombre y Holliday condujo hasta Nueva York. Dejaron el coche en el Avis Park and Loc detrás de la estación Penn, en la calle 31, y cogieron el transporte para el JFK. A las cuatro de la tarde estaban embarcando en un Airbus 330 de Air France en vuelo directo a París. Pasaron por seguridad y por el control de pasaportes sin incidentes, lo que significaba que nadie de West Point los había echado en falta.

Se sentaron en la parte trasera del avión, clase *business*, en dos asientos del lado izquierdo. Solo había otros dos pasajeros en su sección: un hombre grueso con traje caro que expulsaba gases mientras dormía y una mujer de apariencia fría, vestido de Chanel y tacones de Prada de unos ocho centímetros, que bebía vino blanco desde el mismo momento que lo ofrecieron. Junto a Holliday, Raffi dormitaba luchando contra el *jet lag* que, para él, ya estaba a punto de invertirse. Durante las dos primeras horas de vuelo, Holliday miraba por la ventana observando cómo el océano Atlántico se desplegaba bajo las alas del enorme aparato.

—Soy un idiota —farfulló finalmente.

—¿Qué? —dijo Raffi medio dormido.

—Soy un idiota —repitió.

—¿Por qué? —preguntó Raffi mientras se estiraba y bostezaba.

—El móvil —respondió Holliday—; debería haber pensado en el móvil, un porque.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué estaba este hermano Brasseur investigando textos relacionados con los templarios en el Vaticano?

—No tengo ni idea. Quizás investigaba sobre la invasión de los templarios en Egipto. Es arqueólogo.

—Hace un año, un asesino enviado por el Vaticano nos atacó a Peggy y a mí en Jerusalén. Ahora un fanático tatuado intenta matarme en West Point.

—¿Adónde quieres llegar?

—Al porqué. ¿Cuál es el móvil? Soy profesor de Historia. Peggy es fotógrafa. ¿Por qué nosotros?

—Por tu conexión con la espada de los templarios y el hallazgo de los pergaminos que hiciste en las Azores.

—Esta no es ninguna historia de chiflados sobre conspiraciones religiosas o si Jesús tenía o no vida sexual. La gente no se mata por trozos o retazos de historia, da igual lo históricamente relevante que sea.

Raffi se encogió de hombros.

—Vale, entonces, ¿por qué?

—Por dinero —dijo Holliday con decisión—. Todo esto es por dinero, desde el principio.

—Explícate.

—Seguimos la pista de la espada desde la casa de mi tío Henry hasta la cueva en Corvo, las Azores. Rodrigues nos enseñó a Peggy y a mí cien mil pergaminos de la Biblioteca de Alejandría guardados en estuches dorados, y media docena de almacenes antiguos. Historia en abundancia, suficiente como para mantener a los estudiosos contentos por lo menos cien años, o incluso más tiempo; vamos, un tesoro.

—El tesoro de los templarios —confirmó Raffi.

—Durante años les he enseñado a mis alumnos que los templarios no eran más que una tropa organizada de caminantes que se aprovechaban de los peregrinos más de lo que les ayudaban. Portar la bandera de los templarios no era más que una excusa para matar y saquear en el nombre de Cristo. Eran matones; bandidos de brillante armadura.

—Y estabas equivocado.

—No, estaba en lo cierto. Y tanto que lo estaba; debería haberlo recordado. Los pergaminos de la cueva de Corvo no eran para nada el tesoro.

Holliday metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó el pequeño cuaderno que le dio el anciano Helder Rodrigues mientras moría en sus brazos. Era un cuaderno forrado de ante curtido y con doscientas cuarenta páginas de tela de piel de topo y una correa hecha jirones. Parecía muy antiguo. Tenía manchas de surcos de agua en la cubierta y salpicaduras de sangre seca, la sangre del exsacerdote agonizante.

—Este era el verdadero tesoro —dijo Holliday dándole el cuaderno a Raffi—, un millar de nombres y direcciones que Rodrigues copió algún tiempo después de la

Segunda Guerra Mundial y que mantuvo al día hasta que murió: compañías, familias e individuos con filiación a la fortuna original de los templarios, que se remonta al siglo XIII. Esto es realmente tras lo que iba el asesino en Jerusalén. Exactamente esto es tras lo que iban Kellerman y sus nazis, y también el asesino de West Point.

—AstroEur —dijo Raffi leyendo el primer nombre de la lista.

—Hoteles por todo el mundo, cuatro mil. *Catering* para cada compañía importante de trenes de pasajeros de Europa. Tres mil millones de euros al año.

—¿Atreal et Cie?

—Una verdadera herencia por toda Europa y el sureste de Asia. O incluso más.

—Breugier Telecom. ¿Telefonía móvil?

—Y televisión por cable —añadió Holliday.

—¿Crédit Alliance SA?

—La segunda banca minorista más grande de Francia.

—¿Y todo esto son operaciones comerciales llevadas a cabo por templarios?

—De una u otra forma lo son. Apenas he tocado la superficie, pero parece estar claro cómo funciona. Una docena de pequeñas compañías, compañías en las que nadie se fijaría, invierten en una compañía mayor, consiguiendo finalmente el control de la mayoría. Cogí una compañía llamada Arteco, una gran multinacional, y retrocedí sobre sus pasos hasta llegar a otra llamada Veritas Rochelle, un evaluador de riesgo de embarcaciones que remonta sus orígenes a principios del siglo XIX. Un único monasterio cisterciense de la región de Dordoña era el propietario de Veritas Rochelle. Según el abad del monasterio, la posesión de la compañía fue una herencia de un tal Guy d'Isoard de Vauvenargues, un conde de Aix-en-Provence. Al parecer, la familia materna del conde de Vauvenargues se remonta a Robert de Everingham, uno de los primeros templarios normandos de Inglaterra. Es como un gran rompecabezas que nunca acaba.

Raffi se encogió de hombros. Una azafata rubia con un traje muy arreglado y un pañuelo le preguntó si quería algo de beber. Él negó con la cabeza y la azafata desapareció como un resplandor.

—Vale —dijo—, así que todas estas compañías, o por lo menos su fuente de financiación, tienen su origen en los templarios. Eso era entonces. Pero ahora es ahora, así que, ¿qué significa todo esto en el presente? O sea, ¿qué me quieres decir?

—Investigué cien de las compañías interconectadas de los cinco primeros nombres de la lista. La mayoría de las acciones de las cien compañías las tiene Pelerin and Cie, Banquiers Privés. ¿Te suena de algo el nombre?

—El castillo Pelerin de Israel. Donde encontramos el pergamino plateado.

—El mismo —dijo Holliday con tono grave—. Es, o era, una banca privada. Las bancas privadas las poseen individuos y no tienen que declarar sus activos. Una buena tapadera si quieres ocultar dinero antiguo de los templarios. Solo había tres personas en el consejo directivo de Pelerin and Cie y nunca he oído hablar de ellos: Sebastien Armand, Pierre Pouget y George Lorelot. Parecía que entre todos

controlaban unos cien mil millones de euros en activos. Eso es una barbaridad de euros, amigo. Y, por supuesto, es suficiente como para matar por ello.

—Has hablado en pasado: «Parecía que entre ellos controlaban cien mil millones de euros».

—Porque los tres del consejo directivo de Pelerin están muertos: Armand en 1926, Pouget en 1867 y Lorelot en 1962. Lo único que tienen en común es que están enterrados en la misma calle del cementerio de Domme, en el distrito de Aquitania, en Francia.

—Así que ¿Pelerin and Cie es una tapadera? —preguntó Raffi.

—Todavía no lo sé. Un abogado maneja el patrimonio de los tres hombres; es un abogado del pueblo de Pierre Ducos. Tardé casi ocho meses en encontrar a Ducos una vez empecé a descifrar el cuaderno. A verlo a él es a lo que vamos a Francia.

—Y, ¿crees que servirá de algo?

—Creo que es la única pista que tenemos.

CONDUCIENDO un Peugeot 407 de alquiler, Holliday y Raffi atravesaron el río Dordoña por el puente centenario de piedra de Cenac-et-Saint-Julien y se encontraron en un paisaje que poco había cambiado desde los tiempos en que fue el reino de la madre de Ricardo Corazón de León, la reina Leonor de Aquitania, ochocientos años antes. En las primeras horas de la tarde del día siguiente a su llegada a París, el sol brillaba desde un cielo azul impoluto. El verano en el sur de Francia es como un cuento hecho realidad.

A excepción de la discordante autopista que lo recorría, el valle de Dordoña llevaba siendo el mismo mosaico de árboles desde la Edad Media, salpicado de pueblos amurallados, colinas ensombrecidas con bosques y la misma tierra negra como la brea capaz de hacer crecer en ella casi cualquier cosa.

Delante de ellos, desde los bancos del sinuoso río, se elevaba un precipicio empinado envuelto en una falda protectora de árboles perennes. Sobre el acantilado, en la amplia meseta, vieron las murallas y el castillo donde encarcelaron a más de setenta caballeros templarios tras la repentina disolución de la Orden en 1307.

Justo antes del pequeño pueblo, al otro lado del puente, Holliday dio un giro brusco a la derecha. El río y los campos se perdían de vista a medida que el coche se adentraba en el bosque y avanzaba por la carretera serpenteante que subía la pendiente. Estirando el cuello y mirando por encima del parabrisas, Raffi apenas era capaz de ver la base de las murallas de la antigua ciudad. En el siglo XII habría sido casi imposible atacar la ciudad fortificada sin un gran asedio y la completa deforestación de la ladera.

—Resulta raro imaginarse cómo era el mundo cuando este sitio se construyó —dijo Raffi mientras seguían subiendo.

—Lleno de violencia y superstición —dijo Holliday desde detrás del volante.

Llevaban conduciendo desde que salieron del hotel de París muy temprano esa misma mañana, en línea recta hacia el sur durante la mayor parte de los casi quinientos kilómetros. Pararon únicamente para ir al baño y hacer un alto en el camino de media hora para almorzar un sándwich y un café que pidieron para llevar en un Autogrill de la autovía.

—Por mucho que se cuente de los caballeros de brillante armadura, no daría ni cinco céntimos por vivir en la Edad Media. Sitios llenos de humo, mala higiene, dientes picados y además la peste. No es mi concepto de diversión.

Condujeron en silencio con el bosque oscuro y sombrío a ambos lados.

—Todavía no estoy muy seguro de que todo esto no sea una pérdida de tiempo —dijo finalmente Raffi.

Llevaba insistiendo en este tema desde que aterrizaron en Francia, y los comentarios irritantes empezaban a enervar a Holliday.

—No veo cómo hablar con este Pierre Ducos nos va a ayudar en absoluto a encontrar a Peggy. —El israelí negó con la cabeza—. Deberíamos estar en Alejandría hablando con la Policía.

—Eso y cinco dólares en Starbucks deberían bastar para una taza de café en Egipto —contestó Holliday sorteando otra de las cerradas curvas de la ladera cubierta de árboles.

El Peugeot empezaba a sufrir y Holliday redujo la marcha.

—¿Tú crees que las autoridades egipcias van a perder mucho tiempo y energía con un israelí y su amigo americano que intentan dar con un grupo de curas católicos? —Echó una mirada a su compañero—. ¿O es que tienes amigos en el Mukhabarat y yo no lo sé? —preguntó refiriéndose al equivalente egipcio de la CIA.

—Te lo he dicho mil veces, Doc: fui al colegio con un tipo que ahora trabaja para Mosad. Según tengo entendido, se dedica a algo relacionado con los ordenadores. Esa es la única conexión que tengo con agentes secretos y espías. —Sacudió la cabeza otra vez, con la expresión tensa y preocupada—. Si tuviera influencias en la inteligencia israelí, las habría usado, créeme.

—Lo que sea —dijo Holliday agotado—. Veamos qué tiene que decirnos Ducos y ya decidiremos por dónde seguir.

—¿Qué te hace pensar que querrá siquiera hablar contigo? —preguntó Raffi.

—Conozco el apretón de manos secreto —contestó Holliday.

Dieron un giro final y atravesaron el gran arco a modo de entrada y las dos torres que lo flanqueaban en el muro de la fortaleza que rodeaba la ciudad. Las calles eran estrechas, había construcciones de piedra de casi mil años de antigüedad a ambos lados, ventanas con postigos, tejados de pizarra y puertas con bisagras de hierro; no se veía ni un edificio moderno. Encontraron el despacho del abogado en un pequeño edificio junto a un *bistró*, un restaurante típico francés llamado Godard con un letrero en el que se veía un ganso regordete cruzando con sus característicos andares una calle del pueblo. Justo enfrente del despacho había un hotel diminuto llamado Relais des Chavaliers. La calle era tan estrecha que Holliday tuvo que aparcar el coche con las ruedas del lado del conductor subidas en la acera para que otros coches pudieran pasar.

—Esto está hecho para caballos y carros, no para coches —comentó Holliday.

Llamó a la gruesa puerta de tablones de madera y esperó. No ocurrió nada.

—Quizás no está ahí —dijo Raffi.

Holliday golpeó más fuerte, y nada de nuevo.

—Quizás no existe —dijo Raffi en un tono un tanto mordaz.

Holliday ignoró el comentario. Probó con el pestillo y la puerta se abrió. El interior del edificio estaba oscuro y frío. Holliday entró en el estrecho vestíbulo de techos bajos y Raffi avanzó tras él. Las paredes eran de yeso y estaban manchadas

por el paso del tiempo. Había sobre ellos una lámpara de araña de hierro forjado que parecía estar diseñada para poner velas.

—¿Hola? —gritó Holliday.

En algún rincón del lugar se oyó una tos áspera.

—*Viens* —gritó con voz débil—. Pase.

La voz resonó desde detrás de una puerta en el lado izquierdo del vestíbulo. Holliday abrió la puerta y entró en la habitación con Raffi justo detrás de él. El despacho era como de otro tiempo, como salido de *Los miserables*.

Un antiguo reloj de pie en un rincón marcaba escandalosamente los segundos. Había filas de archivadores de madera alineados en una pared, y un delicado escritorio con pequeños casilleros apoyado sobre otro igual. La luz se filtraba al interior a través de las grietas de los postigos de los ventanales y el polvo danzaba en los claros haces de luz. El suelo era de grandes tablas de roble ocre alisado con algún tipo de barniz. Observando desde el otro lado de un gran escritorio, había un hombre corpulento de pelo blanco y ondulado sentado en una silla de terciopelo con gran respaldo, y dos sillas idénticas en el otro lado del escritorio.

El hombre parecía tener setenta y tantos u ochenta y pocos años y era grueso, pero se conservaba bien. La piel lucía el tenue aspecto translúcido del pergamino. Tenía la nariz aguileña y se apreciaban unos ojos grandes y grises tras las gafas de medias lunas con montura de plástico azul brillante. Llevaba puesto un traje de solapa ancha azul que había pasado de moda hacía ya como medio siglo.

La parte delantera del traje tenía motas de ceniza de la pipa con boquilla curva que sostenía entre los labios el corpulento hombre. Desde donde estaba Holliday, parecía que los pantalones le llegaban hasta los codos y llevaba la camisa tan blanca como el exuberante pelo, además de visiblemente almidonada.

—¿El señor Ducos? —preguntó Holliday.

—*Oui* —dijo el grueso hombre—, *je suis Ducos*.

—¿Habla usted mi idioma?

—Por supuesto —dijo Ducos—, y otras tantas lenguas, incluido el hebreo. — Sonrió amablemente a Raffi.

—No sabía que se notaba —dijo el arqueólogo.

—No se nota —replicó Ducos—, pero sé muy bien quién es, doctor Wanounou, y usted también, coronel Holliday.

—Y, ¿cómo lo sabe? —preguntó Holliday.

—Por teléfono dijo que conocía a Helder Rodrigues, coronel —dijo Ducos—; eso basta para captar mi atención.

—¿Lo conocía? —preguntó Holliday.

El sur de Francia está bastante lejos de la remota isla de las Azores donde vivía el anciano.

—Desde hacía muchos años. —Ducos se detuvo—. ¿Sabe lo que busco?

—Lo que se perdió —contestó Holliday.



Raffi lo miró detenidamente.

—Y, ¿quién lo perdió?

—Fue el rey.

—Y, ¿dónde está el rey?

—Ardiendo en el infierno —dijo Holliday sonriendo.

—¿Les importaría dejarme entrar en su secretismo? —preguntó Raffi—. Estoy un poco perdido.

Ducos le explicó a Raffi.

—Tras la disolución de los templarios bajo los auspicios del rey Felipe en 1307, los miembros fugitivos de la Orden necesitaban una manera segura de reconocerse unos a otros. Idearon varios intercambios secretos.

—El apretón de manos secreto —dijo Holliday.

—Ese en concreto lo usábamos el padre Rodrigues y yo —prosiguió—. Estaba escrito en la parte de atrás del cuaderno que guardaba. —Miró a Holliday—. ¿Lo tiene usted?

—Sí.

Lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y lo deslizó por el escritorio hacia el anciano. La gran mano de Ducos, rugosa por la edad, se estiró, y el hombre la dejó caer sobre el cuaderno. Holliday vio cómo se le creaba una lágrima en el rabillo del ojo, pero Ducos ni se movió para secársela.

—¿Es sangre suya? —preguntó Ducos.

—Sí. Murió protegiendo el secreto de los pergaminos —contestó Holliday—. Murió en mis brazos.

—Eso me contó Tavares —dijo Ducos asintiendo.

Manuel Tavares era el capitán del barco pesquero *San Pedro* y el otro guardián del tesoro oculto de los templarios en la isla de Corvo.

—Tenemos un problema —dijo Raffi con urgencia.

—¿Se refiere a la desaparición de la señorita Blackstock en Egipto o a la reciente tentativa contra el coronel Holliday? —preguntó Ducos.

—¿Está al tanto de eso? —dijo Holliday sorprendido—. Apenas han pasado cuarenta y ocho horas.

Ducos se sacó la pipa de la boca y sonrió; los finos labios se abrieron para dejar ver una cuidada fila de dientes impecables, claramente falsos y hechos en una época lejana.

—Una de las ventajas de pertenecer a una orden que lleva existiendo casi mil años es la cantidad y el alcance de oídos atentos a tu disposición —dijo el anciano.

—El hombre que intentó matarme no importa ahora; tenemos que encontrar a Peggy, y rápido —añadió Holliday.

—Cuéntenme todo lo que sepan —dijo Ducos.

En el fondo no era mucho. El francés escuchó lo poco que sabían recostado en la silla y dando caladas a la pipa. Cuando Raffi acabó, Ducos le hizo a Holliday varias

preguntas sobre el ataque en West Point, luego se calló y miró pensativo al techo. Por fin habló con las palabras medidas y precisas.

—El hombre que intentó matarle era, casi seguro, un miembro de La Sapinière, el brazo francés de Sodalitium Pianum, el servicio secreto vaticano. Primero escribió de ellos como ficción el difunto Thomas Gifford y, más recientemente, ese Dan Brown de ustedes en *El código Da Vinci*. El tatuaje es clara muestra de esto, ya que es el sigilo o emblema del papa Pío X, que fue quien instituyó el grupo original a principios del siglo XIX. Son también conocidos como los *Assassini* y, a veces, como el Instrumento de Dios. Están dispuestos a sacrificar sus almas como mártires por una causa mayor.

—Pero ¿por qué intentar matarme? —preguntó Holliday—. ¿Qué motivo tienen para hacerlo?

—Y, ¿qué tiene que ver con la desaparición de Peggy? —preguntó Raffi enfadado—. Estamos aquí sentados hablando de vudú teológico y ella está en peligro. ¿Cuál puede ser la conexión?

—Sugiero que el móvil que comparten es que ambos suponen un peligro inminente. Claramente, el Vaticano ve al coronel Holliday como una amenaza, y yo diría que lo mismo ocurre con la señorita Blackstock, fuera ella sola o la expedición al completo quien descubrió algo que la Hermandad también ve como una amenaza. La conexión está bastante clara: Brasseur debe de haber despertado el interés de La Sapinière cuando estaba realizando su investigación en el Vaticano, y lo que fuera que encontrara en los documentos sobre los templarios de los Archivos Secretos desembocó en el secuestro del grupo en el desierto.

—Eso es una locura —afirmó Raffi—. Es como el aceite y el agua. ¿Terroristas islámicos mezclados con el Vaticano?

—Aceite y agua, exacto —dijo Ducos tranquilo.

Paró un momento, se sacó una cerilla del bolsillo de la chaqueta del viejo traje y la encendió frotándola con la yema amarillenta del dedo. Volvió a encender la pipa, sorbiendo ruidosamente y lanzando al aire nubes de humo que se arremolinaban en la claridad de los rayos de sol que se filtraban por los postigos.

—Exacto, agua y aceite —repitió—. Y como el aceite y el agua normalmente no se mezclan, doctor, como científico le sugiero que busque un emulsionante, algún motivo común.

—¿Puede ser algo tan simple como la lucha por el territorio? —preguntó Holliday—. Quizás la expedición entró en el territorio de la Hermandad —dijo encogiéndose de hombros—, o quizás les ofendió que una banda de curas católicos profanara su tierra sagrada o algo así.

—Es posible, pero poco probable, coronel. He nacido mucho más cerca del siglo XIX que del XXI, pero creo que me he mantenido al tanto de los acontecimientos. Ya hay pocos creyentes de verdad. Las organizaciones terroristas son como campañas políticas, siempre necesitan dinero y voluntarios. Hay unos cuantos cínicos que creen,

y con razón, que el 11-S no fue más que una artimaña publicitaria de Bin Laden para aumentar su estatus entre los suyos. En los noventa, no podía culpársele más que de un intento de asesinato fallido en los bombardeos de las embajadas estadounidenses de Dar es Salaam y Nairobi. En vez de resultar ser el hijo rico y aclamado de un jeque árabe, era un don nadie y un pobre desgraciado. Justo antes del 11-S, sus padres le habían retirado su asignación de siete millones de dólares al año. Necesitaba una manera de recaudar fondos. Pues bien, los de la Hermandad no son muy distintos.

—Así que Doc está en lo cierto, es todo por dinero —dijo Raffi.

—La Hermandad es un grupo pequeño y no tiene un patrocinador real —aclaró Ducos—. Con Gadafi establecido en suelo americano, los han dejado una vez más a la deriva. El territorio que controla la Hermandad ocupa desde Qara, al borde de la depresión de Qattara, hasta Al-Jaghub, al otro lado de la frontera.

El anciano se levantó como haciendo palanca, con un gesto de dolor y las palmas de las manos sobre el escritorio. Se apoyó con todo su peso en los archivadores, abrió uno y sacó una carpeta *beis*. La llevó a la mesa, se sentó con un pequeño suspiro y sacó una fotografía de ocho por diez que luego deslizó por el escritorio hasta Holliday.

La fotografía mostraba a un joven con gafas de sol, pantalones cortos y una camiseta que decía: *Yo estuve allí: Eclipse Solar 29-03-2006*. Justo detrás había dos hombres con turbante que hablaban junto a un Toyota Land Cruiser. En el borde derecho de la imagen, Holliday distinguió unas ruinas de color pálido de lo que en su día pudieron haber sido casas de piedra.

—Esta fotografía la hizo un turista canadiense en el eclipse de 2006. Son las ruinas del pequeño oasis de Tazirbu, en el Sáhara central. Los dos hombres que están hablando detrás son Sulaiman al-Barouni a la izquierda y Mahmoud Tekbali a la derecha.

Holliday la miró detenidamente. Al-Barouni parecía mucho mayor que su compañero. Tenía la cara demacrada y profundas arrugas en la piel, que se le marcaba en los pómulos pronunciados. Tekbali era más joven, tenía la cara más oscura y llevaba unas caras gafas de sol de la marca Serengeti Driver.

—¿Quiénes son exactamente? —preguntó Raffi mirando por encima del hombro de Holliday.

—Tekbali es un miembro de alto rango de la Hermandad, el siguiente al mando después de Mustafa Ahmed Ben Halim, fundador y líder del grupo.

—Y, ¿qué relevancia tiene esta fotografía? —preguntó Holliday.

—Es relevante porque Sulaiman al-Barouni es el principal intermediario de un hombre llamado Antonio Neri. Neri es el jefe de una organización criminal italiana llamada La Santa y su especialidad es el tráfico de blancas, drogas y reliquias valiosas. Al contrario de lo que dijo el gran líder en el comunicado de prensa acerca del mal satánico de la cultura de la droga en América, Libia ha sido el emplazamiento alternativo para los laboratorios de heroína de Marsella. Siempre va a haber una

buena provisión de mujeres del pueblo en busca de nuevos horizontes, y Libia y Egipto llevan años desarrollando un próspero negocio asaltando tumbas y traficando con reliquias.

El anciano levantó los hombros caídos con un gesto típico francés.

—El Vaticano, La Santa, la Hermandad.

—Como aceite y agua —dijo Raffi.

—Un motivo común —dijo Holliday.

—Exacto —dijo Ducos sonriendo.

**E**RA como meterse en una película de Humphrey Bogart: parecía que en cualquier momento iba a aparecer una Lauren Bacall de ojos azabache con un cigarro en la mano en busca de alguien que le diera fuego. El interior del bar Maritime, en el Puerto Viejo de Marsella, era de madera marrón y al estilo de los años treinta, con una decoración algo desaliñada y como dejado de la mano de Dios. Lo completaban un camarero somnoliento y unos cuantos clientes no menos somnolientos que daban cabezadas sobre su anís y su Stella Artois. También había clientes más hambrientos comiendo con entusiasmo *scargots* o *petit quiche* o un gran bol de los típicos mejillones al vapor. Todo esto era el *coquillage* que conformaba el pilar principal de la *bouillabaisse*, la base de todo menú en la Costa Azul.

Holliday y Raffi Wanounou estaban empapándose del ambiente en una mesita redonda junto a la ventana que daba a la calle. Todavía estaban en la mesa los restos del almuerzo y las tazas de los cafés. Con ellos se sentaba Louis Japrisot, un jefe de la Policía Nacional francesa, antes conocida como la *Sûreté*. Era bajito y fornido, tenía una cara grande y mofletuda y bastante sombra de barba de tres días. Le cubría el labio superior un enmarañado bigote grisáceo al estilo del de Stalin, de esos en los que se quedan restos de comida. Aparentaba tener cincuenta y tantos.

Tenía los ojos de color negro intenso, las cejas como el bigote y un corte de pelo de estilo militar: corto por los lados y por detrás. En algún momento de su vida le habían roto la nariz y tenía el cuello corto y grueso. Bajo el traje marrón arrugado se apreciaban los músculos de los brazos y de los hombros flexionados como los de un bóxer. No era capaz de permanecer quieto y sentado, y fumaba sin parar cigarrillos de la marca Gitanes, mientras las fuertes manos de carnicero parecían engullir los cigarrillos cargados.

—¿Hace mucho que es policía? —preguntó Holliday intentando sacar tema de conversación.

Japrisot no era precisamente la persona más locuaz que Holliday había conocido, a pesar de que su manejo del idioma era excelente.

—Treinta y un años. Y antes los *Prévôtales*, en Argelia.

—*Prévôtales*? ¿Los prebostes? ¿La Policía Militar?

—Sí, La *Légion Etrangère*, lo que ustedes llaman la Legión Extranjera francesa.

—Malos tiempos —comentó Holliday.

—Muy malos —confirmó Japrisot, y se encogió de hombros—. Pero para mí fueron mejores que otros de después —murmuró.

—¿Y eso?

Japrisot volvió a levantar los hombros pesados.

—No estuve en Dien Bien Phu.

—Entiendo —dijo Holliday asintiendo.

La batalla de Dien Bien Phu fue el último enfrentamiento de la guerra de Indochina a manos de los franceses, y un fatal anticipo de la posterior guerra de Vietnam por parte de los Estados Unidos. Más de mil soldados murieron en aquella interminable batalla y otros miles más cayeron prisioneros y nunca más se supo de ellos.

Japrisot miraba por la ventana y fumaba. En el muelle, el Puerto Viejo era un bosque de mástiles. Aun habiendo sido una vez el puerto principal de la ciudad, ahora estaba reservado a embarcaciones de recreo y a la flota pesquera local. Al otro lado del estrecho puerto, una hilera de edificios de color amarillo pálido de los siglos XVII y XVIII emergía sobre un muro macizo. En la otra dirección había una plaza donde montaban a diario el mercado del pescado y, elevándose desde el mercado, estaba la Canebière, una amplia avenida monumental que llevaba hasta una colina empinada donde estaba construida la antigua ciudad y cuya cima la culminaba la basílica. Lo único que Holliday recordaba de Marsella era que el rey Alexander Karageorgevich I de Serbia había sido asesinado allí en 1934, el primer asesinato político llevado a la gran pantalla.

—Todo lo que sé de Marsella es *Contra el imperio de la droga*. —Aportó Raffi.

—Ese puñetero maldito Popeye Doyle —farfulló Japrisot mientras apagaba el cigarrillo en un gran cenicero esmaltado con publicidad del vermut italiano Cinzano que ocupaba el centro de la mesa—. Él maldijo este lugar. *Connard!*

—¿No están las cosas tan mal como contaba la película? —preguntó Holliday.

—En realidad están mucho peor —dijo Japrisot—, y a veces pienso que fue la película la que lo provocó al darle esa publicidad. Todavía vienen turistas preguntando dónde se fabrica la heroína. *Merde!* Eso le da fama al lugar, ¿verdad? Y no buena fama precisamente. Llegan los cruceros de Disney y se les oye hablar de Gene Hackman por aquí, Gene Hackman por allá.

—¿No se trafica con drogas aquí? —preguntó Raffi.

—Claro que aquí se trafica con drogas. Es más, aquí se trafica con todo —contestó Japrisot—. Heroína, pornografía, chicas, africanos, pasta de dientes, cigarros, cigarros y más cigarros. *Le Milieu* trafica con cualquier cosa para sacar beneficios. El año pasado eran dentaduras postizas de Ucrania.

—*Le Milieu?* —preguntó Raffi.

—La versión marsellesa de la mafia, los bajos fondos —explicó Japrisot—. Comenzaron como estibadores controlando los muelles a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, y después empezaron a moverse desde allí. Tras la guerra, se metieron de lleno en las drogas.

—¿Es nuestro tipo, Valador, uno del tal *Milieu*? —preguntó Raffi.

Japrisot soltó una risotada y echó el humo del cigarrillo por la nariz como un toro de dibujos animados.

—¿El pequeño Felix?! —dijo Japrisot—. Apenas sabe el nombre de su madre, y mucho menos el de nadie de *Le Milieu*. Solo es un ladronzuelo de poca monta. A veces trae unos cuantos cartones de tabaco para los corsos, otras veces roba relojes Rolex de algún carguero de Hong Kong, pero para estar conectado con La Santa le queda mucho, créanme. Hemos tenido suerte con esto, amigos míos; no me cabe duda alguna.

Un barco pasó por la estrecha entrada hasta el Puerto Viejo. Era una barca pesquera antigua de unos trece metros de eslora, con la camareta alta situada en el extremo de la popa. En algún momento del pasado estuvo pintada de azul y blanco; ahora estaba simplemente sucia, con el rastro desgastado del óxido que había vertido el herraje, manchas oscuras de los residuos líquidos del pantoque por todos lados y el abrillantado perdido bajo una capa de grasa. Al pasar el barco hacia el mercado de pescado cubierto con toldos que estaba en la plaza del final del puerto, vieron la matrícula pintada en la proa con grandes números y una placa en el espejo de popa.

—Ese es el barco de Valador, *La Fougueux* —dijo Japrisot—. Creo que significa algo como «impetuoso».

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Raffi.

—Podríamos ir a dar un paseo —sugirió el policía francés.

Se encendió otro cigarrillo, se levantó, se sacudió la ceniza de la corbata de color amarillo intenso y salió al exterior, donde el sol de la tarde había veteado el lugar. Raffi lo siguió suspirando. Holliday soltó tres billetes de cincuenta euros para pagar la cuenta y fue tras ellos. Japrisot no había hecho ni el amago de pagar su almuerzo, incluso siendo él el que había pedido vino. Por lo que parecía, cualquiera que fuera su trato con el viejo abogado Ducos, este no implicaba desembolsar dinero.

La Rive Neuve, la parte nueva del Puerto Viejo, parecía ser una hilera de restaurantes y bares adosados que la recorrían de principio a fin. Había de todo, desde un sitio marroquí llamado Habibi's hasta un *pub* irlandés y un bar alemán con un patio al aire libre llamado Kanter's. Caminaron por el muelle, por la parte donde daba la sombra, abriéndose paso entre las mesas de los cafés llenas de clientes que terminaban de almorzar y disfrutaban del buen tiempo.

Holliday observaba cómo ataban *La Fougueux* al muelle y lo atracaban junto al pequeño transbordador de casco negro y doble embarque que transportaba turistas de una parte a otra del puerto por unos cuantos euros. Un hombre rubio salió a la cubierta de proa; llevaba un chubasquero de nailon rojo intenso. Era alto, atlético y de unos treinta años. Apareció otro hombre más bajo, más fuerte y mayor que el primero. Entre los dos se pusieron a sacar a la cubierta cajas de pescado de cincuenta kilos con asas de cuerda.

Holliday, Raffi y Japrisot cruzaron la Rive Neuve y se quedaron mirando al mar apoyados en la barandilla *beis* de metal que rodeaba el malecón. Japrisot tiró la colilla al agua aceitosa y encendió otro cigarro. Una joven hacía *topless* tumbada al sol en un velero casi justo frente a ellos. El barco era un Contessa 32 llamado *Dirty Girl*. La

mujer que tomaba el sol tenía bastantes más años que los números pintados en su barco, por lo menos tenía treinta y ocho. Japrisot no prestó ninguna atención.

—El que lleva el chubasquero rojo es Valador —dijo—. El hombre mayor es Kerim Zituni, un tunecino. Hay gente que dice que fue miembro del Septiembre Negro. Otros que dicen que fue uno de los Black Suit tunecinos, su policía secreta.

—¿Es eso relevante? —preguntó Holliday.

—Es lo bastante mayor como para haber podido trabajar con Walter Rauff —contestó Japrisot.

—Nunca había oído hablar de él —dijo Holliday encogiéndose de hombros.

—Yo sí —dijo Raffi con voz apagada—. Walter Rauff asesinó a mis abuelos. Fue uno de los inventores de los furgones de gas móviles que usaron los nazis en los campos de concentración. También estaba al cargo de la *Solución Final* del norte de África. Capturó a todos los judíos de Marruecos y Túnez y los exterminó. Si Rommel hubiera tomado Egipto, el próximo paso de Rauff habría sido Palestina.

—¿Qué le ocurrió?

—Murió en Chile en 1984. Sin sufrir, mientras dormía —contestó Japrisot—. Tenía setenta y ocho años; fue consejero de inteligencia de Pinochet.

—Así que quedamos en que el tal Zituni no es un buen tipo —dijo Holliday secamente.

—Y potencialmente peligroso —añadió Japrisot asintiendo.

Se quedaron mirando el barco mientras Felix Valador y su compañero tunecino seguían sacando cajas de pescado a la cubierta. Cuando llevaban unas cuarenta, pararon y Valador empezó a bajarlas hasta la estrecha plaza y a cargarlas en una furgoneta Citroën HY de color rojo brillante, muy cuadrada, con laterales de planchas de metal ondulado. Había un letrero en el lateral de la furgoneta que decía *Poissonnerie Valador* con letras doradas y un número de teléfono debajo. Cargó las diez primeras cajas por la puerta lateral y las demás por la trasera.

—Fijaos en el orden —comentó Japrisot mientras observaba cómo Valador cargaba las cajas una a una.

—Las últimas que sacaron de la bodega son las que mete primero —dijo Raffi.

—Recordadlo —añadió Japrisot.

—Casi ha terminado —dijo Holliday.

—*D'accord* —murmuró Japrisot.

Volvió a tirar otra colilla al agua grasienta, saludó con la cabeza gentilmente a la joven de la cubierta del *Dirty Girl* y se giró.

—*Attendez-moi* —dijo dando instrucciones.

Se subió a un Peugeot 607 sedán de cuatro puertas azul oscuro que había aparcado torcido. Quizás sea el coche que más se ve en las autovías francesas. Este en concreto tenía como mínimo diez años y parecía un taxi bastante usado, lo cual seguramente era el caso.

Raffi se montó en la parte de atrás y Holliday se metió junto a Japrisot y arrugó la



nariz. El interior del coche olía a cenicero y el parabrisas estaba teñido de una película amarillenta de nicotina que se había ido depositando durante años. Japrisot se encendió otro cigarrillo y arrancó; el coche hizo un ruido como un resoplido. El policía francés observó cómo Valador colocaba las últimas cajas en la cascarria y mantenía después una breve conversación con Kerim Zituni. Una vez terminada la conversación, Zituni se montó en *La Fougueux* mientras Valador ponía en marcha el Citroën y ambos se fueron. Japrisot siguió a la carraca con forma de camioneta y se dirigieron al este, a una distancia prudencial de la furgoneta y alejándose del centro de la ciudad a ritmo constante.

—No va por la autopista —señaló Raffi.

A la derecha, el Mediterráneo brillaba como una enorme joya azul y las olas resplandecían al reflejarse en ellas la brillante luz del sol mientras se arrastraban para llegar a romper contra la base de los escarpados acantilados de piedra caliza.

—No —contestó Japrisot—, sigue la costa.

—Ya ha hecho esto antes —dijo Holliday.

—*Bien sûr* —contestó Japrisot—, muchas veces.

Pasaron el resto de la tarde y las primeras horas de la noche siguiendo al Citroën a lo largo de la Costa Azul, parando para hacer entregas en las ciudades de Cassis y La Ciotat, luego por la circunvalación de la ciudad de Toulon, más grande que las anteriores, antes de parar de nuevo en Hyeres, Brégançon, Le Rayol y Fréjus.

En Cassis pararon la furgoneta frente a Chez Nino's, en el paseo marítimo del puerto; entregó una caja de pescado y se puso en camino de nuevo. Cada vez que paraban era lo mismo. En Ciotat paró en Kitch and Cook; en Hyeres, en el hotel Ceinturon. En Brégançon paró en un sitio llamado Les Palmiers que parecía un motel; en Le Rayol, en una vieja bodega de aspecto rústico llamada L'Huître et la Vigne («La ostra y la vid»). En Fréjus fue en un comedor marroquí chabacano, La Medina. En ninguno de esos lugares dejó más de tres cajas y lo más común era que dejara una. Para cuando el sol empezaba a ponerse, habían llegado a las afueras de Cannes y al hotel Royal Casino de Mandelieu-la-Napoule, un mazacote blanco parecido a los enormes hoteles de Florida, con una tragaperras de seis pisos de alto hecha de luces de neón intermitente azul y amarillo en el lateral del edificio; una pizca de Las Vegas en la Costa Azul.

El hotel Casino forma parte de una serie de edificios interconectados en primera línea de playa, junto al estuario del río que desemboca en el puerto deportivo de Cannes y el campo de golf de Mandelieu. Japrisot paró el Peugeot en un aparcamiento frente al hotel y observaron cómo Felix Valador llevaba dos cajas de pescado hasta una entrada lateral. Era de suponer que iba a la cocina del hotel.

En la entrada principal había un hombre atractivo y bien vestido, europeo y con una elegante barba bien cuidada que bajaba de un Audi Quattro azul acompañado de una belleza y le daba a uno de los aparcacoches un billete doblado. El aparcacoches miró el billete, saludó al hombre de la barba y se montó en el Audi.

—No le ha pagado para que le aparque el coche en el aparcamiento grande bajo el paso elevado —explicó el policía francés señalando con la cabeza hacia la concurrida avenida del General De Gaulle que tenían detrás.

—En realidad es más bien un chantaje. Los chicos de la zona se cuelan en el aparcamiento y a veces tiran coches al agua. *P'tit loubards!* Gamberrillos. En ocasiones son incluso peores que los *hooligans*.

La elegante pareja entró con paso firme y pausado en el hotel y el aparcacoches condujo el Audi unos treinta metros desde la entrada. Unos minutos después volvió a aparecer Valador con la carretilla vacía.

—Esto hace dieciocho cajas de pescado repartidas a lo largo de, como mucho, unos ciento sesenta kilómetros —dijo Raffi desde el asiento trasero—. No puede estar sacando muchas ganancias.

—La última parada es la importante —dijo Japrisot dejando la idea a medias y el misterio en el aire.

Valador entró agotado en el Citroën y se fue. Tomó la carretera de servicio que llevaba al aparcamiento del otro lado del paso elevado y la furgoneta se perdió de vista.

—¿Dónde demonios ha ido? —preguntó Holliday.

—Miren —murmuró Japrisot.

Unos minutos después, la furgoneta volvió a salir. Habían cubierto el letrero del lateral con uno magnético que decía: *Camille Guimard - Antiquaire, 28, rue Felix Faure, Le Suquet, Cannes*.

—¿Quién es Camille Guimard? —preguntó Raffi desde atrás.

—Es Felix —contestó el policía—. En Marsella, Valador es un pescador que huele mal. En Cannes, es un sofisticado anticuario llamado Guimard. *Une grande blague, n'est-ce pas?* Un buen truco, ¿eh?

—Y ¿Le Suquet? —preguntó Holliday.

—Como el *Souk* en el *kasbah* de Marrakech —explicó Japrisot mientras el Citroën transformado de Valador renqueaba—. La parte antigua de la ciudad, sobre la colina.

Arrancó el Peugeot y siguió a la furgoneta a una distancia prudente. Diez minutos más tarde, conduciendo por el bulevar de Midi en la orilla, llegaron a Cannes y Le Suquet, una madriguera de calles estrechas y con recodos que se elevaba sobre el muelle de piedra del Puerto Viejo hasta la fastuosa torre cuadrada del castillo del siglo XI construido por los monjes cistercienses de Lérins.

—Otra vez los cistercienses —dijo Raffi después de que Japrisot explicara la geografía del lugar—. Están por todos lados.

—¿Cómo? —preguntó el francés con el ceño fruncido.

—Un chiste que tenemos entre nosotros —añadió Holliday.

Siguieron al Citroën por el puerto, luego giraron por la suntuosa avenida arbolada de la *rue* de Louis Pasteur, y comenzaron a subir la colina. Valador giró a la derecha

en la *rue* de Meynadier. Cruzaron Louis Blanc, más ancha que las anteriores, para dar un giro brusco en un callejón que parecía bajar de nuevo la colina. Estaba completamente oscuro, pero Japrisot solo llevaba puestas las luces de posición.

—Estoy perdido —dijo Holliday.

—Yo no —replicó Japrisot.

—Estamos conduciendo en círculos.

—Es por las calles de sentido único —dijo Japrisot levantando una ceja poblada—. Están por todos lados.

El policía aminoró y vieron a Valador girar a la derecha y desaparecer.

—Se escapa —dijo Raffi.

—No, no se escapa —contestó Japrisot con voz calmada.

Abrió un poco la ventana, tiró la colilla y se encendió otro cigarrillo. Hacía ya mucho que Holliday había perdido la cuenta de lo que había fumado el corpulento hombre pero, aunque pareciera mentira, le estaba gustando el intenso aroma a tierra del *tabac noir*. Esperaron en el callejón por lo menos diez minutos. Holliday escuchaba a Raffi inquietarse en el asiento trasero mientras el policía francés fumaba. Finalmente, Japrisot miró la esfera iluminada de su reloj de pulsera.

—*D'accord* —dijo asintiendo—. *On y va*. Vamos.

Movió la palanca de cambio con cuidado y salieron despacio del callejón. Según el letrero, estaban en la *rue* Felix Faure, otra calle de sentido único, esta concretamente llena de tiendecitas. Japrisot metió el Peugeot en una plaza de aparcamiento libre al otro extremo de la calle. Al final de la manzana estaba Valador descargando la furgoneta. Estaba aparcado frente a la estrecha fachada de una tienda con la persiana cerrada y descargaba las últimas cajas de pescado. Junto a la tienda, y ocupando toda la esquina, se veía la fachada cubierta con toldos de un restaurante que tenía un letrero brillante iluminado en verde y amarillo que decía *Huitres Astroux & Brun*.

—Una ostrería —dijo Holliday al darse cuenta de que no habían comido nada desde el almuerzo en Marsella.

Había unas doce mesas de plástico bajo el toldo blanco, todas vacías. Un hombre grueso estaba encadenando una pila de sillas de plástico, por lo que el restaurante debía de estar cerrando.

—¿Ahora qué? —preguntó Raffi.

Japrisot se encogió de hombros.

—Esperamos, fumamos, hablamos de mujeres quizás. —Paró y sonrió—. ¿Quién sabe? La noche es larga.

Valador terminó de descargar, cerró con llave el coche y entró en la tienda. Unos segundos más tarde se encendió una luz tras la persiana. Pasó casi media hora; luego se apagó la luz de la tienda y, un momento después, se encendió otra luz, esta vez en el apartamento de encima del local.

—Se ha ido a la cama —dijo Raffi con cierto tono de enfado.

—Ah, puede que estés en lo cierto —dijo Japrisot.

Raffi resopló.

—Así que llevamos medio día siguiendo a un tipo por toda la Costa Azul y viendo cómo entrega pescado para acabar observando cómo se prepara para ir a dormir.

—El trabajo policial consiste, en su mayoría, en esperar —contestó Japrisot—. Y en aburrirse. Lo siento, pero deben ser pacientes.

—Raffi tiene razón —dijo finalmente Holliday—. Han secuestrado a mi prima. No podemos perder el tiempo a la caza de un traficante de poca monta. Necesitamos información, ya.

—¿Habla de cazar? —dijo el policía—. ¿Cómo cazar conejos o jabalíes para hacer *le bifteck*? *Une barbeque*?

Japrisot levantó las pobladas cejas y guiñó el ojo. Holliday frunció el ceño al darse cuenta de que le estaba tomando el pelo.

Una ráfaga de luz de un coche que se acercaba recorrió el parabrisas del Peugeot.

—*Attendez* —dijo Japrisot deslizándose en el asiento para que no se le viera desde fuera.

Holliday y Raffi lo imitaron. El coche pasó de largo y aparcó sobre el bordillo entre dos montantes de hierro forjado, frente al restaurante ya a oscuras y desierto. Había un farol antiguo en la esquina gracias al cual Holliday veía el coche nítidamente. Era un Audi Quattro azul oscuro. Salieron dos personas de él: un hombre bien vestido con una elegante barba muy cuidada y una mujer muy atractiva con un vestido de fiesta corto y de color negro.

—Esa es la pareja que vi en el casino —susurró Holliday—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Como se dice en mi país, coronel Holliday, *tout vient à point à qui sait attendre*. Con paciencia y una caña, se pesca hasta en la montaña.

VIERON a la pareja del Audi volver por la acera de enfrente del restaurante hasta pararse delante de la tienda de Valador. Había un portero automático en la parte superior izquierda del marco de la puerta. El hombre del bigote elegante se metió la mano en el bolsillo y sacó algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Holliday entrecerrando los ojos para intentar verlo.

—*Gants de latex, je pensé* —dijo Japrisot—. Guantes de látex, creo.

El hombre se colocó los guantes con destreza, presionó el botón del portero de plástico y esperó. En unos segundos se oyó un zumbido fuerte y el hombre se inclinó para hablar. Su acompañante tenía la espalda contra la puerta y miraba a un lado y otro de la calle. Mientras no fuera el festival de cine, las noches de Cannes eran muy tranquilas y las aceras estaban desiertas.

Hubo un segundo zumbido que provenía del interfono y un chasquido estridente que Holliday escuchó desde la mitad de la siguiente manzana. Se abrió la puerta y la pareja entró en la tienda. Al momento se encendió la luz tras la persiana metálica del escaparate.

Japrisot sacó del bolsillo colgón del traje un pequeño cuaderno y un portaminas bañado en oro y salió del Citroën. Bajó la calle y anotó la matrícula del Audi. Treinta segundos después se volvió a meter en el coche.

—AHX 37 45 —dijo—. Checo. Creo que la A es de Praga.

—¿Qué tienen que ver los checos con nada de esto? —preguntó Raffi.

Japrisot se dio la vuelta.

—Puede que nada o puede que todo. —Se encogió de hombros—. Praga fue en su día el último punto europeo de la ruta de la seda. Aún es un enclave esencial para los contrabandistas. Puedes encontrar de todo en Praga, desde bonitas chicas rusas hasta heroína de Bangkok. ¿Por qué no reliquias robadas? —Levantó un dedo—. *Moment*.

Japrisot sacó un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y habló soltando una ráfaga vertiginosa de francés. Cerró de un golpe el teléfono y lo devolvió al bolsillo.

—Ahora a esperar otra vez.

En menos de dos minutos se apagaron las luces de la tienda. Casi al momento salió la mujer del Audi y se quedó en la puerta limpiándose las manos con un pañuelo. Miró a un lado y otro de la calle, luego se volvió y habló a través de la puerta abierta tras ella. El hombre de la barba cuidada salió y cerró la puerta silenciosamente, luego se quitó los guantes de látex y se los metió en el bolsillo. Se quedó quieto un momento y sacó del otro bolsillo una pitillera plana dorada. Cogió un cigarrillo, guardó la pitillera, se quitó algo de la solapa y comenzó a golpear suavemente el filtro.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Holliday.

—Sé perfectamente lo que hace —dijo Japrisot con una mueca—. Está haciendo agujeritos en el cigarro. Es algo que hacen los fumadores consagrados para autoconvencerse de que así es más sano.

—Eso es una locura —dijo Raffi desde atrás.

—*Bien sûr* —contestó Japrisot—. Claro, porque fumar es cosa de locos, ¿no?

Observaron al hombre de la barba sacar un mechero dorado que parecía bastante pesado y encenderse el cigarrillo. Luego la pareja volvió a subir la calle hacia el Audi y se montó en él. Se encendieron el motor y los faros, y se fueron. Giraron a la derecha en la *rue* Louis Blanc y empezaron a subir la colina.

—Han estado dentro menos de tres minutos —dijo Raffi—; lo he cronometrado.

—No es mucho tiempo —añadió Holliday—. ¿Qué tipo de asunto se puede tratar en tres minutos?

—Malos asuntos —dijo Japrisot. Miró hacia el escaparate que ahora estaba a oscuras y le dio un manotazo al volante—. *Je suis un connard! Nique ma mere!* —maldijo entre dientes—. Algo no va bien.

El francés se sentó un momento con la expresión grave.

—*M-e-r-d-e* —musitó alargando la palabra.

Finalmente estiró la mano hasta el salpicadero, abrió la guantera y sacó un revólver Manhurin-73 antiguo e inmenso con un armatoste de madera por culata con esquema rayado y un enorme cañón de unos doce centímetros.

—Buena arma —comentó Holliday impresionado.

Era un Magnum del calibre 357. La versión francesa del que usaba Harry el Sucio.

—Sí —replicó Japrisot—. Y lo que me gusta de ella es que le hace a la gente unos buenos agujeros. —El policía canoso miró a Holliday con seriedad—. Quédense en el coche, por favor.

Salió del Peugeot y se acercó a la tienda de Valador con la pesada pistola a un lado.

—¿Nos vamos a quedar en el coche? —preguntó Raffi.

—*Mais non* —dijo Holliday—. Ni pensarlo.

Salieron del coche sin perder de vista a Japrisot. El policía se volvió y los vio. Los miró con cara de pocos amigos y les hizo un gesto para que volvieran al coche; luego se volvió de nuevo hacia la puerta y levantó el revólver. Empujó la puerta suavemente con los dedos. Se abrió ligeramente, puso un pie en la rendija y la abrió un poco más. Japrisot dio un paso dudoso hacia atrás con el brazo levantado y el codo bien fijo, con el extenso cañón de la gran pistola precediéndolo.

Holliday y Raffi contuvieron la respiración mientras Japrisot entraba en la tienda. Unos instantes después se encendió la luz y enseguida apareció Japrisot en el quicio de la puerta con el revólver de nuevo a un lado. Con la mano libre les hizo señales para que fueran hacia donde estaba él.

El interior de la tienda parecía sacado de una novela de Dickens. Había antigüedades y objetos coleccionables por todas partes y sin orden ninguno: archivadores de madera, un sofá de piel estilo años treinta, un espejo de los cincuenta con diseño de rayos de sol, aparadores, cuadros religiosos, lámparas de gas del siglo XVIII, una silla poltrona de confesionario del estilo de Luis XVI, arañas de luces, estatuillas, un teléfono de pared de baquelita antiguo entre dos columnas de yeso, lámparas, marcos de cuadros, una enorme esfera de reloj, leones de jardín de granito, un par de sillones de palisandro, una docena de racimos de frutas de cera en campanas de vidrio, tres pilas bautismales, siete copias con marcos recargados de *Bailarinas en azul* de Edgar Degas, un pavo real disecado con la mirada fija en un gran espejo de cuerpo entero basculante y biselado con la base inclinada y un muñeco de ventrílocuo de Minnie Mouse tirado sobre un sillín de piel de un caballito de carrusel estropeado y descolorido. Diez de las cajas de pescado de cincuenta kilos estaban apiladas justo enfrente de la figura del tiovivo, pero no había rastro de Felix Valador.

Japrisot estaba de pie en medio de todo aquello con la gran pistola metida de cualquier modo en el bolsillo colgón de la chaqueta. Tenía un pañuelo en la mano y parecía desconcertado.

—Por Dios —dijo Raffi mirando al exótico despliegue de objetos revueltos a su alrededor.

—¿Dónde está? —preguntó Holliday observando la expresión de desconcierto de Japrisot.

El policía corpulento se abrió paso por el pasillo central de la tiendecilla y se paró justo delante de un gran armario de roble oscuro con motivos florales y de pájaros tallados en las puertas. Las bisagras triples y los grandes tiradores curvos eran de latón. Solo había una mancha alargada de sangre en el suelo delante del mueble, como una pequeña marca carmesí. Japrisot abrió con un pañuelo las puertas del armario por los tiradores.

—*Voilà* —dijo el policía.

Valador estaba dentro, agachado y con las rodillas arrimadas a la barbilla, la cabeza caída hacia adelante y girada a un lado, una mano bajo la nalga y la otra entre las rodillas. Tenía un ojo completamente abierto y el otro medio cerrado como si estuviera haciendo una pantomima grotesca de un guiño. De forma estrambótica, un rubí claramente falso del tamaño de un huevo de petirrojo se balanceaba en el lóbulo del cadáver.

Holliday se puso en cuclillas para observar desde más cerca.

—No veo ninguna herida —dijo.

—¿Estrangulado? —sugirió Raffi con calma.

Como arqueólogo había visto cientos de cadáveres, pero lo normal era que no estuvieran tan frescos como Valador. Los globos oculares apenas empezaban a vidriarse y encogerse en las cuencas.

—¿Y qué hay del rubí de plástico?

—No hay señales de lucha —contestó Japrisot—. Y no ha habido tiempo. El estrangulamiento es una forma muy lenta de matar. —El policía gesticuló—. Además, se le habría puesto la cara morada y tendría la lengua fuera. —El francés negó con la cabeza—. Ocurrió rápido y por sorpresa.

Los primeros acordes estridentes de *Mamma Mia!* de ABBA resonaron. Era el tono de llamada de Japrisot. Sacó el teléfono del bolsillo y se lo llevó a la oreja.

—*Oui?*

Escuchó mientras miraba fijamente el cuerpo de Valador y se quitaba una brizna de tabaco del carnoso labio inferior.

—*D'accord* —dijo tras unos instantes.

Cerró el teléfono, se lo guardó en el bolsillo y se aclaró la garganta.

—Según mi gente, la pareja del Audi son Antonin Pesek y su esposa, canadiense de nacimiento, Daniella Kay. Viven en la calle Geologika, en el distrito Barrandov de Praga. Son sicarios, asesinos. Trabajan regularmente por toda Europa. Los Pesek, *en famille*, han trabajado para todo el mundo, desde la Stasi de la República Democrática Alemana hasta la Sigurimi albanesa. El arma preferida de *monsieur* Pesek es una automática CZ-75 de cañón corto; su mujer prefiere los alfileres de plástico que adornan los sombreros. Pasan sin problema por los detectores de metal de los aeropuertos. Por lo que se ve, ella es la artista. En su expediente se la define como «quirúrgicamente precisa».

Japrisot se agachó junto a Holliday y, todavía haciendo uso del pañuelo, agarró el rubí de la oreja de Valador con el índice y el pulgar y tiró de él. El rubí salió junto con unos quince centímetros de acrílico. El alfiler hizo un sonido chirriante al sacarlo de la cabeza de Valador, como si alguien masticara un puñado de arena. Lo levantó a la luz. Estaba un poco aceitoso por los restos de materia cerebral. Un hilo de sangre rosácea y aguada salió de la oreja de Valador.

—En efecto, quirúrgicamente precisa —murmuró Japrisot mientras entrecerraba los ojos para mirar la aguja usada como arma homicida—. Perforando el oído medio y, después, a través del lóbulo temporal hasta el cerebro por el conducto auditivo interno. —El policía asintió pensativo—. Hay que tener mucha maña.

—Parece que conoce bien la anatomía humana —comentó Holliday.

Japrisot levantó los hombros y suspiró.

—Pasé tres años en la Facultad de Medicina. Mi padre, que Dios lo tenga en su gloria, era otólogo. —El policía negó con la cabeza—. Por desgracia, eso no era para mí. No podía soportar toda una vida de pus y cera rezumando. Me temo que Japrisot *père* estaba muy decepcionado.

Se levantó resoplando por el esfuerzo. Se giró y soltó con cuidado el alfiler con el rubí en una pila de platos policromados de sauce azul. La vajilla estaba apilada sobre un fragmento de mármol arquitectónico que habría formado parte de una columna estriada de algún edificio antiguo.



—*C'est ça* —dijo Japrisot—. Ahora hay que ver de qué va todo esto.

Atravesó el abarrotado pasillo hasta la pila de cajas de pescado. Holliday y Raffi lo siguieron. El policía miró las cajas durante unos instantes, emitió un gruñido con la garganta y utilizó una de sus carnosas manos para levantar la tapa bien ajustada de la caja.

—*Bien m'enculer!* —susurró Japrisot con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué es? —dijo Holliday acercándose y mirando por encima del hombro del policía. Se quedó con la mirada fija en el hueco.

Cuidadosamente encajados en huecos a medida de espuma de poliestireno había una fila de cinco lingotes de oro de aproximadamente doce centímetros de largo y unos cinco de ancho. Japrisot metió la mano en la caja y sacó uno de los lingotes de su nido. Tenía un grosor de un centímetro y poco. Holliday metió la mano en la caja y sacó otro; era pesado, casi de manera antinatural, y tenía un tacto extraño y grasiento que se antojaba inexplicablemente desagradable.

Estaba hecho de manera rudimentaria, con los bordes redondeados y la superficie algo picada. *1 KILO* estaba estampado en la parte superior, las letras *E. T.* en el medio y una impresión fácilmente reconocible en la parte trasera del lingote: la palmera y la esvástica del Afrika Korps alemán del Tercer Reich. No había número de serie ni ningún otro código en el lingote.

—Cincuenta kilos por caja, diez cajas, quinientos kilos —dijo Japrisot con tranquilidad.

—Quinientos kilos —murmuró Raffi—; algo más de media tonelada.

—¡Dios mío! —susurró Holliday—. ¿Con qué hemos topado?

—Está claro que nuestros amigos checos tampoco lo sabían —dijo Japrisot devolviendo el lingote a su nicho—. Si hubieran sabido lo que había en las cajas, no se habrían ido tan rápido.

—A ochocientos dólares cada treinta gramos serían trece millones de dólares. —Calculó Raffi.

—El móvil para cualquier asesinato —dijo Japrisot.

—Tiene estampado el sello de los Afrika Korps con la palmera —dijo Holliday—. Y dudo mucho que *E. T.* signifique «extraterrestre».

—De nuevo Walter Rauff —dijo Japrisot—. *E. T.* eran los grupos de acción en Túnez, su unidad.

Holliday observó fijamente el bloque mantecoso de oro siendo terriblemente consciente de su procedencia. Lo devolvió a la caja, al tiempo que un escalofrío le recorrió la espina dorsal. De pronto se encontró mal. Raffi dio un paso adelante y le hizo una foto al oro con su teléfono, aunque a Japrisot no pareció gustarle la idea.

—En breve llamaré a mi gente de Marsella. En helicóptero no tardarán más de treinta y cinco minutos. He hecho este favor por mi relación de amistad con el señor Ducos, y ese trato ya ha sido cumplido. A menos que quieran verse envueltos en un montón de burocracia de la Policía francesa, les sugiero que se vayan de aquí

inmediatamente. *Comprenez?*

—Claro —dijo Holliday asintiendo—. Una pregunta.

—Solo una.

—¿Fue capaz el barco de Valador de recorrer la costa norteafricana?

—*Certainement*. Túnez está a ochocientos kilómetros de Marsella. Un barco como el suyo pudo hacer ese recorrido en unas treinta horas, o menos si hacía buen tiempo. El *ferry* te lleva en una noche.

—Gracias, nos ha ayudado muchísimo. Por favor, hágale llegar nuestro agradecimiento al señor Ducos también.

—*C'est rien* —contestó Japrisot—. No hay de qué. Ahora váyanse.

Eso hicieron, bajando a paso ligero la colina desde la esquina.

—Ahora veo lo que ha podido pasar —dijo Raffi—. Peggy y la expedición deben de haber de tropezado con un alijo de antiguo oro nazi perdido en algún lugar del desierto, y por eso es por lo que no han pedido rescate.

—La Francia de Vichy y los alemanes controlaron la mayor parte del norte de África durante los tres primeros años de la guerra —dijo Holliday—, y los italianos desde incluso antes.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Raffi.

—Si Rauff acumuló todo este oro de los judíos del norte de África, lo lógico sería que lo mandara a Alemania, así que, ¿qué hacía en el desierto?

Llegaron al pie de la colina y pararon un taxi Mercedes plateado que patrullaba por el paseo del puerto buscando clientes de los bares que daban al mar. En veinte minutos se habían alojado en una habitación color rosa chillón con vistas a la playa que tenía forma de media luna y que había delante del hotel Royal Casino de Mandelieu-la-Napoule.

—Imagino que la próxima parada es Túnez —dijo Holliday mientras se agachaba para coger del minibar lo propio para un buen trago.

Tanto la visión espeluznante del cuerpo de Felix Valador en el armario como la desagradable sensación del oro del Holocausto en sus manos lo habían afectado con dureza.

—No tiene por qué —dijo Raffi sentándose en el borde de una de las camas y echando un vistazo a los canales en la gran televisión plana. Se rebuscó en el bolsillo y sacó el teléfono móvil. Se lo tiró a Holliday—. Mira las fotos que he hecho.

Holliday puso el teléfono en modo imagen y fue pasando las fotos. Había dos o tres vistas generales del interior de la tienda de antigüedades, una de Valador muerto en el armario, el rubí falso de la oreja, tres del lingote de oro y dos más del viejo teléfono de baquelita en medio de las dos columnas griegas. La primera de estas dos era un plano general de la posición del teléfono entre las columnas y la última foto, un primer plano del teléfono en sí.

—¿Qué ves? —preguntó Raffi.

—Una fotografía mala de un teléfono de disco antiguo.

—¿Qué hay encima del teléfono en la pared?

Holliday miró la fotografía entrecerrando los ojos y la acercó con el *zoom*.

—Un número: 0112032087582.

—Cero, uno; uno es el prefijo internacional. Los dos siguientes dígitos son el código del país y el siguiente número es el de la ciudad.

—¿Qué país? ¿Qué ciudad?

—Vamos a averiguarlo —dijo Raffi.

Se acercó al teléfono de la mesita de noche que había entre las camas y marcó el número de la recepción. Holliday se mezcló el Jack con soda.

—*Parlez-vous ma langue?* —preguntó Raffi. Hubo una pausa—. Genial, me preguntaba si podría decirme de qué país es el prefijo veinte... dos, cero, sí. Y de qué ciudad es el tres. *Trois, oui, sí. Merci bien.* —Y colgó el teléfono.

—¿Y bien? —preguntó Holliday dando un sorbo.

—Alejandría.

—¿Alejandría? ¿O Alexandria, en Virginia? —preguntó Holliday sin sorprenderse al pensar que podría ser la de Virginia, que no está lejos de MacLean y Langley, la sede de la CIA. Podría estar involucrada.

—No —dijo Raffi—. Egipto.

**S**ALIERON del aeropuerto Nice-Côte d'Azur a la mañana siguiente en un Boeing 737 hecho una carraca con los colores distintivos de Royal Air Maroc en un azul desteñido. Era un avión antiguo y algunos de los paneles del techo estaban sujetos con cinta adhesiva. De la mesa del asiento de Raffi caía y casi se derramaba en sus rodillas algo amarillento con un olor sospechoso a desayuno y durante todo el viaje hubo niños corriendo y gritando a pleno pulmón por el pasillo central. No había servicio de bebidas y los retretes estaban atascados desde la primera hora de vuelo. Holliday estaba convencido de que olía a tabaco detrás de la puerta de la cabina, que ni siquiera encajaba bien.

Fue un viaje enrevesado: primero a París-Orly y luego a Casablanca, donde esperaron el repostaje durante tres horas. De Casablanca volvieron hacia el norte hasta Tánger, luego al este hacia Orán, en Argelia, para hacer un breve descanso antes de coger otro vuelo hasta Argel.

En Argel hubo otra escala inesperada, en la que les sirvieron de almuerzo tortitas y algo llamado *tagine*, que era casi todo marrón y parecía que había empezado siendo un estofado. Sabía a cordero y cardamomo, y tenía un gran pegote de yogur líquido encima. En este punto del viaje, Holliday empezó a asimilar que ya no estaba en Kansas ni en ningún lugar de su mundo habitual. Empezaba a parecerse a un episodio de la serie de terror y ciencia ficción *En los límites de la realidad*. Junto a él, Raffi no parecía importunado. Holliday supuso que hacía falta una mente mediterránea para valorar los diversos matices de viajar por el norte de África.

Después de una eternidad mirando por la ventana mugrienta del avión hacia la inhóspita extensión del aeropuerto de Houari Boumedienne y los restos de la estructura quemada y cubierta de maleza de lo que había sido un Air Afrique 737, que debió de haberse estrellado hacía décadas, despegaron una vez más para aterrizar en Túnez a causa de lo que el piloto explicó como «problemas técnicos». Con los problemas técnicos supuestamente arreglados, el avión despegó dos horas y media más tarde con los paneles del techo cayéndose, los aseos apestando y desbordados de agua y el pasillo central lleno de basura y niños.

Tres horas después, el viejo avión descendió atravesando la densa niebla marrón de los gases que cubrían El Cairo. Una hora interminable y frustrante y un billete de cincuenta dólares doblado bastaron para conducirlos desde el control de aduanas e inmigración hasta la antigua ciudad, cuyo ambiente traía a la mente una caja de arena para gatos. Cuarenta minutos más metidos en un taxi y llegaron al recargado palacio del siglo XIX que albergaba la estación de trenes de Ramsés.

Media hora más tarde, y completamente exhaustos, consiguieron hacerse hueco

en el tren de primera hora hacia Alejandría. Salieron de las afueras de un Cairo de la época soviética deprimente y derruido para adentrarse en la fantasmagórica bruma del pantanal del delta del Nilo. Finalmente, llegaron al gran arco de la ciudad junto al mar que el novelista expatriado inglés Lawrence Durrell definió una vez como la Ciudad Blanca: Alejandría.

Para cuando llegaron al hotel Regency en la *corniche*, con vistas a la playa y el océano a menos de treinta metros, llevaban viajando casi veinticuatro horas en un trayecto que no debería haber durado más de la mitad. Se quedaron dormidos en menos de cinco minutos.

A la mañana siguiente, y tras comer huevos fritos para desayunar en la habitación, Holliday llamó al número de teléfono que Raffi había fotografiado en la tienda de Felix Valador y averiguó que era de una tienda de regalos de la calle de Masjed el Attarine.

—¿Qué hacemos? —preguntó Raffi—. ¿Entrar tan ricamente en la tienda y decir: «Hola, somos colegas de Felix Valador así que cuéntanos todo lo que sepas»? —Se retiró de la mesa del desayuno arrastrando la silla hacia atrás.

—Lo que sé es que vamos a desentonar en cualquier callejuela de Alejandría —dijo Holliday.

—Tenemos que buscar la forma de pasar desapercibidos —respondió Raffi.

—Llama al recepcionista, a ver qué puede improvisar.

Lo que el recepcionista improvisó fue a su primo, un taxista de unos veinte años llamado Faraj. En diez minutos estaba en la puerta del hotel con un taxi amarillo y negro de la marca Lada que parecía haberse utilizado en la guerra. El tal Faraj era un larguirucho con chilaba blanca inmaculada y capucha a juego. Llevaba gafas de culo de vaso, sonreía mucho e intentaba desesperadamente dejarse crecer una barbita. Según el recepcionista, Faraj era un universitario que trabajaba conduciendo taxis solo a tiempo parcial y hablaba el idioma perfectamente.

—¿Hablas mi idioma, Faraj? —preguntó Raffi.

—Por supuesto. Muy estupendo. Lindsay Lohan.

—¿Lindsay Lohan? —preguntó Holliday como espantado.

—Por supuesto —dijo Faraj asintiendo—. Black Hole. Por supuesto, estupendo.

Empezó a cantar. Tenía una voz sorprendentemente buena, suave y melodiosa; un Barry Manilow a la egipcia.

—Ya es suficiente —dijo Holliday levantando la mano en señal de renuncia—. ¿Cuánto por el día?

—¿Perdón?

El recepcionista soltó un batiburrillo de egipcio enfadado y mantuvieron una breve pero intensa conversación. Se volvió hacia Holliday y le enseñó un puñado de dientes de oro.

—Cuatrocientas libras —dijo.

Holliday miró a Raffi interrogante.

—Unos cien dólares americanos o algo menos, quizás —dijo el israelí.

—Hecho —añadió Holliday.

Todos se dieron la mano mientras el recepcionista mantenía la suya abierta enseñando los dientes de oro.

—Quiere su dinero por adelantado.

—¿Su dinero?

—Es el agente de Faraj, cogerá su parte y le pagará al final del día si todo ha ido bien.

—¿Dólares americanos? —le preguntó Holliday al recepcionista.

—Por supuesto. Muy estupendo. —La frase parecía ser cosa de familia.

Holliday contó un puñado de billetes y se lo dio. El recepcionista le dio órdenes a Faraj y el joven corrió a abrirles la puerta de la chatarra.

—Suban al automóvil, por supuesto.

Holliday y Raffi subieron con dificultad y el coche salió como disparado del paseo marítimo o *corniche*, con sus flamantes y elevados edificios erigiéndose como cañones junto a la playa, y se dirigieron a las calles sucias y de tierra compacta de la antigua ciudad. Después de un trayecto de diez minutos y con los dientes castañeteando por los baches, Faraj los dejó en su destino, aparcó y empezó a canturrear en voz baja. Holliday y Raffi fueron a un establecimiento de pipas de agua y café improvisado en un lado de la calle y se sentaron en una mesita de plástico.

El local tenía el cartel desteñido y viejo, traducido al inglés y al ruso cirílico, en el que estaban pintadas una taza de café turco humeante y una pipa de agua turca. Justo enfrente, cruzando la calle atestada de tráfico, estaba la tienda de regalos de Abu Ibrahim. Raffi pidió dos tazas de café cargado y con azúcar en un árabe pasable y señaló a un camarero que llevaba una pipa de latón y vidrio. Alrededor de ellos había al menos media docena de mesas más con hombres fumando, bebiendo café y charlando. En otras circunstancias, Holliday estaría disfrutando el momento.

Pasó un carro tirado por burros cargado con una enorme pila de chatarra de coches. Las aceras medio derruidas estaban abarrotadas de peatones que iban y venían por todos lados. De fondo de todo esto se oía el clamor primitivo e interminable de cuatro millones de personas intentando hacer sus tareas. El aire era denso por el polvo, olía a ladrillo caliente y a una intensa mezcla penetrante de sal y especias que le recordaba a Holliday lo cerca que estaban del océano. El olor en general era mucho mejor que el hedor a urinarios de El Cairo.

—No es muy prometedor, ¿no crees? —dijo Raffi refiriéndose a la tienda de regalos.

—No —confirmó Holliday.

La tienda era una aglomeración de trastos para turistas colocados en decenas de baldas estrechas. Los *souvenirs* eran burdas reproducciones de antigüedades egipcias de colores brillantes que iban desde la famosa máscara del rey Tut hasta llaveros de momias de plástico. Incluso había una balda llena de muñecos de acción de Brendan

Fraser. Un hombre moreno y bajito con camisa blanca de manga corta, pantalones negros y sandalias estaba sentado en un taburete alto fumando un cigarrillo y miraba con pereza a la calle. Era de suponer que fuera el dueño, Abu Ibrahim. Había una vieja motocicleta encadenada a la persiana metálica enrollada con la que se cerraba la tienda.

—Cuando estuve en Oxford sacándome el posgrado, vi una comedia llamada *Oro en barras*, con Alec Guinness de protagonista y en blanco y negro. Una panda de pillos medio tontos roba un cargamento de lingotes de oro, los funden, los convierten en miniaturas de la Torre Eiffel y los sacan de Inglaterra como *souvenirs* baratos. Quizás es eso lo que hace nuestro amigo de enfrente.

—Lo dudo —dijo Holliday—. Todas esas cosas están hechas en China, seguro. Además, el oro que vimos donde Valador estaba intacto, no fundido.

—Entonces, ¿dónde está el chanchullo? —preguntó Raffi—. Valador no tenía este número apuntado porque sí.

Holliday pensó un rato. Al otro lado de la calle, el hombre de blanco apagó el cigarro y se guardó la colilla en el bolsillo. En ese momento llegó el café. Holliday se puso dos terrones de azúcar del bol del centro de la mesita y dio un sorbo al café espeso y medio amargo, medio dulce. Llevaban sentados allí unos diez minutos y no había entrado ni un solo cliente en la tienda. Sin embargo, el hombre no parecía en absoluto preocupado.

—Japrisot era un poli listo —dijo Holliday finalmente—. Si tú viste ese número en la pared, él también lo vio.

—¿Qué quieres decir?

—Japrisot sabe que Valador traficaba con artículos, antigüedades y, ahora, lingotes de oro. También sabe que la Policía de antigüedades de Egipto no se escapa de la corrupción. Se habría visto enredado en un montón de burocracia allí en su entorno si hubiera intentado localizar a este tipo. Nosotros no tenemos ese problema.

—Así que hacemos el trabajo por él —dijo Raffi.

—¿Por qué no? —contestó Holliday—. No hay nada que perder.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Nos quedamos aquí sentados, bebemos café y charlamos sobre mujeres liberales, *oui*?

Holliday sonreía mientras realizaba una horrible imitación de Japrisot.

—Te pareces al inspector Clouseau en *La pantera rosa* —dijo Raffi riéndose.

—Calla y bébete el café.

Después de dos horas y media, Holliday empezaba a sentir compasión por los polis en operación de vigilancia. Tenía las tripas revueltas de tanto café, le quemaban los ojos de la luz deslumbradora y constante del sol y le picaba todo por el polvo. Para rematar, tenía que ir al baño.

—Pasa algo —dijo Raffi de pronto.

Holliday pestañeó, dándose cuenta de que se estaba quedando dormido con una

taza de café entera enfriándose delante de él. Volvió a pestañear y miró a la tienda de regalos. El hombre de blanco estaba cerrando la malla metálica de la tienda. Holliday soltó un puñado de monedas en la mesa y se levantó.

—Vamos al taxi —dijo.

Subieron la calle hasta donde estaba Faraj dormitando, con el periódico pegado a la cara. Holliday lo despertó mientras Raffi miraba por el cristal trasero del Lada.

—Se está montando en la *scooter* —dijo Raffi.

—¿Qué dirección toma?

—Creo que por aquí. Va a pasar al lado.

—Sigue a la moto —ordenó Holliday.

Detrás de ellos, se oyó el chirrido de un motor de dos tiempos como el de una máquina de coser.

—¿*Scooter*? —preguntó Faraj.

Holliday hizo un gesto con las manos como el de alguien accionando el acelerador de una motocicleta.

—*Brum, brum, scooter*.

—Ah —dijo Faraj—. *Brum, scooter*, sí. Muy estupendo, por supuesto.

El hombre de la tienda de regalos pasó al lado de ellos dando traqueteos.

—Síguelo —gritó Holliday señalando a su presa.

Faraj lo entendió al fin. Arrancó el motor rascando la marcha y siguió a la *scooter*.

—¡Seguir, muy estupendo! —Faraj se rio.

Iba acelerando entre el tráfico a toda velocidad de un lado a otro, como un surfista salvaje cogiendo una ola. Los peatones se ponían a salvo, los conductores de carros gritaban en árabe y los demás conductores pitaban. Delante de ellos y apenas visible, la *scooter* se sacudía entre los recodos de las callejuelas sin mirar atrás ni una vez. Mantuvieron la persecución durante diez frenéticos minutos en su recorrido hasta el océano.

—¿Dónde demonios va? —farfulló Raffi mientras estiraba el cuello para intentar atisbar algún lugar conocido.

Desembocaron en una amplia avenida y pudo ver un letrero que decía que estaban en la calle de Gamal Abdel Nasser, en dirección al oeste. Luego la *scooter* giró a la derecha en otro entramado de calles. Faraj se volvió con una gran sonrisa y totalmente ajeno al tráfico de delante.

—¡Winston Churchill!

Holliday se inclinó hacia delante para girar con sus propias manos la cabeza del joven hacia adelante.

—¡Mira a la carretera!

—¡Winston Churchill! —gritó Faraj por segunda vez—. ¡Al Capone! ¡MI-6! ¡Bond, James Bond! ¡Pussy Galore! ¡Muy estupendo, por supuesto!

—Se ha vuelto loco —dijo Raffi.



—Puede que no —dijo Holliday al rodear un tranvía de tres vagones amarillo brillante como de los años cincuenta.

Media docena de niños medio desnudos viajaban gratis en el parachoques trasero. En un minuto más o menos el taxi salió a una plaza llena de palmeras. En la otra acera había un pequeño y vistoso hotel con un letrero de Sofitel en el tejado. Vieron a la *scooter* pasar por la plaza haciendo un sonido chirriante y parar frente al hotel. Faraj aparcó en la otra acera de la calle y señaló al edificio. Se volvió en el asiento.

—Winston Churchill. Somerset Maugham —dijo con orgullo.

—Es el hotel Cecil —dijo Holliday riéndose—. Faraj tenía razón, Churchill se quedó aquí cuando la guerra y Maugham también. El MI-6 tenía unas cuantas habitaciones reservadas permanentemente.

—¿Qué trama nuestro amigo de la *scooter*? —preguntó Raffi.

El hombre de la camisa blanca aparcó la *scooter* empujándola hasta la sombra que daba el hotel. Se acercó al portero del hotel, un hombre mayor con uniforme marrón y dorado, coronado con un fez. Le dio algo y el señor mayor se esfumó dentro del edificio. El hombre de la camisa blanca se encendió un cigarrillo y esperó bajo el toldo del hotel mirando hacia la plaza.

Unos instantes después apareció un lujoso Citroën C6 sedán último modelo azul cobalto, y un aparcacoches salió del vehículo y le abrió la puerta del conductor al hombre de la tienda de regalos. Otro intercambio de dinero y el hombre se metió en el coche.

—Interesante —dijo Holliday—. Parece que el señor Abu Ibrahim lleva una doble vida.

—Y no se ha comprado cualquier chisme —dijo Raffi mientras el aparcacoches cerraba la puerta.

Faraj empezó a canturrear.

—*Stor-y, for-me?*

—No me había dado cuenta de lo que detesto a Lindsay Lohan —murmuró Raffi. El Citroën se puso en marcha. Holliday le dio a Faraj en el hombro.

—¡Sigue!

Faraj, aún cantando, lo siguió.

**S**IGUIERON al enorme Citröen hacia el este por la *shari* 26 de julio hacia la Corniche Road, recorriendo la planicie en forma de media luna de playas de arena blanca abarrotadas. En la parte de la carretera que daba a la ciudad había filas de altos y relucientes hoteles blancos, como formando un muro protector que ocultaba los edificios desmoronados de los siglos XVIII y XIX de la antigua Alejandría.

Al principio, Holliday temió que el hombre de la tienda de regalos los descubriera al mirar por el retrovisor, pero pronto se dio cuenta de que estaban rodeados de taxis coloreados como abejas, todos iguales, todos perfectamente intercambiables, todos pintados de negro y amarillo, todos Lada con la misma estética soviética, todos sucios y todos igual de abollados y destrozados.

Finalmente se acabó la *corniche* con la muralla de hoteles turísticos y siguieron por la de *shari* Al-Gaysh, una autopista de diez carriles que recorría la costa. Luego giraron hacia el sur para salir a la zona de Miami Beach, extrañamente bautizada. La carretera se redujo a dos carriles, las playas no estaban tan abarrotadas ni la arena era tan blanca y había pilas de sillas verdes de plástico esperando que alguien las alquilara. Pasaron por otra tanda de hoteles algo menos lujosos en Montaza Beach y, finalmente, los esperaba un recibimiento de pantanales verdes deshabitados enfrente de la playa El Maamora.

—¿Adónde va nuestro hombre? —preguntó Raffi mirando por la ventanilla mugrienta.

A lo lejos, en el agua, se veían embarcaciones de recreo y un barco pesquero aislado, pintado de manera lustrosa y navegando suavemente sobre el tranquilo oleaje. El mar estaba sereno como en una postal y llegaba manso a la playa, formando olas que se revolvían con delicadeza.

—A saber —dijo Holliday—. Si seguimos por este camino vamos a llegar al canal de Suez.

—¿Suez? —dijo Faraj volviéndose en el asiento sin perder la sonrisa—. ¡No, no, no Suez! ¡Abu Qir, Abu Qir!

—¿Abu Qir? —dijo Raffi—. Creo recordar que son unas ruinas romanas que están por aquí, pero bajo el agua. No es que sea de mucho provecho para los contrabandistas.

—Horatio Nelson. ¡Bésame, Hardy! ¡Pum, pum, Napoleón! —dijo Faraj entusiasmado.

—¿Con qué desvaría ahora? —dijo Raffi.

—Este chico se sabe su historia —dijo Holliday impresionado—. Abu Qir es donde Nelson libró la batalla del Nilo y destruyó a la flota francesa el uno de agosto

de 1798. Abu Qir es el porqué de que la piedra Rosetta esté en el Museo Británico y no en el Louvre.

—Soy arqueólogo, no historiador —replicó Raffi.

—Te avergüenzas porque el bueno de Faraj te ha puesto en evidencia.

—Sí, claro —dijo remilgadamente—. Yo puedo leer la piedra Rosetta, ¿puedes tú?

—*Touché* —dijo Holliday riéndose.

—Nelson estuvo en Abu Qir hace doscientos años, pero ¿qué hay allí ahora? —preguntó Raffi.

—Si no me equivoco, es la sede de la Armada egipcia o, al menos, de gran parte de ella. Unas cuantas fragatas y muchas lanchas patrulleras de gran velocidad, rusas y chinas en su mayoría. —Holliday se encogió de hombros—. Creo que la flota pesquera de Alejandría también atraca allí.

—¿Por qué querría el tal Abu Ibrahim andar cerca de la Armada egipcia? —preguntó Raffi—. La Armada israelí emplea la mitad de sus esfuerzos en cazar a los contrabandistas. ¿No crees que Ibrahim querría estar en cualquier sitio menos por donde ronda la Armada?

—Quién sabe —dijo Holliday encogiéndose de hombros—. Quizás tiene a marineros alistados para que hagan contrabando para él.

Abu Qir estaba efectivamente en las afueras, al este de Alejandría. Era una especie de aldea de bloques de apartamentos de estilo soviético antiguo, con hoteles nuevos a lo largo del mar y la originaria ciudad abarrotada de edificios en ruinas recubiertos de estuco, como incrustados entre lo viejo y lo nuevo.

Al sureste de la ciudad, al otro lado de las vías de tren que dividían Abu Qir por la mitad, se encontraba situada en la península la base naval, podría decirse que moderna, junto al viejo puerto pesquero, el enorme campus ultramoderno y la Academia Árabe para la Ciencia, Tecnología y Transporte Marítimo.

Detrás del puerto pesquero había un páramo desierto al que llamaban la Tierra del Señor. Lo único que había allí era una calzada amplia con más edificios de apartamentos de bloques de hormigón que se caían a pedazos y unos viejos almacenes de planchas de metal oxidado, todo ello desembocando en el puerto pesquero y el mar.

A la izquierda, un muelle de hormigón desmoronado recorría un astillero lleno de tubos de acero y bidones de aceite amontonados. A la derecha había una fila de almacenes oxidados y un grupo de barcas pesqueras apiñadas sin orden, y otros barcos anclados o parados en las marismas de la zona este del puerto. El aire era denso y estaba plagado del hedor que rezumaba de la marea y del pescado podrido. Era casi mediodía y los muelles tenían un aspecto inhóspito y abandonado.

El Citroën avanzó directamente hacia el puerto y aparcó en el muelle frente a un remolcador con casco de madera, amarrado con fuertes cuerdas a proa y a popa. En su día, había sido un barco rojo y negro con la superestructura blanca. Ahora

simplemente estaba sucio, oscurecido por la mugre. Faraj aparcó junto a un contenedor lleno de lo que parecían bolsas de fertilizante. El cartel de madera sobre la puerta de la timonera del remolcador estaba escrito con caracteres árabes.

—*Khamsin* —dijo Faraj.

Frunció los labios y emitió un silbido.

—Un *khamsin* es un tipo de viento del Sáhara. —Aportó Raffi—. Creo que es el nombre del barco.

Se abrió el maletero del Citroën y el hombre salió del coche. Se dirigió al portaequipajes y sacó un maletín anticuado. Cruzó el muelle hasta llegar a una rampa que llevaba al remolcador, y entró rápidamente. Llegó a la cubierta y ascendió por la escalerilla de mano hacia la timonera. No parecía que hubiera nadie más a bordo. El hombre abrió la puerta de la timonera y se perdió de vista. Dos minutos después apareció sin el maletín, bajó por la escalerilla de mano y volvió al Citroën por la rampa. Entró en el coche, encendió el motor y se fue conduciendo por el muelle.

—¿Sigue? —preguntó Faraj.

Holliday se volvió hacia Raffi.

—¿Qué hacemos?

—Me encantaría ver lo que hay en el maletín —dijo Raffi.

—Y a mí —dijo Holliday.

—¿Sigue? —preguntó de nuevo Faraj.

—Espera —ordenó Holliday.

—Yo espera. Muy estupendo, por supuesto —dijo asintiendo el joven conductor.

Faraj cogió el periódico del asiento de al lado, se echó hacia atrás y se cubrió la cara. Holliday y Raffi salieron del taxi y cruzaron el embarcadero hacia la rampa del remolcador.

—¿Y si hay alguien más a bordo? —preguntó Raffi.

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a él —contestó Holliday—. Pero primero tenemos que cruzar esta rampa.

Atravesaron el espacio entre el embarcadero y el remolcador con el lento chapoteo del agua oleosa bajo ellos. Llegaron a la cubierta principal y se pararon para ver si oían algún sonido que viniera de detrás de las puertas del mamparo que tenían enfrente. Había tres puertas y tres ojos de buey tan cubiertos de mugre que parecían opacos. Una escalerilla de mano llevaba a la cubierta de abajo y otros tantos escalones subían hasta la timonera. Tanto la camareta alta como el puente que conducía a la timonera eran de madera, seguramente caoba o teca, y estaban cubiertos por tantas capas de pintura blanca que casi no se veía el entablado. La mugre que cubría la pintura le daba a todo un aspecto gris grasiento. Un medallón de hierro fundido y excesivamente pintado decía *Neafie, Levy & Co. Philadelphia-1906*.

—Esto tiene más de cien años —dijo Raffi mirando el plato atornillado a la puerta de la camareta.

—Pues lo construyeron como se hacían las cosas antes, para que durara para

siempre —dijo Holliday—. Mil tormentas, un par de guerras mundiales... Los británicos todavía ocupaban Egipto cuando lo construyeron.

Raffi estaba curioseando por uno de los ojos de buey.

—Parece la galera —dijo—. No hay nadie.

Holliday asintió y se dirigió a la escalerilla que llevaba a la timonera. Raffi lo siguió de cerca. Ambos se giraron y miraron al muelle, que seguía desierto, como siempre que el sol aprieta a la hora de la siesta. El sol era abrasador y Holliday sentía cómo le caían y le escocían los chorros de sudor bajo la camisa. El hombre del Citroën parecía fresco. Al contrario que el taxi de Faraj, el Citroën aparentaba tener aire acondicionado.

Llegaron a la timonera y entraron en ella. El interior era casi primitivo. Había imbornales con rejillas en el suelo para que se filtrara el agua, un cuadro de mandos soldado de manera chapucera con unos cuantos controles del motor y un timón de seis radios de caoba y latón que parecía el original. Había un sencillo instrumento de control de potencia de sala de máquinas unido al mamparo de la derecha en el que se leía *Full, Half, Slow y Stop*. Una palanca de freno alta y de hierro iba desde el suelo hasta la parte derecha del timón. El barco tenía una radio marina en un soporte del techo sobre el parabrisas delantero, una brújula de plástico negro flotando en glicerina, un GPS moderno y un resonador. Para un barco de treinta metros de eslora, era un sistema de navegación muy burdo.

—Quien sea que conduzca este cacharro, o se le da pero que muy bien o está loco —dijo Holliday.

—O las dos cosas —añadió Raffi.

Había una puerta de mamparo en la parte trasera de la timonera y no estaba cerrada con llave. Era una mezcla entre la sala de mapas y el camarote del capitán. El maletín estaba en una mesa pequeña junto a un ojo de buey y lleno únicamente de mapas náuticos.

—Parece que se prepara para ir a algún sitio —dijo Holliday.

—¿Adónde? —preguntó Raffi.

Holliday abrió uno de los mapas doblados y lo extendió sobre la mesa.

—De As-Sallum a Al-Iskandariyah —dijo viendo la leyenda del mapa—. La escala es de 1:100.000. A unos doscientos veinticinco kilómetros de Alejandría. Parece una especie de puerto.

—As-Sallum es también el último sitio donde se vio a Peggy y al resto de la expedición —dijo Raffi—; era la última parada antes de cruzar a Libia. Está justo en la frontera.

—No puede ser casualidad —dijo Holliday.

Volvió a doblar el mapa y lo puso dentro del maletín. Lo cerró, le puso el pestillo y lo volvió a dejar exactamente donde lo encontró.

—Vamos a ver si averiguamos por qué nuestro vendedor de trastos quiere ir a As-Sallum —dijo.

Salieron de la timonera por la puerta que daba al puerto, a la vista de cualquiera que pasara por el muelle. Volvieron a la cubierta principal y bajaron con cuidado una escalerilla hasta el castillo de proa, atentos a cualquier sonido. Lo único que se oía era el repiqueteo de una bomba de achique automática en algún lugar bajo ellos y el suave chapoteo de las olas al chocar con el casco.

El castillo de proa consistía en dos camarotes pequeños, seis literas junto a los mamparos de babor y estribor, una galera pequeña y una mesa alargada de cinc con bancos atornillados al suelo. Incidían sobre ellos algunos rayos de luz tenue que hacían sombras allá donde miraran. El techo era bajo y un entramado de cables y tubos colgaba de unos soportes metálicos. Claramente, aquella pequeña zona sofocante se había usado hacía poco. Había fotografías sobre las estrechas literas y un inconfundible olor a cebolla frita.

—No hay nadie en casa —dijo Raffi.

—No tentemos a la suerte —contestó Holliday con tono tembloroso.

Estar bajo cubierta y ajenos a cualquier ataque iba contra lo que le dictaba su experiencia como militar, por no hablar de su instinto de supervivencia.

—Cinco minutos más y fuera.

Se dirigieron a la popa por un pasillo estrecho y pasaron por un mamparo que daba a una zona de carga entre el castillo de proa y la sala de máquinas que había más atrás. En la zona de carga había setenta u ochenta enormes cajones de embalaje apilados por todas partes. Los cajones estaban atados con precintos de aduana y marcados con una sucesión indescifrable de números y letras. La única pista de su contenido era un sello de un caballo sobre dos patas y la palabra *DIEMACO*.

—De pronto estoy teniendo un mal presentimiento con todo esto —dijo Holliday.

—¿Qué es *DIEMACO*? —preguntó Raffi.

—Die Manufacturing Corporation of Canada. Hacen ametralladoras.

—¿Canadá? —preguntó Raffi sorprendido.

—El sexto exportador de armas de bajo calibre del mundo. Mayor que Israel.

—Estás de broma.

—Mil millones al año. No te dejes engañar por las hojas y el jarabe de arce. La historia de los Boinas Verdes se remonta a la Brigada del Demonio, una unidad de comando de Canadá-Estados Unidos. Hoy en día, nadie lo cuenta, pero fueron los canadienses del segundo batallón de paracaidistas los que entrenaron a los americanos y no al revés.

—Una lección de historia tras otra —dijo Raffi sonriendo.

—Vamos a abrir una —dijo Holliday.

Había una pequeña palanca en una estantería del mamparo de babor, que Holliday usó para desenrollar el cable de precintado de aduanas y luego meterla entre el cajón y la tapa de madera grapada al mismo. Dentro había media docena de cajas planas y duras, en tonos neutros. Holliday desabrochó los cierres de la caja superior y la abrió.

—Nuestro hombre no está sacando objetos de contrabando de Egipto, los está

metiendo —dijo Holliday inspeccionando la caja.

Dentro, metido en huecos de espuma, había un equipo completo de armas de color arena con una textura lisa y extraña.

—¿Qué es eso? —preguntó Raffi.

—Un fusil de francotirador Timberwolf. Es completamente preciso a unos cuatro mil metros. Y repito, completamente preciso.

—Eso es más de tres kilómetros.

—Exacto —dijo Holliday rotundamente.

Había una docena de cajas más pequeñas en el fondo de los cajones de embalaje. Sacó una ellas y rebuscó más a fondo, dando con unos doce paquetes envueltos con papel duro. Abrió uno en el que había un revólver achatado de color negro intenso con la empuñadura en forma de cola de castor y el cañón corto, más corto que su dedo índice. La pistola entera cabía en la palma de la mano.

—Un Para-Ordnance Nite Hawg —murmuró Holliday—. Otra compañía canadiense. Hay cuarenta y cinco automáticas.

Le quitó el papel a uno de los paquetes pequeños y lo que contenía eran cajas de munición. Luego se metió la pistola en el bolsillo derecho de la chaqueta y echó algunas cajas de munición en el izquierdo.

—Como te cojan en Egipto con un revólver, nos vamos a pasar unos cuantos años en la cárcel.

—Como nos cojan los chicos malos sin uno, estamos muertos —contestó Holliday.

Tiró la caja vacía y el envoltorio roto del paquete de munición en el cajón de madera. De repente se escuchó un sonido metálico que venía de la puerta del mamparo de popa al abrirse. Un hombre delgado, sin barba y con un mono azul claro manchado de grasa entró en la bodega de carga, frunciendo el ceño y mirando como si acabara de despertarse de la siesta. Parpadeó, sorprendido de encontrar a dos extraños en el remolcador, y dijo algo en voz alta y casi afeminada.

—*Maa fee shay jadeed?*

Holliday no entendió nada, pero la intención de la pregunta estaba clara: «¿Quién demonios son y qué hacen en mi barco?».

Se metió la mano en el gran bolsillo delantero del mono e intentó sacar algo. A Holliday le pareció un enorme revólver Webley de la Armada, el utensilio estándar de las Fuerzas Armadas Británicas desde la guerra de los Boer. Mientras sacaba el revólver, la parte delantera se le enganchó en un roto del bolsillo. Holliday apenas dudó. Con el corazón a punto de salirse del pecho y bombeando adrenalina frenéticamente al torrente sanguíneo, cogió la palanca de encima del cajón, dio dos pasos hacia adelante y le dio un golpe tremendo al hombre en la cabeza, pillándolo desprevenido. La punta con forma de gancho colisionó con la sien izquierda provocando un crujido ahogado y que el hombre se parara en seco; dio un grito, con los ojos fuera de las órbitas, y se desplomó con el brazo extendido y aún sosteniendo

el pesado revólver en la mano. Estaba inmóvil. Raffi, horrorizado, miraba fijamente al hombre del mono azul.

—¿Está muerto?

Holliday se agachó y cogió el Webley por si acaso. Le buscó el pulso en el cuello y no tenía. No se veía sangre, pero el lateral de la cabeza del hombre parecía un balón desinflado, con los huesos triturados; como si fuera un huevo pasado por agua.

—Sí, está muerto —dijo Holliday suspirando.

Había visto suficientes batallas como para saber reconocer un cadáver.

—Tenemos que irnos pero ya —dijo Raffi con urgencia.

—No podemos —dijo Holliday negando con la cabeza—. Todavía no.

—¿¡Pero qué dices!?! —preguntó Raffi—. ¡Cuanto más nos quedemos aquí, más probabilidades hay de que aparezca el tipo de la tienda de regalos!

—Exacto —añadió Holliday—, hasta ahora esta gente no sabía que andábamos tras ellos. Si dejamos un cadáver aquí, cambia el panorama por completo.

—¿Qué estás intentando decir?

—Que nos deshagamos del cuerpo.

Tardaron más de media hora y fue una clase práctica sobre pesos muertos. Llevaron a pulso el cuerpo pesado y lacio por la escalerilla con los brazos y las piernas dando bandazos, y la cabeza colgando y golpeándose de manera horripilante en cada escalón que subían. Lo llevaron a la zona de barlovento, ocultándose tras la camareta alta para que no se les viera desde el muelle. En el puerto, los barcos pesqueros pintados con colores vivos se balanceaban suavemente en el agua brillante como en una postal rústica del Mediterráneo: «He llegado a Abu Qir. El hotel no como para cinco estrellas, el puerto magnífico. Ojalá estuvieras aquí con nosotros. Alice».

Jadeando por el esfuerzo y respirando con dificultad, llegaron a la cubierta y pararon para recuperar el aliento manteniendo el cuerpo escondido bajo la línea de la borda del viejo remolcador. Raffi miró por encima de la borda; el agua densa y grasienta golpeaba lánguidamente el casco negro y deteriorado, y la superficie estaba cubierta por una capa de mugre del puerto, una mezcla de basura flotante, peces muertos, plástico y montones de enormes algas negras.

—¿Los cuerpos flotan o se hunden? —preguntó Raffi.

—Se hunden un tiempo, pero luego los gases los hacen salir a la superficie —explicó Holliday.

—¿Cuánto tiempo tardan en salir?

—No tengo ni idea.

—Entonces necesitamos algo que lo mantenga en el fondo —dijo Raffi.

Encontraron en la popa un viejo esquife boca abajo y medio cubierto con una lona de caucho. El pequeño barco no parecía haberse usado en décadas. En un principio debió de servir como bote salvavidas o para inspeccionar la parte del casco, algo que estaba claro que no se había hecho en mucho tiempo. Bajo el bote había un viejo



motor del modelo British Seagull 1.5 que tenía el aspecto de haber sido diseñado por un inventor loco de antes de la guerra en el cobertizo de su jardín. Junto al endeble fueraborda encontraron un rollo de cuerda medio raída que había servido de amarra del bote. Arrastraron el motor hasta la cubierta de proa y lo ataron lo más fuertemente posible al cuerpo del hombre del mono azul. Cuando terminaron, se aseguraron de que nadie pudiera verlos desde ninguno de los pesqueros del puerto y tiraron la pesada carga por la borda. Cayó salpicando ruidosamente, y la suciedad de la superficie del agua se dispersó y engulló el cuerpo. Diez segundos más tarde, esa capa de suciedad era un uniforme manto ondulante de desechos que no dejó rastro del cuerpo.

—No le pagaban bien al ingeniero y se fue —dijo Raffi.

Holliday miró hacia la superficie del agua en calma.

—Tiene bastante sentido —dijo asintiendo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Raffi.

Holliday pensó en Peggy y en lo que les esperaba.

—Llegaremos a As-Sallum antes que el *Khamsin*.

**D**ESPUÉS de dejar a Faraj, cogieron el tren de medianoche desde Alejandría hasta Mersa Matruh pasando por El Alamein, la pequeña ciudad costera donde Montgomery resistió ante los tanques de Rommel y dirigió la ofensiva hacia el oeste, la misma ofensiva que finalmente expulsó al general alemán de África. El terreno, aunque vieron poco, era una mezcla de desierto lúgubre y lleno de astillas, elevadas dunas salvajes y zonas de tierra cubiertas de maleza intentando sobrevivir en un árido océano de arena. A lo lejos, a la derecha del tren y con la luz del amanecer elevándose tras ellos, apareció el océano como un gran espejismo de agua en el desierto, que se puede ver, pero nunca llegar a él.

Cuando embarcaron ya no quedaban coches cama disponibles, así que pasaron la noche en el coche bar, un lugar sorprendentemente elegante, con paneles de madera, bebiendo cerveza Luxor en latas plateadas y debatiendo su situación. Al amanecer, y aún despiertos, estaban solos en el vagón con la única compañía del barman, que dormitaba en su taburete en la esquina de enfrente. El frío furor del amanecer llenó el cielo de miles de tonos rosas y dorados mientras las ruedas traqueteaban regularmente sobre la vía infinita bajo sus pies.

—Dime todo lo que sepas sobre el alemán, el tal Walter Rauff. Tiene que haber alguna pista en su historia en el norte de África que nos guíe hasta el oro.

—Encuentra el oro y encontrarás a Peggy —dijo Raffi.

—Algo así.

Raffi pensó unos instantes, intentando organizar sus ideas. Al otro lado del vagón, el barman se despertó y volvió a dormirse en cuanto vio que no se le necesitaba.

—No sé si es exactamente así, pero según recuerdo estuvo en la Marina y lo expulsaron por algún tipo de escándalo sexual, por acostarse con la mujer de un almirante o con la hija, o con las dos. Bueno, y consiguió meterse en las SS, el batallón de la muerte que dirigía los campos. Ideó un modo de gasear personas utilizando unidades móviles de exterminación y por eso fue por lo que se le destinó al norte de África con Rommel. Su misión era la de intervenir como apoyo a las unidades de Rommel exterminando a los judíos del norte de África, desde Marruecos hasta Palestina. También estaba encargado de recoger los activos, la fuente de todo el oro. En 1942 y 1943 se estableció en El Alamein, justo por esta zona.

Raffi miró por la ventana al paisaje baldío.

—Volvió a Túnez para reunir a los judíos con el Einsatzkommando de Túnez un tiempo y luego expulsarlos a todos de África; a Italia, creo. Eso fue en 1944. Tras la guerra, fue apresado por los americanos, escapó y se sirvió de la zona de influencia del obispo Hudal con el fin de escapar por el Vaticano, para primero pasar un tiempo

en Siria y luego seguir hacia Chile.

Raffi se encogió de hombros.

—Dirigió una planta de envasado de cangrejos durante unos años y después empezó a trabajar para el servicio secreto del gobierno de Chile. Solía viajar a Alemania a menudo, pero nunca lo cogieron.

—¿Había algún plan de emergencia para escapar si asesinaban o capturaban a Rommel? —preguntó Holliday.

—La mayoría de las unidades de las SS tenían planes secretos para escapar si empezaban a perder la guerra. El Vaticano tenía completamente establecida su zona de influencia desde 1942, llevando a los de las SS primero a Siria y luego a Suramérica.

—¿Se trataba de alguna ruta alternativa? —preguntó Holliday.

Raffi asintió y le dio el último sorbo a la lata de cerveza ya caliente.

—Atravesando Libia por el aire hacia el sur hasta una base aérea en la Nigeria controlada por los Vichy, y luego cruzando el océano hasta Brasil o Chile.

—Ahora empieza a tener sentido —dijo Holliday.

Sacó del bolso de viaje del asiento de al lado un mapa a gran escala de Egipto y Libia plegado y lo extendió sobre la mesa.

—¿Tienes idea de dónde estaba situada la base de Libia?

—Se me viene a la cabeza el nombre de Al-Jaghub, pero no estoy seguro.

Holliday lo encontró en el mapa.

—Hay una ciudad en un oasis llamada Al-Jaghub en medio del mapa.

—Espera —dijo Raffi ansioso—. ¿No la mencionó Ducos cuando hablamos con él?

—No lo recuerdo —dijo Holliday—, pero encaja. Sería una base perfecta para que hiciera escala un vuelo de larga distancia hasta Nigeria.

—¿Así que los nazis se quedan boquiabiertos por la derrota de Rommel y meten el oro en un avión hacia Brasil?

—Y se pierde en algún lugar entre el punto A y el punto B —dijo Holliday asintiendo.

—Y eso también encaja —dijo Raffi—. Hudal era un obispo con contactos e infiltrados en las SS y en el Vaticano.

Holliday se recostó en el asiento.

—Ya veo —dijo—. El monje de la Escuela de Arqueología Bíblica de Jerusalén, el tal Brasseur o como se llamara, no buscaba textos sobre templarios en los Archivos, sino que intentaba encontrar los documentos de Hudal. Estaban buscando el oro de las SS desde el principio.

Llegaron a Mersa Matruh a las seis y media de la mañana. Tenía unos doscientos mil habitantes, como si fuera una Alejandría en miniatura, con el mar oculto tras una línea de hoteles y complejos turísticos a lo largo del paseo, todos nuevos y modernos y, tras esta gran fachada, la antigua ciudad, la de los auténticos habitantes bereberes

que vendían productos cultivados en los pequeños terrenos que habían visto desde el tren. Se registraron en el Beauite, un hotel económico de cinco plantas con su propia playa de arena privada. La simple llamada al recepcionista les suponía un problema casi insalvable. Tomaron el desayuno continental que tenían incluido en el balcón de la estrecha habitación para ir tratando la situación en la que estaban.

—Estamos bien fastidiados —dijo Raffi deshecho mientras observaba el océano frente al hotel.

Cogió un trozo de cruasán y le puso mantequilla.

—Tardarás dos semanas en conseguir un visado para Libia con tu pasaporte americano y yo, seguramente, ni lo conseguiré.

—Pues lo hacemos sin visados —dijo Holliday dando un sorbo al café.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Raffi.

—Mira el mapa —dijo Holliday—. El lugar más cercano por la parte de Egipto es el oasis de Siwa. Está solo a algo más de trescientos kilómetros de aquí, y Siwa está a menos de ochenta kilómetros de Al-Jaghbug.

—Tras una frontera impenetrable —dijo Raffi gruñendo—. Tienen como unos dos millones de minas de tierra colocadas. Vallas, cámaras y todo el equipo. Egipto y Libia están en guerra desde los setenta.

—Es territorio del LRDG —dijo Holliday—. Te aseguro que es como un colador.

—¿LRDG?

—Long Range Desert Group; es el grupo del desierto de largo alcance, una unidad del Ejército de Tierra británico de la Segunda Guerra Mundial —explicó Holliday—. Los británicos y los alemanes estuvieron persiguiéndose los unos a los otros por la frontera durante años. Tiene que haber docenas de pasos.

—Pues yo no conozco ninguno —añadió Raffi.

—Bueno, encontremos a alguien que sí —contestó Holliday—. No pienso fallarle a Peggy ahora.

Más tarde, se hicieron con un *jeep* militar de lata con ruedas grandes y fabricado en la República Checa, un UAZ-469 de algún grupo de safari perdido. Pasaron la tarde llenando el falso techo de lata del Land Cruiser de provisiones, incluyendo todos los mapas de la zona que encontraron. A la mañana siguiente, partieron hacia el oasis de Siwa, viajando hacia el sur por el desierto. El limitado vehículo funcionaba más como un tanque que como un coche y no tenía suspensión alguna, tan solo el simple motor diésel Peugeot-Citroën con buen ralentí y, aunque el salpicadero y los instrumentos del mismo estaban contruidos de manera rudimentaria, todo parecía funcionar bastante bien. El tope del velocímetro marcaba ciento veinte kilómetros por hora, pero en realidad no pasaba de noventa.

—Me pregunto qué significará *Pri vjezdu voziola do terenu zapni predni nahon* —dijo Raffi al leer una nota remachada al salpicadero, justo detrás del volante de tres radios—. No suena nada bien.

—Esperemos que nunca tengamos que descubrirlo —dijo Holliday pasándose al

asiento de delante para intentar alejar la camisa empapada en sudor de los asientos pegajosos.

Con razón había fracasado la compañía del safari. Holliday se imaginó a un turista barrigón mantecoso de Winnetka aguantando un día sofocante en el trasto soviético sin aire acondicionado y la imagen no fue especialmente agradable.

Viajaron durante cinco horas, cambiando de conductor cada ochenta kilómetros y parando únicamente cuatro veces: una para comerse lo que habían preparado para el viaje, dos más para ir al baño en las áreas de descanso y una cuarta para llenar el depósito con los botes de combustible que llevaban en la zona de carga del maletero. Aparte de las dunas, los únicos cambios de paisaje que vieron fueron algunas torres de transmisión, media docena de plataformas petrolíferas al borde de la carretera, unos cuantos montones de arena en el asfalto de dos carriles y los restos de una fortaleza en ruinas. Se veían por todos lados carteles en árabe y en inglés notificando la entrada o salida de una zona militar. No pasaron por ninguna gasolinera, ningún hotel, motel o bar de carretera.

—Hubo un rey de Persia llamado Cambises, en el siglo VI a. C., que envió aquí un ejército. —Contó Raffi observando el paisaje inhóspito y monótono—. Tenían la misión de destruir el oráculo de Siwa.

—Y, ¿qué pasó? —preguntó Holliday.

—Hubo una tormenta de arena. Todo el ejército desapareció y nunca se volvió a saber de ellos.

Por fin, y tras doscientos cincuenta kilómetros, el paisaje empezó a cambiar: las dunas se convirtieron en colinas, las colinas en finas montañas pedregosas y empezaron a verse palmeras y zonas verdes. De pronto, la tierra que había ante ellos dio paso a una depresión llena de palmeras, lagos de agua salada que centelleaban con el brillo del sol y campos de alfalfa que se movían con el viento. Siwa no es una simple acumulación de agua rodeada por un palmeral, es más bien una depresión de unos ochenta kilómetros de largo y veinte de ancho que una vez acogió un río caudaloso que bajaba de la montaña; se podría decir que es la versión egipcia del Gran Cañón. En esta depresión alargada y relativamente estrecha hay grandes palmerales de dátiles, olivares, campos de trigo, lagos de agua salada y riachuelos y manantiales de agua que hacen del desierto una reserva verde floreciente.

Se sabe que el oasis de Siwa lleva habitado por el hombre al menos diez mil años. Cuando Alejandro Magno fue a Siwa a consultar el oráculo de Amón Ra, la ciudad ya estaba dominada por la enorme fortaleza de arcilla y barro llamada Shali, una compleja construcción de edificios fortificados de hasta cinco plantas erigidos en la ladera de una montaña artificial. La enorme fortaleza perduró mil años, hasta 1920, cuando tres días de lluvias torrenciales derritieron casi literalmente la estructura de barro como la marea destruye el castillito de arena de un niño en la orilla de la playa. Todavía hoy, Shali es una creación impactante que se eleva de forma imponente sobre la ciudad.

La ciudad de Siwa acoge a unos diez mil habitantes, que viven principalmente del mercado y la venta de uvas y aceitunas de Siwa, así como del turismo. La mayoría de los habitantes, al igual que los granjeros y propietarios de las tierras, son bereberes.

Había una media docena de hoteles en Siwa y Raffi y Holliday eligieron el que parecía la mejor opción, el Safari Paradise, que constaba de un edificio principal rodeado de un grupo de bungalós que daban a una piscina de agua burbujeante. Tras reservar una de las cabañas, se refrescaron y se dirigieron al comedor del edificio.

El comedor del Safari Paradise era sorprendentemente elegante teniendo en cuenta el lugar en el que estaba al que, al igual que a Tombuctú, podría aplicársele la expresión «en medio de la nada». En las paredes blancas de yeso había cuadros coloniales de Egipto y concretamente de Siwa y el techo estaba cubierto de vigas de artesonado de madera entrecruzadas. Las mesas tenían manteles blancos con servilletas almidonadas con forma de abanico en cada juego de cubiertos de plata de ley. El *maître* del hotel, que se llamaba Omar, iba vestido de etiqueta. Había una gran variedad de entrantes en el enorme menú adornado, desde el mejor solomillo y unas costillas de Nueva York de primera calidad hasta el pollo *kishk* y los kebab *kofta*. Los aperitivos iban desde las patatas fritas o las tiras de calabacín hasta las pitas y *baba ghanouch* con salsa de yogur y menta y las *wara'enabs* u hojas de parra rellenas. Pidieron la comida a un amable camarero que hablaba su idioma perfectamente. Holliday, el más arriesgado de los dos, pidió el pollo *kishk* y las hojas de parra rellenas de aperitivo; Raffi, una hamburguesa con queso y patatas, y ambos pidieron té.

Estaban a punto de terminar de comer y pensando ya en el café cuando un hombre se presentó en su mesa. Era alto, de complexión ancha y llevaba pantalones cortos a media pierna y una chaqueta militar pasada de moda sobre una camisa blanca de cuello Mao. Tenía la cara cuadrada y la barba completamente gris, el pelo canoso desgredado que le llegaba hasta los hombros y unas cejas pobladas y oscuras sobre unos astutos ojos negros. Tenía la nariz grande y aguileña, de las que le habrían quedado bien a un César, y la piel negra como el té helado. Al hablar, dejó ver una fila de dientes blancos que contrastaban con el tono de piel oscuro. Tenía la voz grave y contundente como la de un actor o un político. No tenía acento británico, del Atlántico medio; «más bien canadiense», pensó Holliday sin estar del todo seguro.

—Mi nombre es Emil Abdul Tidyman —dijo el hombre mientras se sentaba sin habérselo ofrecido—. He oído que buscan un guía.

—¿QUÉ le hace pensar que necesitamos un guía, señor Tidyman?

—Es bastante sencillo —dijo el hombre con una sonrisa—. Llegan a Siwa en una vieja camioneta checa, lo que indica que, obviamente, deben de haberla comprado, porque nadie las alquila, y si se compra una camioneta como esa es porque se quiere ir a un sitio al que no llegan las típicas rutas de safari. También tiene un indudable pasado militar; camina como un soldado y tiene el porte y el corte de pelo de un soldado. Imagino que, mínimo, hablamos de un comandante, pero es más probable que sea coronel.

Tidyman asintió con la cabeza de pelo canoso y continuó.

—Y está claro que nadie excepto un oficial experimentado, que seguramente habrá servido en Afganistán, sabría que, a pesar de su procedencia, un Ulyanovsky Avtomobilny Zavod-469 fabricado en la República Checa es un vehículo mucho mejor para su uso en el desierto que un Land Rover o un Toyota Land Cruiser. Esto, según mi experiencia, significa que quiere ir donde no debe. —Tidyman se recostó en la silla—. ¿Me acerco... coronel?

Holliday ignoró la pregunta.

—¿Exactamente cuál es esa experiencia de la que habla, señor Tidyman?

—Pues es bastante similar a la suya, creo —contestó el hombre—. Pero reducida casi en su totalidad a África. El Congo, en particular la provincia de Katanga, también Biafra, Angola, Sierra Leona, Guinea Ecuatorial... y algunos más.

—¿Un mercenario?

—Un soldado con suerte.

—Chorradas de machito de esos que van por ahí en sus camionetas con rifles. La mayoría de los mercenarios con los que me he topado son bobos a los que han echado de la sección ocho porque no pasaron el entrenamiento básico del ejército. Perdedores.

Tidyman se encogió de hombros y sonrió enseñando los dientes blancos como perlas.

—Si así duerme mejor, doctor Holliday.

—Sabe mi nombre.

—Soy un viejo amigo del recepcionista.

—¿Vive en Siwa?

—Se podría decir que veraneo aquí, el invierno lo paso en climas más fríos.

—Extraña elección.

—Una de las ventajas de tener la nacionalidad múltiple —dijo Tidyman—. Y uno de los inconvenientes: mi nacionalidad canadiense me proporciona servicios

sanitarios gratuitos, pero tengo que vivir allí unos meses al año. Lo mismo que la salud dental gratuita que tengo en Inglaterra. Mi nacionalidad egipcia me proporciona el sustento.

—Buen truco —dijo Holliday riéndose—. Tres pasaportes.

Muy a su pesar, estaba empezando a gustarle ese hombre con labia que tenía enfrente. De modo algo diabólico, o quizás algo pícaro, era muy amable y estaba claro que también era muy astuto.

—¿Cómo lo consiguió?

—Soy el expatriado perfecto —contestó—. Nunca en mi hogar allá donde voy. Mi padre era británico y mi madre egipcia. Yo nací en El Cairo poco después de la Segunda Guerra Mundial, pero crecí en Canadá, donde me nacionalicé. A diferencia de ustedes, los hiperpatrióticos yanquis, los canadienses son muy tolerantes con las personas con varios pasaportes. Ustedes tienen su crisol de razas y los canadienses su mosaico. Todo depende del punto de vista. —Sonrió—. Y a pesar de la mala propaganda, la sanidad canadiense es bastante buena.

—¿Cuál es ese sustento? —preguntó Raffi.

Tidyman sonrió otra vez mostrando los dientes.

—La gente viene a mí con sus deseos más preciados y yo les doy su anhelo.

—Muy poético —dijo Holliday—. Y algo enigmático.

—¿Qué fue lo que dijo Churchill de los enigmas? —dijo Tidyman sonriendo ampliamente y con los negros ojos centelleantes.

—Fue en un discurso para la radio en 1939 —dijo Holliday—. Estaba hablando de Rusia: «Es un acertijo envuelto en un misterio dentro de un enigma». En otras palabras, es complicado.

—Historiador —añadió Tidyman—. Interesante.

—Creía que fue Jim Carrey el que dijo eso cuando interpretó a Enigma en *Batman Forever* —dijo Raffi, riéndose ahora él.

Tidyman se rio.

—Ah, sí, el señor Carrey, otro expatriado canadiense. Me juego el cuello a que se hace los chequeos rutinarios en Canadá.

—¿Adónde quiere llegar, señor Tidyman? —preguntó Holliday.

—Quiero llegar a que mi sustento es como la cita de Churchill: complicado.

—Y, ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

—Sospecho que su anhelo también es complicado —contestó Tidyman.

—Y, ¿por qué sospecha tal cosa?

—Vamos, doctor, estamos yendo en círculos. Estamos siendo un poco desconfiados, tanteándonos según avanza la conversación, pero no estaríamos haciendo esto si usted fuera un inocente turista, ¿verdad?

Señaló con el pulgar hacia el *maître* del hotel.

—Habría llamado al bueno de Omar para que me echara si así fuera.

—Entiendo que Omar y usted tienen un acuerdo —dijo Holliday.



—¿Conoce el término *bakshish*? —dijo Tidyman sonriendo a toda potencia.

—Un soborno —dijo Raffi.

—Algo así —añadió Tidyman—. Así se hacen los negocios en mi país.

—¿A qué país nos referimos ahora? —dijo Holliday.

—*Touché*, doctor Holliday —dijo el hombre canoso—. Así que volvemos a las evasivas.

—¿Por qué no nos dejamos de tonterías y vamos al tema, señor Tidyman? Ahora mismo está usted entre nosotros, una taza de café y algo llamado *ohm ali* que el camarero dice que está estupendo.

—Es la versión egipcia del bollo de cereza cubierto de azúcar glaseado, pero bastante mejor —dijo Tidyman—. Puede que me apunte.

—Al tema —insistió Holliday.

El camarero apareció en la mesa con una leve reverencia tras algún gesto imperceptible de Tidyman. El triplemente expatriado pidió algo en un egipcio aturrullado, seguramente un trozo de *ohm ali* y una taza de té. El camarero asintió y se marchó.

—El tema es el siguiente, doctor Holliday —dijo Tidyman apoyándose en la mesa y bajando la voz—. Usted es una persona que conoce su historia y es obvio que no es ningún turista inocentón. Confío en que no sea un fanático rarito de internet que cree que el ejército perdido de Cambises II aún vaga por ahí portando armaduras con incrustaciones de diamantes o algo así.

—Inocente de ambos cargos —contestó Holliday.

—Entonces hay una única respuesta. Usted y su amigo están aquí en algún tipo de misión. Añadan una camioneta checa, un todoterreno diseñado para hacer viajes a través del desierto en condiciones de frío o calor, y la conclusión es ineludible: por alguna razón necesitan a alguien que les ayude a pasar la frontera con Libia y, probablemente, con cierta discreción. De ahí mi afirmación inicial de que necesitan un guía.

Tidyman se volvió a recostar en la silla acariciándose la punta de la barba y mirando detenidamente a Holliday.

—Y si su suposición fuera acertada —introdujo Holliday—, ¿qué haríamos? Podría ser fácilmente un policía intentando tendernos una trampa.

—Eso sería incitación al delito —dijo Tidyman.

—Esto es Egipto —contestó Holliday—. Podríamos pasarnos diez años en cualquier prisión de los horrores hasta que el caso llegara a los tribunales.

—Sí, esto es Egipto, precisamente donde también podrían pudrirse en la cárcel de Burg al-Arab durante diez años por llevar esto —respondió Tidyman.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta militar anticuada con total tranquilidad y sacó algo. Era la automática Nite Hawg del tamaño de la palma de una mano que Holliday había cogido en el remolcador.

—¿De dónde leches ha sacado eso? —dijo Raffi entre dientes y pasmado.

Tidyman se volvió a guardar la pistola en el bolsillo.

—Rebusqué sus equipajes en la habitación mientras estaban aquí comiendo —sonrió ampliamente—. Podrían haber sido policías, igual que yo podría serlo.

Tidyman se calló.

—El tema es que no les he delatado y, créanme, coger a un turista con un arma me habría salido muy rentable. —Se encogió de hombros—. Pero seguro que puedo hacer más negocios con ustedes que con los polis devoradores de donuts de aquí.

Finalmente llegó el postre; estaba buenísimo, era un pudin dulce de pan con crema fresca y un sabor intenso a nueces y cerezas. Comieron en silencio durante unos minutos. Finalmente Holliday soltó el tenedor, miró a Raffi y le hizo un gesto con la mirada. Raffi levantó una ceja y se encogió de hombros. Holliday se volvió hacia Emil Abdul Tidyman.

—Está bien —dijo al fin Holliday—. Hablemos.

No llegaron a contarle nada del oro y de la relación del Vaticano y su equipo de investigación, Sodalitium Pianum, ya que preferían quedárselo para ellos, al menos por el momento. Holliday desconocía cuánto sabía la Santa Sede o si la sección francesa de la organización espía La Sapinière se había vuelto deshonesto y actuaba por su cuenta. Tampoco mencionaron el encontronazo en West Point ni incluso nada de lo anterior, cuando seguían la pista de la espada de los templarios que pertenecía al tío de Holliday.

—Todavía no estoy seguro de que debamos fiarnos de él —dijo Raffi más tarde, ya de vuelta en el bungaló.

—Yo tampoco —añadió Holliday.

Al despedirse en el vestíbulo del hotel, Tidyman le había metido disimuladamente a Holliday en el bolsillo la automática. Holliday cargó el cartucho de diez balas de cobre en la recámara.

—Pero eso no quiere decir que no podamos utilizarlo. Nunca me encantó la idea de intentar entrar en Libia nosotros solos. Tiene razón, necesitamos un guía.

—No creo que el señor Tidyman se preocupe por nadie más que por él mismo. Es lo que se podría llamar un oportunista. Si se ve en problemas o ve la ocasión de hacer dinero fácil, nos entregará a las autoridades en un santiamén.

—Es posible —dijo Holliday—. Pero si se dedica a ganar dinero en Siwa como centro de operaciones, seguramente es porque trafica con personas y drogas y, quizás, también con armas. Si es el tipo de oportunista que crees que es, va a hacer todo lo posible para proteger sus rutas de abastecimiento. —Holliday negó con la cabeza—. No creo que debamos preocuparnos demasiado en ese sentido.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Raffi—. No le seríamos de mucha ayuda a Peggy metidos en una de esas cárceles de El Cairo de las que hablabas.

**T**IDYMAN tardó un día en coger todo lo que creía que podrían necesitar, y otro más en planear el viaje, extender el rumor de que llevaba a dos nuevos *pichones* a hacer una visita turística al oasis de Bahatiya en el este y conseguir los permisos necesarios para reforzar la historia. Era una idea razonable: muchos turistas que llegaban a Siwa iban a Bahariya, algunos por la música típica del oasis, que era famosa, y otros porque era una ruta alternativa para llegar a El Cairo. Después de la panda de locos que había venido para ver el eclipse total unos años antes, los habitantes de Siwa ya habían comprobado que cualquier cosa era posible cuando se trataba de sus visitantes extranjeros. Mientras dejaran dinero en Siwa, podían hacer lo que quisieran.

Condujeron en dirección casi recta hacia el este por una carretera de dos carriles directamente desde Siwa hasta el lado opuesto de la frontera con Libia. Tidyman iba al volante. Habían colocado a ambos lados y en el techo los bidones de plástico vacíos para el agua que Tidyman había comprado el día anterior. El combustible iba en la zona de carga de la parte trasera con las demás provisiones. Los tres hombres iban apretados en el asiento corrido delantero y Tidyman ya les había explicado el recorrido hacia el este. Según él, los habitantes de Siwa eran un puñado de curiosos inquisitivos, y el viaje al oasis de Bahariya era una artimaña para sacar beneficios. También existía la posibilidad de que los descubriera el Servicio Nacional de Frontera que sobrevolaba la zona, pero Tidyman lo veía poco probable, ya que a los pilotos de las avionetas les aterraba la idea de ser derribados por los caza libaneses o incluso por su propio ejército aéreo.

Después de hora y media, Tidyman redujo la velocidad, alargó la mano y arrastró una vara negra situada bajo la palanca de cambio.

—¿Qué es eso? —preguntó Raffi al notar los bandazos del coche.

El sonido del motor también cambió.

—Lo que dice en el cartel —contestó Tidyman—: *Pri vjezdu voziola do terenu zapni predni nahon*, «Campo a través, insertar tracción a las cuatro ruedas».

—¿Habla checo? —preguntó Holliday impresionado.

—Lo suficiente como para conducir esto —dijo riéndose—. Por necesidad en algunos de los sitios en los que he luchado. Un colega que se hacía llamar Svejka me enseñó; un buen soldado, Svejka.

—¿Qué le pasó? Si se me permite preguntar... —dijo Holliday.

—No, mejor no pregunte —contestó Tidyman.

De repente, el egipcio dio un giro brusco al volante y se salieron de la carretera para adentrarse en la arena compacta. Los sobrecargados neumáticos llenos de barro

se agarraron con facilidad a la superficie. Se fueron hacia la derecha balanceándose muy fuerte y trazando un arco que los alejó de la carretera hasta perderla de vista entre las onduladas dunas. Se rebuscó en el bolsillo y le pasó un GPS Garmin Rino a Holliday.

—¿Sabe usarlo? —preguntó Tidyman.

—Claro —dijo Holliday.

Había usado la tecnología por primera vez durante las misiones de combate en la *Tormenta del Desierto*, la primera pequeña guerra con Irak. La idea era tan antigua como la navegación, pero en vez de usar un sextante como instrumento de orientación por medio del sol y las estrellas, se usa una onda radioeléctrica para triangular la posición por medio de conexiones con satélites geosincrónicos.

—Ya están fijadas las coordenadas —dijo Tidyman—. Solo hay que seguir la bola.

Veinticinco minutos después llegaron a la autovía de Siwa con Mersa Matruh y la cruzaron en ángulo recto por el borde superior de la gran depresión del oasis, que comprendía la dirección este-oeste. Tras otra hora y habiendo dejado bien atrás la ciudad, Tidyman dirigió la camioneta por un camino apenas visible que llegaba hasta la depresión. A lo lejos, hacia el sur, uno de los enormes lagos de agua salada que salpicaban el oasis resplandecía bajo el sol radiante. Para Holliday, este lago resplandeciente parecía un espejismo de carretera.

Allí, el desierto era rocoso con algunas zonas de vegetación intercaladas. Delante de ellos se veían las colinas oscuras y desnudas con altiplanos y peñascos azotados por el viento. Hasta ese momento no habían visto ningún otro vehículo. Cada pocos minutos, Tidyman preguntaba si habían llegado al siguiente punto del GPS y Holliday le leía las coordenadas.

—¿Tiene algún tipo de plan? —preguntó Raffi—. ¿O simplemente vamos a ir haciendo las cosas sobre la marcha?

—Primero cruzamos la frontera. Luego nos dirigimos a Al-Jaghbub.

Tidyman redujo en una zona de arenisca y volvió al camino.

—Tengo amigos allí —prosiguió el egipcio canoso—. Si han oído algo de su amiga, me lo dirán.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Holliday, mirando el GPS que tenía en la mano y luego el paisaje yermo que los rodeaba.

—Esto es Masrab al-Ikhwan —contestó Tidyman—. Lo que solían llamar el *camino de los ladrones*.

—Apropiado —murmuró Raffi.

—En su día fue el único paso al sur entre Egipto y Libia. Lo utilizaban sobre todo traficantes y esclavistas para ir y venir de un país a otro.

—Parece saber por dónde va incluso sin mirar la cosa esta —dijo Holliday señalando al GPS.

—Mi padre fue capitán del Long Range Desert Group en Siwa durante la guerra.

Sus mapas fueron casi mi única herencia y les he dado buen uso los últimos años. Solían venir por aquí con los coches.

—Cuando encontremos a Peggy, si es que la encontramos, ¿qué se supone que haremos? —preguntó Raffi con cierto tono de escepticismo.

Tidyman lo miró y sonrió de forma insulsa.

—Creía que era obvio, mi joven amigo israelí. —Amplió la sonrisa—. Los matamos.

En el siguiente punto del GPS, Tidyman dio un volantazo girando hacia el norte y siguiendo la dirección de los surcos de las dunas, mientras continuaba por el camino ya oculto por la arena. No había señales de carretera, tan solo el ardiente cielo sobre sus cabezas y el sol implacable.

—Ahora estamos viajando paralelos a la frontera —comentó Tidyman añadiendo un gesto con la mano.

»La antigua verja italiana está a unas millas hacia el oeste y ya cubierta por las dunas hace mucho, claro. Mussolini era realmente un idiota arrogante si pensó que podría dominar el desierto con un trozo de alambre.

Viajaron durante otros veinticinco minutos y se adentraron en la escasa sombra que ofrecía una elevación de roca esculpida por el viento. Esta arenisca parecía una versión mutilada de la esfinge.

—¿Por qué paramos? —preguntó Raffi con un claro tono de sospecha.

—Para echar un vistazo, como diría mi padre —dijo Tidyman sonriendo—. Y un poco de camuflaje.

Se dio media vuelta y cogió una mochila pequeña de la parte trasera de la camioneta.

—Salgan y estiren las piernas —ofreció el egipcio—. Solo me llevará unos minutos.

Tidyman salió desde detrás del asiento del conductor con la mochila y Holliday lo siguió.

—Parece que no le gusta mucho a su amigo israelí —dijo Tidyman.

—Está preocupado por Peggy.

—¿Está sentimentalmente involucrado con su prima?

—Sí.

—No se preocupe, la encontraremos —dijo Tidyman.

Apoyó la mano en el hombro de Holliday.

—Dígale de mi parte que siento mucho su dolor.

—Lo haré.

Tidyman asintió y se dirigió a un sendero empinado que subía por el alto peñón de piedra pálida.

Holliday se giró y vio a Raffi acercarse.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó.

—Me tendía una mano amiga —comentó Holliday—. Piensa que no te cae bien.

—Tiene razón —dijo gruñendo—. No me cae bien y además no me fío de él.

—Es todo lo que tenemos por el momento —dijo Holliday—. Así que inténtalo.

Raffi asintió y salió de las sombras del montículo pedregoso. Junto a él, Holliday vio que no era roca, sino que el montículo estaba hecho de una mezcla de conchas de ostras fosilizadas y caliza compacta.

—Mioceno —dijo Raffi—. Veinte millones de años de antigüedad, milenio arriba, milenio abajo, a pesar de lo que piensen vuestros creacionistas.

El zapato de Holliday chocó con algo que estaba enterrado en la arena compacta. Se agachó y apartó un poco de arena. Parecía una lata ennegrecida. Quitó más arena, tiró de la lata y la levantó. Estaba oxidada por el paso del tiempo, pero aún se podía leer la etiqueta.

—Sopa de tomate Campbell —dijo Holliday.

Raffi había encontrado otra lata.

—Vacuum Oil Company.

Al igual que la lata de sopa, también estaba ennegrecida por el óxido.

—El nombre original de la petrolera Socony Mobil —dijo Holliday—. Aquí debió de haber un campamento del Long Range Desert Group durante la guerra.

—Entonces, ¿cómo llamamos a este sitio? —dijo Raffi reflexionando—. ¿Un agujero lleno de basura o un yacimiento arqueológico?

—Dependerá del punto de vista, digo yo —dijo Tidyman acercándose desde la roca—. En los mapas de mi padre, esto se llama *la Seta*, supongo que por la forma que tiene.

Raffi se dio la vuelta sin hacer ningún comentario. Tidyman se encogió de hombros y sonrió fríamente.

—Como dije, no le gusto a su amigo.

—No tiene que gustarle —contestó Holliday un poco cortante—. ¿Ha visto algo allí arriba?

—Un montón de nada —dijo Tidyman.

Asintió educadamente a Holliday y volvió a la camioneta.

Se agachó y cogió de la mochila un destornillador. Quitó la matrícula egipcia azul y blanca y puso en su lugar una libanesa alargada y negra con verde reflectante. Hecho esto, colocó otra matrícula en la parte de atrás y un símbolo adhesivo magnético en la puerta, muy parecido al que llevaba Felix Valador en su camioneta en Cannes.

—Lo de la matrícula lo entiendo —comentó Holliday—. Pero ¿qué es eso exactamente?

El símbolo adhesivo tenía cuatro secciones de tuberías alineadas en perspectiva forzada y debajo una frase en árabe, en letra cursiva.

—Es el símbolo del Gran Río Artificial, el enorme proyecto de irrigación de Gadafi. El oasis de Al-Jaghub es el manantial desde el que se distribuye a Tobruk. —Se quedó atrás mirando su manualidad—. Por suerte usan una imitación china

llamada BJ-212 para ir por aquí; no superaría una inspección a conciencia, pero sí una rápida desde el aire.

—¿Puede ocurrir eso?

—Ya me ha pasado antes. Pero el coronel Gadafi es bastante tacaño con el combustible para los helicópteros Mi-24 Hind y tienen que venir desde la base aérea de Kufra, a más de seiscientos kilómetros al sur.

—¿A qué distancia está Al-Jaghub de aquí?

—A unos treinta kilómetros. Pero vamos a esperar aquí hasta que anochezca. La frontera real está solo a tres kilómetros hacia el oeste.

Esperaron al anochecer, con Tidyman dormitando con la espalda apoyada en la Seta, Raffi dando vueltas, escuchando ruidos que no existían y preocupándose, y Holliday entreteniéndose con los desechos que el Long Range Desert Group había dejado allí hacía más de medio siglo. No era la primera vez que Holliday se encontraba pensando en las fronteras entre países y en por qué los hombres luchaban por tales límites artificiales. La necesidad de *lebensraum* de un hombre ya originó una vez un holocausto, pero Hitler no fue de ningún modo el primero en luchar para ganar territorio, ni probablemente el último.

Cuando llegó la noche, lo hizo rápidamente. El ardiente sol sobre las dunas a merced del viento y los extremos de las formas de arenisca, acabadas en plano, no dejaban más que una cortina de un rosa oscurecido recortada contra la oscuridad. Tidyman se levantó y se subieron a la camioneta. Hacía fresco y a Holliday le dio un escalofrío mientras Tidyman encendía el motor y rodeaban la base de la elevada roca con forma de seta.

—Diez minutos hasta la frontera. Si surge algún problema, yo me ocupo —dijo el egipcio tranquilamente.

Condujeron por un desierto ahora más rocoso y con más gravilla que arena espolvoreada. La oscuridad era casi total y Tidyman conducía la camioneta por el camino más por instinto que por visión. Al cruzar la frontera no hubo más indicación que un breve pitido del GPS que Holliday sujetaba en la mano.

—Listo —dijo—. Ya estamos en Libia.

**T**IDYMAN conducía el viejo vehículo con prudencia, dirigiéndolo despacio y avanzando con cuidado.

—A este ritmo no vamos a llegar nunca —dijo Raffi—. La velocidad no es lo importante —dijo Tidyman sin apartar la vista de la carretera—. Es la prudencia. Esta parte del viaje puede ser muy peligrosa. Si nos salimos del camino nos podemos ver sepultados en la arena, y entonces sí que no llegaremos.

El egipcio dijo algo en árabe.

—La expresión *morir de sed* no es una mera forma de hablar en este país, sino algo que realmente debes procurar evitar.

Condujeron durante toda la noche, percibiendo el terreno a su alrededor solo al acercarse a las zonas de oscuridad en las que no se veían las estrellas. Parecía que iban pegados por la parte de la izquierda a la base de una gran elevación extraña. A la derecha, a decenas de kilómetros, se erigía otro montículo. El terreno por el que iban estaba lleno de baches y la suspensión traqueteaba y sacudía a los pasajeros.

De repente se hizo la luz como si fuera de día. Un destello claro y brillante apareció delante de ellos e iluminó la camioneta. Con el repentino golpe de luz, Holliday vio otro vehículo justo enfrente de ellos, a unos kilómetros de distancia, obstaculizando el camino. Tidyman dio un frenazo. El otro vehículo era casi idéntico al suyo, pero sin la mitad de la parte de atrás del asiento delantero y una enorme ametralladora rusa KPV de cañón largo en su lugar. Había un soldado de uniforme detrás del arma. Si Holliday no recordaba mal, esa ametralladora era capaz de disparar quinientas balas por minuto y derribar aviones o, en este caso, hacer añicos la camioneta con sus pasajeros incluidos. El destello se atenuó y se encendieron los faros del otro vehículo, enfocando directamente la camioneta.

—Y ahora, ¿qué?

—No se muevan —ordenó Tidyman.

—No se me habría ocurrido hacerlo —dijo Holliday.

—Cuando baje los brazos, encienda las luces —instruyó el egipcio con calma y señalando un botón del salpicadero.

—Entendido —dijo Holliday.

Tidyman abrió la puerta y salió del coche levantando los brazos.

—¿Crees que sabe lo que hace? —preguntó Raffi mientras Tidyman se adentraba en la luz.

—Más le vale —contestó Holliday—. Si no, estamos muertos.

Tidyman caminó manteniéndose entre ambas luces del otro vehículo y proyectando hacia atrás largas sombras con su silueta.



—¿Qué demonios hace? —dijo Raffi con urgencia y con la voz tensa.

Holliday no se molestó en contestar con la mano inmóvil sobre el botón. Le entró el pánico y de pronto se preguntó si tenía que pulsar el botón o tirar de él. Al final decidió que tiraría de él llegado el momento y rezaría para que fuera lo correcto. Una decisión incorrecta, y él y Raffi saltarían en pedacitos.

Tidyman llegó al otro coche. Holliday oía por encima del sonido del motor al egipcio gritar en árabe pausadamente y con las manos aún sobre la cabeza. Alguien respondió desde el vehículo y Tidyman empezó a darse la vuelta lentamente.

—Comprueban que no lleve armas —dijo Holliday.

Tidyman terminó de darse la vuelta y se paró con las manos aún en alto. Se oyó una orden seca desde dentro del vehículo. Tidyman se acercó al lado del conductor y se agachó un poco para hablar con quien hubiera dentro.

Holliday se puso tenso, percibiendo algo extraño en el movimiento de Tidyman.

El egipcio bajó las manos bruscamente y algo brilló al sacárselo de la manga de la chaqueta.

Holliday encendió las luces.

Los cegadores faros iluminaron el otro coche y Holliday tuvo la ligera impresión de ver cómo Tidyman metía la mano rápidamente por la ventanilla del vehículo. Una décima de segundo después apareció una pistola en su otra mano y se oyó el sonido seco de un disparo. El hombre de la ametralladora no tuvo tiempo ni de reaccionar, simplemente se desplomó sobre el suelo de la camioneta mientras Tidyman sacaba por la ventanilla del conductor la otra mano, sosteniendo a contraluz el cuchillo empapado en sangre. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos.

—Dios mío —susurró Raffi horrorizado.

Tidyman se alejó del coche limpiándose el cuchillo en los pantalones. Volvió a la camioneta y se inclinó junto a la ventanilla abierta de Raffi. El joven arqueólogo retrocedió espantado.

—¡Los ha matado!

—Claro que los he matado —dijo bruscamente y, por primera vez, con tono de enfado—. Igual que ellos les habrían matado a ustedes. Este es el mundo real, amigo, no una situación teórica a debatir. En este negocio no hay moral que valga. Eran el enemigo.

Tidyman dirigió la mirada hacia Holliday.

—Voy a apartar su vehículo del camino y a ponerlo detrás de esas rocas de la izquierda. Necesitaré ayuda con los cuerpos. Si no los enterramos, vendrán los pájaros y atraerán a alguien. Si tenemos suerte, la partida de búsqueda tardará un tiempo en encontrarlos.

—Iré yo —dijo Holliday.

Tidyman abrió la parte trasera de la camioneta y cogió su mochila, algo parecido a un rodillo de pintura y un palo de fregona. Luego encajó el palo en el rodillo.

—¿Para qué es eso? —preguntó Holliday.

—Para limpiar las huellas de la arena —contestó Tidyman.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Holliday—. ¿No lo hará el viento por nosotros?

—En 1927 un hombre llamado Ralph Bagnold cruzó el desierto de Libia en coche. Era el primer comandante de los LRDG. Si sabes dónde mirar, todavía se pueden ver las marcas de los coches de la expedición. —Hizo un gesto con la cabeza—. La capa superior de la arena tiene un alto contenido en sal y se desmenuza con bastante facilidad. Algunas zonas del desierto son realmente implacables.

El egipcio se puso el rodillo en el hombro y se adentró en la oscuridad. Holliday lo siguió.

Era casi media noche cuando acabaron. Volvieron agotados a la camioneta, donde los esperaba Raffi. Antes de volver a subirse al vehículo, Tidyman hizo un barrido de la zona con su linterna; no había marcas en el suelo ni nada que diera la más mínima muestra de la existencia de la camioneta.

—No está perfecto; lo encontrarán tarde o temprano —dijo Tidyman—. Pero por el momento funcionará.

Se guardó la linterna en la mochila y volvió a ponerse al volante.

Esta vez, Raffi prefirió sentarse junto a la puerta en vez de pegado al egipcio. Tidyman puso en marcha el vehículo y siguió avanzando por el camino. Viajaron en silencio mientras la arena de las pronunciadas paredes en declive de las colinas se arremolinaba a su paso. En ese momento comenzaba a salir la luna.

—¿Cuánto queda? —preguntó Holliday finalmente.

—No mucho —dijo Tidyman—. Ya casi estamos.

Y de pronto, allí estaban. Atravesando por un estrecho pasaje entre dos elevados bloques erosionados de arenisca, vieron aparecer la ciudad de Al-Jaghbub bajo ellos en la distancia, como una escultura de arcilla hecha por un niño, con sus casas de paredes blanqueadas, pulidas por el paso del tiempo, algunas medio en ruinas y otras ya reducidas a sus cimientos de piedra. En el centro de la ciudad, como una joya en el centro de una corona, la cúpula de una mezquita y su correspondiente minarete se elevaban sobre los edificios de alrededor. Holliday estaba atónito ante la imagen de una construcción arquitectónica tan sofisticada en medio de un lugar tan dejado de la mano de Dios.

—La mezquita de Muhammad ibn Ali as-Senussi. Está enterrado allí —dijo Tidyman leyéndole el pensamiento a Holliday—. Esta fue la capital del movimiento çenussi y él fue el fundador. Hoy en día no es muy conocido, pero algunos estudiosos lo definen como la cuna del islamismo radical, el predecesor de los seres que nos llevaron al 11-S.

Hacia el norte se veía el oasis, una densa sombra verde de palmeras datileras y pequeños campos de cereales. Al sur de la vieja ciudad amurallada, y separado por una zona diferenciada sin vegetación, estaba el Gran Mar de Arena, una vista infinita de elegantes olas congeladas por algún mago celestial, ya que nunca llegan a la orilla,

arrastrándose inexorablemente hacia adelante centímetro a centímetro a lo largo de los milenios. La luna elevada en el cielo lo convertía todo en frías sombras negras y arena dorada.

—Es muy bonito —dijo Raffi, hablando por primera vez desde la muerte de los dos hombres de la otra camioneta.

—Y muy peligroso para nosotros —advirtió Tidyman.

—Y entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Raffi con agresividad.

—Aún no hemos llegado a donde tenemos que ir —contestó Tidyman.

—Entonces, ¿adónde demonios vamos?

—A ningún sitio —contestó Tidyman con misterio.

Puso la camioneta en marcha de nuevo y giró hacia el sureste, dirigiéndose al mar de dunas y siguiendo las serpenteantes líneas en dirección opuesta a la ciudad.

—¿Adónde vamos exactamente? —preguntó Holliday.

—¿Exactamente? —contestó Tidyman—. Vamos veintiocho grados, cuarenta minutos y cincuenta y cinco segundos hacia el norte por veintitrés grados, cuarenta y seis minutos y diez segundos hacia el este. —Hizo una pausa—. Exactamente.

—Y, ¿qué es exactamente lo que vamos a encontrar allí? —preguntó Raffi.

—Ya se lo he dicho —contestó Tidyman con una sonrisa de confidencialidad—, su anhelo.

Condujeron durante toda la noche, parando de vez en cuando para hacer sus necesidades y una vez para repostar. Comieron por el camino, masticando el queso y las pitas envueltas en papel de plata que les habían preparado en el hotel de Siwa. Holliday vigilaba el GPS y, finalmente, con el sol saliendo por su derecha, llegaron a las coordenadas que el egipcio había descrito.

—Hemos llegado, kilómetro arriba, kilómetro abajo —dijo Holliday.

No se veía nada excepto la arena ondulada y una columna de arenisca que había frente a ellos. Tidyman llegó hasta allí con el coche y bordeó la base del obstáculo de piedra.

—La leche —dijo Holliday usando una de las expresiones favoritas de Peggy.

Allí, enfrente de ellos, como si hubiera sido el juguete favorito de un gigante, ahora ya abandonado, se encontraban las ruinas destrozadas de un avión con la sección de cola en ángulo recto con el fuselaje. Tenía la parte delantera redondeada, con el plexiglás empañado por el paso del tiempo y una segunda torreta detrás de la cabina de mandos. Holliday sabía que, más abajo en la arena, habría otra torreta de la parte trasera. Era un bombardero B-17 de la Segunda Guerra Mundial. Las barras y estrellas de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos apenas eran visibles en el ala de babor. Había un número de identificación en la sección de cola: una letra G encasillada, una fila de números y una letra e debajo. Aún se distinguían los números: 230336.

Según se acercaban a los restos del siniestro, el sol se elevaba por encima de los mismos y pudieron vislumbrar el morro descolorido del fuselaje justo detrás de la

cabina de mandos: una bomba con alerones y forma de corazón, con un nombre en letra cursiva haciendo una curva bajo el diseño: *Su Anheló*.

—Muy gracioso —dijo Holliday.

—Pensé que les gustaría la ironía —dijo Tidyman.

Llevó el coche a unos kilómetros de allí.

—El pasaje debió de saltar en paracaídas en algún lugar hacia el norte, porque no se encontró ni rastro de cadáveres dentro del avión. La aeronave voló hasta que se quedó sin combustible y luego chocó contra la arena.

—¿Qué tiene esto que ver con nada? —preguntó Raffi con cierto tono de enfado—. No le hemos pagado para que nos haga un *tour* nostálgico.

—Creo que ya lo sé —dijo Holliday con calma mientras miraba el parabrisas del viejo bombardero—. Había mapas del año 1945 de Libia y lo que una vez se llamó el África Ecuatorial Francesa, parte de lo que es ahora Nigeria. Un lugar llamado Madama y las palabras *Festung* y *Benzin* estaban rodeadas con lápiz.

»El mapa estaba en alemán. *Festung* es la palabra alemana para “fortaleza” y *Benzin* significa “combustible”. Iban a repostar allí.

—No lo pillo —dijo Raffi—. El avión tiene símbolos americanos.

—Se llamaba KG200 —explicó Holliday—. Batallón 200. Volaban en aviones capturados ingleses y americanos. Este avión era seguramente parte del Primer Escuadrón. Los dirigían las SS. Este era el tipo de avión que solía transportar el botín de Walter Rauff.

—Muy bien —dijo Tidyman—. Cuatro mil kilos de oro; casi cinco toneladas. —Se volvió a Holliday y Raffi—. Vengan y miren más de cerca.

Sin esperar respuesta, el egipcio se bajó del coche y fue hacia los restos del avión.

—Sabe lo del oro —susurró Raffi.

—Eso parece —dijo Holliday.

—Pero ¿cómo es que lo sabe?

—Creo que será mejor que lo averigüemos.

Holliday abrió la puerta y siguió a Tidyman hacia *Su Anheló*.

El estabilizador horizontal se había desprendido del resto del fuselaje, justo por detrás de la zona de armas en la sección central, proporcionando el único lugar de fácil acceso al avión. Había arena amontonada en la entrada, pero se veía el interior con claridad.

—Interesante —comentó Holliday llegando a donde estaba Tidyman.

Holliday había pilotado un B-17 intacto llamado *Fuddy Duddy* durante una visita al Museo Nacional de Aviación de Elmira, Nueva York, y se dio cuenta rápidamente de que *Su Anheló* había sido desvalijado. Faltaban la artillería lateral y los mamparos entre la zona de artillería y los compartimentos de bombas. Había una extraña serie de casilleros de madera empotrados contra las paredes del fuselaje y Holliday lo vio claro.

—Almacenaje para los lingotes de oro colocados de manera que el peso quedara

equilibrado —dijo finalmente—. ¡Como para poder volar!

—Eso me temo —dijo Tidyman asintiendo—. Cuando lo descubrieron había depósitos de combustible agrupados en el compartimento de bombas en bidones de unos doscientos litros. Unos dos mil litros de más que forzaban el límite de carga.

Raffi apareció por detrás.

—Parece que sabe bastante sobre esto —le dijo Holliday al egipcio.

—Pues de hecho, sí —contestó Tidyman—, lo cual no es una sorpresa teniendo en cuenta que fui yo quien lo descubrió.

—Así que sacó el oro de aquí y lo escondió —dijo Holliday.

Se metió la mano en el bolsillo lo más disimuladamente posible.

—No, por Dios —dijo Tidyman riéndose—. Yo no hago más que trabajo de campo, soy un simple viajante que trafica con cigarros y, de vez en cuando, armas. Mil millones de dólares en oro serían mi sentencia de muerte. Ese tipo de codicia te lleva a que te corten el gaznate en algún callejón de El Cairo o en los barrios bajos de Bengasi. Qué va, coronel Holliday, puse los mil millones en manos mucho más seguras.

—Sabía quiénes éramos desde el principio, ¿verdad? —dijo Holliday.

—Pues claro, como también sé que agarra con la mano derecha una pistola que tiene en el bolsillo derecho de la chaqueta. Sea tan amable de sacarla con el índice y el pulgar y tirarla al suelo.

El arma de Tidyman, una vieja Helwan de 9 mm, apareció en su mano izquierda y se la puso en la sien a Raffi.

—Antes de que cuente tres, o le vuelo los sesos a su amigo y manchamos esta arena tan limpia.

—Traidor hijo de puta —dijo Raffi con vehemencia y la voz temblando de rabia—. Nunca me he fiado, desde el principio.

—Un hombre sabio nunca insulta a quien le está apuntando a la cabeza —dijo Tidyman con los ojos fijos en Raffi, y empezó a contar lentamente en voz alta—. Uno... dos...

Holliday sacó del bolsillo la Hawg 45 del tamaño de la palma de la mano y la tiró a sus pies.

—Ahora, dele una patada —ordenó Tidyman.

Holliday obedeció. Tidyman dio tres pasos atrás, alejándose de cualquier posibilidad de algún ataque desafortunado, y con la pistola aún en la mano.

—Y, ¿en qué manos seguras dejó el oro? —preguntó Holliday.

Tidymanladeó la cabeza a la izquierda.

—En las suyas —dijo.

Holliday y Raffi se volvieron para mirar.

A unos treinta metros había media docena de hombres montados en camello. Llevaban el atuendo típico del tuareg: túnicas largas de color añil, túnicas oscuras, turbantes de color añil y velos puestos a modo de máscaras que les cubrían la parte

inferior de la cara. Cinco de ellos llevaban rifles automáticos chinos del modelo Norinco Type 86S, una variante del *bullpup* ruso AK-47. El sexto hombre llevaba un lanzagranadas propulsado por cohetes cruzado a la espalda. Una gran correa de piel rodeaba el enganche superior de la silla de montar que se conectaba con la de los tres camellos que había detrás. Tenían las bridas agarradas a los amplios orificios nasales con el fin de tenerlos controlados. Los tres camellos tenían la misma expresión agria en la cara, como si estuvieran masticando algo asqueroso.

—Mis hermanos de la Hermandad del Templo de Isis, los hombres que secuestraron a su amiga.

**T**IDYMAN llevó la camioneta hasta la base del montículo de roca, acercándola todo lo que pudo a la pared de caliza. No era difícil averiguar el porqué. La colina rocosa iba casi exactamente en dirección norte-sur. A su izquierda estaba saliendo el sol y la sombra que proyectaría la camioneta sería fácilmente advertida por cualquier patrulla que sobrevolara la zona.

Los hombres con atuendos de tuareg hablaron un momento con Tidyman y le dieron unas cuantas correas de uno de los camellos con alforjas. Después de diez minutos, el egipcio, Holliday y Raffi, ya ataviados exactamente igual que los seis hombres armados, estaban montados en los camellos de atrás en dirección hacia el oeste, alejándose de los restos del B-17.

A los diez minutos, la visión de la arena había engullido *Su Anheló*. Para cualquiera que observara, ya fuera desde la distancia o desde el cielo, no llamaban la atención más de lo que lo haría una caravana de nómadas.

Así fueron durante diez largos días, adentrándose cada vez más en el Gran Mar de Arena. Por la noche, trababan los camellos con las correas y las ataban a unas simples estacas para evitar que deambularan por la zona. Los hombres colocaban las tiendas de campaña de piel sobre entramados de ramas finas dobladas a modo de soporte. Hervían el té en hornillos rudimentarios hechos con recipientes galvanizados que ponían encima de latas llenas de heces de camello secas. La comida normalmente consistía en cecina de carne de cabra o rata nocturna del desierto, zorros fénece e incluso víboras sorprendentemente deliciosas que los hombres conseguían cazar algunas tardes.

Por la noche Holliday y Raffi estaban atados y vigilados por, al menos, un hombre con rifle automático. Desde que los capturaron, Tidyman se había mantenido bien lejos de ellos dos y había dormido en su propia tienda de campaña. A lo largo de aquellos tediosos días, Tidyman llevaba el último camello con alforjas, Holliday el primero y uno de los hombres iba detrás de ellos.

Holliday no tenía ni idea de adónde se dirigían. Todo lo que sabía era que viajaban hacia el suroeste, ya que el sol se ocultaba por delante y bastante a la derecha. Llevaban rumbo fijo a la frontera con Nigeria, la misma ruta que seguía *Su Anheló* cuando ocurrió el desastre. Quizás fue un fallo múltiple del motor, un fallo en el control del avión o la pérdida de combustible. Eso no importaba; fuera cual fuera el problema, había tenido que ser una situación tan desesperada como para tirarse en paracaídas al desierto.

Intentó imaginar cómo lo habrían vivido los pasajeros del bombardero, que seguramente eran solo cuatro hombres porque no necesitarían tiradores: piloto,

copiloto, ingeniero y navegante. Se habrían tirado en paracaídas desde poca altura, ya que el avión debía de estar volando así para ahorrar combustible. Habrían caído en el desierto con un gran golpe y cerca unos de otros; luego habrían evaluado su situación. No debió de ser nada fácil.

Casi seguro que no tendrían agua ni comida, y si tenían algo, no debía de ser mucho, quizás unos sándwiches o un termo o dos de café. Cuatro hombres, seguramente de baja estatura, como la mayoría de los aviadores de aquella época, no habrían durado más de setenta y dos horas y, seguramente, mucho menos si les cogió el calor del día. Lo sabrían, pero lo intentarían de todas formas. Pero ¿cuánto puede caminar una persona por las arenas movedizas del desierto en tres o cuatro días, antes de sufrir un colapso por el agotamiento y morir? Noventa o cien kilómetros, algo más como mucho. Desde luego, no lo suficiente.

En algún momento del camino, se habrían empezado a quitar la ropa, y eso era lo peor que podían hacer porque no haría más que acelerar la evaporación del sudor y, por lo tanto, la deshidratación. Se les habría hinchado la lengua, los labios se les habrían cuarteado y les habría empezado a sangrar la nariz.

Pararían finalmente por los sudores y la fiebre. Cuando se les secan las neuronas, empezarían a sufrir alucinaciones y convulsiones. El fluido cerebral atrapado en el cráneo habría empezado literalmente a hervir. Poco después, los riñones y otros órganos mayores empezarían a dejar de funcionar uno detrás de otro, dando lugar en poco tiempo a la toxemia, la pérdida de plasma, el coma y, finalmente, la muerte.

Debió de ser una muerte terrible, inevitable e inexorable. En algún lugar de la arena que rodeaba a Holliday y a sus acompañantes debían de estar los restos, seguramente momificados, de aquellos cuatro hombres anónimos, olvidados hacía ya mucho tiempo, y cuya misión se perdió en la eternidad.

De alguna manera, y a medida que Holliday avanzaba lenta y pesadamente, le parecía más importante descubrir los nombres de aquellos cuatro pasajeros de *Su Anheló*, y se prometió hacerlo si conseguía escapar del aprieto en el que estaba. Fracasaran o no, la misión y los hombres que la llevaban a cabo debían ocupar un lugar en la historia.

Cuando llegaron a los trece días de viaje, el paisaje empezó a cambiar. Las dunas dieron paso a ondulaciones de arena más pequeñas y definidas, interrumpidas por el desierto de corteza dura y tramos de baldías mesetas rocosas que apenas tenían arena. Viajaron más rápido y durante más tiempo en las llanuras, incluso adentrándose en la noche, que era increíblemente fría. Se notaba la tensión en el ambiente. Holliday había visto eso mismo suficientes veces en marchas forzadas: estaban llegando a su destino. Pero para él no podía ser lo suficientemente pronto; Peggy llevaba desaparecida más de tres semanas, y Holliday empezaba a preocuparse seriamente por la seguridad de su prima. Raffi estaba desesperado de la preocupación.

El decimocuarto día, volvió a cambiar el paisaje. La irregular llanura dio paso a



un declive que se elevaba sobre la planicie unos sesenta metros. La enorme pared, aparentemente impenetrable, se elevaba justo delante de ellos. Según se iban acercando, y a medida que avanzaba el día, Holliday empezó a atisbar marcas rojizas en la superficie del declive; eran las desembocaduras de las ramblas y los lechos de los ríos, que formaban accesos en pendiente en la prominente pared.

Al final del día, llegaron a uno de esos cauces, y apenas bajaron el ritmo al ascender por el serpenteante camino de arena del declive. Holliday trató de hacerse una idea de lo que pudo ser ese sitio cuando los primeros hombres lo pisaron unos cientos de miles de años antes. Seguramente el paraíso; en las amplias zonas de Libia y Egipto, el tiempo atmosférico iba por ciclos, sufriendo sequías y épocas húmedas, con la consecuente expansión y contracción del desierto, como si fuera un enorme pulmón. Hacía mucho menos tiempo, cuando los faraones pisaban aquel mismo suelo, había campos de cereales, ríos caudalosos, arroyos, bosques y praderas junto con manadas de animales y sus correspondientes depredadores. El cauce del río por el que iban podía ser tan ancho como el del Mississippi y, seguramente, habría sido más caudaloso; era muy difícil de imaginar. Llegaron a la cima del declive y dejaron el cauce arenoso en la oscuridad. Cuando llegó la hora de acampar, ya habían recorrido una distancia considerable. Pasaron el día siguiente caminando por la meseta y dirigiéndose más hacia el oeste que hacia el sur. De vez en cuando, pasaban por las ruinas de pueblos de ladrillos de barro y arena, y en algún momento cruzaron lo que debió de ser una antigua fortaleza colonial francesa o italiana. A mediodía, atravesaron una carretera con postes de electricidad y, al anochecer, otra igual.

Según los cálculos aproximados de Holliday, llevaban recorridos como mínimo mil kilómetros desde las ruinas del avión siniestrado, *Su Anheló*. Eso significaba que estaban más cerca de la frontera de Argelia, Nigeria y Chad que de cualquier otro sitio. «De una sartén a otra», pensó. Argelia era una semidictadura y un hervidero de terroristas bereberes de Al Qaeda, Nigeria se encontraba en medio de una insurrección de tuareg, y Chad tenía su propia alianza rebelde, la UFDD. ¿Quién dijo que Dios se había olvidado de África? Un mal lugar para un americano, peor para una mujer, y un suicidio para un israelí. No iba a ser nada fácil salir de aquella.

El decimosexto día resultó ser el último. Cerca del mediodía, llegaron a otra rambla mucho más estrecha y, en vez de atravesarla, cambiaron el rumbo y fueron casi en línea recta hacia el norte. A media tarde, casi habían terminado de atravesar la pradera y salieron del curso del agua. Estaban en la cima del declive, a trescientos metros sobre el extenso desierto que se perdía en el horizonte. En ese punto, la pequeña caravana paró un momento.

A la izquierda, había un camino de cabras que sesgaba la pared del acantilado, y una fisura de arena entre el declive principal y una gran extrusión de arenisca. Tenía el tamaño del espacio entre el dedo pulgar y el índice. Desde donde Holliday estaba sobre su camello, la fisura de arena parecía tener unos quince o veinte kilómetros de longitud. Lo suficiente como para ocultar a un ejército. Por la derecha, a lo lejos,

había una gran mancha verde brillante como un espejismo a la luz del sol ardiente. Algo que se parecía sospechosamente a una carretera asfaltada la cruzaba desde la base del declive.

Civilización.

Holliday sintió renacer la esperanza y la euforia. Estaba viendo lo que los hombres de *Su Anheló* no habían llegado a ver: una vía de salida a su aprieto. Gritó al hombre de delante de él.

—¡Eh!

El hombre con atuendos tuareg se volvió en la silla con la letal automática entre las manos. Al hablar, la voz era cortante y seca; era el tipo de hombre que había pasado su vida en el reseco desierto.

—*Matha tureed?* —dijo el tuareg con los oscuros ojos fijos tras el velo que le tapaba la parte inferior de la cara.

Holliday señaló al oasis y el hombre del turbante miró.

—¿Dónde estamos? —dijo Holliday con el brazo extendido y el dedo aún señalando al oasis.

El hombre le gritó algo a su compañero del camello de delante, que se volvió y contestó con una larga ráfaga de *tamasheq* gutural. El hombre de delante de Holliday asintió y se volvió de nuevo.

—*Wadi el agial, sadiqi. Zinchechra. Germa.*

Lo que leches significara aquello.

Avanzaron lentamente por el camino de cabras durante horas, con la caída al vacío a un solo mal paso de las ruidosas pezuñas de los camellos; cada tambaleo y cada sacudida al avanzar amenazaban con ser los últimos de su vida. Holliday nunca había tenido problemas con las alturas pero, al cabo de veinte minutos, tuvo que mirar para el otro lado y, finalmente, cerrar los ojos para librarse de las náuseas provocadas por el vértigo.

Llegaron abajo sobre las cuatro, y pasaron otra hora recorriendo la llanura firme del pequeño valle en dirección a la extensión del declive con forma de dedo que los separaba del desierto que tenían delante.

Los rodeaban matorrales, espinos, algún escarabajo del desierto y muchísima arena blanca endurecida. Empezaron a ver tuaregs con sus turbantes tradicionales llevando manadas de cabras, y algunos niños jugando. Finalmente, vieron a lo lejos lo que parecía ser una especie de campamento estable.

Cuanto más se acercaban, más grande se hacía el campamento. Las tiendas de piel de camello y cabra eran mucho mayores que las hermanas pequeñas que ellos y sus captores usaban, y había cercas de espinos con cabras y camellos atados por todos lados. Calculando por encima, Holliday contó que habría unos quinientos hombres. Curiosamente, el emplazamiento de las tiendas y los corrales se había elegido ingeniosamente de tal forma que, excepto al mediodía, estaban perpetuamente a la sombra, lo que los hacía prácticamente invisibles desde el aire; tácticas actualizadas

para gente ancestral contra el enemigo moderno: el avión y el satélite. El grupo paró al final del campamento, delante de una tienda de tamaño considerable, e indicaron con un gesto a Holliday y a Raffi que bajaran de los camellos. Uno de los hombres armados dio una orden cortante y agarró a los camellos por la nariz con un pequeño palo. Los animales se agacharon obedientemente y se colocaron sobre las rodillas para que Raffi y Holliday pudieran bajar. El hombre hizo un gesto hacia la abertura de la tienda y se dirigieron al sofocante interior.

Comparado con lo que habían visto durante las dos últimas semanas, aquello era lujoso. Las paredes estaban llenas de grandes almohadones, y el suelo, cubierto de alfombras de todos los diseños posibles. Había una pequeña parrilla de hierro en medio y un agujero en el techo a modo de ventilación para que saliera el humo. El guardia que los custodiaba se volvió y les habló.

—*Sa arje'o halan* —dijo.

Holliday asintió sin saber lo que le habían dicho y Raffi hizo lo mismo. El hombre del turbante y la túnica giró sobre sus sandalias y salió de la tienda. Desde el exterior les llegó el sonido ahogado de una conversación y del movimiento de los camellos. Holliday y Raffi se desplomaron en los almohadones.

—Creo que ha dicho que ahora volvía —farfulló Raffi.

Holliday asintió agotado.

—Dos semanas a camello. Tengo el culo como una piedra —dijo gruñendo.

—No quisiera contarte cómo está el mío —dijo Raffi con un suspiro mientras se recostaba y cerraba los ojos—. ¿Qué te dijo nuestro triste amigo cuando estábamos en la meseta?

—Algo como «*Wadi el agial, sadiqi. Zinchechra. Germa*» —contestó Holliday haciendo memoria—. ¿Tienes idea de lo que significa?

—Sé exactamente lo que significa —dijo Raffi con cierto entusiasmo mientras abría los ojos y se incorporaba—. *Wadi el agial* significa «valle de la vida», *sadiqi*, «amigo mío», *Zinchechra* es el nombre de un antiguo castillo mítico, y *Germa* es la capital de un reino casi olvidado. Sé a ciencia cierta dónde estamos: esto es la Garamantia de Virgilio, el reino guerrero de los garamantes. Este es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del mundo.

—Parece los confines de la tierra —dijo Holliday.

—No lo pillas, ¿verdad? —dijo Raffi casi riéndose.

—Me temo que no —dijo Holliday sin moverse de la almohada y con voz somnolienta.

—Esto aclara muchas cosas —dijo el joven arqueólogo—. Si trazas una línea recta de miles de kilómetros hacia el este, llegas al río Nilo en Karnac, justo de donde sale el Imhotep histórico «del sol naciente», tal como dicen los textos antiguos. Comúnmente, de esto se entiende que vino de la tierra de los muertos de Anubis, el dios del inframundo. Otras historias lo toman como el hijo de Ra, el mismo sol. Una variante de la charlatanería religiosa sobre el nacimiento de Cristo. Y por si esto fuera

poco, se dice que la madre mitológica de Imhotep era Hathor, la reina guerrera.

»El caso es que, en aquellos días, no había desierto así que Imhotep, o seguramente su padre verdadero, pudo hacer el viaje hasta aquí con facilidad. ¡Encaja! Imhotep, el de verdad, no está enterrado en ningún lugar de Egipto; vino a morir aquí, ¡aquí! ¡Esta es la ubicación de la tumba de Imhotep, o al menos así lo cree alguien!

Se oyó un lento aplauso en la entrada de la tienda. Holliday y Raffi miraron sobresaltados. Había un hombre palmoteando en la portezuela de la tienda. Tendría unos cuarenta y pocos, buen aspecto, en forma, con la piel morena y el cabello grueso muy rizado y oscuro. Estaba muy bien afeitado. Llevaba gafas de sol claras, una camiseta que decía *A los arqueólogos les gusta en el barro*, vaqueros desgastados y unas botas de montaña Nike Air.

—Una teoría genial, señor Wanounou. De hecho, está en lo cierto; es verdad que alguien cree que aquí está la tumba de Imhotep. Yo. No solo lo creo, sino que lo sé con certeza. Usted y el coronel Holliday han llegado en un momento emocionante.

Tenía un acento culto, quizás forzado.

—Parece saber mucho sobre nosotros —dijo Holliday con frialdad.

Algo no iba bien con el hombre de la camiseta.

—Claro que sí —dijo el hombre sonriendo con simpatía—. Por ejemplo, sé que enseña historia en la Academia Militar de West Point, que perdió el ojo en un extraño accidente en Afganistán, y que hace poco ha molestado bastante al servicio de inteligencia de la Santa Sede. Sé que la tesis del doctor Wanounou se titula *Desarrollo, trascendencia y función de la fabricación y evolución del oficio de herrería en la tierra de Israel durante el primer periodo de la Edad de Hierro*; la he leído y, también, disfrutado. También sé que su amigo se vio envuelto con usted en sus últimos contratiempos en Jerusalén y recibió una paliza terrible por ello.

«No pudo haber sacado todo eso de una conversación rápida con Emil Abdul Tidyman», pensó Holliday.

—¿Y usted quién leches es? —preguntó Raffi.

—Perdón —dijo el hombre de la camiseta—. ¿Dónde están mis modales? La prensa me conoce como Mustafa Ahmed Ben Halim. Mi verdadero nombre es doctor Raffik Alhazred. Entre otras cosas soy arqueólogo, como usted. —Alhazred sonrió—. También soy el dirigente de la Hermandad de Isis y el responsable del secuestro de la encantadora señorita Peggy Blackstock.

—¿**P**OR qué se ha llevado a Peggy? —preguntó Raffi—. Ella no forma parte de sus asuntos.

—Estaba allí, mala suerte. La podrían haber matado —contestó Raffik Alhazred—. Y, ¿qué sabe usted de mis asuntos?

—Es un terrorista, ¿qué más hay que saber? —dijo Holliday encogiéndose de hombros.

—La mayoría de los terroristas son unos lunáticos de un tipo u otro —dijo Alhazred—. Normalmente tienen problemas con el tamaño de los genitales. Busque a un terrorista y encontrará un pene pequeño, cualquier licenciado en Psicología se lo diría. Hitler, Stalin, Bin Laden; ¿por qué creen que derribó el World Trade Center, símbolo fálico americano? Tiene problemas con su colita. Hasta George Bush tuvo un concurso de meadas con su padre.

—George Bush no era un terrorista, sino el presidente de los Estados Unidos —contestó Holliday.

—Su patriotismo es ejemplar, coronel, pero el Bush joven aterrorizó a su propio pueblo y utilizó la Seguridad Nacional para ello, igual que Hitler utilizó la Gestapo. El Führer tenía a Himmler y Bush Jr., a Dick Cheney.

—Algo simplista, ¿no cree? —preguntó Holliday.

Venga ya, ¿una discusión filosófica sobre las bases del terrorismo sentados sobre pieles de camello en una tienda de campaña en medio del desierto del Sáhara? Era de locos.

—Podríamos seguir discutiendo toda la vida —dijo Raffi—. Pero esto no tiene nada que ver con Peggy.

—La señorita Blackstock habló largo y tendido sobre la relación que tenían ustedes; fue conmovedor. Siento haberles preocupado en exceso.

—¿Qué ha hecho con ella? —preguntó Holliday.

—Está bien o, al menos, por el momento —dijo Alhazred—. Al contrario que sus acompañantes, que me temo que han ido al encuentro de su Creador.

—¿Mató a un grupo de curas? —dijo Holliday.

—Me defendí —contestó Alhazred—. Y tenían de cura lo que yo de coronel.

—Entonces, ¿quiénes eran?

—El hermano Charles-Étienne Brasseur, el líder de la expedición, fue durante mucho tiempo agente de La Sapinière, el Servicio de Inteligencia Francés para el Vaticano. Era el único del grupo que era arqueólogo de verdad; hasta la señorita Blackstock sospechó de aquello. No había ni un licenciado en ese supuesto equipo.

—Entonces, ¿quiénes eran y qué hacían con Brasseur? —preguntó Raffi.

—Eran mercenarios contratados por los verdaderos creyentes, como los hombres de Propaganda Due o del Opus Dei. Todos tenían experiencia previa como militares.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Holliday.

—Bueno, en primer lugar, iban armados —contestó Alhazred—. Cuando por fin establecimos contacto, abrieron fuego contra nosotros con automáticas, la mayoría Beretta AR70. Mataron a tres de mis hombres antes de poder siquiera contraatacar. —Alhazred hizo una pausa—. No se parece mucho al comportamiento piadoso de los curas.

Cogió un paquete de Marlboro, sacó un cigarrillo dándole golpecitos al paquete y se lo encendió con una cerilla de papel. Lanzó una hilera de humo hacia el techo de la tienda.

»Después descubrimos que todos habían pertenecido al Cuerpo de Protección y Seguridad, las tropas de asalto del Frente Nacional de Francia y la primera unidad del desierto *Draghi* de la RRAO italiana, el Reggimento Ricognizione e Acquisizione Obiettivi; comandos, en otras palabras.

—¿Quiere decir que iban en misión militar? —preguntó Holliday.

—Ladrones de la noche, coronel. Venían a por *Su Anheló* y el oro. La tumba de Imhotep era solo una excusa para la expedición.

—¿Y qué hay de la teoría de Brasseur?

—Es falsa; Brasseur era medievalista. Claro que estaba interesado en el papel de los templarios en Damietta, pero la teoría sobre la tumba de Imhotep fue una invención del Centro d'Informazione Pro Deo, los servicios de inteligencia del Vaticano, en Roma. Brasseur descubrió los diarios de guerra de un hombre llamado padre Andrew Felix Morion. Fue el que organizó el traslado del oro para Rauff en 1944.

—Parece saber mucho sobre la Iglesia católica —dijo Raffi.

—¿Por qué no? —dijo Alhazred con una sonrisa fría—. Me crie en ella.

—¿No es musulmán? —preguntó Raffi sorprendido.

—Yo tampoco he oído hablar nunca de un terrorista católico —añadió Holliday.

—Un terrorista es lo que es por lo que hace. Nací en Beirut, Líbano. Mi padre era libanés y mi madre, canadiense francesa de familia libanesa. Los dos eran médicos. Estaban trabajando en Nabatieh, un campo de refugiados palestinos, en julio de 1974, cuando los israelíes lo bombardearon hasta hacerlo escombros.

Miró hacia Raffi.

—Su gente, doctor Wanounou, mataron a mis padres sin motivo alguno. Yo tenía solo dos años, y no recuerdo nada de ellos. Tan solo tengo unas cuantas fotografías y las historias que mi tío me contó. Me los arrebataron, igual que hizo Walter Rauff con el oro judío de ese avión e igual que me lo habrían arrebatado a mí si hubieran tenido la oportunidad. Como he dicho, un terrorista lo es por lo que hace. Yo no soy ningún terrorista, caballeros, tan solo un hombre cobrándose su venganza.

—¿Sin ninguna motivación política? —preguntó Holliday.

—Únicamente la política del robo, gente cogiendo lo que es de otros. A mis amigos tuareg les están robando la tierra para proyectos sin sentido y su historia cultural, seguramente también. ¿Sabían que el yacimiento de Germa no ha sido excavado nunca por libaneses? Franceses, americanos, británicos, sí... potencias coloniales. Pero ¿libaneses? En la vida.

Alhazred se acabó el cigarrillo, se volvió y salió un segundo de la tienda para tirar la colilla. Después volvió a entrar.

—Así que mis compañeros de la Hermandad decidieron que podríamos sacar una buena tajada de esto, y así es como empezó todo. Yo hacía trabajos de campo en el yacimiento de Zinchechra, robando pequeñas antigüedades y vendiéndolas a traficantes. Así es como conocí al estimable señor Tidyman. Teníamos mucho en común: era un expatriado, como yo, y compartíamos cierta herencia canadiense. Hermanos de sangre, si lo prefieren. Esto nos condujo hacia muchas otras conexiones dentro de la red de traficantes: a El Cairo, Alejandría, Trípoli, Túnez, Marsella y muchos otros lugares.

—Valador y su barco pesquero. El remolcador de Alejandría —dijo Holliday.

—Exactamente, el *Khamsin*. —El apuesto libanés sonrió—. Entonces encontré la tumba y todo cambió.

—¿De Imhotep? —preguntó Raffi.

—El mismo —confirmó Alhazred—. Estaba buscando un sitio donde esconder unas antigüedades que había encontrado en la excavación principal cuando me topé con ella. El yacimiento de Zinchechra es inmenso. Además de las ruinas de la antigua ciudad y de la fortaleza de los Garamantes, hay también cientos de tumbas colmena del asentamiento que había ocupado anteriormente el oasis. No debería haberme sorprendido, ya que las tumbas parecían miniaturas de pirámides truncadas, como la pirámide escalonada de Saqqara que construyó Imhotep para el rey Djoser en el 2600 a. C. Ahora está claro de dónde salió el diseño, Imhotep solo aumentó la escala.

—Y, ¿lo enterraron en una? —preguntó Raffi.

—Lo *escondieron* lo describe mejor. Como en *La carta robada* de Edgar Allan Poe. Creo que el término sería *escondido a simple vista* —dijo Alhazred—. En la mayoría de las tumbas, el ocupante está enterrado en vertical, y eso es lo que esperaba encontrar cuando abrí esa tumba: un espacio pequeño, pero lo suficientemente amplio como para lo que yo tenía en mente. En vez de eso, había una manivela y un pasaje que daba a una estancia bastante amplia bajo tierra.

—La tumba. —Aportó Holliday.

—Sí —dijo Alhazred.

—¿Sellada? —dijo Raffi.

—Sellada y con el cartucho de Imhotep estampado en el yeso mientras aún estaba húmedo.

—¿Qué vio cuando la abrió? —Raffi tenía los ojos como platos.

Alhazred estaba describiendo el sueño de todo arqueólogo; todo su anhelo, de

hecho.

—Cosas increíbles —dijo Alhazred recordando con nostalgia—. No era la tumba de un rey, como la de Tutankhamon, sino la tumba de un pensador, arquitecto, ingeniero, inventor, doctor y matemático. Diseños arquitectónicos, tablillas de arcilla y cera, murales, pequeñas esculturas, una gran cantidad de joyas. Todo de la auténtica tercera dinastía. Valía millones.

—Si hubiera hecho público el hallazgo, le habría valido un nombre —dijo Raffi.

—¿Quién descubrió la tumba del rey Tut? —dijo Alhazred con desdén.

—Howard Carter —dijo Raffi rápidamente.

—No exactamente —contestó Alhazred—. Fue su capataz, Ahmed Rais, un egipcio analfabeto. Carter podría haber estado cavando toda su vida y no haberlo encontrado nunca.

—¿Dice que no le habrían dado el mérito del hallazgo? —dijo Holliday.

—Ni de broma. Me saqué el doctorado en la Universidad Americana de Beirut. El jefe de la excavación de Germa era un miembro posdoctoral de Oxford. ¿Sabe algo sobre la política de la academia en materia de arqueología, coronel Holliday?

—Nada —admitió Holliday.

—Yo sí —dijo Raffi.

—¿Habría tenido alguna oportunidad de obtener el mérito por un hallazgo tan inmenso?

—Ni de pura suerte —dijo Raffi suspirando.

—Eso es. —Alhazred asintió y se encendió otro cigarrillo—. Así que me estuve quieto.

—Así que usted y sus colegas empezaron a hacer contrabando con antigüedades de la tumba —dijo Holliday.

Raffi se estremeció al darse cuenta de la pérdida histórica que suponía ese tipo de saqueo nada científico y destructivo. Películas como la adaptación de *Sahara* de Clive Cussler, la saga moderna de *La Momia* y, lo peor de todo, las películas de *Lara Croft: Tomb Raider* ensalzaban el peor tipo de arqueología. Por lo menos Indiana Jones no lo hacía por dinero.

—Eso es exactamente lo que hicimos, y Emil y yo nos estábamos haciendo de oro. Entonces él se topó con *Su Anheló* cuando estaba cargando parte del botín de la tumba hacia Siwa. Supimos que estábamos en problemas desde el principio.

—Yo no llamaría problemas a encontrar mil millones de dólares en lingotes —dijo Raffi.

—¿En serio? —Alhazred sonrió de un modo burlón—. ¿Mil millones de dólares que no son tuyos en un país controlado por un dictador lunático que está más loco que Saddam Hussein? Eran problemas, créanme. En cuanto empezamos a sacar el oro de allí, unos cuantos lingotes cada vez, la gente al final de la cadena de mando de traficantes comenzó a hacer preguntas; mala gente. Así que nos inventamos la Hermandad de Isis y nos convertimos en políticos. Aquello nos hizo más peligrosos



para los criminales de primera línea con los que teníamos que tratar. También nos proporcionó amigos y alguna que otra facilidad al viajar por los territorios de Nigeria y Chad. A mis tuareg les encantaba. Llamarse la Hermandad les recordaba a su pasado guerrero y les daba prestigio frente a las otras tribus. Pero los problemas aún están ahí; aquí estamos bien escondidos y apartados de todo, pero ya sabe demasiada gente lo del oro. Al final, el problema va a llegar a un punto crítico, y me gustaría actuar antes de que eso ocurra.

—¿Cómo descubrió que vendríamos a por Peggy? —preguntó Raffi.

—Porque ella dijo que lo harían —explicó Alhazred—. Los dos. Pensé que era todo bravuconería, que se estaba tirando un farol, pero cuando vi el cuerpo de Fusani flotando supe que venían hacia aquí. —Sonrió—. Creo que no me equivoco si supongo que ninguno de ustedes fue *boy scout*; los nudos no estaban lo suficientemente apretados.

—¿Fusani? —dijo Raffi frunciendo el entrecejo.

—El ingeniero del *Khamsin* —sugirió Holliday.

—Eso es —dijo Alhazred.

—Y entonces fue cuando nos tendió la trampa de Tidyman —dijo Holliday.

Alhazred asintió de nuevo.

—Sí, era lógico que si no tenían papeles para cruzar la frontera en Sollum, irían hacia Siwa. Después la cosa era fácil.

—Es una gran historia —dijo Holliday—. Pero no nos acerca nada a Peggy.

—No lo hará, por el momento.

—¿Por el momento? —dijo Holliday.

—¿Cómo podemos saber que está siquiera viva? —preguntó Raffi sin rodeos.

—No pueden —dijo Alhazred—, pero yo les aseguro que lo está.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Holliday.

—Me gustaría saber su opinión sobre algo —dijo Alhazred—. La suya, desde una perspectiva militar, coronel Holliday, y la suya, desde el punto de vista arqueológico, doctor Wanounou. Hagan esto por mí mañana y les diré encantado dónde está Peggy. —Asintió levemente y algo cortante con la cabeza—. Nos dirigiremos a la tumba mañana por la tarde, así hay menos posibilidades de que nos vean. Hasta entonces, paseen a sus anchas por el campamento. Intenten escapar, y la señorita Blackstock morirá en menos de una hora. ¿Entendido?

—Sí —dijo Holliday.

Raffi no habló.

—Bien —dijo Alhazred.

Se volvió, apartó la portezuela de la tienda y se fue.

—Esclarecedor —dijo Holliday mientras se recostaba de nuevo en los almohadones, con la mirada fija en la entrada de la tienda y pensativo.

—¿Cuánto de lo que ha dicho te crees? —preguntó Raffi.

—Puede que todo; o nada, ¿quién sabe? —Holliday se encogió de hombros—. Lo

único que sé es que este tipo habla mucho y tiene algo que me pone los pelos de punta. Algo se nos escapa.

—¿Está viva Peggy? —preguntó Raffi con la voz entrecortada.

—Si no lo está, te aseguro que *sayyed* Alhazred es hombre muerto —juró gruñendo Holliday.

**D**ESPERTARON al alba, junto con el resto del campamento. Holliday sabía que un guardia había custodiado la tienda toda la noche porque lo escuchó canturrear en voz baja. Las canciones eran como cantos fúnebres, como recuerdos del enorme desierto que acababan de atravesar. No le fue fácil coger el sueño, y le resultaba imposible no pensar en Peggy y en su paradero. Le había dicho a Raffi que Alhazred moriría si le había hecho daño a Peggy, pero en secreto, durante su particular viaje sin descanso de aquella noche, Holliday también se prometió a sí mismo que la muerte de ese hombre no sería rápida ni fácil.

El desayuno consistió en café solo fuerte y *taguella*, un pan grueso parecido a un crep hecho con harina de mijo y leche de cabra, pero sin azúcar. Un tuareg les dio los bolsos de viaje que traían desde Siwa y pudieron cambiarse de ropa. Después, justo como había prometido Alhazred, les dieron vía libre por el campamento. Holliday fue el primero en descifrar la organización del lugar.

—Es un castro romano —dijo tras unos minutos de paseo por el campamento—. Una plaza incluida en una muralla de arena con una acequia seca. De unos trescientos por trescientos, y las tiendas dispuestas en filas. La grande del medio debe de ser la de Alhazred. Es una formación militar, el primer intento real de planificación urbana.

Subieron a la colina de arena que había en la zona sur del campamento. Un guardia que patrullaba la parte superior de la colina con un rifle colgado a la espalda los observaba con sospecha, como si fueran objetivos o presas.

—Parece que el arma es nueva —dijo Raffi cuando llegaron a lo alto del muro de arena.

—Alhazred equipa bien a su gente.

—Es un rifle de asalto C7 —dijo Holliday—. Una imitación del M-18 del Ejército de los Estados Unidos. Canadiense de nuevo.

—Tidyman se crio en Canadá y la madre de Alhazred también era canadiense; deben de tener muchos contactos allí. Tengo entendido que hay una gran cantidad de población inmigrante libanesa allí; hace mucho tiempo que esto es así.

—Canadá, la Suiza de los terroristas —contestó Holliday bajando la mirada hacia el campamento—. Es fácil conseguir un visado de turista, y la frontera es un colador de unos seis mil kilómetros. Puedes ir caminando por un campo de trigo en Saskatchewan y ni darte cuenta de que has pasado a Montana.

Holliday negó con la cabeza cansinamente.

Conocía a unos cuantos de Seguridad Nacional que le habían contado que, entre los terroristas y la marihuana de calidad, en Canadá hacía falta una verja incluso más que en México.

—Durante la guerra de Vietnam, decían que los espías rusos cruzaban al estado de Nueva York desde las cataratas del Niágara más que desde ningún otro sitio. Era imposible ir en un autobús turístico sin encontrar a algún tipo con camisa hawaiana llamado Vladimir.

—Un sitio curioso —dijo Raffi con cierto tono nostálgico—. Había una chica preciosa en mi clase de la universidad que se llamaba Joy Schlesinger. Era la chica más... Bueno, venía de un sitio llamado Medicine Hat. ¿Qué leches es Medicine Hat?

—No tengo ni idea —dijo Holliday distraído.

Se volvió y perdió la mirada en el amplio tramo de arena que había entre ellos y el declive rocoso irregular que separaba el campamento del resto del desierto que lo rodeaba. Estaban situados a unos tres kilómetros de la base del oscuro peñasco rocoso; lo suficientemente alejados como para que los empinados precipicios no ofrecieran un terreno elevado estratégico. Se veía al enemigo venir a kilómetros de distancia. Se volvió de nuevo y miró al guardia tuareg. Además del rifle, tenía unos prismáticos Leupold 10x50. Holliday se giró hacia las lejanas colinas, entrecerró los ojos y se colocó la mano encima para hacerles sombra.

—¿Qué miras? —preguntó Raffi.

—Mira allí —le dijo—. ¿Qué ves a unos quinientos metros?

—Arena —contestó Raffi—. Es tan obvio y está tan claro que es cegador, como la misma arena.

—Mira mejor.

Raffi creyó ver una franja algo más oscura bajo la abrasadora luz del sol.

—¿Una carretera?

—Solo que no va a ningún sitio —murmuró Holliday—. Mira.

Raffi fijó la vista, y la tal carretera parecía una línea de arena compacta de algo menos de un kilómetro de largo que iba en paralelo al campamento.

—¿Qué clase de carretera no va a ningún sitio? —dijo Raffi con el entrecejo fruncido.

A lo lejos, por encima, se oía el zumbido de un mosquito cada vez más alto.

—Una pista de aterrizaje —dijo Holliday mirando hacia arriba—. Esta gente tiene un avión.

En más o menos un minuto y desde el oeste, apareció el avión descendiendo hacia la extensa meseta en dirección sur. Tenía un diseño antiguo con dos motores exteriores que creaban una unidad de estabilizador horizontal gemelo. Cuando empezó a acercarse a la pista, el guardia que estaba en el parapeto se inquietó notablemente, se descolgó el rifle de la espalda y empezó a hacerles señales de urgencia blandiendo el arma.

—*Edh'hab! Edh'hab!* —gritó.

—Creo que se supone que tenemos que bajar de aquí —dijo Raffi.

Las ruedas del avión tocaron suelo, y el ruido de las hélices se hizo más grave cuando el piloto apagó los motores. El guardia se detuvo, bajó el arma y les apuntó.

—Creo que sí —asintió Holliday.

Bajaron de la colina de arena. Arriba, el guardia pareció relajarse. Holliday y Raffi se abrieron paso entre dos filas de tiendas con forma de iglú y se dirigieron al gran recinto de camellos que había cerca del centro del campamento.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Raffi.

Giró la cabeza para mirar al guardia. El tuareg había vuelto a patrullar la muralla.

—No creo que quisieran que viéramos el avión —dijo Holliday.

—¿Por qué no? —dijo Raffi—. Ninguno de los dos sabe pilotarlo.

—Yo volaba todo el rato en aviones como ese en Vietnam —dijo Holliday—. Era un Cessna Skymaster. Allí lo llamaban O2. Cogían a pilotos abatidos y los ponían de guardianes observando la artillería delantera. Solían llevarnos a mí y a mis hombres a Camboya y a Laos. Hasta hicieron una película donde salía uno, creo que se llamaba *Bat 21*. Danny Glover y Gene Hackman, el actor favorito de nuestro poli francés.

—«Puñetero maldito Popeye Doyle» —dijo Holliday haciendo una buena imitación de Louis Japrisot, el jefe de Policía de Marsella—. «¡Gene Ackman por aquí, Gene Ackman por allá!».

—¿Podría sacarnos de aquí? —dijo Raffi.

—Creo que tiene una autonomía de unos dos mil kilómetros, es decir, nos llevaría de vuelta a la frontera con Egipto, y quizás hasta Túnez. Si alguno de los dos supiera pilotarlo, claro.

—No sabemos —dijo Raffi pensativo—. Pero Peggy sí, tiene la licencia de piloto, ¿no?

—Pero no sé si sabrá manejar bimotores, el Skymaster es de tracción y empuje.

—Mejor un piloto de monomotor que ninguno.

—Primero tenemos que encontrarla —dijo Holliday.

—¿No estamos aquí para eso? —dijo Raffi.

Lo que acababa de decir había sonado como un reto.

A las cuatro y media de la tarde no habían avanzado nada en la búsqueda de la esquiwa Peggy. Lo único que sacaron en claro fue un recuento más exacto de la gente que ocupaba el campamento, unos doscientos veinte, y el hecho de que la mezcla de manadas de cabras y ovejas olía incluso peor que el mismo número de camellos. A Holliday le sorprendió que tanto las cabras como los camellos dieran una leche muy dulce, pero que oliera tan repugnantemente mal, como una mezcla de aguas residuales y guantes de niño sudados quemándose encima de un radiador viejo.

Raffik Alhazred los alcanzó cuando se dirigían a su tienda. Iba vestido muy parecido al día anterior y conducía un Toyota Land Cruiser Serie 200 nuevo y polvoriento, sin una abolladura ni un roce. Parecía como si la gran camioneta viniera de un garaje de las afueras. Tenía un letrero en la puerta que decía:

Había un texto en árabe justo debajo que debía de ser la traducción del anterior.

—El vehículo es mío, pero el letrero es bastante auténtico —dijo Alhazred—. Pónganse las vestiduras que traían ayer y algo que les camufle un poco. Dense prisa, por favor —añadió—. Esperaré aquí.

Holliday y Raffi hicieron lo que se les dijo y se metieron en la camioneta tapados de los pies a la cabeza, incluso con el velo islámico tapándoles la parte baja de la cara. Un tuareg auténtico iba agachado en la zona de carga. No se veía que llevara armas, pero Holliday estaba seguro de que alguna llevaba escondida bajo los dobleces del traje de nativo color añil.

—Si nos paran, no digan nada. Hablen, y mi amigo de atrás, Elhadji, les cortará el cuello en menos que canta un gallo. No se preocupen, la localización de mi yacimiento es perfecta. La zanja lleva más de una década operativa con personas que hacen trabajo de campo, y que van y vienen cada poco tiempo. Nadie más sabe que estamos aquí, lo cual nos beneficia.

Alhazred salió por una abertura al norte de la muralla que enmarcaba el campamento y giró inmediatamente en dirección este, dirigiéndose hacia el valle de unos veinticinco kilómetros, con los oscuros y amenazantes peñascos de basalto aproximándose con rapidez.

—Así que, coronel, ¿qué piensa de mi pequeña segunda residencia?

—Guarda un gran parecido con un campamento militar romano —dijo Holliday—, y estoy seguro de que no ha sido por casualidad.

—Bastante acertado, sí, bastante —dijo Alhazred claramente complacido—. Pasé mucho tiempo en Baalbek, en el valle de Bekaa, cuando era estudiante. Resultaba muy imponente para un joven.

—Muy imponente para el emperador Vespasiano también —comentó Holliday.

Raffi le lanzó una mirada repentina y perpleja, y volvió a mirar para otro lado. Holliday siguió hablando.

—Aunque dudo que a su hijo Trajano le gustara la profecía del oráculo sobre su muerte en las guerras partas.

—No, de hecho no —dijo Alhazred, y siguió conduciendo.

En el extremo del valle, Alhazred giró el Land Cruiser hacia el norte y entraron de golpe en una carretera pavimentada. Se toparon bruscamente con la discordante realidad al ver una valla publicitaria anticuada que anunciaba *Koka Kola*, en ruso.

—Los viejos tiempos —dijo Alhazred riéndose.

«Oye, mira que buenos colegas somos; los mejores, ¿no?», pensó Holliday. «Primero nos amenazas con cortarnos el cuello, luego bromeas con nosotros». Definitivamente, a Alhazred le faltaba algún tornillo.

Siguieron el camino hacia el este por la moderna autovía durante unos quince o

veinte kilómetros. Pasaron junto a enormes camiones de mercancías, viejas caravanas Lada hechas chatarras y unos cuantos carros tirados por burros que se dirigían al mercado cargados de productos. Los edificios a ambos lados de la carretera estaban hechos de ladrillos de barro, pero había un par de gasolineras Tamoil modernas con grandes carteles de plástico azules y blancos sobre los surtidores. Las pocas personas que vieron llevaban todas la omnipresente túnica color añil.

Nadie reparó lo más mínimo en ellos, y el letrero del lateral del vehículo era, claramente, un «ábrete, Sésamo».

Sin previo aviso, Alhazred engranó la tracción a las cuatro ruedas del gran Toyota y giró con un volantazo hacia el norte, saliéndose de la carretera a la arena endurecida del desierto. Cruzaron las llanuras; las gigantescas dunas de Erg Murzuq se erguían como montañas recortadas por el viento al otro lado del valle y el sol iba descendiendo frente a ellos, creando largas sombras que parecían seguir a la camioneta.

—Vamos a entrar por la puerta de atrás —comentó Alhazred—. La discreción es la faceta más importante del valor y todo eso.

Holliday y Raffi no pronunciaban palabra, únicamente miraban por las ventanas. Vieron unos cuantos palmerales aislados y un estrecho lago que, en los Estados Unidos, no sería más que un estanque.

A lo lejos, empezaron a aparecer unas ruinas: los muros de adobe, ahora sin tejados, de lo que en su día debió de ser una gran ciudad. Las ruinas estaban apiñadas unas con otras de forma tan densa que aquello parecía un laberinto para ratones.

—Esta es la ciudad de la época romana, del primer y segundo siglo a. C.

—¿No es aquí adonde venimos? —preguntó Raffi.

—No. Las tumbas colmena son mucho más antiguas.

Pasaron las ruinas desviándose hacia la derecha. No se veía ni un alma desde la carretera. De pronto, un Guz Tiger ruso apareció de detrás de una formación rocosa. Era la versión del Hummer blindado que tenía el Bloque del Este. Había un soldado con uniforme de faena marrón asomando de cintura para arriba por la trampilla angular del techo del vehículo, y agarraba con las manos la empuñadura de una gran pistola del calibre 50.

—¿Problemas? —preguntó Holliday, poniéndose cada vez más tenso según se acercaba el enorme vehículo.

—No lo creo —dijo Alhazred volviendo la cabeza—. Son unos vagos; si nos paran, tendrán que rellenar un informe de incidencias, y son como cualquier otro soldado del mundo: odian el papeleo.

—¿Hay una base militar por aquí? —preguntó Holliday, sorprendido de que no se hubieran topado nunca con la banda de terroristas tuaregs de Alhazred.

—Solo una cuadrilla para labores policiales —dijo Alhazred—. Habrán salido aquí para beber vino o fumar, o simplemente por hacer algo. No van a ser un problema, se lo aseguro.

Estaba en lo cierto. El vehículo armado pasó a unos diez metros del Toyota y, cuando el conductor vio el letrero de la puerta, saludó a Alhazred con la mano. Alhazred respondió sonriente con el mismo gesto, y el Tiger se desvió. En unos segundos había desaparecido detrás de ellos. Holliday exhaló.

—¿Ven? —dijo Alhazred con amabilidad—. Sin problema.

«Menos mal», pensó Holliday. Después de dos semanas en el desierto, era difícil decir si estaba más moreno o quemado. Parecía una langosta muy hecha. Quizás Raffi podía pasar por tuareg, pero Holliday llamaba la atención incluso enfundado en la túnica añil.

A los diez minutos llegaron al campo de tumbas, y Alhazred disminuyó la velocidad al atravesar el laberinto de estructuras de ladrillos de sal. Todas estaban construidas con ladrillos desiguales uno o dos tonos más oscuros que el desierto que las rodeaba. Parecían pirámides recortadas de unos cuatro metros de alto, algunas con ventanas cuadradas perforadas en uno o dos de sus laterales y otras macizas.

Cada una de las pirámides cuadradas estaba separada de la contigua unos cinco metros por cada lado. Las tumbas más antiguas, las que estaban más hacia el norte, eran buena muestra de la erosión del viento, y conformaban ya montículos desdibujados y casi sin forma, como las colmenas que les daban nombre.

—Una momia por tumba, normalmente enterrada boca arriba —dijo Alhazred parando frente a una de las estructuras más antiguas—. Ponían a la momia y sus pertenencias dentro de la tumba, y la llenaban con arena.

—Momia, ¿en plan maldiciones y todo eso? —preguntó Holliday.

—Sí —respondió Alhazred—. En esta zona hay lagos de natrón por todos lados, así que el proceso era bastante simple. El consenso general al que han llegado los expertos es que la momificación se inventó en Fezán.

—¿Natrón?

—Es un tipo natural de soda Solvay —apuntó Raffi—. Carbonato de sodio decahidratado, para ser más precisos —añadió—. Secaba la carne humana como la cecina de ternera, y era un insecticida natural, así que mantenía a los bichos alejados. El calor seco del desierto hacía el resto.

—Cuarenta días en un baño de natrón, y durabas para siempre —dijo Alhazred cogiendo el gran foco de la marca Husky del asiento de al lado y abriendo la puerta.

Se volvió en el asiento sonriendo a Holliday y Raffi.

—Vamos, caballeros, hemos llegado; la tumba de Imhotep nos espera.



—**Y**, exactamente, ¿cómo entramos? —preguntó Holliday mirando al pequeño montículo de adobe.

No había puerta visible ni entrada alguna. Estaba asombrado de que algo hecho de arena pudiera durar tanto tiempo. Si Alhazred estaba en lo cierto, la tumba tendría por lo menos cuatro mil años.

—Sígueme —dijo Alhazred.

Rodeó la tumba hasta llegar al lado opuesto. Holliday y Raffi iban detrás y el guardia tuareg, Elhadji, cubría la retaguardia. Al final de la estructura, el guardia le acercó a Alhazred una especie de sacacorchos que se sacó de debajo de la túnica. Alhazred se agachó y entrecerró los ojos, localizando finalmente un agujero casi invisible en la pared inclinada de barro. Metió el tirabuzón del artilugio en el agujerito, lo giró y tiró de él.

—*Hey presto!* —dijo Alhazred haciendo mucho teatro.

Se abrió una rendija en el ladrillo de barro que se convirtió en un cuadrado de unos sesenta centímetros de lado. Tiró del sacacorchos, y el cuadrado se perdió de vista. Con la ayuda de Elhadji, levantó la trampilla y la apartó. Observando más de cerca, Holliday vio lo ingeniosa que era la trampilla. El ladrillo de barro del exterior estaba chapado con no más de dos centímetros de grosor y el ladrillo falso estaba expuesto por debajo a una gruesa placa de poliestireno extruido. Todo esto no pesaba más de dos kilos largos. Desde fuera, la falsa imagen había sido perfecta.

Alhazred le dijo algo a Elhadji en un torrente incomprensible, y el tuareg asintió en silencio.

—Van a tener que agachar la cabeza —dijo Alhazred como instrucción.

Se puso a cuatro patas y se coló por la pequeña abertura desapareciendo dentro de la tumba.

—Los mayores primero —ofreció Holliday.

Raffi le dedicó una mirada desagradable y siguió a Alhazred. Luego Holliday se agachó y se metió por la puerta secreta. Elhadji se quedó fuera. El interior de la tumba estaba oscuro, hacía un calor sofocante y la única fuente de luz era un rayo de sol que entraba por el agujero de la pared. Raffi y Alhazred no eran más que dos manchas borrosas de color gris en el centro de una estancia minúscula. La trampilla se volvió a colocar y Alhazred encendió el potente foco. Holliday miró a su alrededor; para ser la tumba de una de las figuras más importantes no solo de Egipto, sino del origen de la civilización occidental, la habitación era austera hasta resultar deprimente.

La cámara era pequeña, como se intuía por sus dimensiones desde el exterior, de

unos tres metros y medio de lado, si acaso algo mayor que una celda común. Las paredes eran de ladrillo sin decorar ni enyesar, y el suelo, de losas planas y lisas de basalto oscuro, claramente sacado de una cantera. Las piedras que cubrían el suelo eran algo más grandes que la trampilla, de un metro cuadrado escaso. El techo era de vigas de basalto de algo más de medio metro de longitud.

Faltaba una de las losas justo en el centro del suelo, y en su lugar había una abertura oscura con una escalerilla de madera muy inclinada con respecto al eje de abajo. Al otro lado de la habitación, vieron los restos de lo que parecía una caja de madera rota de algo menos de dos metros de largo, con la tapa hecha astillas en varios trozos.

Había unos símbolos en el lateral del receptáculo, incluido un par de grandes ojos a modo de decoración. Holliday pudo distinguir dentro de la caja la grotesca imagen de lo que parecían dos piernas curtidas unidas por largas vendas color tabaco. No había torso, ni brazos, ni tampoco cabeza; eran los restos de una momia humana.

—Se llamaba Ahmose Pen-Nekhbet —dijo Alhazred—. Hasta donde sé, era algún tipo de alto oficial. Cuando encontré la tumba, estaba vacía; alguien había entrado, rebuscado en la arena del interior y cogido todo lo que había de valor. Cuando acabaron, volvieron a sellar la tumba donde puse la trampilla. El sarcófago había ocupado la parte central de la habitación, escondiendo la piedra del suelo que ocultaba la escalerilla. Los ladrones de tumbas volcaron el féretro para sacar todas las joyas con las que estuviera decorada la momia.

—¿Dónde está el resto del cuerpo? —preguntó Holliday.

Raffi ofreció la respuesta.

—Se lo llevaron los ladrones. A veces, las momias tenían piedras preciosas y objetos de valor alojados en la cavidad estomacal. Seguramente tuvieron prisa, así que simplemente partieron por la mitad los restos del cadáver.

—Esa era también mi opción —dijo Alhazred asintiendo—. Fue el destino, claro, *inshallah*, si Dios quiere. Si los ladrones no hubieran destrozado el sarcófago, yo no habría visto lo que ellos pasaron por alto, es decir, las grietas en torno a la losa central que desvelaban la escalerilla que hay debajo.

—¿Cuándo cree que ocurrió? —preguntó Holliday.

—No hay manera de saberlo —contestó Alhazred.

—Seguramente no mucho después del entierro —dijo Raffi, ignorando la mirada de irritación del hombre—. Hay cientos de tumbas de estas, y quien fuera que entró aquí sabía que había algo importante enterrado en ella. Es como los saqueadores de tumbas de la Inglaterra victoriana, que leían las esquelas de los ricos y asistían a los funerales para ver si los enterraban con sus mejores joyas.

—Qué macabro —dijo Holliday con un gruñido.

Raffi se encogió de hombros.

—Es práctico, si es este tu negocio —dijo.

—¿Vamos a bajar por el agujero? —preguntó Holliday.

—Somos todos claustrofóbicos, ¿eh? —preguntó Alhazred sonriendo.

—No, no somos todos claustrofóbicos, en absoluto —contestó Holliday—. Lo que queremos todos es ponernos manos a la obra.

—Claro que sí, coronel —contestó Alhazred algo frío—, sus deseos son órdenes.

—Si eso fuera verdad —dijo Holliday bruscamente—, nos diría dónde está Peggy.

—Paciencia, coronel, todo a su debido tiempo.

—Entonces, y como dije, manos a la obra.

—Vayan delante —dijo Alhazred dándole el foco—, no me siento preparado para darles la espalda.

—El sentimiento es mutuo, créame —dijo Holliday.

Le dio el foco a Raffi, que apuntó hacia la escalerilla. Holliday se deslizó por la escalera y se metió por el agujero. Se encontró en una pequeña habitación, con techo bajo de adobe, apenas lo bastante amplia para darse la vuelta una vez dentro.

Hacía por lo menos diez grados menos que en el otro lugar. Un momento después apareció Raffi y, finalmente, Alhazred con el foco en la mano. Alumbró hacia la izquierda, y Holliday vio unos cuantos escalones cavados directamente en la roca caliza.

—Después de ustedes, caballeros —murmuró Alhazred.

Holliday fue el primero en bajar, con la piedra rozándole los hombros por ambos lados. Al final del tramo poco inclinado de escalones había un pasillo extremadamente estrecho.

En aquel lugar hacía aún más frío; el frío seco y estéril de la muerte y del paso del tiempo. Habían bajado tanto que el pasillo con forma de túnel era de roca viva, y las paredes aún conservaban las marcas del cincel que habían usado los mineros miles de años antes.

El haz de luz lanzaba sombras largas y titilantes delante de Holliday. Al final del pasillo, a unos treinta metros de las escaleras de caliza, había una segunda antesala de nuevo vacía y con jeroglíficos tallados en las paredes a modo de decoración. Al aparecer Alhazred con el foco, Holliday observó que se repetía el mismo grupo de símbolos una y otra vez.

—El búho significa «querido» —explicó Alhazred—. El hombre sentado es un escriba. Rodeados por el cartucho, una bordura regia, esos son los símbolos que forman el nombre de Imhotep. Casi me desmayo la primera vez que lo vi. Reconocí el nombre inmediatamente, claro —añadió el hombre con evidente orgullo en la voz.

—¿Había una puerta desde la antesala a la siguiente habitación? —preguntó Raffi moviendo el foco alrededor de ellos—. ¿Un sello?

Las paredes de la antesala estaban plagadas de pinturas de vivos colores que reproducían, sobre todo, escenas de la vida cotidiana tales como la recogida de agua de los canales de irrigación, la molienda del trigo o la pesca en estanques y pantanos cubiertos de lilas.

Todas las figuras de las pinturas parecían mujeres y niños con ropajes suntuosos. El suelo estaba como recién barrido. Al final de la estancia, que tenía el tamaño de una sala de estar, se abría una entrada excavada en la roca sólida. Cuando alumbraron la entrada abierta, Holliday vio un revoltijo de cosas que parecían muebles. Alhazred comenzó a hablar.

—Había un sello de yeso y una cuerda de cáñamo alrededor de los dos tiradores de las puertas de dos hojas. Las puertas eran de cedro bañado en oro.

—¿De quién era el sello impreso en el yeso?

—Era igual que el de los jeroglíficos; el de Imhotep, sin duda.

—Me pregunto quién lo enterraría —dijo Raffi pausadamente.

Se acercó a la pared de su izquierda para mirar detenidamente el nombre de Imhotep duplicado. En algunas de las repeticiones, había otra serie de jeroglíficos que también se repetía dentro del cartucho. Raffi señaló la serie y la comentó:

—Un nombre de mujer —dijo, mientras lo miraba con mucho detenimiento—, *Het-shep-sit*.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Holliday.

—Gloria de su padre —tradujo Raffi.

—Pues entonces, la hija de Imhotep —respondió Holliday.

—Casi seguro —dijo Alhazred.

—Ni siquiera sabía que estaba casado —dijo Holliday.

—La hija podría perfectamente haber sido ilegítima —dijo Raffi—, hay un jeroglífico de cuatro letras detrás de su nombre; *H'mt-a*. Es la palabra que define a una esclava.

—Eso pensé yo también —añadió Alhazred—. Deberíamos seguir; las siguientes salas son las más importantes.

Obviamente, Raffi quería detenerse un momento para inspeccionar las paredes de la gran sala, pero se giró hacia la entrada abierta.

—¿Qué les pasó a las puertas? —preguntó Raffi.

—Desgraciadamente, se rompieron cuando abrimos las salas de las tumbas. Quitamos la cubierta y está guardada a buen recaudo —contestó Alhazred.

La siguiente sala era un amasijo de muebles y reliquias revueltos como trastos en un ático. Holliday vio pequeñas estatuas y maquetas de carros y casas, algunas de barcos pequeños también, pilas de cajas decoradas de manera recargada, mesas, sillas, taburetes y docenas de tarros de alabastro. Parecía como si lo hubieran desvalijado todo y puesto a un lado, facilitando el paso a la siguiente sala.

—Me temo que Elhadji y sus colegas no son los trabajadores más cuidadosos del mundo. De hecho, fue Elhadji el que destruyó las puertas de oro al abrir la cámara funeraria.

«Tú eras el jefe», pensó Holliday, «¿por qué no los detuviste?».

Entraron en la sala funeraria. Holliday y Raffi se pararon en seco cuando Alhazred alumbró la sala con el haz de luz del foco. En el centro, había un enorme

sarcófago de piedra claramente excavado en la roca. La tapa del enorme féretro estaba apoyada en un costado.

Los laterales del osario estaban tallados con imágenes de antiguos dioses: Ammit, con cabeza de cocodrilo; Bast, con cabeza de gato; Khefy, el rey escarabajo, dios del amanecer. Estaban Isis alada, guardiana de los muertos; Maahes, el príncipe león, hijo de Bast y Selket, la reina escorpión; Wepwawet, el toro sagrado, Horus, hijo de Isis, el dios con cabeza de Halcón, y finalmente Ra, el sol y el creador de la vida, el más grande de todos los dioses. Allí estaban todos, tallados en la piedra, con unos colores tan vivos que parecía que lo hubieran pintado el día anterior.

Toda la pared de la parte delantera del sarcófago estaba reservada a un único fresco de gran tamaño que representaba un barco de doble punta con la proa y la popa elevadas, impulsado por tres enormes velas y cien remos de oro. Una figura aislada, mucho mayor que las anteriores, llevaba una tablilla de arcilla en una mano y una extraña varilla cruzada en la otra. Estaba en la proa del barco con las manos levantadas como un sacerdote de la antigüedad bendiciendo a sus feligreses.

El barco estaba representado en la desembocadura de algún gran río, quizás el Nilo, de amplias orillas, con una altísima vegetación de hoja perenne, y la ribera llena de gente con faldas y con la parte superior del cuerpo al desnudo. Llevaban el pelo largo y los brazos y torsos tatuados, y todos parecían adorar al hombre del barco. Encima de esta escena, había un gran sol estilizado del que salía un único rayo de luz que caía directamente en la mano derecha que tenía en alto la figura eclesiástica.

—Yo creo que el dibujo representa el viaje místico de Imhotep a la tierra de Punt. Los árboles perennes apuntan a que estaba realmente en Líbano, la fuente de origen de gran cantidad del cedro que usaban los egipcios antiguos.

Alhazred movió el foco hacia la parte trasera del gran féretro y, de pronto, todo estalló con un suave resplandor del color amarillo de la mantequilla. Holliday y Raffi se encontraron repentinamente ante una pared de oro de un metro de grosor y tres de largo, que relucía como el ansiado sueño de algún rey Midas cientos de años atrás.

—Cuatro toneladas de oro —dijo Alhazred—. Nos llevó tres meses traerlo hasta aquí.

De nuevo se percibía el orgullo en su voz. Caminó por la habitación hasta la enorme pila de lingotes de oro. Se paró frente al destello de la linterna, y la luz reflectada brilló en sus ojos. Holliday estaba más interesado en el sarcófago; se acercó a él y se quedó mirando fijamente el dibujo del barco.

—Pensaba que quería hacerme alguna pregunta —dijo Raffi avanzando lenta y cuidadosamente por la cámara funeraria.

Alhazred se miró el reloj de pulsera.

—Quizás en otro momento —dijo el libanés—. Se hace tarde.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Holliday.

Alhazred se volvió.

—Guardado a buen recaudo —dijo.

—Habría jurado que aquí estaba a buen recaudo —contestó Holliday.

—No una vez abierto el sarcófago —respondió Alhazred.

—¿Tenía una máscara de oro como la de Tutankhamon? —preguntó Holliday.

—Sí, de hecho sí —dijo Alhazred.

Holliday vio que Alhazred se sofocaba, por vergüenza o por furia.

—De hecho, todo el interior del féretro estaba cubierto de oro.

—Como las puertas —dijo Holliday sonriendo.

—Sí —contestó Alhazred—. Como las puertas.

—Supongo que el interior del féretro se guardó a buen recaudo —dijo Holliday con voz anodina.

—Sí —dijo Alhazred apretando los dientes—. Creo que deberíamos irnos —añadió.

—Lo que usted diga —dijo Holliday alegremente—. Venga Raffi, que nuestro captor el arqueólogo cree que es hora de irse.

Raffi asintió, aunque se veía por la expresión de su cara que podría haberse quedado horas en la antigua tumba. Volvieron por donde habían entrado y con Alhazred detrás de ellos, pasando por la antesala de la cámara funeraria y por el estrecho pasillo, haciendo retumbar cada paso en la piedra excavada. Subieron los escalones hasta el final del hueco y por la escalera chirriante hasta el interior del recinto con forma de colmena.

Cuando Holliday y Raffi salieron de la tumba bajo la mirada vigilante de Alhazred, ya caían los últimos rayos de sol. Estaba anocheciendo y refrescaba, aunque el calor era el suficiente como para hacerlos jadear después del frío de la piedra bajo tierra. Alhazred apareció, y entre él y Elhadji volvieron a colocar la trampilla y una fina capa de arena entre las grietas de los bordes para disimular la entrada oculta.

Volvieron al campamento en silencio. Holliday no podía creer lo que había descubierto. En todo caso, las implicaciones eran más importantes y demoledoras que su descubrimiento del tesoro templario el año anterior, pero, desde luego, no era el momento de discutirlo con Raffi. Llegaron al campamento al caer la noche y Alhazred los llevó en el 4x4 hasta su tienda.

—Había pensado que podrían venir a mis dependencias esta noche para cenar y así poder hablar de lo que han visto hoy, pero he cambiado de idea —asintió de manera cortante a los dos hombres—. Quizás nos veamos mañana en algún momento y podamos hablar de su amiga Peggy.

Alhazred puso el vehículo en marcha y se alejó. Holliday y Raffi se metieron en la tienda inclinándose.

—Es un farsante, ¿verdad? —dijo Raffi.

—Completamente —dijo Holliday asintiendo—, un completo impostor.

En ese momento escucharon los helicópteros.

**E**L ruido que hacían era como el vacilante murmullo de unos metrónomos gigantescos, un rugido, un doble traqueteo que provenía del cielo, ya oscuro, como una bandada de enormes langostas de acero. Por el múltiple sonido de los rotores, debía de haber por lo menos cuatro. Incluso sin ver los helicópteros, Holliday sabía que eran enormes, como un Sikorsky S-92 o un Augusta Merlin italiano.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Raffi elevando la voz por encima del gran estruendo.

—¡Están atacando el campamento! —contestó Holliday.

Cuatro helicópteros que podían cargar unos cien hombres cada uno eran suficiente como para abordar a los tuareg.

Holliday se aproximó a la entrada de la tienda. Antes de llegar, apareció un hombre con uniforme de combate negro, un pasamontañas negro sobre la cara y un arma MP5 de cañón corto en la mano. En el muslo derecho llevaba una automática metida en una funda de apertura rápida, un enorme cuchillo de combate en una vaina de velcro en la pierna derecha y una armadura ligera en el pecho. Según irrumpió en la tienda, levantó la MP5. Holliday hizo como en el partido anual de la Armada contra la Marina y le dio una patada voladora entre las piernas.

El hombre gritó y se tambaleó emitiendo una ráfaga de disparos que bordaron de agujeros la tela de piel de camello de la tienda. Holliday le dio una segunda patada igual de fuerte al soldado, y el hombre cayó hacia atrás. Sin apenas detenerse, Holliday se agachó con una pierna doblada y golpeó con la rodilla al hombre abatido, rompiéndole la nariz. Se agachó, le sacó el cuchillo de la funda y se lo clavó entre la barbilla y la parte superior de la armadura, pasando la hoja serrada entre ambas arterias carótidas y la tráquea. La sangre salía a borbotones, salpicando la camisa de Holliday. El soldado emitió un sonido como el del aire al escaparse del neumático de una bicicleta y murió.

Raffi miraba asombrado la carnicería con la boca abierta y los ojos de par en par. Holliday agarró la MP5 y abrió la funda del muslo del hombre abatido: una Beretta M9 nueva, la versión militar de la 9 mm automática estándar. La cogió y se la lanzó a Raffi. Parecía que el joven israelí tuviera una serpiente venenosa entre las manos.

—Apunta y dispara —dijo Holliday—. El seguro está a la izquierda. Sabes que está puesto si ves el botón rojo, como ahora. Tira de él hacia abajo y dispara a cualquiera que te mire mal, ¿entendido?

Raffi asintió sin pronunciar palabra.

Se oyó algo desgarrarse tras ellos. Como sacado de una película del oeste,

apareció la hoja de un cuchillo en el lateral de la tienda y la desgarró hacia abajo. De manera espontánea, Raffi levantó la gran automática negra y le quitó el seguro. Apareció una cara.

Holliday esperaba a otro soldado con pasamontañas pero, en vez de esto, vio la cara de Emil Abdul Tidyman, el traficante que los traicionó.

—¡Por aquí! —ordenó con urgencia rasgando con el cuchillo la tienda hasta abajo—. ¡Venga, rápido! ¡Están atacando el campamento!

—¿Por qué deberíamos ir con usted? —preguntó Raffi apuntándole todavía con la pistola.

Desde donde estaba, Holliday podía ver a Raffi sosteniendo la pistola con firmeza y sin titubeos. El arma no le temblaba entre las manos, y Holliday sonrió sombríamente. Había asimilado las instrucciones; parecía que Raffi había superado su aprensión.

—Hay cinco helicópteros grandes ahí fuera, y más de cien hombres armados hasta los dientes —dijo Tidyman—. Si no vienen conmigo, morirán.

—¿Y con usted saldremos con vida? —preguntó Holliday.

—Conozco una forma de salir de aquí —contestó Tidyman.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de usted? —inquirió Raffi.

—Porque soy su única oportunidad.

Raffi se volvió y miró rápidamente a Holliday sin mover un ápice el arma que sostenía. Holliday le hizo un gesto rápido de aprobación, ya que sabía que Tidyman tenía razón. Sin tener adonde ir, cien enemigos eran demasiados; los masacrarían junto con el resto de los tuareg. Pensó por un instante en quiénes serían los atacantes y desechó el proceso de razonamiento. Ya tendría tiempo de detenerse en ese análisis más tarde; si conseguían sobrevivir, claro.

—Guíenos —le dijo a Tidyman.

Raffi bajó la M9. Tidyman se asomó por la rendija que había hecho en la tela del lateral de la tienda, y Raffi y Holliday siguieron al egipcio adentrándose en la profunda oscuridad.

Tidyman iba vestido con atuendos militares todos negros, como los del soldado, pero con una boina en lugar del pasamontañas. Llevaba una pistola enfundada y ningún arma más. Guiando el camino, fue por entre las tiendas con forma de cabaña, abriéndose paso entre los cercados para las ovejas y las cabras de la zona occidental del campamento.

Tras ellos se oían ráfagas esporádicas de disparos y los gritos entrecortados de los hombres al morir. Los camellos berreaban con pánico y tiraban de los amarres sin poder hacer otra cosa que tambalearse y chocarse unos con otros con las piernas dobladas. El impacto de las balas en las tiendas y de las granadas contra sus objetivos plagaba el lugar de fogatas.

Holliday vio por su izquierda un movimiento fugaz y se dio la vuelta. Una figura salió de la oscuridad, un tuareg con su túnica color añil, Elhadji. Llevaba una espada



recta de algo más de un metro de longitud, con travesaño y empuñadura de madera sencilla y una hoja que destelló cuando el tuareg hizo un barrido en forma de arco.

A Holliday le vino a la mente el recuerdo de un talibán con turbante negro y un inmenso sable curvado, años antes, en las ruinas de un pueblo justo a las afueras de Kandahar, e hizo exactamente lo mismo que en aquella ocasión: agacharse rápidamente. Rodó hacia un lado aún agachado para evitar dar la espalda a Elhadji, se puso de rodillas y sacó de la funda el cuchillo del soldado para introducirlo entre los pliegues de la túnica del tuareg, desgarrándole la tela y los tendones de la parte trasera de las piernas y dejándolo inmobilizado. Al caer, Elhadji consiguió sacarse de la manga derecha una daga de aspecto mortífero y dirigirla hacia el estómago de Holliday. Holliday se apartó, pero sabía que era demasiado tarde; el tuareg iba a destriparlo.

Se oyó un único disparo y Elhadji se desplomó con la parte derecha de la cara hecha añicos y el turbante desenrollándose entre un amasijo de sangre, sesos y pelo. Holliday miró hacia arriba y allí estaba Raffi, con una mano extendida hacia él y la otra sosteniendo el arma humeante.

—Apunta y dispara, ¿no? —dijo el arqueólogo israelí haciendo un guiño.

—Apunta y dispara —dijo Holliday, agarrando la mano extendida de Raffi para ayudarse a levantarse.

—¡Venga! —dijo Tidyman entre dientes.

Llegaron a la muralla de arena y la subieron con dificultad detrás de Tidyman. Al llegar a la cima, Holliday miró hacia atrás. Gran parte del campamento estaba ardiendo y Holliday veía las siluetas de los tuareg entre las llamas. Las ráfagas de balas delimitaban la línea de ataque del comando y, entre el chisporroteo del entramado de luces, vio cómo los atacantes arrinconaban a los tuareg hacia el este, contra el muro.

Al mirar hacia allí, Holliday vio otra línea de fuego que venía desde la otra parte de la muralla. Los disparos provenían de, al menos, una veintena de armas pesadas. Era una emboscada; aquel pelotón había estado esperando para atrapar a los tuareg entre dos fuegos.

Holliday volvió a girarse. Estaban exactamente donde esa misma mañana, pero ahora el tramo entre la muralla y la pista de aterrizaje casi invisible estaba ocupado por cinco enormes helicópteros con los colores distintivos rojo y blanco.

Eran Merlin Augusta-Westland, como había supuesto Holliday. Se habían realizado pruebas con una variante del Merlin para sustituir al *Flight One* del presidente, por lo que Holliday sabía que tenía casi el mayor alcance de todos los helicópteros de transporte de tamaño medio del mercado.

Tidyman se agachó y Holliday hizo lo mismo, tirando hacia abajo de Raffi. Si se quedaban ahí de pie, con la silueta recortada contra las llamas, serían un blanco perfecto.

—¿Ahora qué? —susurró Holliday a Tidyman.

—Allí —dijo el egipcio señalando al parapeto—. Sigán agachados.

Tidyman empezó a recorrer la muralla de arena hacia la esquina noreste de la estructura. Holliday iba detrás, comprobando cada pocos segundos que no los había visto ninguno de los hombres que quedaban atrás con los helicópteros. Raffi los seguía. Lo único que les obstaculizaba el camino era el cuerpo de un guardia tuareg con la garganta rajada por alguno de los soldados; pasaron por encima del cuerpo y siguieron a Tidyman.

Llegaron a la esquina de la muralla y el egipcio señaló hacia una zanja que había debajo. Al otro lado del foso seco, había un *jeep* ruso, la versión descapotable del viejo UAZ-469 que habían comprado en Mersa Matruh. Tenía una enorme ametralladora sobre un soporte en la parte trasera. Se parecía al vehículo de la Armada libia que habían visto patrullar esa misma tarde, pero bastante más viejo.

—¿Sabes usarla? —preguntó Tidyman señalando a la gran ametralladora con un murmullo más ronco.

—Puede —dijo Holliday mirando hacia abajo.

Era parecida a un MP-40 americano, pero incluso más grande, seguramente era un Kord ruso de la época soviética. Pero una ametralladora era una ametralladora, y los rusos siempre habían tenido una habilidad especial para fabricar armas simples, robustas y fáciles de manejar. Por eso la AK-47 era la coca-cola de los rifles automáticos.

—Más te vale saber dispararla —advirtió el egipcio—, esos helicópteros están en nuestro camino, y seguro que han dejado a alguien para custodiarlos.

—¡Detrás de ti! —gritó Raffi.

Holliday se giró sacando la pistola que le había quitado al soldado en la tienda. Un soldado estaba subiendo la colina, y otro iba justo detrás. Al disparar Holliday, el hombre que iba subiendo miró hacia arriba.

—*Cazzo merda!* —susurró el soldado levantando el arma.

Holliday apretó el gatillo de la MP5 y lanzó al hombre colina abajo como un peso muerto. El segundo hombre se paró en seco, sacó su pistola, y Holliday dirigió la suya hacia él disparando hasta vaciar el cargador. Por detrás del hombre muerto a los pies de la colina, otros tres soldados miraron hacia arriba.

—¡Vamos! —gritó Holliday.

Se dio la vuelta para lanzarse por el borde de la muralla de arena inclinada, mientras una lluvia de disparos que provenía de los soldados situados abajo se propagaba hacia arriba. Rodó por la arena hacia abajo, perdiendo el equilibrio y cayendo a la zanja poco profunda del final de la muralla.

Al caer, el gran golpe le cortó la respiración. Tras levantarse e intentar trepar por el foso, sintió un dolor agudo y abrasador cuando una bala le atravesó la manga de la camisa. Más balas impactaron en la arena, todas alrededor de él, al intentar liquidarlo los soldados. Llegó al vehículo, se subió de un salto a la parte trasera y agarró el tirador de la enorme ametralladora mientras la giraba.

Según Tidyman ponía en marcha el vehículo y avanzaba, con Raffi detrás de él, Holliday bajó la palanca de disparo mientras colocaba la ristra de balas. Quitó el seguro y apuntó con el arma hacia arriba. Se aseguró de que la ristra llegaba sin problemas hasta la gran caja de munición que había en el lado derecho del armatoste, respiró hondo y apretó el gatillo.

El arma de cañón pesado cobró vida en sus manos, dando botes como una taladradora y lanzando una estampida rítmica de enormes balas del calibre 50 que agujereaban la parte superior de la muralla de arena como si fuera papel en una trituradora, haciendo picadillo al instante a cualquiera que aún estuviera en la cumbre.

La amenaza inminente desapareció, y Holliday giró la ametralladora sobre la base para apuntar a los helicópteros mientras el coche rugía por la llanura pedregosa en dirección a la pista de aterrizaje. Los comandos habían aterrizado de manera escalonada, creando una línea curva de defensa que les bloqueaba el paso. Los transportes de panza oronda tenían puertas correderas como las de un monovolumen y una rampa de carga trasera. Normalmente no iban armados, pero tenían tres ventanas laterales que podían servir de emplazamiento para una ametralladora Gatling Minigun o una del calibre 50 como el Kord.

Holliday recorrió ampliamente la línea de helicópteros de derecha a izquierda, apuntando al centro, en medio de los compartimentos de pasajeros, empezando por la parte de la cabina y disparando ráfagas cortas. Incluso desde doscientos metros, Holliday veía los impactos de las balas al explotar haciendo añicos el plexiglás del parabrisas, destrozando el metal, y haciendo saltar por los aires los trozos de fuselaje y de motor. Algo brilló en uno de los helicópteros del centro y, un segundo después, arrojó una enorme bola de fuego con un sonido sordo de explosión ahogada; combustible para las enormes turbinas GE.

En el asiento del conductor, Tidyman dio un volantazo para esquivar la explosión que salió del enorme helicóptero. Holliday vio cómo unas figuras corrían delante del fuego. Tidyman gritó una advertencia.

—¡Lanzacohetes!

Una de las figuras que corría llevaba en el hombro uno de los angostos lanzacohetes que ya conocían bien: un RPG-7 capaz de derribar un M1 Abrams, por no hablar de una chatarra como la que llevaban ellos. Un disparo con un arma como esa y serían historia. Holliday giró a la izquierda cubriendo todo el campo de acción y, luego, en la dirección contraria, cediendo bajo el impulso del retroceso y disparando aleatoriamente contra la línea de hombres, derribándolos como a las marionetas al cortarles las cuerdas. El que llevaba el lanzacohetes cayó junto con el resto.

Siguieron hacia adelante dejando la línea de helicópteros tras ellos, y el del centro en llamas. Al menos dos de los otros, y quizás más, habían resultado dañados. Armados hasta los dientes o no, si el comando se quedaba sin transporte estarían más

muertos que vivos; los Gadafi, padre e hijo, no eran conocidos por su compasión. Mandarían a la reserva una flota de cazas MiG-23 y harían volar por los aires a los soldados que sobrevivieran.

Tidyman entró en la pista de aterrizaje. El Skymaster que Holliday había visto esa mañana estaba atado bajo un toldo de poliéster contra una fila de bidones de doscientos litros con bombas de mano. Las dos puertas de la cabina estaban abiertas de par en par.

—¿Dónde está el piloto? —gritó Holliday bajándose de la parte trasera del vehículo.

La cabina del avión estaba vacía. Retrocedió involuntariamente al oír una explosión tras ellos. Se giró y vio que el fuego se había expandido; un segundo helicóptero había salido ardiendo. Seguro que los soldados esperaban entrar y salir fácil y rápidamente con pocos daños, y ahora todo se había fastidiado.

—Yo soy el piloto —dijo Tidyman bajando del vehículo.

—Está de broma —dijo Raffi.

—Me saqué la licencia con quince años en Canadá —dijo Tidyman—; antes de saber conducir, ya estaba volando.

El egipcio se dirigió a la puerta del piloto y se colocó tras el volante con forma de media luna. Raffi y Holliday entraron tras él, y Holliday ocupó el asiento del copiloto.

Tidyman cerró la puerta, echó el pestillo y empezó a activar los controles. Holliday también cerró y aseguró su puerta.

—Por aquel entonces, el servicio militar era obligatorio en Egipto —dijo Tidyman continuando con la explicación— y me pasé dos años sobrevolando Sadat con uno de estos.

Tidyman colocó el mando de control de la mezcla en posición de mezcla rica, las revoluciones por minuto al máximo y pulsó el botón de encendido. Soltó la puesta en marcha y volvió a realizar el procedimiento. Esta vez el motor respondió. Se oyó un chasquido seco que venía de la sección de cola del avión y, luego, un segundo impacto.

—Alguien nos está disparando —dijo Raffi.

Holliday miró por la ventana de la derecha. La noche era oscura, excepto por las llamas que emanaban de los helicópteros.

El motor rugía según Tidyman iba acelerando, y otra ráfaga de disparos impactó sobre el avión.

—Hora de irse —dijo Tidyman.

Soltó el freno y salieron rodando de debajo de la cubierta de poliéster. Tidyman giró bruscamente, y el morro del avión señaló hacia la oscura pista de aterrizaje. El egipcio aceleró tanto como pudo, colocó los pies en los pedales y bajó los alerones un tercio. El avión de doble motor recorrió la pista y se lanzó a la noche cerrada. Estaban volando.

—¿**H**ACIA dónde nos dirigimos? —preguntó Holliday intentando superar con la voz el sonido de los motores al elevarse el avión.

—Al noreste, en dirección a Siwa hasta que me digan lo contrario —contestó Tidyman mientras ajustaba los alerones.

La única iluminación que había dentro del avión era la de las luces del panel de control y de la pequeña pantalla del radar en el centro del tablero de mandos, que desprendía un resplandor de color verde enfermizo sobre sus caras.

—Según de dónde vinieran los helicópteros —dijo Holliday.

—Yo vi un logotipo en el lateral de uno de los que estaban más cerca —aportó Raffi—, un colibrí rojo.

—Esa es la insignia de la Corporación Canadiense de Helicópteros —dijo Tidyman sacudiendo la cabeza—; es la compañía de helicópteros privados más grande del mundo. Trabaja, sobre todo, con las plataformas petroleras, y participa en rescates aire-mar. Tiene oficinas por todo el mundo y alquila helicópteros a todo tipo de terceros usuarios, así que eso no significa nada.

—El hombre que venía corriendo por la muralla dijo algo justo antes de que le disparara: «*Cazzo merda*», algo así como «¡Mierda!», pero en italiano —dijo Holliday.

—Nuestros amigos del Vaticano buscando algo de venganza —sugirió Raffi.

—Más bien buscando el oro —dijo Tidyman con tono de burla—. Mía es la venganza, dice el Señor, pero el dinero, para la madre Iglesia.

—O buscaban algo más —murmuró Holliday al recordar la tumba.

—¿Cómo qué? —preguntó con curiosidad Tidyman.

—Nada —dijo Holliday—, no importa.

—¿Podrían haber venido desde Italia esos helicópteros? —preguntó Raffi.

—Pueden recorrer unos mil quinientos kilómetros, si no recuerdo mal —dijo Holliday—; ¿llega?

—Desde Sicilia sí —dijo Tidyman.

—¿Desde dónde se avista tierra lo más cerca posible de Italia? —inquirió Holliday.

—Túnez —dijo Tidyman.

—¿Podríamos llegar hasta allí?

—Sí, Alhazred siempre tenía los aviones con el depósito lleno por si surgía cualquier imprevisto.

—Imagino que no previó este en concreto —dijo Holliday.

—Era un ingenuo; debería haber visto venir esto o algo parecido —dijo Tidyman

gruñendo—. El oro en esas cantidades es un imán para la mala suerte y la muerte.

El egipcio ajustó los controles. Holliday observaba la aguja de la brújula girar por el cuadrante iluminado. Ahora se dirigían al norte y un poco al oeste.

—El viejo aeródromo de Matfur sigue ahí, justo al sur de Bizerta, en la costa. Podemos repostar allí si quieren.

—A mí me parece bien —dijo Holliday.

Se oyó un fuerte sonido metálico desde el asiento de atrás, y Holliday se giró. Raffi tenía el cañón de la enorme Baretta automática contra el cráneo de Tidyman.

—Y usted es incluso más ingenuo que Alhazred si cree que me está asustando con eso —dijo el egipcio—. Podría meterse el cañón en la boca y sería lo mismo. Dispáreme y a ver quién pilota el avión.

—¿Dónde está Peggy? —exigió Raffi.

—Alhazred la metió en un barco hace una semana —contestó Tidyman tranquilo—. Ahora, baje el arma.

—Hazlo —dijo Holliday.

Raffi los ignoró.

—¿Que la metió en un barco? ¿Qué significa eso?

Apretó un poco más el cañón de la automática contra el cráneo del egipcio.

—Tiene un trato con un hombre llamado Antonio Neri.

Tidyman hizo una pausa.

—Maneja una organización criminal llamada La Santa —prosiguió el egipcio.

—Ducos, el francés, mencionó La Santa —dijo Holliday recordando el momento—, y Japrisot, el policía, dijo que Valador, el canalla del barco pesquero, tenía relación con ellos.

—La Santa comercia, entre otras cosas, con chicas monas. Una muchacha guapa de raza blanca como la señorita Blackstock sería un plus.

—¿Adónde se la podrían haber llevado? —preguntó Raffi enfadado.

—Baje la pistola y se lo contaré —dijo Tidyman.

—Hazlo —ordenó bruscamente Holliday.

Raffi bajó la pistola.

—¿Dónde está? —repitió.

—La Santa tiene la central en Córcega, eso es todo lo que sé con certeza.

—¿Pero pueden tenerla allí o no? —exigió saber Raffi.

—Neri manda a las chicas a muchos sitios distintos. Viajan a Albania, y desde allí las mandan por toda Europa del Este. Lo mismo pasa con la droga, hay una red.

—Y ¿qué pasa con el tráfico de reliquias? —preguntó Holliday.

—Van desde Córcega a Marsella o a Roma, depende de cuál sea el destino final —contestó Tidyman—. Más allá de eso, no tengo ni idea.

—Ese hijo de puta —dijo Raffi entre dientes—. ¡Voy a matarlo!

—¿A Alhazred? —dijo Tidyman—. No si yo lo encuentro antes.

—¿Qué problema tiene con él? —preguntó Holliday—. Creía que eran

compañeros.

—Porque no tuve elección —explicó el egipcio—. Secuestró a mi mujer y a mi hija en El Cairo, y las tuvo retenidas —dijo Tidyman negando con la cabeza—. Dijo que yo iba a necesitar un incentivo para ayudarlo a deshacerse del oro y, cuando descubrió que ustedes iban tras ese oro, me amenazó con violar y matar a Habibah y a mi Tabia si no los llevaba hasta él.

—¿Qué le hizo cambiar de idea? —preguntó Holliday.

Holliday vio en el reflejo difuso del panel de control cómo se formaban lágrimas en los ojos del egipcio.

—Ayer llegué hasta Bardai, en Chad, para buscar refuerzos —dijo Tidyman.

Decaído, miraba por el parabrisas hacia el cielo lleno de estrellas, con la mente y el corazón en otro lugar. A lo lejos, las dunas del desierto se desplegaban como el paisaje de un eterno sueño borroso iluminado por la luna, que ya se elevaba por el horizonte.

—Conseguí contactar por teléfono con mi vecino de El Cairo y me enteré de que mi mujer había sido asesinada cuando intentaba escapar.

—¿Y su hija?

—*Al'hamdu'li'Allah*, gracias a Dios, Tabia consiguió escapar y mis amigos la tienen escondida; está a salvo. Yo iba de camino para matar a Alhazred y a los suyos cuando llegaron los helicópteros. En vez de eso, fui a por ustedes; no merecían morir por la traición de ese hombre.

El egipcio se aclaró la voz, pero no hizo ningún esfuerzo por secarse las lágrimas que estaba derramando por su esposa.

—Ni siquiera se llama Alhazred.

—Y, ¿cómo se llama? —preguntó Holliday.

—Bobby Ayoub, nació en Ottawa.

—¿Y sus padres, los doctores? —preguntó Raffi desde la parte trasera del avión.

—¿Les contó esa historia? —dijo Tidyman riéndose con frialdad—. Su padre regentaba una charcutería de la calle de Elgin, y su madre era copropietaria de una panadería. Estaban especializados en pan de pita. Ambos murieron en un accidente de tráfico el día de Año Nuevo por culpa de un conductor borracho. Bobby era solo un niño. Lo heredó todo, incluso el dinero del seguro. Se fue al Líbano con el dinero y jugó a ser alguien importante. Intentó unirse a Hezbolá y al grupo de Abu Nidal, pero no lo aceptaron; igualmente intentó entrar en la universidad, y tampoco lo aceptaron allí.

—Ya nos figurábamos que era un farsante —dijo Holliday asintiendo.

—Lo de que Trajano era el hijo de Vespasiano fue un buen intento entre otras cosas, porque Trajano ni siquiera había nacido hasta cincuenta años después de la muerte de Vespasiano —dijo Raffi con desdén—. Metió la pata en muchas otras cosas, y tampoco sabía leer los jeroglíficos; no era arqueólogo.

—Estaba loco; delirios de grandeza. Según él, estaba destinado a hacer grandes

cosas; vamos, un Mahdi del siglo XXI que Dios había enviado para liberar a su pueblo del yugo de la tiranía, etcétera, etcétera. Y lo cierto es que era el hijo de una panadera y que su padre hacía sándwiches de carne ahumada.

—El padre de Hitler era inspector de aduanas —dijo Raffi—; las cosas importantes tienen orígenes humildes, y todo eso.

—Quería ser un terrorista, pero nadie lo quería —dijo Holliday—, así que creó la Hermandad de Isis.

—Algo así —dijo Tidyman asintiendo.

Empujó suavemente el timón y comprobó la dirección en la brújula.

—Como ya he dicho, un loco.

El pequeño avión presurizado volaba a unos seis mil kilómetros, a la altura óptima para un vuelo de largo recorrido. Volaban tan alto que no veían la sombra en forma de murciélago que proyectaba el avión sobre las dunas.

Tidyman se encogió de hombros.

—A los tuareg no les importaba. Llevaban años saqueando tumbas y robando yacimientos arqueológicos, por no hablar de los asaltos a alguna que otra caravana. Alhazred, o Ayoub, o como se llame, simplemente les facilitó la tarea de vender sus objetos a los traficantes y les dio armas mejores que las suyas. Ese cabrón mentiroso trajo al desierto el crimen organizado.

Tidyman suspiró y levantó otra vez los hombros con cansancio.

—El terrorismo ya no tiene nada que ver con los ideales; Gandhi lleva ya demasiado tiempo muerto como para que sigan primando los ideales en ese tema. Ahora es simplemente ego y dinero y, reduciéndolo a pocas palabras, eso es exactamente Bobby Ayoub.

—¿Cree que escapará? —preguntó Holliday.

—Sí —dijo Tidyman con franqueza—. Debe de tener preparado algún refugio, una especie de plan B. Siempre lo tenía.

—¿Y cuando se encuentre con que su avión no está? —dijo Holliday—. ¿Se lo imaginará y vendrá tras nosotros?

—Cuenten con ello —dijo el egipcio asintiendo—. Cuando no encuentre nuestros cadáveres se dará cuenta. Se ponía hecho una furia cuando no conseguía lo que quería. Esto lo sobrepasará, y vendrá a por nosotros con los ojos inyectados en sangre, créanme.

Volando a menos de doscientos cincuenta kilómetros por hora para ahorrar combustible, tardaron hasta pasada la medianoche en recorrer los casi mil trescientos kilómetros de desierto. La luna estaba en su apogeo cuando cruzaron la frontera con Libia y se despidieron con gran alivio del paisaje que dejaban atrás.

—Lo único que sé sobre Túnez en la época moderna es que George Lucas filmó las escenas de Tatooine, el planeta de Luke Skywalker, en un lugar real llamado Tatooine —dijo Holliday dirigiendo la mirada hacia el paisaje desértico que sobrevolaban, y que no parecía muy distinto al de la mayoría de Libia.



—Aquí está, al sur del país —contestó Tidyman—. El país se divide en dos zonas: la parte de abajo es desierto yermo, y la superior son buenas tierras de labranza, el Mediterráneo, como el sur de España o Grecia, lleno de colinas y valles fértiles. Está bastante bien para ser un país tan pequeño encajonado entre dos grandes.

—*Carthago delenda est* —dijo Raffi dando cabezadas en el asiento de detrás del copiloto—, «Cartago debe ser destruida»; es lo primero que aprendí a decir en latín.

—El paso de Kasserine. —Aportó Holliday—. La primera vez que los americanos se cruzaron con los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Nos dieron una buena paliza, y nos humillaron. Una de las peores derrotas de la historia militar de los Estados Unidos.

—Menos mal que aprendieron rápido —dijo Tidyman.

Soltó un poco el controlador hacia adelante, y el pequeño avión descendió ligeramente, intensificándose el sonido de los motores.

—¿Por qué descendemos? —preguntó Holliday.

—Intento situarme por debajo del radar —explicó Tidyman.

—¿Nos estarán buscando? —preguntó Raffi.

—No creo —dijo el egipcio—, pero el aeropuerto comercial de Túnez u otro más pequeño que hay en Bizerta pueden detectarnos por accidente. Volamos bastante alto para ir en un avión ligero, y pueden sospechar si aparecemos de la nada en sus pantallas viniendo del desierto.

—Entonces bájanos como sea —dijo Holliday.

Bajaron a un ritmo constante hasta sobrevolar las dunas y las llanuras áridas del desierto a menos de treinta metros. Delante de ellos, y ahora visible a lo lejos, estaba la pared de la irregular cordillera del Atlas como una oscura y rotunda sombra que bloqueaba la vista del cielo iluminado por las estrellas. El paisaje cambió bruscamente; el desierto desapareció, y lo sustituyeron pequeñas granjas, caminos y algunos poblados salteados. Las llanuras se hacían más onduladas y estaban salpicadas de colinas con bosques que subían por las laderas como fortalezas que esperaban a un enemigo de antaño. Holliday vio cómo la aguja de la brújula se movía lentamente, pero con determinación, hacia el este.

—¿Dónde está ese aeródromo? —preguntó Holliday tras cuatro horas de vuelo.

—En Matfur —contestó Tidyman—. Era una base para cazas en el lecho seco de un lago —explicó—. Ambas partes la ocuparon durante la guerra. Mi padre lo llamaba *Matfur embarrado*, y creo que, originalmente, era alemán. Ya nadie lo utiliza, claro; es solo una franja de tierra.

—Y, exactamente, ¿por qué vamos allí? —preguntó Raffi.

—Si aterrizamos en uno de los aeropuertos principales seguramente nos harán preguntas —contestó Tidyman—. Si Alhazred, o Ayoub, o como se llame, realmente viene tras nosotros, va a ser más difícil que nos encuentre. Está más cerca de Kelibia que de ningún otro sitio.

—¿Kelibia?

—Una pequeña ciudad costera en la península de cabo Bon, la otra parte de la bahía de Túnez —dijo Tidyman—. Un sitio polvoriento con apenas turistas. Hay un viejo fuerte pero, precisamente, de eso va: allí es donde desembarcan a las mujeres. Es donde atraca el *Khamsin*.

—Llévenos allí —dijo Raffi.

Después de otra hora de vuelo, llegaron a Matfur, una pequeña localidad a los pies de una sombría colina sin árboles rodeada por una llanura de pequeñas granjas. Bajo la tenue luz de la luna, Tidyman divisó sin dificultad el lecho del lago y realizó un aterrizaje perfecto sobre tres puntos en el aeródromo abandonado, que ahora era poco más que un camino ligeramente elevado y con barro seco agrietado. Rodó por la pista dejando que el avión parara con el impulso, y apagó los motores. Las hélices tabletearon y emitieron un chirrido al pararse y, por primera vez desde que despegaron en el campamento del desierto de Libia, se hizo el silencio.

—¿Ahora qué? —preguntó Holliday.

—Ahora robamos un coche —dijo Tidyman— y nos dirigimos a la costa.

AL final no robaron ningún coche, sino que compraron una camioneta, una vieja Austin Champ de la Segunda Guerra Mundial que dejó de usarse en 1943 y fue puesta de nuevo en marcha para usarla en la granja de pollos de un hombre llamado Mahmoud. Se llevaron la camioneta y unos veinte litros de gasolina a cambio de cincuenta dólares americanos y la llave de contacto del Cessna Skymaster que habían dejado en la vieja pista de aterrizaje. Mahmoud también les dio de desayunar, muy temprano, pollo de matanza desplumado y horneado acompañado de un plato de cuscús y varias tazas de café fuerte.

Por unos cuantos dólares más, Mahmoud les dejó coger de su armario algo de ropa de estilo occidental para poder vestir a Raffi y a Holliday con camisas de cuello Mao y pantalones amplios y caídos que parecían estar confeccionados para alguien bajito y muy gordo. Al romper el día, y tras un recorrido por la repugnante y repulsiva granja de Mahmoud y algunas instrucciones para llegar a la costa, se pusieron en camino. El viaje no duró más de dos horas, pero Holliday creía que la peste a excrementos de pollo no se iría nunca.

La descripción breve que había hecho Tidyman de la ciudad de Kelibia era completamente acertada: un extenso fuerte de la época romana dominaba desde una colina inclinada la polvorienta ciudad encalada. Eso era todo, excepto por la peste a pescado que rápidamente comenzó a luchar en los orificios nasales contra el hedor ácido de los excrementos de pollo.

La mayoría de la ciudad parecía haber surgido de la intersección de dos carreteras principales, extendiéndose en un entramado de calles estrechas sin sentido que habían ido aumentando con el paso de los años como un virus de yeso y encalado sin disposición ni dirección fija. El centro real de la ciudad, aparte de la obvia supremacía de la fortaleza, era el puerto y sus flotas de barcas pesqueras y falúas. Según indicó Tidyman, Kelibia no era una de esas *zones turisticques* adecentadas para el turismo que habría dado buena cuenta de la basura de las calles y la pútrida agua sucia del puerto. Los barcos, a los que en su mayoría les faltaba una capa de pintura, estaban amarrados de una manera atropellada y caótica que desafiaba cualquier lógica u orden.

Finalmente, encontraron la *Capitanerie* de Inmigración y la oficina central del puerto. Ambas estaban en un pequeño edificio junto a un mercado enorme de pescado con techo de cemento que había justo enfrente del muelle. El despacho contaba con un armario, un escritorio con una silla, una ventana mugrienta y pilas de papeles encima de unos viejos archivadores de color verde. La estancia olía a tabaco recalcitrado y a madera podrida.

El capitán del puerto se llamaba Habib Mokaden. Era un hombre achaparrado que llevaba los pantalones subidos hasta las axilas y tenía una magnífica mata de pelo plateado y rizado, culminado por un fez de color verde intenso. Tenía la cara rechoncha cubierta por una barba cerrada de tres días con aspecto de lija y fumaba cigarrillos largos de la marca Mars que sacaba a golpecitos de una cajetilla de color rojo brillante, y se los colocaba justo en el centro de los carnosos y humedecidos labios. Se podía comunicar con Holliday de manera aceptable.

—Sé cuál es ese barco, sí —dijo asintiendo al preguntarle Holliday por el *Khamsin*.

Holliday no se lo creyó del todo, viendo el caos de barcos que reinaba en el puerto, la mayoría de ellos sin nombre.

—¿Por qué lo recuerda? —preguntó.

—¿No cree usted que este capitán de puerto conozca cada barco grande o pequeño que atraca aquí cada día y cada noche? —preguntó Mokaden frunciendo el ceño—. La falúa verde de Hosni Thabet, el bote de Akimi con la franja amarilla y el agujero oxidado a babor, la pesquera de sardinas de Fathi Bensilmane con las palabras sagradas del Corán en la chimenea. ¿Zoubir Ben Younes y ese bote fétido? Los conozco a todos y cada uno; son mis niños, caballero, mis amigos, mis mascotas.

—¿Por qué recuerda ese en concreto? —insistió Holliday.

—Ese barco viene una vez al mes más o menos. Se queda una semana y se va. Durante esa semana, el capitán se pasa el día bebiendo café y jugando al ajedrez en el Café de Borj, arriba, en la colina. Se hospeda en el Mamounia, donde trabaja mi hermana, que es por quien sé todo esto. Esta última vez se ha quedado más tiempo porque uno de los motores estaba estropeado y había perdido a su ingeniero de toda la vida. Esperaba que llegaran las piezas, pero no ha sido así, por lo que se fue esta mañana con un motor y sin ingeniero. Se fue muy temprano y con bastante prisa, siento decir.

—¿Se fue esta mañana?! —dijo Raffi.

—Eso dije, caballero. Esta mañana, con la salida del sol; incluso antes que los pescadores.

—¿Hacia dónde se dirigía? —preguntó Tidyman.

—No estaba allí para que me lo contara —dijo Moukaden encogido de hombros.

Tiró del cinturón para colocarse un poco más arriba los pantalones sobre el gran montículo de la barriga.

—Diría que se iba a su puerto de matrícula.

—¿Cuál es? —preguntó Tidyman.

—Calvi, en Córcega —dijo Moukaden.

—¿A qué velocidad podría ir con un solo motor? —preguntó Tidyman.

—A unos cinco nudos, quizás seis —contestó el capitán del puerto.

—Podríamos cogerlo —dijo Raffi.

—¿Por qué querrían tal cosa? —dijo Moukaden sobrecogido por la idea y con los

ojos como platos—. Es un acto de piratería.

—Tiene algo que es nuestro —dijo Holliday—. Y queremos que nos lo devuelva.

—Así que es un ladrón —dijo Moukaden pensativo.

—Sí —dijo Tidyman.

Raffi estaba a punto de añadir algo al comentario, pero Tidyman le echó una mirada para que se callara.

—Un ladrón —dijo de nuevo el capitán del puerto.

—Sí —dijo Tidyman por segunda vez.

—Al que se le debería detener —dijo Moukaden.

—Eso es —contestó Tidyman.

—Un barco rápido —dijo el capitán del puerto.

—Sí —terció Holliday, viendo por dónde iban los tiros—. Uno muy rápido.

—Conozco ese barco —dijo Moukaden.

—Eso mismo esperaba —dijo Tidyman sonriendo.

—Es de mi primo Mustafa. Lo usa para... trasladar cosas de un sitio a otro.

—Ajá... —asintió Tidyman.

—Debe de ser caro —advirtió el capitán del puerto—. Significa mucho para él.

—¿Acepta Visa? —preguntó Holliday.

—Claro —asintió Moukaden encantado y subiéndose otra vez los pantalones—.

Y American Express también.

Amplió la sonrisa y se estiró para coger el teléfono antiguo de disco que tenía en el abarrotado escritorio.

—Voy a hacer una llamada, ¿de acuerdo?

—Hágala —dijo Holliday.

Mustafa vivía a unos cuantos kilómetros por la costa en una pequeña población frente a la playa llamada Hammam Lekses. El transporte resultó ser la versión acuática de la vieja Austin Champ que habían regateado en la granja de pollos. En este caso era un Motoscafo Armato Silurante de unos veinte metros de eslora, o un barco MAS, la versión italiana del torpedero británico o el conocido como E-boat alemán.

Estaba en el muelle de piedras de Hammam Lekses como un *Tomcat* destartado y devastado por la guerra. La gran cubierta estaba atestada de viejas redes de pesca y cajones, y la estrecha cubierta de popa tenía pilas de bidones oxidados y amarrados para darle autonomía. El casco aún seguía pintado con los viejos colores italianos brillantes atenuados por la sal y el paso del tiempo. Un viejo *Tomcat* quizás, pero un *Tomcat* al fin y al cabo, cuyas líneas elegantes y alargadas aún dejaban ver la velocidad y la gran potencia latentes bajo su superficie.

Habían abandonado el barco en 1943, cuando los alemanes y los italianos se retiraron de Túnez, y el padre de Mustafa consiguió robar la embarcación en las narices de los británicos y los americanos, ocultándola en una cueva de la costa. La usaba para traficar con cualquier cosa, desde aceite de oliva hasta ametralladoras, de

Túnez a Marsella tras la guerra; y parecía que Mustafa había seguido los pasos de su padre. Mustafa era lo diametralmente opuesto a su primo Moukaden: extremadamente delgado y completamente calvo. Según Mustafa, el barco de setenta y cinco años estaba nuevo como el primer día, y era perfectamente capaz de traquetear a treinta y cinco nudos. De acuerdo con los cálculos de Mustafa, el *Khamsin* no habría recorrido, a media tarde, más de noventa kilómetros en línea recta, lo que significaba que su barco, el *Fantasma*, lo alcanzaría en menos de dos horas.

Además, el tunecino les incluyó con mucho gusto un lanzacohetes a cambio de algo de dinero extra. Mientras que el primo Moukaden autorizara el abordaje del *Khamsin* en alta mar, Mustafa no tenía ningún reparo en llevarlos hasta su objetivo.

Sugirió esperar a que cayera la noche para poner en marcha la expedición. Según Mustafa, a las patrulleras costeras Kirogi de la Marina de Túnez, casi todas con base en Túnez, no les gustaba operar durante la noche, así que solían volver a casa al caer el sol. Y lo que era más importante, la experiencia de Mustafa de abordar barcos en alta mar le decía que salía mejor con la noche. Tras mucho discutirlo, y algún que otro contraargumento por parte de Raffi, decidieron que lo mejor era seguir el consejo de Mustafa.

El sol ya no era más que un recuerdo en el horizonte cuando Mustafa engranó los viejos motores del Isotta Fraschini, conservados con cariño primero por el padre de Mustafa y ahora por él mismo. El mar estaba completamente en calma, y empezaba a refrescar con la brisa de la noche, al mismo tiempo que iban encendiéndose tras ellos las luces de las casas y las villas. Tidyman permaneció en la pequeña camareta con Mustafa, mientras que Holliday y Raffi se quedaron en la gran sala de oficiales bajo la cubierta.

Los motores rugían ruidosamente bajo sus pies a medida que Mustafa aumentaba la velocidad y las pequeñas olas golpeaban rítmicamente los laterales del *Fantasma*. Todo el casco empezó a vibrar al acelerar, y la proa se elevó cuando el barco comenzó a planear. En cinco minutos, el *Fantasma* surcaba las olas del océano a casi cuarenta nudos por hora.

—¿Estás seguro de que podemos fiarnos de él? —preguntó Raffi, sentado en la mesa de la sala de oficiales.

—¿De Tidyman, de Mustafa o de su primo el capitán del puerto? —preguntó Holliday encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe? Moukaden, el tipo gordo, puede estar ahora mismo hablando por radio con el *Khamsin*, haciéndoles saber que vamos tras ellos. Pero no tenemos mucha elección, ¿no? Esta es nuestra única pista, nuestro único camino hacia Peggy.

—Mustafa y su primo gordo están en esto por el dinero, de eso se da uno cuenta rápido. Es Tidyman el que no me convence del todo.

—Alhazred mató a su mujer, y esa es razón de más para fiarnos de él. La venganza es el mejor de los móviles.

—¿Y si Peggy no va a bordo del *Khamsin*? —preguntó Raffi—. ¿Qué hacemos

entonces?

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a él —contestó Holliday.

Surcaron el mar durante la noche con el océano que se desplegaba como un desierto ondulado, igual que el desierto de arena que habían cruzado la noche anterior. Holliday subió a la cubierta una o dos veces para contemplar el mar y el cielo iluminado por las estrellas, pero sobre todo dormitó en una de las literas que, tiempo atrás, había usado la tripulación de diez hombres que viajaba en el viejo torpedero italiano. Ya habían pasado las dos de la madrugada cuando Tidyman los despertó sacudiéndolos.

—Algo va mal —dijo el egipcio sin preámbulos—. Creemos que tenemos al *Khamsin* en el radar, pero está parado, inmóvil en el agua.

—Quizás se le ha estropeado el otro motor —dijo Holliday bostezando al encontrarse a Tidyman delante.

Llegaron a la pequeña timonera donde Mustafa dirigía el timón. Raffi ya estaba allí, mirando fijamente el rastreo del moderno radar fijado al control de mandos. Por el sonido de los motores y la sensación del contacto del barco con el agua, Holliday estaba seguro de que el *Fantasma* había reducido considerablemente la velocidad. Miró detenidamente la pantalla del radar. El rastreo resaltaba una señal luminosa en la esquina superior derecha de la pantalla, y la de ellos latía aún más brillante en diagonal hacia esta. Se reducía la distancia entre ambas señales, pero la de arriba estaba quieta.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Holliday.

Mustafa se inclinó sobre el timón y ajustó el botón del radar. La imagen saltó y se volvió a colocar.

—A un kilómetro y medio —dijo—, o algo menos, un kilómetro.

—¿Estamos seguros de que es el *Khamsin*? —preguntó Holliday—. A lo mejor es un escollo o algo así.

—No es un escollo, es un barco —dijo Mustafa mirando fijamente hacia la oscuridad y guiando la vieja cañonera por el suave oleaje.

—Está donde debería estar el *Khamsin* —dijo Tidyman.

—Vale —murmuró Holliday, tratando de pensar mientras se acercaban lentamente a la señal que brillaba en la pantalla.

Llevaban unas cuantas armas, algunas pistolas que traían del campamento de Germa y el lanzacohetes de Mustafa. Este último también tenía una ametralladora ligera sobre un bípode de la Segunda Guerra Mundial pero, según recordaba Holliday, no había ido muy bien durante la guerra, así que no se fiaba mucho del arma sesenta años después. No solo era que tuviera muchos años, sino también que la empuñadura de madera estaba agrietada y palidecida por las manchas del salitre después de llevar años en el mar. Además, el cañón estaba lleno de mugre y manchado de óxido. Podría perfectamente estallar en la cara de quien intentara dispararla.

—Tú eres el soldado —le dijo Raffi a Holliday—. ¿Qué hacemos ahora?

Holliday se encogió de hombros.

—Hay dos formas de hacerlo: brusca y rápidamente, o lenta y cuidadosamente. Personalmente me quedo con lenta y cuidadosamente —sonrió burlonamente—, pero me estoy haciendo viejo para estas cosas.

—Yo también —dijo Tidyman.

—Bueno, pues yo no —dijo Raffi con cara de pocos amigos—. Peggy podría ir en ese barco.

—Por lo que lenta y cuidadosamente parece la mejor opción —respondió Tidyman—. No tenemos ni idea de quién va a bordo. Podrían superarnos en número y su amiga podría perder la vida si nos precipitamos.

—El *Khamsin* es viejo y tiene el casco de madera —dijo Holliday—; un solo disparo del lanzacohetes lo podría hundir perfectamente.

—¿Qué sugiere? —preguntó Tidyman con calma.

En la pantalla del radar, ambas señales se acercaban cada vez más.

—Quinientos metros —dijo Mustafa—, y está saliendo la luna; vais a poder verlo en cualquier momento.

—Tenemos que decidirnos ya —exigió Raffi.

—Hay un foco en la proa. Nos acercamos rápidamente con la luz potente y los cegamos —dijo Holliday—. Les hacemos señas como si fuéramos oficiales, guardia costera o de aduanas, o algo así. El señor Tidyman está en la proa con el lanzacohetes. Los amenazamos: o nos entregan a Peggy o hundimos el barco.

—Me parece bien —dijo Tidyman sonriendo—. Pero, por favor, llamadme Emil de aquí en adelante.

—Vamos —dijo Raffi—. El tiempo se agota.

—Doscientos metros, justo enfrente —dijo Mustafa.

Se acercaron a toda máquina con un gran estruendo que provenía de los motores y una estela de espuma que llegaba casi hasta la borda. Tidyman estaba abrazado al cabrestante delantero con el lanzacohetes balanceándose sobre el hombro; el arma estaba cargada y preparada, y Tidyman tenía el dedo colocado en el gatillo. Holliday y Raffi estaban agachados detrás de él, medio ocultos por una pila de redes de peces hediondas y con las armas desenfundadas y listas. En el timón, Mustafa esperó hasta el último momento, encendió el foco de proa y giró repentinamente el timón al mismo tiempo. Tiró del acelerador del torpedero deslizándose con un giro que dejó al *Fantasma* en paralelo a su presa al frenar bruscamente en medio de un estrepitoso estallido de agua.

—Por Dios santo —susurró Tidyman, perplejo ante el terrible panorama que tenía delante.

El horror que el foco revelaba en contraste con el oscuro cielo era una imagen perfilada con sumo detalle, brillante y grotesca.

—¿Qué barbarie ha tenido lugar aquí?



**E**L viejo remolcador cascado ondulaba destrozado y a la deriva en el mar oscuro. Parecía como si alguna máquina demoníaca hubiera engullido, machacado y triturado toda la supraestructura, incluyendo la camareta alta y la timonera. La chimenea estaba arrancada de cuajo de la base, tirada sobre estribor y cosida a agujeros del tamaño de pelotas de béisbol.

La timonera había desaparecido casi por completo; las ventanas estaban hechas polvo, los mamparos, destrozados, y la escalerilla de mano, reducida a escombros.

Estaba claro que se estaba yendo a pique. La escora a babor había quedado tan gravemente dañada que la cubierta estaba casi completamente inundada. La propia cubierta estaba reducida a astillas con docenas de los mismos agujeros que habían convertido la timonera en un colador.

En la cubierta, había varios cuerpos o, al menos, partes de ellos, imposibles de identificar. Se veían manchas de sangre por todos lados, grandes salpicaduras sobre la pintura blanca y más regueros de sangre recorriendo los imbornales.

De manera estrambótica, una mano sujetaba una pistola en la proa, pero después del hombro no había más cuerpo. Junto al brazo, había un cuerpo decapitado colgando de una escotilla abierta; un reguero de trozos de hueso, sangre y materia cerebral se esparcía por la cubierta.

—¡Peggy! —dijo Raffi gimiendo y levantándose de golpe.

—Espera —dijo Holliday, poniéndose de pie mientras colocaba la mano en el hombro de su amigo para que no siguiera andando.

—¿Qué tipo de cosa ha podido hacer todo esto? —preguntó Tidyman junto a ellos mientras observaba cómo los restos golpeaban suavemente las olas bajo la luna.

Holliday sabía exactamente qué era lo que había hecho todo aquello. Lo había visto utilizar por primera vez en un AC-47 Spooky en la guerra de Vietnam, y luego en la versión rusa del mismo, a principios de los ochenta, como aviso a los *muyahidines* de Afganistán.

Los rusos lo llamaban Yak-B12, y las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, una Minigun, la versión moderna de la Gatling eléctrica accionada por cadena, con una media de tiro de unas cuatro mil balas por minuto, lo suficiente como para hacer trizas un cuerpo humano en un abrir y cerrar de ojos.

—Helicópteros —dijo Holliday con la mirada fija en la espeluznante escena—; como los que nos atacaron en el campamento de Alhazred anoche. Han atacado el barco en el viaje de vuelta.

—Pero ¿por qué? —dijo Raffi atónito y horrorizado por la tremenda visión que tenía delante.

—¿Venganza? —dijo Tidyman.

—O para limpiar el rastro —dijo Holliday con frialdad—. Callar a los enemigos; quizás nuestro amigo de la tienda de regalos de Alejandría sabía demasiado.

—¿Crees que la Iglesia ha hecho esto? —dijo Raffi atónito.

—Creo que puede haberlo hecho Sodalitium Pianum, los que se hacen llamar *La Sapinière* —contestó Holliday—. Tienen la suficiente sangre fría; mira lo que hicieron anoche en el desierto.

—Terror en nombre de Dios —dijo Tidyman encogiéndose de hombros—. No es tan difícil de creer hoy en día.

—Tenemos que subir al barco —dijo Raffi con la voz apagada—. Tengo que averiguar si Peggy... —Paró un momento para tragar saliva—. Tengo que averiguar si Peggy iba a bordo.

—Podemos ir Emil y yo —dijo Holliday con suavidad—, no tienes que venir.

—Es mejor que no —dijo Tidyman.

Se acercó cautelosamente y tocó el brazo de Raffi.

—Hay cierto tipo de dolor que no debería tener que soportarse. O al menos tendría que sobrellevarse con ayuda, no uno solo.

—No —dijo Raffi—, tengo que verlo.

Unos minutos más tarde, Mustafa consiguió, con mucho trabajo, acercar lo máximo posible el torpedero de casco bajo a los restos del *Khamsin* para que los hombres pudieran, con un paso, llegar a la inestable cubierta inclinada. Ambos armados, Holliday y Raffi fueron a comprobar la bodega y, mientras, Tidyman se abrió paso para llegar hasta los restos de la timonera.

Pasaron junto al vigilante decapitado en la escotilla y fueron hacia la escalerilla inclinada y ladeada para llegar a la bodega principal. El interior del barco estaba en completo silencio, con la excepción del sonido del casco, que poco a poco sucumbía, y la ausencia absoluta de vida. Un barco fantasma.

En su día, esta pequeña zona probablemente había servido para almacenar suministros o equipamiento, pero ahora estaba subdividida en compartimentos de contrachapado, no más grandes que un ataúd y forrados de paja. En cada una de las subdivisiones había una mujer atada con grilletes a una arandela soldada a la bodega. Había treinta compartimentos con treinta mujeres, o lo que quedaba de ellas, todas desnudas y mugrientas.

Estaban todas muertas; algunas acribilladas por las ametralladoras del helicóptero, otras hechas trizas por la metralla. Algunas eran muy jóvenes, no tendrían más de once o doce años. La mayoría parecían bereberes, y las había que tenían tatuajes tradicionales en las manos y la cara. No se apreciaba el miedo en sus rostros; era como si hubieran muerto mientras dormían. Holliday estaba convencido de que las habían drogado para que no molestaran durante la travesía.

—¿Quiénes son? —preguntó Raffi—. ¿Cómo llegaron aquí? No fue por casualidad.

—Seguramente desde Mauritania —dijo Holliday mirando la desgarradora escena.

—La trata de blancas es un gran negocio aquí. Los hombres trabajan en las granjas o en las minas, y a las mujeres y a las niñas las venden como esclavas sexuales. Alhazred no es más que un intermediario entre los traficantes de esclavos de Mali y Sudán y los destinatarios finales de La Santa.

—¿Cómo puede estar ningún ser humano normal metido en algo así? Es de locos.

—No; son, simplemente, negocios —dijo Holliday fríamente y apenas conteniendo la rabia.

—No es muy distinto de las prisiones privadas de los Estados Unidos, donde la humanidad es irrelevante; el fin justifica los medios. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Aquí no podemos hacer nada —dijo finalmente—. Por lo menos, Peggy no iba a bordo.

—Gracias a Dios —dijo Raffi.

—No creo que Dios forme parte de esta ecuación —farfulló Holliday—. Vámonos.

Volvieron a subir a la cubierta, donde Tidyman los esperaba.

—¿Has encontrado algo? —dijo Holliday.

—El único mapa que estaba intacto era del mar Tirreno.

—¿Nápoles? —dijo Holliday—. ¿No Córcega?

—Quizás Nápoles, o quizás otro sitio. —Tenía en la mano un aparato electrónico hecho pedazos—. Es lo que queda de una unidad de GPS Garmin. Si tenemos suerte, podré ver los mapas que habían cargado. —Echó una mirada rápida a Raffi y volvió a mirar a Holliday—. ¿Ha habido suerte?

—Peggy no iba a bordo —dijo Holliday—, al menos no hay rastro de ella. Había un cargamento de mujeres en la bodega, eran esclavas sexuales y están todas muertas. Algunas eran solo unas niñas.

—¿Qué hacemos?

Holliday miró la cubierta de arriba abajo. Los restos se habían hundido muy poco desde que subieron, así que el barco podría perfectamente permanecer a flote durante días. Pensó en los cuerpos que había abajo.

—Estas mujeres se merecen algo de dignidad —dijo—; hagámosles un entierro decente en el mar.

Diez minutos después, Mustafa estaba a diez metros, bien lejos de los restos del remolcador que se iba a pique. Esta vez era Holliday el que cargaba el lanzacohetes en el hombro. Apuntó a la escotilla abierta, pronunció una breve y sentida oración, y apretó con fuerza el gatillo.

Se oyó un fuerte chasquido seco al salir la bala, y el retroceso obligó a Holliday a dar un paso atrás. La enorme carga explosiva impactó en el casco del barco provocando un gran estruendo al hacer explotar el depósito de combustible.

Salió una llama de la cubierta resquebrajándola hacia arriba, y se oyó un terrible

sonido desgarrador al venirse abajo el viejo remolcador. La quilla de roble macizo se retorció hasta que, finalmente, se partió en dos a lo largo. Casi inmediatamente, el *Khamsin* comenzó a hundirse, girando una vez antes de ser engullido por el oscuro oleaje y sin dejar atrás nada más que algunos trozos en llamas y un rastro de combustible oleoso y brillante. Incluso esto desaparecería en poco tiempo.

Holliday se quedó solo en la cubierta principal del torpedero mirando fijamente al punto exacto que ocupaba el remolcador momentos antes. En ese breve instante vivió uno de esos momentos en los que el pasado se presenta ante uno de forma tan cruda que corta la respiración, y recordó el funeral de su padre con su prima Peggy al otro lado de la tumba llorando todo lo que él no fue capaz llorar.

Más tarde aquel mismo día, el tío Henry había cogido a Holliday aparte y le había estado contando que cuando él muriera, Peggy sería su única familia, y que sería su misión protegerla de cualquier daño, cuidar de ella y verla feliz. Había prometido hacer todas estas cosas, y había fallado. Su prima estaba en algún lugar, desesperada y asustada. Ahora su misión era encontrarla y llevarla a casa.

Raffi apareció detrás de él y permaneció un momento en silencio hasta que Holliday se volvió.

—¿Qué?

—Emil ha descifrado el GPS. El *Khamsin* se dirigía a la isla de Ponza, en la costa italiana.

—¿Cuánto queda?

—Mustafa dice que estaremos allí para cuando amanezca.

LA isla de Ponza es un saliente de roca volcánica de unos ocho kilómetros de largo y algo más de un kilómetro de ancho. Es como una media luna que surge del océano a unos ochenta kilómetros al sur de Roma y a la misma distancia más o menos del norte de Nápoles. El puerto más cercano desde el que se puede ir en *ferry* es el de la ciudad costera de Anzio. La isla, cuyo nombre se le puso en honor del infame Poncio Pilato, fue en la antigüedad el lugar favorito de los romanos para pasar las vacaciones, más tarde una antigua penitenciaría, y la residencia de verano de los reyes Borbones de Nápoles y Sicilia en el siglo XVII. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue un campo de internamiento para algunas familias monárquicas problemáticas y, poco tiempo después, el lugar de exilio del propio Mussolini. En el siglo XXI, había vuelto al uso del pasado, siendo el refugio estival durante los meses de julio y agosto de los habitantes de Roma que estuvieran hastiados de la ciudad.

Mustafa conocía bastante bien la isla. Había sido refugio de piratas y contrabandistas durante los últimos cinco mil años y, realmente, no había mucha diferencia entre introducir vino clandestinamente en Pompeya para evitar las tasas de aduanas hace dos mil años y hacer lo mismo con pequeñas armas y cigarrillos en Anzio y Nápoles hoy en día. Había miles de calas y playas escondidas donde se podía lanzar o pasar de un barco a otro la mercancía, y estaba todo plagado de tantísimas embarcaciones de recreo en las bonitas bahías y calas de la isla que, para el Carabinieri marítimo y la Guardia Costera, era una pesadilla y resultaba casi imposible realizar su labor. Según Mustafa, en las maletas de la gente del *ferry* que salía del puerto de Ponza había tanto hachís libanés y heroína marsellesa como ropa sucia.

Por muy fácil que fuera traficar en la isla volcánica, eso tampoco quería decir que se pudiera exhibir el material en las narices de los oficiales. La Guardia Costera patrullaba la costa recortada de la isla en media docena de lanchas hinchables de la clase Defender, por lo que no era buena idea entrar con una lancha motora de camuflaje de veinte metros de eslora en el puerto de Ponza. En vez de eso, Mustafa les vendió su hinchable de tres metros y medio con parches para bicicletas, les señaló la dirección que debían tomar y los dejó justo en el borde del campo de rastreo del radar bajo los primeros tonos grisáceos del amanecer.

Los cálculos eran perfectos. Con la vieja lancha British Anzani de dieciocho caballos de Mustafa llegaron al agua transparente y color violeta de Luna Beach, en la parte oeste de la isla, justo cuando el sol empezaba a dejarse ver por encima de los riscos y acantilados que separaban la playa de la ciudad.

Colocaron en la oscura arena la lancha hinchable junto a una fila de barcas a pedales de alquiler que estaban atadas en línea, y recorrieron un túnel de medio metro del siglo v a. C. que había entre los acantilados. Llegaron a la ciudad por el sombrío pasaje justo cuando llegaba de Nápoles el primer *ferry* acuaplano de morro chato.

—¿Ahora qué? —preguntó Raffi mientras salían del rompeolas del túnel.

—Mustafa nos dijo que buscáramos a un taxista llamado Al —dijo Tidyman guiñando los ojos por el sol.

—¿Al? —dijo Holliday.

—Es de Brooklyn —contestó el egipcio.

Encontraron a Al en una cafetería al aire libre del paseo marítimo. Estaba tomándose una gran taza humeante de café acompañada de un *cannolo* y de un marlboro. Mientras comía, fumaba y bebía, se quejaba del desayuno.

—¿Saben lo difícil que es encontrar salchichas con huevo en una isla sin gallinas ni cerdos? —Negó con la cabeza—. Casi imposible, así de difícil. Un huevo vale su peso en oro en esta isla, y la única carne que comen aquí es el pescado y los conejos que crían para hacer su *cacciatore*.

El nombre completo de Al era Alphonso Fonzaretti, pero prefería Al a Alphonso y Fonz, a Fonzaretti. Tenía treinta y dos años y le gustaban las camisetas amarillas y rojas de *I Love New York*. La familia de Al era originalmente de Ponza, pero emigró a Dover Plains, Nueva York, junto con la mitad de la población de la ciudad justo después de la guerra. Acabó conduciendo taxis los veranos mientras su primo Mario iba de una ciudad a otra y visitaba a los familiares en Dover Plains. Parecía ser un trato equitativo para ambos. Mario ganaba algo de dinero trabajando en el garaje de la familia Fonzaretti, y Al se tomaba unas vacaciones en Italia teniendo así la oportunidad de llevar a chicas guapas y de practicar la lengua materna. Al fin y al cabo, ¿para qué estaba la familia, *capisce*?

—Y, ¿qué puedo hacer hoy por los amigos de Mustafa? —preguntó Al cuando acabaron los preliminares.

—Chicas —dijo Holliday sin rodeos, mientras Al se metía en la boca el último trozo de pastelito empalagoso.

—No parecen la clase de hombres que van buscando chicas —dijo Al con tono especulativo—. No tienen pinta de universitarios, *capisce*? Ni de ser como esas niñas que vienen en busca del amor de comedia romántica, ¿saben lo que digo?

—Buscamos a los que comercian con mujeres —dijo Holliday.

—Negocios —dijo Al asintiendo, como si entendiera la idea.

—Negocios —confirmó Holliday.

—No es mi tema —dijo Al encogido de hombros—, yo solo cosas de poca monta. Algo de bebida, algo de hierba y, si se pone la cosa dura, incluso algo de coca, pero no voy más lejos. Intentando no llamar la atención, ¿saben? Para no ser detectado. El Fonz tiene grandes asuntos aquí.

Todos lo miraron con desconfianza.

—También tengo que preservar la reputación familiar, ¿saben?

—Pero sabe de lo que hablo —dijo Holliday.

—Claro.

—Y sí que está relacionado con eso —añadió Holliday.

—Pero ustedes no —contestó Al con rotundidad.

—No —confirmó Holliday—, pero créame, Al, mis amigos y yo podemos llegar a ser peligrosos.

—¿Es una especie de amenaza? —preguntó el joven con cierta irritación.

Al apagó el marlboro y se encendió otro.

—Es más como una advertencia —dijo Holliday—, vamos a averiguar lo que queremos de una manera u otra; puede ayudarnos, o ponérselo difícil. Usted decide. Esa gente secuestró a mi prima, se trata de la familia, Al. Nos la vamos a llevar de vuelta a casa incluso si alguien sale herido en el camino. *Capisce?*

Al le dio una calada larga al cigarrillo y miró a Holliday sin titubear.

—¿Cómo perdió el ojo?

—Afganistán —dijo Holliday de manera cortante.

—¿El Ejército?

—Los Rangers.

—¿Se refiere al Eje y a los Aliados?

—Algo así.

—Los italianos se habrían quitado muchos problemas de encima si se hubieran librado de Mussolini desde el principio.

—Estoy de acuerdo.

—El tipo al que buscan tiene un local en Le Forna, lleva una tienda de submarinismo. Atractivo, de unos cuarenta o cuarenta y cinco, pelo canoso y gafas de sol caras.

—¿Cómo se llama?

—Conti. Massimo Conti.

Le Forna era una pequeña ciudad dormitorio en la punta superior de la media luna que formaba la isla. Al igual que la ciudad de Ponza, estaba construida sobre una serie de terrazas de piedra excavadas en los precipicios de toba milenios antes. Al los llevó en su monovolumen Fiat Idea, siguiendo la estrecha carretera sinuosa que recorría el lateral de la isla hacia el norte.

—Conti no es de aquí —dijo Al al volante—, creo que es de Nápoles. Había un hotel en venta en Le Forna y lo compró. Apareció de repente y empezó a gastar dinero en la isla; un verano fue el hotel, luego la tienda de submarinismo, y después una línea de vuelos chárter y avionetas para los famosos. Parece que le va bien.

—Nápoles —dijo Holliday—; ¿la Camorra?

—¿Quién puede hablar de la Camorra? —Al se encogió de hombros—. Los tiempos de Mario Puzo; todo el mundo quiere ser un Soprano.

El joven hizo un sonido impronunciable, como el de un tejón, al aclararse la

garganta.

—Es un idiota. —Al paró un momento—. Pero tiene influencias, eso está claro. Dos años y medio más, y la ciudad será suya.

—¿Cómo entrega a las mujeres?

—Es un apeadero. Todas las chicas monas que trabajan aquí vienen de Roma. Mercancía con clase, no la carne a medio hacer de la que me hablan. Según dicen, deja la mercancía en la vieja prisión abandonada de Santo Stefano y, cuando está listo, la lleva a la península. No se caga donde se come, por así decirlo. Utiliza los barcos de submarinismo como tapadera y transporte.

—¿Dónde está Santo Stefano y qué es exactamente?

—Es una isla a unos cuarenta kilómetros al este, más cerca de la costa; un peñón de algo menos de un kilómetro. La prisión tiene unos cuatro siglos y estuvo activa hasta los sesenta.

—¿Qué más hay allí?

—Nada. Hay otra isla, Ventotene, de algo más de dos kilómetros y unos cientos de habitantes, pero ya está.

Llegaron a Le Forna y Al buscó otra cafetería en la zona de los precipicios que se alzaban sobre el puerto. Pidió café y pastelitos para todos, y luego les indicó la tienda de submarinismo de Conti, que estaba algo más abajo. Era una simple casucha que daba al mar y parecía parte de las ruinas romanas. Mientras la miraban, vieron cómo bajaban una gran lancha con cabina por una extensa rampa de piedra hasta el agua clara y centelleante. La abrazadera de aluminio de la lancha hinchable estaba pintada en un naranja vivo, y la cubierta principal y la cabina eran de color rojo y blanco.

—Doscientos de los grandes con un par de hondas 225 —comentó Al— y tiene seis de esas. —El joven resopló—. Como dije, algún tipo de influencia.

—Es curioso el esquema de colores —comentó Holliday—, vi una igual en el puerto de Ponza.

—Se ha dado cuenta, ¿eh? —Al se rio—. Igual que la Guardia Costera. Seguro que tiene un cartel adhesivo que dice exactamente eso.

—Parece que trae a más mujeres —dijo Holliday viendo cómo metía la lancha en el agua.

Había una media docena de turistas observando desde el puerto cómo cargaba a bordo las botellas de oxígeno.

—Hay sitios de la isla donde puedes descargar paquetes pequeños sin problema —dijo Al asintiendo—, lo he visto con mis propios ojos. Fardos de droga, cajas con armas... Se dedica bastante en serio al mercado negro. Cualquier cosa que la gente compre, Massimo Conti y los suyos la venden.

El taxista de Brooklyn hizo un gesto con la cabeza hacia la casucha del viejo muelle que tenían debajo.

—Hablando del rey de Roma —dijo pausadamente.

Apareció un hombre de mediana edad, bien vestido, con gafas de sol de Gucci y



un corte de pelo visiblemente caro. Estaba de pie junto al grupo de turistas del muelle, charlando mientras cargaban su barco de submarinismo. Le dio una palmada en la espalda a uno de ellos, y ambos se dirigieron a la rampa de piedra. Se quedó observando un instante y volvió a la casucha.

—¿Ese era? —preguntó Holliday.

—Ajá —asintió Al.

—¿Sabe su horario?

—Los miércoles sale en barco. Un Big Dalla Pieta 48 que tiene en Ponza. Vuelve los viernes. Dice que hace submarinismo en los restos de un viejo destructor que naufragó en Anzio, el HMS *Inglefield*.

—¿No se lo cree?

—No le pega nada. Mírelo, es George Hamilton con pectorales, el señor aventura. Quizás iría a unas ruinas romanas, algo con clase, pero no a un trozo viejo de lata oxidada de la Segunda Guerra Mundial. —Al se encendió otro marlboro—. Además, tengo amigos que lo han visto en Ventotene los jueves yendo de fiesta.

—Y, ¿qué hay de malo? —preguntó Raffi.

—Pues que no está nada cerca de Anzio —dijo Al—, sino en la dirección opuesta.

—¿Cree que supervisa una recogida o un punto de contacto? —preguntó Holliday.

—Puede ser —dijo Al.

—Mañana es miércoles —dijo Raffi.

—Exacto —dijo.

—¿Nos puede llevar a Santo Stefano mañana por la noche? —preguntó Holliday.

—Claro que sí —dijo Al—; la prostitución es una cosa, pero la trata de blancas ya es otro tema. —El joven sonrió abiertamente—. Este tipo de cosas le dan mala fama al crimen organizado, *capisce?*

**P**AOLO, el tío de Al, el padre de su primo Mario, tenía un remolcador de unos siete metros de eslora llamado *Sofia*, que usaba para ir a pescar cuando no estaba ocupado criando conejos para los hoteles. El tío Paolo no tenía ningún inconveniente en alquilarle el *Sofia* por un precio mientras prometiera traer de vuelta y de una pieza tanto el barco como a su sobrino americano, haciendo más énfasis en *Sofia* que en el sobrino; después de todo, el tío Paolo era un hombre práctico.

Peggy habría dicho que el *Sofia* era un barco «muy mono», para Al era «elegante», pero para Holliday era un poco ridículo, más bien un juguete. El casco de semidesplazamiento de contrachapado parecía un bote salvavidas con una cabina de teléfono pegada en la parte trasera, que estaba pintada de blanco y con una franja de color azul cielo en la borda.

La bodega delantera con cubierta de cinc era lo suficientemente grande como para acoger cuatro metros cúbicos o algo más de una tonelada de gambas. Podrían capturarlas usando lo que Al llamaba «aparejo de cerco holandés», remolcado tras el barco a una profundidad de entre ocho y cien metros por el fondo fangoso y arenoso a cierta distancia de la costa entre las dos islas.

Una tonelada de gambas, más la merluza o los atunes azules pequeños que se colaban inevitablemente en temporada alta, bastaban para abastecer a los hoteles de Ponza un día a la hora del almuerzo, así que los *pescatori* se turnaban las tierras y las épocas de pesca para compartir las ganancias. Al tardó varias horas en negociar las tierras entre Ventotene y la isla de la prisión, pero, a media tarde, convenientemente ataviados con vaqueros, camiseta de verano y deportivas, partieron del puerto de Ponza en el *Sofia* y se dirigieron hacia el este a ocho nudos. El viejo Perkins diésel de 35 caballos escupía y expectoraba felizmente mientras se adentraban en mar abierto.

Tres horas más tarde, con el sol ya cayendo y convirtiendo en bronce centelleante el océano levemente agitado, vieron Ventotene en el horizonte. Al acercarse a la isla, Santo Stefano apareció justo detrás junto con la ciudadela de muros altos de la vieja prisión Borbónica, que se elevaba como una fortaleza en la escarpada cima.

Llegaron al puerto de Ventotene, tallado en la roca, justo cuando caía el sol. Era la versión pequeña del muelle de Ponza: edificios color pastel del siglo XVIII pegados a las terrazas de los acantilados y estrechas escalinatas entrecruzadas zigzagueando de acá para allá.

Había un sitio para que atracaran los *ferries* y soltaran turistas que venían para evadirse durante unos días a base de alcohol y de tostarse al sol. En ese puerto había más embarcaciones de recreo que en Ponza: cruceros que pasaban allí el día, barcos veleros a motor y yates brillantes navegando a toda máquina que superaban en

número a los barcos pesqueros como el *Sofia* en una proporción de, por lo menos, dos a uno.

Al encontró una arandela de hierro en el malecón que recorría el puerto y amarró allí el *Sofia*. Después, fue a buscar al capitán del puerto para anunciar su llegada y enseñarle las credenciales. Raffi estaba sentado con aire taciturno en la proa mirando el agua aceitosa que se agitaba golpeando los barcos anclados, mientras Holliday y Tidyman hacían el paripé cambiando de sitio las redes de arrastre como si prepararan el barco para ir de pesca a la mañana siguiente.

—Su joven amigo parece triste —dijo el egipcio mirándolo de refilón mientras trabajaba.

—Está preocupado por Peggy —contestó Holliday—; y yo también.

—Espero que se dé cuenta de que esta no es una misión de rescate —dijo Tidyman—; está claro que este tal Conti nos superará en número. Solo podemos hacer una misión de reconocimiento, pero nada más.

—Está frustrado —dijo Holliday—, siente que no ha hecho suficiente para ayudar. Sé lo que está pasando por su cabeza, créame.

—Ese tipo de frustración lleva a comportamientos poco acertados —advirtió Tidyman—, podríamos acabar todos muertos por eso.

—¿Qué quiere decir?

—Quizás debería hablar con él —sugirió Tidyman.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Entre otras cosas, porque yo soy egipcio, y él, israelí. Me temo que hay demasiada historia entre nuestros pueblos; un muro de desconfianza.

—Puede que sea hora de derribarlo —contestó Holliday.

Tidyman emitió una risa breve y sardónica.

—Quizás otro día —dijo pausadamente—; no me da la impresión de que esté de humor para reconciliaciones precisamente ahora.

El crucero de Massimo Conti apareció algo más tarde con los mil trescientos caballos borboteando poderosamente al entrar a empujones en un atracadero preferente que el capitán del puerto le había facilitado, lo más cerca posible de la escalera que daba al paseo.

—Mira qué listo —dijo Holliday, sentado con Al en la cubierta y observando cómo atracaba el gran barco.

—¿Qué? —dijo Al fumándose otro marlboro bajo la tenue luz.

—El nombre —dijo Holliday—, *Disco Volante*.

—Significa «platillo volante» —tradujo Al.

—El barco de Largo en *Operación Trueno* —dijo Holliday—; nuestro amigo tiene sentido del humor.

Al caer la noche, Holliday escuchó a Conti y a sus amigos de allí de juerga escandalosa hasta altas horas de la madrugada, con la música a tal volumen que retumbaba por todo el pequeño puerto introduciéndose en las vidas de cualquiera que

estuviera medianamente cerca, lo que venía a ser la ciudad entera. No tenía pinta de que nadie a bordo estuviera en condiciones de levantarse temprano para desayunar.

Partieron del estrecho puerto al amanecer hacia las tierras de captura de gambas, saliendo junto con otra docena más de barcos. Dejaron atrás la durmiente embarcación de recreo junto con la también durmiente ciudad de postigos cerrados sobre las terrazas escalonadas.

Por la mañana, siendo el sol aún una línea de color rosa cálido en el horizonte, Al movía el pequeño remolcador para atrás y para adelante en el angosto estrecho entre Santo Stefano y Ventotene. Utilizaba el aparejo de pesca para recoger los posibles bancos de gambas que fueran lo suficientemente grandes como para ser dignas de las mesas de los hoteles y restaurantes de Ponza. Apretujados en la diminuta cabina de la galera bajo cubierta, Holliday, Raffi y Tidyman estudiaban minuciosamente los mapas de Santo Stefano que Al les había conseguido el día anterior en el despacho del capitán del puerto de Ventotene.

La isla era una fortaleza en sí misma, un tapón de roca basáltica negra de algo menos de un kilómetro de diámetro. Estaba rodeada de precipicios escarpados que se elevaban aproximadamente ciento cincuenta metros sobre una extensa llanura cubierta por un manto de flores, extrañamente siniestro, que rompía en los muros de piedra ocre de la vieja prisión, desmoronada como olas azul brillante.

La prisión era circular y la componían cuatro lóbregos niveles que se elevaban sobre la roca volcánica, con ventanas y puertas perforadas en la superficie. Toda la construcción estaba orientada a un patio central con una sola plataforma elevada en el centro, a modo de torre de vigilancia, para supervisar a los presos que se dedicaban a sus asuntos. No había aseos ni agua corriente, y la única comida era la que los familiares de los presos les mandaban. No había nada en lo que trabajar, ni ninguna tarea que realizar; el tiempo era una rueda que un hombre rompió, y la locura, una forma de vida.

Las celdas, que acogían cada una como mínimo a veinte hombres, estaban constantemente sumidas en la oscuridad, y en el patio brillaba el sol de manera constante. Si algún preso era lo suficientemente estúpido como para intentar escapar, no había nada entre él y el escarpado desfiladero, únicamente el inmenso campo de flores y su perfume empalagoso. Podía morir en la oscuridad o bien bajo el sol, a los guardias no les importaba lo que eligiera. Una cadena perpetua en Santo Stefano era una condena a muerte cuyo tiempo de ejecución variaba dependiendo de lo tenaz que fuera el preso.

Al igual que en la Chateau d'If en *El conde de Montecristo*, había un único modo de salir de la isla: con los pies por delante. Sin embargo, había dos formas de entrar en la prisión: una era por una carretera estrecha con curvas muy pronunciadas que subía por los accesos occidentales, ligeramente elevados, que daban a la llanura donde estaba la prisión, y la otra, siguiendo un camino de cabras inclinado y casi imposible de recorrer que iba hacia los precipicios del norte desde una diminuta playa

de gravilla que desaparecía con la marea alta. Desde la prisión, el guardia veía la carretera sinuosa si estaba apostado para vigilarla, y el camino de cabras era realmente un suicidio.

—No hay otra forma de subir —dijo Holliday.

Analizaba el mapa mientras se balanceaban en el agua de la mañana levemente agitada. Una gaviota bajó en picado y graznó por si había comida.

—O el camino del desfiladero o nada. Incluso al anochecer nos verían subir la carretera.

—¿Y la marea? —preguntó Tidyman—. El mapa dice que la playa está cubierta casi la mitad del tiempo.

—Al dice que podría dejarnos allí a última hora de la tarde y recogernos entrada la noche, a las diez y media u once. Si no, no podría hacerlo hasta la mañana siguiente —contestó Holliday.

—En otras palabras, estaríamos solos si pasara algo —dijo Raffi a modo de queja.

—Me temo que aquí no hay juego fácil —dijo Tidyman—, hay veces que las circunstancias no son favorables.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Raffi con vehemencia—. ¿Se está echando atrás?

—En absoluto, doctor Wanounou —dijo el egipcio levantando una mano para calmar los ánimos—, lo único que hago es advertir de que cualquier cosa que hagamos va a ser peligrosa.

—De eso soy consciente —dijo Raffi—, pero recuperar a Peggy hace que merezca la pena.

—Puede que ni siquiera esté allí —advirtió Holliday—, puede estar mucho más allá de donde van nuestros planes.

Raffi farfulló algo, se giró y volvió a subir a cubierta.

—Se da cuenta de que su prima puede estar perfectamente muerta —dijo Tidyman—, y con más razón si han descubierto quién es.

—Sí, lo sé —dijo Holliday asintiendo—, todavía intento entender por qué se la llevaron a la expedición. Si era simplemente una tapadera para intentar encontrar el oro alemán, ¿por qué ponerlo todo en peligro llevando a una extraña? —Holliday agitó la cabeza cansinamente y enrolló el mapa—. No es que tenga mucho sentido, ¿no?

—Pues no, no lo tiene —contestó Tidyman—, a menos que no tuvieran otra opción.

—Explícate —dijo Holliday.

—Una expedición sin fotógrafo podría haber levantado sospechas. La revista *Smithsonian* propone un artículo, ¿cómo la van a rechazar? La señorita Blackstock se convierte en el cordero para el sacrificio.

—Sigo sin verlo muy claro —dijo Holliday—; ¿una ciudadana americana, secuestrada por terroristas? Es mucho bombo para esta gente. ¿Lo habrán hecho a

sabiendas?

Tidyman se encogió de hombros.

—Solo hay una forma de saberlo.

La bodega del *Sofia* estaba llena de decenas de miles de crustáceos resbaladizos y regordetes. Al llevó balanceándose el pequeño remolcador de poco fondo hacia la orilla, tratando de pasar desapercibido por la parte de sotavento de la isla. Cuando las tablas de madera de la base casi plana del barco tocaron tierra en la playa de guijarros, Holliday, Tidyman y Raffi saltaron del barco y caminaron por el agua hasta llegar a la orilla. Al se iba a llevar la captura a Ponza en un viaje de unas tres horas, para luego descargar y volver a Santo Stefano bajo el manto de la noche. Volvería a la pequeña e inhóspita zona de guijarros con la siguiente marea baja, guiado por una señal luminosa de Holliday.

Por encima, parecía un plan bastante simple, pero Holliday sabía que el plan más simple es el que suele salir mal. Mientras los tres hombres empezaban a ascender por el camino casi en vertical del precipicio, sus pensamientos se dirigían hacia las mil y una incógnitas que podrían convertir la pequeña excursión en un absoluto desastre mortal. Cuanto más subían, aferrándose a la escarpada pared de roca, más desprotegido se sentía Holliday; la fuerte brisa que tiraba sin parar de su ropa era como un mal augurio de dedos esqueléticos que trataba de apartarle de su poco estable posición. Se recriminó a sí mismo haber sido supersticioso y siguió subiendo.

Con las pantorrillas destrozadas y fallándole las rodillas, Holliday llegó a la cima de la colina más de una hora después, con la camiseta manchada por el sudor que le caía por la frente y le escocía en los ojos. Cayó a cuatro patas, con la respiración entrecortada y rodeado por el intenso perfume que emanaba del enorme campo de flores azules. Por fin se sentó y abrió la funda de gafas que llevaba en la cadera para sacar los anteojos carísimos que le había prestado Al.

A una distancia de un campo de fútbol se elevaban los altos muros de la prisión, que tenía forma de herradura de caballo. Las puertas y ventanas ciegas miraban hacia Holliday; eran agujeros vacíos en la roca desmoronada. El sol estaba al nivel del mar, lo que hacía que las viejas ruinas tuvieran el color del oro antiguo y que las sombras se acentuaran. No se oía más que el suspiro de la brisa cruzando el campo, flotando suavemente entre las flores, y los silbidos secos de los vencejos pálidos que entraban y salían disparados de las ruinas. No se movía nada, y parecía que, por un instante, el mundo estaba aguantando la respiración. Acalorado y agotado, Holliday sintió cómo un escalofrío repentino le recorrió la columna.

Nunca se había considerado alguien que creyera en lo paranormal pero, de vez en cuando, se había encontrado en lugares donde podría haber jurado que la fina línea espacio-tiempo se había desgastado de algún modo u otro, y el pasado se había juntado con el presente y el futuro de manera inquietante.

Cada vez que visitaba París e iba a los Campos Elíseos, oía, sin poder evitarlo, el eco de las botas nazis marchando a paso de ganso sobre los adoquines, y si iba al

punto de Burnside en Antietam, Maryland, podía jurar que escuchaba el rugir de los cañones y los gritos de veinte mil hombres moribundos cuya sangre manchaba el agua turbia del riachuelo que había abajo, todo en un mismo día.

—Lo sientes, ¿verdad? —dijo Tidyman dejándose caer tras él y jadeando.

—Sí —contestó Holliday.

—Un lugar maldito —dijo el egipcio canoso escudriñando el descampado previo a las ruinas—. Cuatrocientos años de dolor y sufrimiento dejan su huella, o eso creo yo.

—Y yo creo que tiene razón —dijo Holliday.

—¿De qué están hablando estos dos viejos? —preguntó Raffi uniéndose a ellos.

—Tú eres el arqueólogo, tienes que ser el que más lo percibe —dijo Holliday.

—¿Percibir qué? —preguntó Raffi.

—El paso del tiempo —dijo Tidyman.

—Eso son tonterías de supersticiosos —dijo Raffi burlándose.

Dos vencejos que volaban disparados sobre ellos emitieron un chillido estridente y molesto, y Raffi miró hacia arriba sobresaltado.

—Aquí no hay nadie —dijo Tidyman pausadamente—. Está vacío. Lo puedo sentir.

—No estamos seguros —dijo Raffi.

—Vayamos a comprobarlo ahora que todavía tenemos tiempo —sugirió Holliday—. Si viene Conti, será justo antes de que anochezca, eso seguro.

Caminaron por el descampado de flores silvestres, tratando de percibir cualquier sonido o notar el más mínimo movimiento. No había nada. Pasaron por las ruinas de un antiguo muro que marcaba la localización de la prisión original en tiempos de los romanos, y siguieron su ruta bajo la agonizante luz del sol hasta llegar, pasando por uno de los arcos aislados, a los barracones borbónicos. Y tampoco había nada.

Subieron unos escalones desiguales tallados en la roca hasta llegar al patio interior. Tenía el diseño de un claustro de monasterio antiguo, con tres galerías con arcos formando un círculo, y de cada galería salían las puertas de las celdas. El cuarto nivel estaba enterrado bajo los cimientos, y estaría reservado para los presos que, por alguna razón, tuvieran que estar incomunicados. Cuatro escaleras cercadas y de iguales dimensiones unían un nivel con el siguiente, siguiendo la forma de la herradura.

En medio del patio se erigía la torre de vigilancia decorada de manera extraña; era como un campanario sin campana, con la cúpula coronada por un crucifijo oxidado y deformado desde hacía tanto tiempo que se había convertido en un trozo de metal con costra y sin forma alguna.

—La mafia nació en sitios como este —dijo Holliday mirando a su alrededor—. Y el comunismo.

—¿Cómo? —preguntó Tidyman con interés.

—Los Borbones pusieron todos los huevos podridos en una cesta —dijo Holliday

—. Pon a todos los masones y revolucionarios juntos, y seguro que te sale una revolución. La Bastilla os dio la Revolución francesa. Attica, el surgimiento del poder negro. Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes mandaron a los prisioneros más peligrosos a los campos de Stalag Luft P. O. W. y ahí tienes la gran evasión.

—No creo que en este lugar se diera nunca una gran evasión.

—Y nada de eso tiene algo que ver con Peggy —dijo Raffi.

Los tres se separaron para ir revisando las celdas una a una, de piso en piso. Todo lo que vio Holliday fue unas cuantas botellas de cerveza vacías, los restos de un fuego pequeño y, lo más extraño de todo, una botella de agua al rojo vivo y sin el tapón. Mientras inspeccionaba las celdas, algo lo inquietaba hasta que finalmente se dio cuenta de lo que era: ninguna de las ventanas de las celdas conservaba los barrotes. Los habían quitado metódicamente, arrancándolos de los huecos desmoronados y dejando solo el vacío en la piedra.

Media hora después, con la luz de la tarde debilitándose rápidamente, Holliday se encontró con Tidyman en la base de la galería principal.

El egipcio suspiró, cogió un guijarro de entre los hierbajos del patio y lo tiró contra uno de los muros derruidos.

—Aquí no hay nada ni nadie. Estamos perdiendo el tiempo. A lo mejor nuestro taxista americano nos ha contado un cuento chino.

Desde la galería central se oyó a Raffi susurrar algo con tono de gravedad y urgencia.

—¡Viene alguien!

Corrieron por el patio hacia una de las escaleras cercadas y la subieron. Bajo un arco de la galería del segundo piso, encontraron a Raffi, que les llevó a una de las celdas comunes, húmedas y viejas. Manteniéndose en la sombra, miraron por la ventana de la celda. Recorrieron con la vista el sureste a lo largo de la extensión de isla que bajaba hacia el mar. Parado a unos doscientos metros de la costa estaba el elegante yate de Massimo Conti, *Disco Volante*. Holliday vio por el camino en zigzag que subía la colina un pequeño grupo de personas que se dirigía hacia arriba con dificultad. Cogió los prismáticos y enfocó.

—Creo que es Peggy —susurró Holliday sin creérselo del todo.

Su prima caminaba entre dos fornidos hombres armados. Conti y otro hombre con el que hablaba iban detrás. El primero llevaba pantalones cortos y camiseta. El hombre que lo acompañaba llevaba puesto un traje oscuro con cuello completamente blanco. ¿Podría ser un cura? Peggy no parecía herida, pero sí muy cansada, y su habitual aspecto radiante estaba apagado y demacrado.

—¡Déjame ver! —dijo Raffi entre dientes.

Holliday le dio los prismáticos.

Raffi farfulló un par de tacos.

—¡Sí que es ella! —dijo resoplando—. ¡Ese cabrón la ha tenido metida todo este tiempo en ese barco!



—Pero ¿por qué la trae aquí? —preguntó Tidyman.

—¡Eso da igual! —dijo Raffi con rabia—. ¡Voy a matar a ese hijo de puta!

—Esos guardias llevan armas al hombro —dijo Holliday—. Le matarían ellos primero.

Raffi movió ligeramente los prismáticos hacia un lado.

—El hombre que va hablando con Conti. Cuando hicieron pública la expedición, sacaron su foto en la revista *Archeology*. Ese es Charles-Étienne Brasseur, de la Escuela de Arqueología Bíblica de Jerusalén. Es el líder de la expedición.

—¿El hombre que iba tras el oro? —preguntó Holliday.

Cogió los prismáticos y enfocó de nuevo al grupo.

—¿Qué narices hace aquí? ¿Y qué hace con Peggy?

—¡Escuchad! —dijo Tidyman.

A lo lejos se oía el inconfundible zumbido de un helicóptero que se acercaba. Uno grande.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Holliday.

Observó cómo el grupo llegaba al final del camino en zigzag y se paraba. El helicóptero llegó desde el oeste volando a poca altura, y se colocó ruidosamente sobre la vieja prisión. El polvo subía haciendo remolinos a medida que la enorme máquina se acercaba a la superficie.

Aterrizó en el amplio campo empinado como un insecto gigante, doblando las flores bajo la potente corriente que despedían las cinco aspas.

Era un gran Sikorsky SH-3, el denominado *Rey del Mar*. Los colores distintivos eran blanco y algo de azul en la franja que rodeaba la parte central. Tenía parches tapando los lugares donde debían ir la escarapela y el nombre de servicio, pero era claramente un avión militar. No se veían armas, así que sería un transporte vip. Pero ¿de dónde venía y hacia dónde se dirigía?

El *Rey del Mar* tenía una autonomía de casi mil kilómetros; no era mucho, pero lo suficiente como para volar desde la costa de España hasta el mar Negro, pasando por toda la Europa continental. Con una buena carga de combustible, un helicóptero como este podía hacer la mitad del recorrido hasta Moscú. Sería como buscar una aguja en cien pajares.

Los motores silbaban lentamente al ir parándose, mientras las hélices seguían girando lánguidamente. Se abrió una puerta en el casco, justo detrás de la cabina de mando, y, desde dentro, alguien bajó un tramo corto de escaleras. Massimo Conti y su grupo dieron unos pasos hacia adelante y se volvieron a detener. Peggy miró alrededor desconcertada, como si intentara orientarse. A Holliday le dio un vuelco el estómago; el corazón le decía que fuera tras ella, pero sabía que no podía hacer nada.

Junto a él, Raffi emitió un leve sonido con la garganta y le quitó los prismáticos a Holliday. Alguien bajó del helicóptero y saludó con la mano a Conti, quedándose a unos metros de él. Era alto y estaba completamente calvo. Raffi desvió la atención del grupo para centrarse en la nueva llegada.

De pronto, se separó los prismáticos de los ojos y se quedó inmóvil mirando fijamente por el oscuro hueco de la ventana. Palideció al instante.

—¿Qué pasa? —dijo Holliday.

—Es él —susurró Raffi con expresión de horror—. El tipo calvo. Lo reconocería en cualquier sitio. Es el que nos robó el pergamino del cruzado. El mismo que casi me mata de una paliza en Jerusalén hace un año. Es él. Está aquí.

Raffi le dio los prismáticos a Holliday para que mirara a través de ellos. Era la primera vez que veía a ese hombre. Los mismos que le dieron la paliza a Raffi fueron los que intentaron matar a Holliday y a Peggy en un callejón de la ciudad vieja de Jerusalén esa misma noche hacía un año. El nombre era lo de menos: los Templarios Negros, La Sapinière, Sodalitium Pianum, Organum Sanctum, el Instrumento de Dios... eran todos lo mismo y, allí y en ese mismo instante, supo de dónde venía el helicóptero blanco y adónde se dirigía: su destino era Roma, el Vaticano.

LOS tres hombres llegaron a Roma desde Anzio, después de un viaje de una hora en tren por la costa. Al final de la tarde, estaban en la estación de Termini de Roma, casi exactamente veinticuatro horas después de ver a Peggy por primera vez en la isla de la prisión de Santo Stefano. Al bajar del tren, Holliday vio en el andén a un hombre con el uniforme militar de la Marina saludando a un amigo y, casi sin pensárselo, le hizo un gesto. El marine resultó ser un licenciado de West Point, aunque mucho antes de los tiempos de Holliday. Ese marine también resultó formar parte del destacamento de seguridad en la embajada de los Estados Unidos, y le dio instrucciones a Holliday para llegar al antiguo *palazzo* de Via Veneto y algunos nombres de contactos para allanar el camino.

Holliday pasó por el control de seguridad de la embajada. Mientras, Raffi y Tidyman lo esperaban sentados en una mesa bajo el toldo del establecimiento Café de París que había en la acera de enfrente. Holliday apareció en la cafetería casi una hora más tarde. Actuando bajo el consejo que le habían dado en la embajada, cogieron otro taxi hacia el noroeste, cruzando el frenético centro de la ciudad. Tras rodear los altos muros de la Santa Sede, llegaron frente al hotel Alimandi, en la *viale* del Vaticano, 99.

El edificio de cinco plantas, que anteriormente había sido una comisaría de Policía y después una residencia para policías retirados, ahora estaba renovado y lo habían convertido en un hotel de cuatro estrellas culminado por un restaurante panorámico en la azotea que daba directamente a la ornamentada entrada principal de los Museos Vaticanos y la Capilla Sixtina.

—Y, ¿cómo se supone que va a funcionar esto? —preguntó Raffi mientras se acomodaban en la *suite*.

Holliday salió al balcón y miró hacia los tejados del Vaticano. Al formar parte de la Iglesia desde tiempos de Constantino, más de mil quinientos años atrás, era exactamente lo que parecía: un Estado fortaleza custodiado por prominentes muros de piedra y dos mil años de tradición, además de ser la entidad corporativa independiente más grande del mundo. Y ahora iba a enfrentarse a ella. «Debo de estar mal de la cabeza», pensó.

Holliday suspiró con fuerza y sintió un escozor en la garganta, un recuerdo sensorial de cuando fumaba dos paquetes de Camel sin filtro al día. Allí de pie, bajo la tenue luz de la tarde, pensó que podría empezar a fumar otra vez incluso haciendo ya casi veinte años desde aquello. Miró hacia la plaza adoquinada de abajo, frente a una entrada que se abría en la pared mediante un imponente arco. Delante de la entrada había aparcados carritos de *souvenirs* y helados, como si fueran los peces

rémora que hacen de filtro en los dientes de los tiburones al nadar. Suspiró una vez más y volvió a la habitación.

—Y, ¿cómo se supone que va a funcionar esto? —preguntó Raffi otra vez.

—Quizás no funcione —contestó Holliday.

—¿Realmente crees que Peggy está aquí? —dijo Raffi.

—Puede que ella no, pero sí la forma de recuperarla.

—Y, ¿cómo vamos a hacer ese truco de magia? —preguntó Tidyman tirándose en un sillón tapizado en seda.

Holliday se volvió hacia la vista a la que daba el balcón.

—Primero tenemos que encontrar al pájaro adecuado y luego tentarlo para que salga de su nido y cante.

—Y, ¿cómo encontramos al pájaro? —preguntó Tidyman.

—Llamándolo —dijo Holliday.

En el fondo, parecía bastante fácil. Una llamada inicial al Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana de la *via* de Napoleone III mencionando su propio nombre, el de Sodalitium Pianum y a Walter Rauff en la misma frase propició que le devolvieran la llamada, lo que a su vez conllevó una segunda llamada de la Sección Segunda de la oficina del secretario de Estado del Vaticano agradeciéndole a Holliday su interés y comunicándole que, como apoyo a sus demandas, al día siguiente por la tarde tenía concertada una visita al Museo Gregoriano Egipcio. No se dijo en la conversación, pero lo que implicaba estaba claro: debía ir solo si esperaba algún «apoyo a sus intereses».

—¿De verdad vas a ir solo? —preguntó Raffi.

—Claro que no —contestó Holliday—. Quiero que me sigas y que Emil te siga a ti. Seguro que me tendrán vigilado, pero vamos a ver hasta dónde llega esto.

Raffi bajó a los puestos de *souvenirs* al otro lado de la *viale* del Vaticano y compró planos de los Museos Vaticanos para los tres.

El Museo Gregoriano Egipcio está un piso por encima de la entrada principal, y se llega hasta él subiendo la famosa escalera en espiral que salía en la escena final del asesinato en *El Padrino III*. Los tres hombres entrarían en el museo en intervalos de cinco minutos entre uno y otro e irían bastante separados. No es que fuera un plan infalible, pero era lo mejor que podían hacer.

A las ocho y media de la mañana siguiente, Holliday salió del hotel, cruzó la calle y pasó por la gran entrada en forma de arco del muro de piedra. Compró los *tickets* para el museo y subió un tramo de la amplia escalera en curva. Al llegar al nivel principal, giró a la izquierda y recorrió un pequeño pasillo siguiendo las señales hasta las salas del Museo Egipcio. Vio un banco enfrente de una vitrina con urnas funerarias, y se sentó a esperar.

Unos minutos más tarde, un hombre con traje oscuro se sentó a su lado. Era moreno de pelo y tenía los ojos oscuros, con las mejillas y la barbilla ensombrecidas con barba de tres días.

Hablaba perfectamente y sin acento. Llevaba los zapatos negros bien pulidos y parecían muy caros. ¿Por qué sería que nunca había visto a un cura con zapatos baratos?

—¿Es usted el coronel Holliday?

Cuando llamó por teléfono, Holliday no había mencionado su rango.

—Ya sabe que sí.

—¿Qué es lo que quiere?

—Sabe perfectamente lo que busco —contestó Holliday.

Un hombre más joven pasó por delante de ellos, otro cura. Este llevaba un maletín, cosa extraña, ya que cualquier mochila o paquete que se llevara había que dejarlo en el guardarropa de la planta de admisión, escaleras abajo. Al pasar, el joven lo saludó brevemente con la cabeza y siguió andando. El hombre mayor junto a Holliday pareció relajarse. Hizo un gesto hacia la vitrina de cristal con jarras funerarias frente a ellos.

—Gente extraña, ¿no cree, coronel? Dividir el cuerpo en partes antes de enterrarlo.

—Como los nazis cortaban a los judíos en trozos para quitarles los dientes de oro —dijo Holliday.

—Una analogía complicada, pero imagino que se refiere al coronel Rauff —contestó el hombre.

—Quiere decir *standartenführer* Rauff —dijo Holliday—. No pertenecía al Ejército común, sino a las SS.

—Supongo que es capaz de hacer tales distinciones —murmuró el otro hombre.

—¿Quién es usted exactamente? —preguntó Holliday.

—Puede llamarme Thomas —dijo.

—¿Como el escéptico de santo Tomás? —dijo Holliday.

—Si quiere —contestó el hombre con una leve sonrisa—. Bien, ¿qué puede hacer la Iglesia por usted?

—Podría devolverme a mi prima.

—¿Su prima?

—Peggy Blackstock. La fotografía que acompañaba a su expedición hacia Libia dirigida por un hombre llamado Charles-Étienne Brasseur. Se suponía que iban en busca de la tumba de Imhotep. En realidad buscaban un cargamento de lingotes de oro que salió de Alemania en 1944 en un bombardero americano capturado llamado *Su Anheló*.

—Parece poseer información muy detallada —contestó el padre Thomas, aún sonriendo de manera insulsa.

—La respuesta está siempre en los detalles —dijo Holliday.

—Según tengo entendido por los periódicos, al padre Brasseur y al resto de la expedición los ha secuestrado un grupo terrorista llamado la Hermandad de Isis.

—Lo de la Hermandad es una estupidez y ni Peggy ni Brasseur han sido

secuestrados por ellos. Hace dos días los vieron subir a un helicóptero en la isla de Santo Stefano, a unos ochenta kilómetros al sur de aquí.

—¿Quién los vio? —preguntó el padre Thomas.

—Yo —contestó Holliday sin rodeos.

—¿En serio? —dijo el padre Thomas—. Es usted un hombre de muchos recursos, coronel Holliday, si sabe todas esas cosas.

—Pues todavía no sabe ni la mitad —dijo Holliday—. Peggy y nuestro hombre, Brasseur, iban acompañados de un matón llamado Massimo Conti. Trabaja para una organización criminal llamada La Santa. Los mismos que, por lo visto, transportaban los lingotes desde Libia hasta Marsella. Sus mercenarios, de hecho; como Pesek y Kay, el equipo de marido y mujer que eliminó a Valador.

»Nos llevó un tiempo, pero al final mis amigos y yo lo resolvimos. Alhazred encontró el oro que perdieron las *ratlines* del Vaticano en 1944, se puso en contacto con ustedes e hicieron un trato; pero lo traicionaron. El único problema es que Alhazred ha vuelto a esconder el oro. Ahora está desaparecido, y el oro con él.

—Una historia muy imaginativa, coronel.

—Pero me atrevería a decir que se acerca mucho a la realidad.

El padre Thomas suspiró profundamente.

—Entonces, ¿qué sugiere que hagamos?

—Denos a Peggy y les daremos el oro; unas tres toneladas, según mis cálculos. Eso serviría para financiar muchas de las operaciones de sus peliagudos grupitos durante un tiempo.

—Y, ¿a qué grupito peliagudo se refiere? —preguntó el padre Thomas suavemente.

—Han recibido muchos nombres a lo largo de los años —dijo Holliday—. En tiempos de los templarios eran conocidos como Organum Sanctum, el Instrumento de Dios. En los años veinte y treinta se hacían llamar Sodalitium Pianum, la Hermandad de Pío. Durante la Guerra Fría, era Propaganda Due. La Iglesia siempre ha necesitado conspiraciones que desmentir, como el grupo de Nixon con el caso *Watergate*. Eso es lo que son ustedes, como sea que se hagan llamar: la versión del Vaticano de la CIA, salvando las distancias; matones que no responden ante nadie. En el siglo XII, Enrique II dijo: «¿Quién me libraré de este cura problemático?», y salieron cuatro tipos como ustedes y mataron a Thomas Becket, el arzobispo de Canterbury. Exterminadores. Toda gran organización los necesita y ustedes los tienen a patadas. Anda que son la leche, como diría Peggy.

—¿Por qué una organización tan sobresaliente como esa de la que habla quería secuestrar a una fotógrafa como la señorita Blackstock? —respondió el padre Thomas.

—Pregúntele al tipo calvo del helicóptero, el que hace un año casi mata a mi amigo Raffi de una paliza. Pregúntele al tipo asesinado en aquel callejón de Jerusalén, el que intentó matarnos a Peggy y a mí por la espada de los templarios.

Ustedes conocían, incluso entonces, el verdadero secreto de los templarios: el secreto era que seguían existiendo, el secreto estaba en ese librito que Helder Rodrigues me dio en su lecho de muerte. Desde diez mil conexiones hasta un billón de dólares en activos. Muchísimo poder para quien pudiera ejercerlo. Y por eso y solo por eso secuestraron a Peggy cuando la oportunidad les cayó como llovida del cielo. Era el cebo. Sabían que vendría a buscarla, y estaban en lo cierto.

Holliday se levantó.

—Pues bien, aquí estoy —dijo—. Mueva ficha.

—¿Tiene alguna prueba de esas acusaciones tan extrañas? —preguntó el padre Thomas tranquilamente mientras miraba fijamente a Holliday.

—No necesito ninguna prueba —dijo Holliday—. Tengo el oro.

El padre Thomas se levantó.

—¿Se hospeda en el hotel Alimandi?

—Justo al cruzar la calle.

—Pronto nos pondremos en contacto con usted —dijo el padre Thomas—. Ha sido un placer conocerle, coronel Holliday.

El sacerdote se dio la vuelta sobre sus caros zapatos y se marchó.

—¿Ha colado? —preguntó Raffi de vuelta en el hotel.

—Más o menos —dijo Holliday—. Creo que pensaban que podría llevar micrófonos ocultos.

—¿El hombre del maletín? —preguntó Tidyman.

—Eso creo —dijo Holliday asintiendo—, que llevaba un detector de micrófonos en el maletín.

—Están andando con mucho cuidado —dijo Raffi.

—Podrían andarse con evasivas hasta el día del Juicio Final —dijo Holliday—. Eso es lo que me preocupa, que saben que nosotros tenemos más que perder que ellos. No tienen por qué entrar en el juego.

—No estoy seguro de eso —dijo Tidyman reflexionando mientras bebía a sorbos una taza de café del excelente servicio de habitaciones—. Esa gente es codiciosa, como todos los de su estilo. Como Alhazred o como el desdichado señor Valador de Marsella, el que traficaba con el oro.

—Y eso les hace ser muy peligrosos —apuntó Holliday—. Nuestros asesinos checos, Pesek y Kay, le atravesaron el cerebro a Valador con un alfiler, ¿te acuerdas? Una vez intentaron matarnos a Peggy y a mí; lo intentarán otra vez, de eso estoy seguro.

—Seguramente —convino Tidyman—. La codicia vuelve a la gente peligrosa, pero también vulnerable. Y así es como ganaremos esta partida, amigo mío, actuando justo en sus puntos débiles.

**E**L padre Thomas llamó a la mañana siguiente para concertar otra cita.

—Ayer fue en su terreno —dijo Holliday—. ¿Por qué no nos vemos en otro sitio esta vez?

—¿Dónde sugiere que quedemos? —preguntó el padre Thomas.

Holliday oía de fondo el sonido sordo del tráfico. Thomas llamaba desde un teléfono móvil y probablemente estaba en un coche.

—Podría venir usted aquí —dijo Holliday.

—Me parece que no, coronel —respondió el sacerdote riéndose.

—Puede traer sin problema sus artilugios informáticos metidos en un maletín. No tenemos nada que esconder —dijo Holliday.

—Como les gustaba decir a los Beatles, coronel Holliday, todo el mundo tiene algo que esconder excepto yo y mi mono.

—Bueno, veamos entonces —dijo Holliday—. ¿Por qué no nos vemos en un restaurante? Aquí hay un restaurante panorámico muy agradable en la azotea.

—Peligrosamente cerca, de nuevo —dijo el sacerdote—, y demasiado conocido. Quizás algo más discreto.

—Hay una pizzería al doblar la esquina —sugirió Holliday—. En la *via* Candia. Se llama Piacere Molise, un sitio pequeño y familiar.

—¿Conoce Roma, coronel?

Por primera vez, el sacerdote parecía sorprendido.

—Cenamos allí anoche —explicó Holliday—. Nos lo recomendó el recepcionista del hotel.

Hubo un momento de silencio. Holliday oyó al otro lado del teléfono el ir y venir de una sirena que se acercaba progresivamente. También oía el mismo sonido entrar por la puerta abierta del balcón. El sacerdote estaba cerca. Los estaban observando.

—De acuerdo —dijo el padre Thomas—. ¿Cuándo?

—Temprano —contestó Holliday—. Se llena rápido. A las cinco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó el padre Thomas.

—¿Para cuántas personas hago la reserva?

—Yo llevaré a alguien —dijo el padre Thomas.

—¿El que llevaba el artilugio informático? —dijo Holliday sonriendo.

—Sí, pero solo un momento. El otro hombre va a ser protagonista de nuestros asuntos.

—¿Le importa si llevo a un amigo? —dijo Holliday.

—Cuantos más, mejor —contestó el sacerdote.

Se le volvió a notar en el tono que sonreía.



—Siempre es bueno conocer a los enemigos.

La *via Candia* era una calle cualquiera, sin nada distintivo, con bloques de apartamentos y tiendas y restaurantes que parecían esculpidos en los bajos hacía años. *Piacere Molise* estaba en un edificio color salmón, en el número sesenta, enfrente de una tienda de perfumes de imitación y otra tienda de ropa de deporte, también de imitación. Era finales del verano y, sobre las cinco de la tarde, con la excepción de los restaurantes y las cafeterías, la mayoría de las tiendas habían cerrado sus puertas y bajado las persianas metálicas. Los coches estaban aparcados en los bordillos, y eran todos pequeños y relativamente económicos. La *via Candia* parecía estar orientada a satisfacer a una clase media; los hombres y las mujeres que había por la calle iban vestidos como secretarias y administrativos. Además, no parecía que hubiera muchos niños en esa zona.

Hace mucho tiempo, *Piacere Molise* era el apartamento del portero del edificio, situado bajo un anticuado pórtico que llegaba hasta un patio trasero. Ahora era un local de tres salas estrechas y una cocina, todo pintado de amarillo suave, con unas doce mesas en el interior y, en el exterior, cuatro más colocadas en la acera. La decoración la formaban láminas enmarcadas de pintores impresionistas famosos colgadas por todos lados e intercaladas con platos decorativos.

Las salas estaban iluminadas con unos cuantos candelabros modernos. Los manteles que cubrían las mesas eran amarillos y los mantelitos individuales iban a juego con las baldosas de color amarillo y óxido colocadas en forma de tablero de ajedrez que componían el suelo. Como bien sugería el nombre del restaurante, era bastante informal; *piacere*: ven tal como eres.

No fue una sorpresa que el padre Thomas ya estuviera allí cuando Holliday y Raffi entraron en la pequeña pizzería. Estaba sentado en una de las mesas dobles en la sala central junto con otras dos personas. Uno era el hombre calvo al que habían visto de lejos bajando del helicóptero en Santo Stefano y el otro, el sacerdote joven del maletín al que habían visto en el Museo Egipcio el día anterior.

—No sé si soy capaz de sentarme con ese cabrón en la misma mesa —dijo Raffi en voz baja.

—¿Lo dices por el calvo? —dijo Holliday—. Imagínatelo en ropa interior.

—Imagínatelo muerto —dijo Raffi gruñendo.

Al acercarse a la mesa, el joven del maletín se levantó. Tenía en la mano un pequeño dispositivo que parecía un lector óptico y un auricular en una oreja. Agitó el lector óptico dirigiéndolo a Holliday y a Raffi, pasándolo de arriba abajo por el cuerpo de cada uno y concentrándose en lo que oía por el auricular. Un momento después, hizo un gesto con la cabeza, abrió el maletín y metió dentro el lector óptico.

—*Qualcosa?* —preguntó el padre Thomas.

—*Nulla* —dijo el joven negando de nuevo con la cabeza—. *Sono pulite*. Están limpios.

—*Andare el via* —le ordenó el padre, Thomas indicando con un gesto que se

marchara. El joven asintió y cerró los broches del maletín.

—*Come desiderì*, padre.

Cogió el maletín y salió del restaurante. Holliday y Raffi se sentaron frente al sacerdote y su acompañante.

Holliday pudo ver bien por primera vez al hombre del helicóptero. Se apreciaba que era corpulento y musculoso incluso con un simple traje oscuro. Las manos tenían grandes nudillos como martillos. No era calvo en absoluto, sino que llevaba la cabeza afeitada sin dejar un solo rastro de pelo. Tenía las facciones duras de los esclavos, puede que de los rusos, con los pómulos elevados, las mejillas hundidas y la barbilla afilada. Los ojos eran de color azul lavanda pálido y tenía una mota en la pupila del ojo derecho que parecía una lágrima negra que manchaba el iris parpadeante. El hombre miraba fijamente a Holliday y a Raffi como un pájaro verdugo decidiendo con qué espina punzante los atravesaría; la mirada de un verdadero creyente, la mirada de un animal salvaje tirando de la correa. Holliday sabía exactamente por qué lo había llevado allí el sacerdote: era un perro de caza al que habían puesto por delante el rastro de su presa.

El padre Thomas sonrió a Holliday desde el otro lado de la mesa.

—Veo que el doctor Wanounou y el padre Damaso ya se conocen —dijo el sacerdote.

El hombre calvo miró fijamente e inexpresivo a Raffi. Luego, sus labios se movieron dejando entrever dos filas de dientes increíblemente blancos. Raffi le devolvió la mirada.

—No nos han presentado de manera oficial —dijo Raffi.

—Al padre Damaso le encantó saber que estaba usted en Roma. Me ha contado que tienen negocios pendientes.

—No hemos venido aquí para librar una pelea de gallitos —dijo Holliday.

—Yo no estoy muy seguro de saber para qué hemos venido aquí —dijo el sacerdote.

Un joven camarero con un delantal largo apareció con dos platos de aceitunas y una cesta de pan. Los puso sobre la mesa, sacó un molinillo de pimienta grande de uno de los profundos bolsillos del delantal y un bloc de notas del otro. Colocó el molinillo de pimienta en la mesa y les preguntó qué iban a pedir chapurreando como buenamente pudo. El sacerdote preguntó rápidamente al camarero en italiano y el joven le respondió con una lista de cosas que sonaban como si fueran platos principales para cenar.

El sacerdote se volvió hacia Holliday.

—Molise es una región muy pobre de Italia, pero es famosa por un plato que es una especialidad del sitio: *zuppa di pesce alla termolese*, una especie de *bouillabaisse* italiana. También tienen una cosecha bastante buena de un vino blanco local, el Falanghina Del Molise de 2005, que va muy bien con el pescado.

—No hemos venido hasta aquí para comer —dijo Holliday.

—Un italiano no necesita una excusa para comer —contestó el sacerdote—. No veo ninguna razón por la que no podamos compartir una comida.

Le brilló la sonrisa un momento.

—Yo invito, claro —dijo.

El padre Thomas se volvió un instante y habló con el camarero. El joven escribió unas cuantas cosas en su libreta, le repitió la comanda al sacerdote y se fue rápidamente, dirigiéndose hacia la parte trasera del restaurante.

—¿Podemos volver ya a hablar de negocios? —preguntó Holliday con obvia irritación en la voz.

—No sabía que estuviéramos haciendo negocios —dijo el padre Thomas.

Invirtió unos segundos en prepararse un plato con aceite de oliva y vinagre balsámico de las vinagreras que había en la mesa, cogió un trozo de pan y lo empapó en la mezcla de aliño. Se lo metió en la boca, y después una aceituna.

—Tienen a mi prima Peggy. Y queremos que nos la devuelvan.

—Ah, sí —dijo el sacerdote asintiendo—. La amada del doctor Wanounou.

Sonrió a Raffi y mojó otro trozo de pan en la mezcla de aceite y vinagre.

—Les damos el oro a cambio de recuperarla —dijo Holliday—. Tendrían los lingotes de Rauff a cambio.

—¿Cómo sabemos que tienen el oro? —preguntó el padre Thomas.

—No he dicho en ningún momento que lo tuviéramos. Dije que sabemos dónde está.

—¿Cómo saben que no lo hemos encontrado ya nosotros?

—No estaba en el campamento. Si hubieran conseguido atrapar a Alhazred con vida después de su pequeño asalto, él se lo habría dicho y ahora no estarían ustedes aquí negociando con nosotros.

—La Iglesia tiene muchísimo dinero, coronel Holliday. ¿Por qué íbamos a necesitar esos lingotes de los que habla?

—En primer lugar, no creo que la Iglesia tenga tanto dinero como nos hacen creer; son como la General Motors, Ford o Chrysler, intentan vender un producto de inferior calidad y la gente ya no se lo traga. En segundo lugar, aunque la Iglesia tiene dinero, me juego lo que sea a que su presupuesto ya no es el que era. Y por último, si se hiciera pública la relación de la Iglesia con Rauff y ese oro, ese sería el principio del fin de la continuidad de su existencia. Tienen que recuperar ese oro antes de que empiece a filtrarse al mercado libre. Y por eso mandaron a Pesek y a Kay a matar a Valador en Cannes, porque se estaba acercando demasiado. Tienen que volver a fundir esos lingotes y borrar cualquier conexión entre Rauff y la Iglesia. Que la Iglesia tenga a un papa alemán que estuvo en las Juventudes Hitlerianas está muy feo, pero que esté confabulada con el hombre que inventó la cámara de gas moderna ya sí que sería una catástrofe.

—Por lo que usted sugiere, coronel Holliday, el oro es, probablemente, la divisa más fácil de blanquear. El diente de oro de ayer será la alianza de mañana. Pero eso

es irrelevante. El *standartenführer* Rauff hizo un trato con nosotros en 1944; gracias a nuestra organización, recibió la ayuda y la documentación que le permitió escapar de la justicia. Él nos prometió a cambio su reserva de oro. Nosotros cumplimos en su momento nuestra parte del trato y él cumplirá la suya, aunque tenga que ser de manera póstuma. El oro nos pertenece por derecho.

—Liberen a Peggy y lo tendrán —dijo Holliday.

Hubo una pausa en la conversación y el camarero apareció de nuevo con el vino, seguido por un hombre con un gorro alto de chef que llevaba dos grandes cuencos no muy hondos llenos de almejas, mejillones y marisco, todo bañado en un caldo aromático. El camarero dejó el vino, el hombre con el gorro de chef soltó en la mesa los cuencos y, unos segundos después, una mujer rellenita y con pinta de ser simpática apareció con un vestido de flores llevando dos cuencos más de *zuppa di pesce*. Se retiró con un entusiasta «*Buon appetito!*».

El sacerdote cogió con el tenedor un mejillón de la parte superior de la pila de mariscos y, con la precisión de un cirujano, separó la carne de la oscura concha. Saboreó el bocado y lo acompañó de un poco de vino. Nadie más de la mesa había probado la comida ni la bebida. El padre Thomas emitió un breve suspiro y soltó el vaso.

—Creo que debería desengañarse de que nuestra cita tiene algo que ver con una negociación, coronel Holliday. No tienen armas para combatir, los superamos en número y son menos hábiles. No tienen nada con lo que negociar. Si decide no hacerme saber el paradero del oro, daré al padre Damaso instrucciones de deshonar a su prima de maneras que no podría ni siquiera imaginar en mil años. Si decide seguir guardando el secreto del paradero de los lingotes de oro, el padre Damaso acabará con la señorita Blackstock de manera lenta y dolorosa. Y disfrutará mientras lo hace, coronel.

»El padre Damaso, debo añadir, ha sido entrenado por algunos de los torturadores más experimentados de Augusto Pinochet y, obviamente, ellos habían sido entrenados por el hombre del momento, el *standartenführer* Rauff. Según me ha dado a entender el padre Damaso, los métodos de *herr* Rauff habrían impactado incluso a los tribunales de la Inquisición española.

El padre Thomas cogió otra almeja con los dedos y sorbió el molusco empapado. Lo masticó y se lo tragó.

—Así que ya ve, coronel Holliday. Esto no es una negociación, sino un ultimátum.

El sacerdote sacó del bolsillo una pequeña tarjeta cuadrada y una pluma estilográfica Montblanc. Le quitó el capuchón a la pluma, escribió algo en la tarjeta y luego se la pasó a Holliday deslizándola por la mesa. Era un número de teléfono.

—Llámeme —dijo el padre Thomas—. Tiene veinticuatro horas para ordenar sus ideas.

Miró como queriendo decir algo al hombre calvo, que hasta ese momento no

había hablado ni se había movido.

—A partir de aquí, este tema no está en mis manos. —El sacerdote sonrió con amabilidad—. Ahora coman antes de que se les enfríe la comida.

—Creo que voy a vomitar —dijo Raffi.

Empujó hacia atrás la silla golpeando con fuerza el suelo con los pies, se levantó, y miró al sacerdote calvo, que había empezado a comerse la *zuppe*.

—¡Como la toques te mato!

Damaso levantó la mirada del cuenco; le caía un poco de caldo por la afilada barbilla y apenas movió los labios al hablar.

—Inténtalo, judiíto —dijo pausadamente.

Raffi salió del restaurante hecho una furia.

—Parece que su amigo ha perdido el apetito —dijo el padre Thomas—. Quizás su colega el egipcio, que está al otro lado de la calle, quiera terminarse el almuerzo del doctor Wanounou; ya debe de tener hambre.

Apuntó con el tenedor hacia el sitio de Raffi y el cuenco humeante de sopa de marisco aromática.

—Sería una pena desperdiciar eso.

Holliday se levantó.

—Yo tampoco tengo ganas de comer —dijo Holliday.

—Como desee, coronel Holliday, pero se pierde un manjar culinario.

Tomó un sorbo de vino.

—Veinticuatro horas.

Holliday siguió a Raffi hasta el exterior del Piacere Molise.

El sacerdote observó cómo se marchaba y volvió a concentrar la atención en la comida que tenía delante.

Media hora después, Raffi estaba echando chispas, sentado en uno de los sillones de la salita de la habitación del hotel Alimandi. Al otro lado de la elegante y reducida habitación estaba Holliday, sentado, esperando junto al teléfono. A través de las puertas abiertas del balcón, oyeron el zumbido irritante de una pequeña Vespa que iba corriendo como una bala entre el tráfico de la *viale* del Vaticano.

—¿Ha funcionado? —dijo Raffi.

—Espera un poco —dijo Holliday—. Lo sabremos en unos minutos.

—Deberíamos saberlo ya. Y, ¿por qué no ha llamado Tidyman?

—Tranquilízate —dijo Holliday.

—¿Cómo me voy a tranquilizar? Ese cabrón hablaba de torturar a Peggy —dijo Raffi agitado—. Si tu plan no funciona, estamos bien fastidiados.

El teléfono sonó. Raffi dio un respingo en el sillón. Holliday cogió el auricular y escuchó.

—Gracias —dijo Holliday—. Hágale subir.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Raffi.

—Está aquí. Ya es la hora.

Holliday se levantó y se dirigió a la puerta de la habitación. Un instante después llamaron a la puerta. Holliday abrió, y allí estaba el camarero del Piacere Molise sin el largo delantal, con una bolsa de papel en la mano y una amplia sonrisa. Holliday dejó pasar al joven.

—No os conocéis. Raffi, él es un antiguo alumno mío, el teniente Vince Caruso, promoción del 2006. Si no recuerdo mal, le puse un aprobado bajo. Trabaja aquí como agregado militar.

Caruso se sentó en el sillón y dejó la bolsa de papel en la mesita de café.

—Encantado de conocerlo —dijo Raffi.

El joven teniente abrió la bolsa y sacó el gran molinillo de pimienta que él mismo puso en la mesa del restaurante. Desenroscó la parte baja del molinillo y sacó un micrófono FM plano del que colgaba un alambre. Cogió de la bolsa lo que parecía un pequeño reproductor de casete y lo puso en la mesa junto al minúsculo micrófono.

—A mi jefe le daría un ataque si supiera que he cogido prestadas sus cosas —dijo Caruso.

—¿Qué tal lo hemos hecho? —dijo Holliday.

—Siguieron hablando una hora y media después de que ustedes se fueran —dijo Caruso contento—. De todo tipo de cosas interesantes. El tipo de cosas por las que los medios de comunicación matarían. Son gente realmente peligrosa. —El joven negó con la cabeza—. Son lobos disfrazados de corderitos.

—Esos son los más peligrosos —dijo Raffi.

—¿Algún problema con los dueños del restaurante? —preguntó Holliday.

—¿Está de broma? —dijo Caruso riéndose—. El dueño llama a esa gente *corvi neri*, cuervos negros. Estaba encantado de ayudar a su amigo americano.

—Pues entonces ya los tenemos —dijo Holliday dando una palmada de satisfacción.

—Pero todavía no tenemos a Peggy —dijo Raffi.

El teléfono sonó desde el otro lado de la habitación. Holliday se levantó y contestó. Escuchó unos instantes y colgó.

—Era Emil —dijo Holliday sonriendo de oreja a oreja y con los ojos brillantes de felicidad—. El rastreador GPS que nos diste ha funcionado a la perfección, Vince. Los tenemos.

—¿Dónde está Peggy? —dijo Raffi.

—En un lugar llamado Lido del Faro, playa del faro, a unos treinta kilómetros de aquí, en la desembocadura del río Tíber. La tienen escondida allí en una especie de cabaña vieja del puerto.

—**N**O me puedo creer que haya funcionado —confesó Holliday.

Estaban desayunando en el restaurante panorámico del hotel Alimandi. Solo eran las nueve y media, pero ese día hacía mucho calor y el sol del verano brillaba en el cielo despejado. Holliday veía desde la *viale* del Vaticano la parte superior de la Capilla Sixtina y de los edificios con tejas de la Ciudad Santa.

—Pues a mí no me ha sorprendido —dijo Emil Tidyman mientras se comía un desayuno muy occidental con salchichas y huevos revueltos—. Quizás deberíais haber vivido en un país religioso como Egipto para entenderlo. Un lugar que ha dado vida al pensamiento fundamentalista durante miles de años.

—Nací y me crie en Israel —dijo Raffi gruñendo—. ¿Cómo llamarías a eso?

—Israel es una democracia, la Iglesia y el Estado están separados. En Egipto, los ulemas, los líderes religiosos, todavía controlan el corazón y el alma de la nación. Lo único que no hace el judío de a pie es comer de esto —dijo Tidyman agitando el tenedor con un trozo de salchicha—. Yo hablo de pensar; de cómo piensa esta gente.

Se comió la salchicha y se sirvió otra taza de café de la cafetera color metálico brillante que había en medio del mantel de lino almidonado. Hizo un gesto con la cabeza hacia los tejados del Vaticano.

—Los judíos han hecho del pensamiento independiente una virtud. Para los católicos y los musulmanes, eso es prácticamente un pecado. Los fundamentalistas católicos y musulmanes se parecen mucho en cuanto a que comparten una creencia básica común: no hay individuos, tan solo Fe, con efe mayúscula. Todo está condicionado por la voluntad de Dios o de Alá, y eso es lo que importa. El hombre común es completamente impotente. El libre albedrío solo existe para los dioses, y lo interpretan los papas y los ulemas. Es su virtud y su defecto a la vez.

—La historia está llena de este tipo de cosas —convino Holliday—. Antigüamente, se tomaban muy en serio la interpretación de las profecías. Los reyes de Macedonia tenían menos poder que el oráculo de Delfos. Troya cayó porque desoyeron la profecía de Casandra. César murió porque no tuvo en cuenta lo que dijeron los adivinos sobre el idus de marzo.

—Todavía no veo la relación que tiene todo esto con nuestros curas asesinos —dijo Raffi.

—Estaba llegando a eso —dijo Tidyman serio mientras extendía una generosa capa de miel sobre una tostada—. Según su dogma, el hombre no puede cambiar la historia, sino que es la historia la que puede cambiar al hombre. Tienen la completa arrogancia de la infalibilidad; al fin y al cabo, son la Iglesia, así que, ¿cómo iban unos cuantos ajenos a ella a atreverse a intentar dominarla? Al padre Thomas, o como sea

que se haga llamar, nunca se le pasó por la cabeza que pudiéramos actuar de manera ofensiva contra él.

El egipcio suspiró.

—Como ya dije, tenemos que atacar allá donde son más vulnerables.

Le dio un bocado a la tostada y sonrió.

—Entonces, de nuevo —dijo Raffi agriamente—, después de vuestro debate filosófico, quizás simplemente tuvimos suerte.

—Pues sí, también —dijo Tidyman acompañando el bocado de tostada con un buche de café.

—Según su horario —dijo Holliday—, tenemos unas doce horas.

—Pues entonces deberías hacer esa llamada —contestó Tidyman—. Voy a bajar al mostrador a recoger el paquete que nos ha dejado tu amigo de la embajada.

De vuelta en la habitación, Holliday llamó al número de teléfono que el sacerdote le había escrito en la tarjeta. Contestaron inmediatamente, al primer tono.

—Coronel —dijo el padre Thomas—, ¿ha tomado una decisión?

—He cambiado las reglas del juego —contestó Holliday.

—¿En serio? —dijo el sacerdote sin parecer impresionado.

—Escuche.

Holliday cogió por el altavoz la grabadora digital que Vince Caruso utilizó la noche anterior y apretó el botón de encendido. «El diente de oro de ayer será la alianza de mañana», decía el padre Thomas en la grabación.

Holliday apagó el pequeño aparato.

—¿Lo recuerda? —dijo.

Hubo un largo silencio. Finalmente, el sacerdote habló con la voz tensa.

—Ya reconocí que era usted una persona de recursos, coronel Holliday, pero es obvio que no sabía cuán resolutivo era en realidad. Estaba claro que había alguien más involucrado en esto. —Se calló y pensó un instante—. ¿El camarero?

—Me dijo que no tenía nada con lo que negociar —contestó Holliday ignorando la pregunta del sacerdote—. Ahora sí lo tengo.

—Podríamos simplemente negarlo —dijo el padre Thomas—. Una falsificación fabricada por nuestros enemigos.

—Nadie les creería.

—No todo el mundo, pero unos cuantos seguro que sí. Se abriría una investigación. Es como el *Watergate*, padre Thomas. No es por el crimen por lo que te descubren, sino por la tapadera.

Hubo otro largo silencio.

—¿Qué sugiere? —dijo finalmente el padre Thomas.

—Exactamente lo que le ofrecí anoche, pero con un plus: el oro y, además, la cinta. Dos por el precio de uno.

—¿Cómo sé que no han hecho copias? —preguntó el sacerdote.

—No lo sabe —dijo Holliday—. Pero no soy idiota. Mantendré mi parte del trato.



Estamos muy al tanto de hasta dónde llega el alcance de su organización.

—Hará bien en recordarlo en el futuro —advirtió el padre Thomas.

—Un trato y una tregua —ofreció Holliday.

—Eso requiere un intercambio.

—Le llamaré —dijo Holliday, y colgó el teléfono.

—¿De verdad lo hará? —preguntó Raffi.

—En la vida —dijo Holliday.

Tidyman apareció unos minutos después con una pesada caja rectangular envuelta con papel marrón. Se sentó en el sillón, sacó una navaja del bolsillo y abrió la caja cortando hábilmente el papel. Dentro había una tartera azul de tamaño medio y, dentro de esta, entre bolitas de poliestireno, tres automáticas, tres cajas de munición en cartuchos de plástico, un GPS y cinco teléfonos móviles Nokia negros.

—¿Se meterá en problemas el joven teniente si algo de esto sale a la luz? —preguntó Tidyman.

—Se supone que debemos deshacernos de las armas y los móviles cuando hayamos terminado, están limpios y son localizables. A ser posible, quiere que le devolvamos el GPS —contestó Holliday.

—¿Y el barco? —preguntó Tidyman.

—Zarpa del muelle del puente Marconi al mediodía —dijo Holliday— y llega a Ostia Antica a la una y media.

Holliday hizo una pausa para mirar el reloj.

—Tenemos una hora y media. —Miró hacia Tidyman—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Hay una maceta grande con una planta en la entrada junto a la pizzería del toldo verde en la calle de Santamaura con la *via* Candia —recitó el egipcio—. Planto el teléfono allí y te llamo cuando esté listo; luego me dirijo al puente a tiempo para coger el barco.

—¿Y tú, Raffi?

—Cuando me llames, me voy a la parada de metro de Castro Pretorio y llamo al sacerdote. Tengo que asegurarme de que oiga por megafonía el nombre de la parada.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Holliday.

—Entro en el metro y voy en la dirección opuesta, hacia la parada de Marconi. Luego, llego al puente y al barco. —El israelí se detuvo un momento—. Si alguien nos sigue a algunos de los tres, lo sabremos en ese momento. Esperemos.

—Bien —dijo Holliday, casi sintiendo cómo le corría la sangre alborotada por las venas—. Eso es. ¿Estamos listos?

—Listos —dijo Tidyman.

—Listos —dijo Raffi.

Holliday sonrió para sí mismo, algo sorprendido por la gran emoción que sentía.

No se había sentido tan lleno de vida desde hacía años. Esto era lo que él realmente era.

—Pues arreando —dijo.

—¿No se dice *pitando*? —farfulló Raffi.

—Eso es de otra generación —dijo Holliday—, yo pertenezco a la era de John Wayne, pero sí, eso también se dice.

Para Holliday, aquello iba a ser un simple ejercicio de táctica militar: cuando hay que hacer frente a una fuerza que supera en número la propia, el objetivo principal es distraer al enemigo y dividir las fuerzas, es decir, divide y vencerás. La invasión de Normandía era un clásico ejemplo de eso: hacer creer al ejército de Rommel que la invasión venía por el paso de Calais, que era la opción lógica, y atacar en otro lugar distinto, en este caso en las playas de Normandía.

Para Raffi y Tidyman era demasiado fácil, como un partido de fútbol de instituto: amagar a la izquierda y correr hacia la derecha. Distraer al sacerdote y a sus matones y mandarlos hacia el norte en una misión de búsqueda imposible por las líneas de metro, pero atacarlos con una fuerza mucho menor por el sur, justo en el centro del territorio enemigo.

Con un mapa de Roma y Vince Caruso familiarizado con la ciudad, idearon un juego al estilo de Robert Ludlum y Jason Bourne, el ratón y el gato, el perro y la liebre, de aquí para allá por toda la ciudad, que en teoría conduciría al sacerdote y a sus hombres hasta el lugar donde debía realizarse el intercambio entre Peggy y la información sobre el paradero de los lingotes. De hecho, todo sería producto de su imaginación colectiva, las idas y venidas coordinadas por teléfonos móviles de usar y tirar y vigiladas por el teniente Caruso desde la Vespa roja GTS-250 de su novia italiana. Con el padre Thomas y sus colegas ocupados siguiendo los señuelos, Holliday, Raffi y Tidyman se encontrarían en el puente Marconi sobre el río Tíber y subirían a un barco turístico que los llevaría hasta las ruinas de Ostia Antica, el puerto original de Roma, que ahora estaba unos tres kilómetros hacia el interior debido al continuo depósito de cieno en el río durante tres mil años.

Si todo salía según el plan, encontrarían una lancha motora que Vince Caruso había dejado para ellos en el puerto en el que atracaba el barco turístico, y la usarían para llegar a la vieja cabaña donde Peggy estaba secuestrada.

Como la mayoría de las operaciones de rescate, sobre el papel parecía perfecta. Sin embargo, al igual que la mayoría de ellas y como bien sabía Holliday, a la hora de la verdad sería de todo menos perfecta.

Pero no estaba nada mal para ser algo planeado con prisa. En cada escenario de guerra en el que había luchado, Holliday había visto planes mucho peores fraguados por comités de supuestos expertos, por lo que, a lo largo de los años, había desarrollado su propia regla general: en la guerra, como en la cocina, demasiados cocineros arruinan el plato. En su mente todo estaba bastante claro. Encontrar a Peggy, matar a quien se interpusiera en su camino, cogerla y salir echando leches de aquella ciudad.

El puente Guglielmo Marconi cruzaba el río Tíber al sur de Roma por una zona

sorprendentemente rural para pertenecer a la parte meridional. El muelle donde atracaban los barcos turísticos estaba situado un poco río abajo en la orilla, algo después del amplio y moderno puente, entre un campo de *rugby* de la liga *junior* y unas pistas de tenis públicas donde podía jugar quien quisiera. La única forma de llegar allí era por una carreterilla sucia que parecía disiparse según se avanzaba por ella. Si no hubiera sido por las detalladas indicaciones del teniente Caruso, nunca la habrían encontrado. Por otro lado, era el lugar perfecto para llevar a cabo un encuentro, ya que, si alguien los iba siguiendo, se le podría ver a más de un kilómetro. El barco era un pequeño *ferry* de pasajeros llamado, sin resultar ninguna sorpresa, *M. V. Horatio*. Tenía tres cubiertas con pisos como los de una tarta de bodas en los que había cabinas restaurante con ventanales tintados.

Holliday llegó el primero y se quedó esperando en el muelle mientras Caruso lo mantenía al tanto de las novedades por medio de mensajes que le enviaba al móvil cada cinco minutos, cuando el joven teniente veía que todo marchaba según el plan. El padre Thomas recogió, como estaba previsto, el teléfono que Tidyman había colocado previamente en la maceta, y en ese momento y lugar comenzó su búsqueda imposible. Según Caruso, no había ni rastro del sacerdote calvo, el padre Damaso.

A las doce menos veinte, apareció Emil Tidyman ataviado, de forma inverosímil, con ropa de turista, incluyendo la camiseta hawaiana, el sombrero de paja y las grandes gafas de sol con los correspondientes prismáticos y la cámara colgando del cuello. Diez minutos después, llegó Raffi al muelle. Hasta donde Holliday sabía, nadie los había seguido. Esperó hasta que estuvieran a punto de llegar a la rampa antes de embarcar en el inestable *ferry* de manga amplia, y poco después de que el *M. V. Horatio* descargara en el agua verde turbia y comenzara su lento y pesado camino río abajo.

Durante una hora, recorrieron el sinuoso cauce serpenteante del río. Como el resto de los viajes turísticos, no fue especialmente emocionante, ya que los grandes edificios y monumentos de Roma fueron construidos bastante más arriba, en medio de las siete colinas de la ciudad. Había poco más que ver, aparte de las bucólicas orillas con montones de algas y los arcos de algunos puentes modernos. La ventaja para Holliday y sus compañeros era que, yendo a bordo del barco turístico, era bastante improbable, si no imposible, que tuviera lugar una persecución.

Finalmente, el *Horatio* giró hacia la orilla y atracó en un embarcadero destartalado de Ostia Antica. Las ruinas, como las de una ciudad entera, estaban esparcidas por decenas de hectáreas. Las construcciones, que no eran más que paredes desmoronadas y suelos enlosados, eran testigos mudos del violento final que sufrió el antiguo puerto de la ciudad.

En el año 67 d. C., bandas de piratas itinerantes invadieron la ciudad en flotas de lo más variopintas quemándolo todo a su paso, lo que finalmente dio lugar a la promulgación de la *Lex Gabinia* o Ley Gabinia, así llamada por Gabinio, su propulsor. Esta ley le otorgaba al emperador de Roma poderes de gran magnitud y

completamente arbitrarios que recordarían mucho a las temidas regulaciones aprobadas tras el 11-S.

«El poder corrompe», se recordó a sí mismo Holliday al bajarse del barco, y el poder absoluto corrompe por completo. El padre Thomas y sus subalternos eran buena muestra de ello. Las enseñanzas bucólicas de un profeta ambulante se habían convertido en una herramienta de guerra.

En vez de seguir al resto de los pasajeros por el sendero que llegaba a las ruinas, Holliday, Raffi y Tidyman giraron a la derecha para coger un caminito apenas visible que bajaba por los viejos árboles hasta la margen del río.

—Es como si estuviera sacado de una película mala de Disney —dijo Tidyman—: *Cuentos de la margen del río* o algo así. Esperas que de pronto salga Bambi por entre los árboles, o que los ruiseñores canten una alegre melodía y tiren margaritas sobre nosotros.

—¿Qué sabes tú de películas de Disney? —preguntó Holliday.

—Solía ir corriendo a casa desde el colegio solo para ver crecer los pechos de Annette Funicello en el *Club de Mickey Mouse* —dijo Tidyman—. *El zorro*, Davy Crocket.

—Tambor —añadió Holliday—, Bambi.

—Solo me acuerdo de lo que le pasó a la madre de Bambi —advirtió Tidyman riéndose.

—Tienes un sentido del humor un tanto extraño para ser egipcio —dijo Holliday.

—¿Qué están mascullando estos dos vejestorios? —dijo Raffi, a la retaguardia de la pequeña procesión por entre los árboles.

—Hacemos como que todo va bien —dijo Tidyman—. A esto se le llama reírse ante la adversidad.

Después de andar unos treinta metros por la orilla, se encontraron con un hombre mayor que pescaba con una caña larga, exactamente como había descrito Vince Caruso. El hombre tenía un pelo canoso tan fino como el de un bebé sobre el cráneo lleno de lunares, y la barba también blanca. Seguramente sería alguno del ejército de parientes que Caruso parecía tener por todos lados. Junto al hombre, había un cesto de plástico con anguilas de barriga plateada retorciéndose.

—*Qual e il tranello?* —preguntó Holliday repitiendo cuidadosamente la frase tal y como Caruso se la había enseñado—. ¿Qué está pescando?

—*Oggi c'e la pesca del salmone* —contestó el anciano mostrando una sonrisa sin dientes—. La pesca del día es salmón.

Era la respuesta correcta.

—*E la barca?* —preguntó Holliday—. ¿Y el barco?

—*Li* —dijo el hombre apuntando con un gesto de cabeza.

Lo encontraron unos metros más allá, en la orilla, medio oculto por un montón de arbustos y algas que habían sido ingeniosamente colocados. Era un barco pesquero clásico de unos cinco metros de eslora, con la proa afilada, el espejo de popa estrecho

y un motor fueraborda con una forma inusual.

Estaba mugriento y había un montón de redes viejas tiradas, y una docena de mástiles de bambú colgaban por la borda. Los asientos estaban cubiertos de escamas de pescado, y la pintura de los laterales se estaba desconchando. Había varios remos pintados en la borda sin mucho esmero y un despliegue de cajas de aparejos, ganchos para el barco, arpones y demás útiles desparramados por la parte de atrás. El barco olía a pescado muerto y podrido que se había dejado al sol durante mucho tiempo.

—¿Esto es el concepto de broma de alguien? —preguntó Raffi atónito ante el barco, que estaba amarrado a una rama de sauce que sobresalía—. Porque yo no le veo la gracia.

—No es una broma —dijo Holliday—. Es para pasar desapercibidos. La única asignatura en la que Vince sacó un sobresaliente fue en la que yo impartía sobre historia del camuflaje —dijo sonriendo de oreja a oreja—. Siempre supe que el chico llegaría lejos, incluso sacando esas notas tan malas. —Holliday negó con la cabeza—. Es perfecto; ¿qué se hace en un río? Pescar. Es un fueraborda eléctrico, lo que significa que será silencioso. Mira la corriente: está bajando la marea, así que nos va a llevar río abajo como un tren de carga.

Como para dar fe de lo que Holliday afirmaba, un trozo de árbol empapado empezó a arremolinarse en medio del río al ser arrastrado por la corriente.

—¿Hasta dónde? —preguntó Tidyman.

—Según Vince, unos tres kilómetros —contestó Holliday.

Desató la cuerda de la rama del sauce.

—Suban a bordo, caballeros, hemos llegado a la parte final. Vamos a rescatar a Peggy.

—¿CÓMO vamos a reconocer el sitio? —preguntó Raffi sentado en la proa del barco.

Recorría la deriva el río, que cada vez se ensanchaba más.

Tidyman contestó a la pregunta.

—Se llama *chiesetta*, significa «capilla». Son como pequeñas casitas de pescadores construidas sobre pilotes. Hay docenas de ellas en los rompeolas de la desembocadura del río. Tienen esas redes de cerco que echan al agua colgando de las enormes grúas de puerto. Nuestra *chiesetta* es la última, la que está más adentrada en el mar por la orilla izquierda. Es de color rojo intenso y tiene un tejado nuevo de planchas de aluminio.

Al ensancharse el río, el color cambiaba progresivamente, pasando de un verde con tonalidades marrones por el cieno a un azul intenso según se aproximaban al mar. Las tierras a ambas orillas eran ciénagas casi en su totalidad y estaban divididas en cuidados campos de cereales. Las riberas del río estaban llenas de largas filas de veleros y pequeñas embarcaciones deportivas amarradas a los escasos pilares de los embarcaderos. Había por todas partes pescadores que iban en barcos como el de ellos, casi todos siguiendo las corrientes más suaves cerca de la orilla, y nadie prestó la menor atención a los tres hombres. Ya se empezaba a ver el mar Tirreno, de un azul más oscuro y brillante, frente a ellos, bajo el cielo despejado. Las orillas del río estaban llenas de filas de enormes rocas puestas unas contra otras que servían de rompeolas para evitar la erosión. Las destartaladas casuchas de pescadores o *chiesettes* parecían insectos de largas patas colocados sobre las rocas erosionadas. Se parecían mucho unas a otras y estaban muy cerca entre ellas. Tenían destartalados balcones a modo de cubiertas equipados con una, dos y a veces tres grúas de casi quince metros de largo, suspendidas sobre el agua y sostenidas con largos cables de amarre conectados a los tejados de las casuchas. Ahora, con la subida apresurada de la marea, las grúas y sus respectivas redes estaban recogidas. Cuando la marea bajara y el agua fluyera de nuevo río arriba, las grúas y las redes volverían al agua.

—¿Qué pescan? —preguntó Raffi.

—Según dice Vince, pescan sobre todo mújoles y anguilas, como está haciendo aquel hombre mayor.

—¡Qué asco! —dijo Raffi poniendo mala cara—. ¿Quién come anguilas?

—Pastel de anguilas —murmuró Tidyman con nostalgia—. Qué rico. También están muy buenas en gelatina.

Sentado en la estrecha popa, Holliday arrancó el pequeño fueraborda y sacó silenciosamente el barco de la corriente principal para llevarlo hasta la orilla norte del

río, que no tenía más de noventa metros de ancho.

—Echa el ancla —dijo Holliday.

Tidyman apartó la pila de redes y destapó la pequeña pero pesada ancla Danforth. La lanzó por la borda dejando caer lenta y uniformemente la cuerda de nailon hasta que tocó fondo y se incrustó en el cieno. El barco giró para quedar de cara a la corriente y se dieron cuenta de que ya estaban en la desembocadura del río y tenían el mar detrás. A unos trescientos metros al otro lado del río estaba la *chiesetta* roja con el lustroso tejado, que brillaba bajo el sol; era una araña roja con dos grúas de puerto colgando dentro de la borda como si fueran largas antenas.

Tidyman se descolgó los prismáticos del cuello y se los dio a Raffi, que a su vez se los pasó a Holliday.

—Haced como que estáis ocupados —dijo Holliday—. Voy a echar un vistazo al sitio.

—A la orden, mi capitán —dijo Tidyman.

Él y Raffi cogieron unos palos largos de bambú de la parte trasera del barco y dejaron caer las cuerdas con anzuelo, pero sin cebo.

Holliday levantó los prismáticos.

La cabaña era de unos veinte por treinta metros, con la parte más estrecha colocada de cara al río. Había una entrada amplia en la parte delantera que daba al balcón a modo de cubierta sobre el que se balanceaban las grúas. El techo plano de aluminio ondulado estaba inclinado desde la parte delantera hasta la trasera. La única entrada que parecía apropiada era una situada en la parte trasera de la cabaña, y se accedía a ella por un camino que iba desde las rocas erosionadas hasta la calle sin pavimentar que había detrás. Medio oculta por la construcción, Holliday vio al final del sucio caminito parte de lo que parecía una furgoneta blanca compacta con puerta lateral. La entrada que daba al mar estaba entre sombras. No parecía que hubiera nadie vigilando.

Movió los prismáticos para mirar bajo la cabaña. Parecía que había una escalerilla de fabricación casera que bajaba desde el suelo de la casucha hasta las rocas. Seguramente se usaría cuando la red estaba echada o cuando había algún otro asunto que precisara atención. Volvió a mover los prismáticos. El vecino más próximo estaba a unos quince metros. Al otro lado de la cabaña estaba el rompeolas y, después, el mar.

—Podemos entrar bien por la trampilla del suelo o bien por la parte trasera. No veo muchas más opciones.

—Y, ¿por qué no por los dos sitios? —preguntó Raffi intentando mantener la atención apartada de la cabaña donde tenían a Peggy—. ¿Por qué no nos separamos y entramos por los dos sitios?

—Demasiado peligroso —dijo Holliday—. Ese tipo de ataque sobre dos flancos casi nunca sale bien. Acabamos disparándonos los unos a los otros. Si lo hacemos así va a ser difícil saber quién es quién.

—Todo esto es peligroso —expuso Raffi.

—Me temo que estoy de acuerdo con tu joven amigo —dijo Tidyman—. Cualquier cosa que hagamos va a ser peligrosa. Si vamos por el caminito, perdemos el factor sorpresa. Si vamos por la trampilla, eso va a ser el cuello de una botella.

—Pero algo tendremos que hacer —dijo Raffi—. No podemos quedarnos aquí fuera mucho más tiempo.

Holliday reflexionó un momento y se giró para mirar por encima del hombro.

—Había un pequeño puerto deportivo allí —dijo—. ¿Se ha fijado alguien en si tenía surtidor?

Holliday se puso en cuclillas en la sombra que proyectaba el suelo de la cabaña de al lado de su objetivo. La brisa del mar soplaba tierra adentro haciendo crujir y gemir las grúas que había sobre él. El agua golpeaba suavemente las rocas que lo rodeaban por todos lados y el aire estaba impregnado del intenso aroma del mar.

El bote de pesca se había movido silenciosamente y había desaparecido más allá del rompeolas. Holliday comprobó la hora frunciendo el ceño. Todo iba a depender de que la sincronización fuera perfecta. Si él, Tidyman o Raffi metían la pata, Peggy estaría perdida. Los otros dos habían hecho el servicio militar obligatorio, Tidyman sobre todo para acumular horas de vuelo como piloto militar y consolidar su estado como ciudadano egipcio, y Raffi simplemente porque eso era lo que había que hacer si se era un *sabra*, es decir, un israelí de nacimiento. Por otra parte, Holliday era un profesional y reaccionaría por instinto gracias a los años de experiencia en lugares realmente peligrosos de todo el mundo. Pero no estaba demasiado seguro de lo que harían sus compañeros.

También había que tener en cuenta a Peggy. Si se quedaba paralizada en un momento crítico, sería el fin no solo para ella sino para todo el grupo. Esperaba que la chica se imaginara lo que ocurría, agachara la cabeza y se apartara de la línea de fuego nada más empezar la acción de guerra. Holliday cerró los ojos y lanzó una plegaria a todos los dioses de la guerra. Lo peor de todo era que iban a ciegas; no tenían ni idea de cuántos hombres estaban custodiando a Peggy en la cabaña que tenían a pocos metros.

Holliday se inclinó y levantó el depósito de gasolina de unos veinte litros de combustible de fueraborda que había comprado en el pequeño puerto deportivo que había corriente arriba. Era hora de irse. Escuchó con todos los sentidos al máximo y los nervios a flor de piel. Tragó saliva sintiendo cómo se le secaba la boca y le empezaba a latir el corazón con fuerza.

Era una sensación familiar: por una parte, miedo; por la otra, expectativa y también sed de matar. Siempre se sorprendía de sentirse tan cómodo con esa sensación de angustia en la garganta y, de vez en cuando, se preguntaba si había algo de patológico en eso para los soldados adictos a la batalla y al peligroso juego de competir en una justa contra la muerte. En su día, había conocido a unos cuantos así; eran soldados que recaían una y otra vez porque no eran capaces de soportar la



retirada repentina a la pasiva rutina de la vida que los esperaba fuera del área de acción de la muerte.

Holliday apartó de su mente cualquier pensamiento consciente, afinando los sentidos para dirigirlos al mundo que lo rodeaba e intentando que cada parte de sí mismo se fusionara con sus actos, como en un pasaje onírico y psicodélico a cámara lenta en el que todo lo que hiciera estuviera perfectamente sincronizado con el resto.

Oyó el sonido apagado de un hombre y una mujer discutiendo en la cabaña que tenía justo encima, también oyó el chirrido de un cable movido por el viento, vio las plumas de un milano acariciadas por la brisa al pasar volando sobre el estuario el enorme pájaro y también oyó el repiqueteo de una lancha motora a lo lejos y el constante susurro acompasado del mar.

No había ninguna ventana en la pared lateral de la cabaña, tan solo una rudimentaria rejilla de ventilación. Si quienes trabajaban en las cabañas pescaban en dos cambios de marea por día, seguramente almacenaban la captura de alguna manera, y lo más seguro es que se hiciera en depósitos de acero galvanizado. En un día caluroso como aquel, las cabañas con tejado de lata se habrían convertido literalmente en hornos y el hedor debía de ser horrible.

Cargando con el bidón de combustible, Holliday salió de su refugio de sombras y recorrió el tramo entre las dos *chiesette* rápida pero cuidadosamente por entre los pilotes de la última cabaña de la hilera. Recorriendo atentamente con la mirada la amplia extensión de la desembocadura del río, pudo ver la forma achaparrada del faro octogonal con rayas blancas y grises que daba nombre a la rocosa playa.

La *chiesetta* de paredes rojas se sostenía sobre un total de seis pilotes: tres altos y tres bajos. Los pilotes estaban hechos con pilastras unidas para conseguir columnas de forma cuadrangular que soportaran el peso de la planta superior. Al mirar hacia arriba, Holliday vio que el suelo no consistía en nada más que unas láminas de contrachapado colocadas sobre vigas de abeto bastante separadas entre ellas; en realidad, eran unos tablones de no más de cinco centímetros cortados a contra veta. Decir que era poco sólido era quedarse corto. Destapó el bidón, lo puso boca abajo y lo volvió a tapar. Repartió el contenido entre las tres columnas frontales y dejó el bidón vacío bajo el poste del centro. Comprobó la hora. Dos minutos.

Holliday cogió una caja de cerillas y, uno a uno, prendió fuego decididamente a los postes, saltando de una roca a otra. Vio cómo prendían las llamas, casi imperceptiblemente, apenas un vapor cálido ondeando en el aire limpio. Se giró, subiendo con dificultad por las rocas, y comenzó a escalar la escalerilla improvisada hasta la trampilla del suelo.

Unos instantes más tarde, había llegado al tope de la escalera y, de pronto, sin previo aviso, se le vino a la cabeza algo espantoso. Se maldijo por idiota. ¿Y si la trampilla estaba cerrada desde dentro? Era el típico descuido estúpido que le suponía la muerte a un hombre. Dio la vuelta en la escalerilla. Las llamas habían llegado a la parte superior de las columnas y empezaban a prender por debajo del suelo. No tenía

ni un solo segundo. Se produjo una repentina detonación fugaz al explotar los gases del bidón vacío. La siguieron unos segundos de silencio casi sepulcral y el sonido de pasos de gente corriendo sobre él. Empezó a salir humo negro y se oyó un grito.

—*Cazzo merda! Fuoco! Fuoco!*

Comprobó la hora por última vez. Treinta segundos. Eso ya daba igual; las llamas se le acercaban en forma de largas lenguas arrolladoras por lo que, si no se movía en ese momento, iba a acabar frito. Se sacó del cinturón la pistola Tanfoglio de 9 mm. Las armas italianas que Vince Caruso les había dado eran de calidad comercial y se usaban sobre todo en prácticas de tiro y de defensa personal; fácil de usar con dieciséis balas en el cargador; un total de cuarenta y ocho disparos entre los tres. En cualquier momento empezaría una granizada de balas allí arriba. Holliday adoptó un gesto de dolor al imaginárselo y se obligó a no pensar en ello. Podía ser como meter la cabeza en un avispero. Respiró hondo y empujó la trampilla hacia arriba.

Para Holliday fue como una ristra de instantáneas en una mesa de billar, como si fueran imágenes a trompicones en un estroboscopio conectadas como los vagones de un tren de mercancías. Todo fue mucho mejor de lo que podrían haber esperado.

Había cinco hombres en la cabaña y todos se habían separado unos de otros a una distancia casi equitativa al escuchar «¡Fuego!». Dos de los hombres corrieron hacia el balcón y se adentraron en la asfixiante nube de humo y otros dos se giraron al oír el estrépito de la puerta cuando Raffi y Tidyman irrumpieron por la parte de atrás, girando sobre sí mismos a izquierda y derecha justo como Holliday les había indicado. El quinto hombre, el calvo, el padre Damaso, se quedó justo donde estaba, sentado en una cómoda silla con relleno y con el campo de visión libre hacia su rehén, que estaba encadenada a una abrazadera con forma de U en una esquina de la habitación.

La cabaña estaba dividida en dos zonas por una pared de contrachapado endeble. La estancia destinada al almacenaje se ubicaba en la parte delantera y la sala de estar y la cocina, detrás. La trampilla se hallaba colocada en el suelo que había entre las dos zonas y se abría hacia delante. Al subir desde el suelo, Holliday estaba de espaldas al río. Con medio cuerpo en la habitación, levantó la automática y vació medio cargador sin apuntar, simplemente moviendo el cañón de izquierda a derecha, dibujando un arco con rapidez. Le dio a ambos hombres: a uno en la cara y al otro en el pecho. Cayeron sin emitir ningún sonido, y el impacto de las balas los empujó hacia atrás, donde estaban el humo y las llamas.

Holliday se impulsó para salir del todo por la abertura del suelo, apartándose del fuego, rodando hacia su izquierda y levantando el arma, pero sin disparar.

Raffi ya estaba de rodillas entre los guardias y Peggy, que se había tirado en el colchón que le habían asignado sus captores. En una mano tenía la pistola y en la otra el arpón con punta de acero con el que había abierto la puerta haciendo palanca. Tidyman estaba justo enfrente de él, al otro lado de la habitación, formando el fuego cruzado en ángulo como Holliday les había dicho que hicieran.

Ambos lanzaron una ráfaga continua de disparos a los dos guardias, que iban armados con una especie de pistola compacta que todavía intentaban sacarse de la funda cuando Raffi y Tidyman ya habían empezado a disparar.

Cuando Raffi vació el cargador, se lanzó hacia el padre Damaso con el arpón. El sacerdote calvo iba desarmado, excepto por lo que parecía una paleta de *cricket* que agarraba entre las rodillas. Levantó el utensilio para defenderse cuando Raffi lo atacó gritando barbaridades. Damaso golpeó a Raffi con una mano mientras se levantaba de la silla y lo tiró de un golpe. Agarrando el instrumento alargado y plano con ambas manos, el sacerdote se disponía a dejarlo caer en la parte trasera del cráneo de Raffi, como si de un hacha se tratara, cuando Holliday le disparó. Una media docena de balas impactaron en el pecho del sacerdote, triturando carne y huesos a su paso y tirando hacia atrás al hombre ya muerto hasta que cayó en la silla.

La parte frontal de la cabaña era el mismísimo infierno y, a cada segundo que pasaba, se acercaba cada vez más. Los dos primeros hombres ya estaban completamente consumidos y las llamas poblarían la parte trasera de la cabaña en poco tiempo. Holliday salió corriendo, agarró el arpón de acero y se dirigió hacia Peggy, que se había enroscado sobre sí misma en el colchón y colocado protegiéndose la cabeza con las manos.

Mientras Raffi se quejaba del dolor e intentaba incorporarse sobre las manos y las rodillas, Holliday pasó el arpón por la abrazadera con forma de U, llevando a Peggy hasta el suelo y comenzando a hacer palanca para abrirla. Le dirigió una mirada sincera a su prima. Tenía la cara llena de mugre y el pelo corto y moreno apelmazado, pero, en esas circunstancias, tenía mejor aspecto del que Holliday esperaba.

—¿Peg?

—¿Doc? —Tenía la voz reseca y quebrada.

Holliday le apartó suavemente el pelo de la cara.

—Ya está, estoy aquí, pequeña.

Peggy sonrió débilmente.

—Por Dios... ¿cómo habéis tardado tanto?

—Yo también te quiero, primita —dijo Holliday con una gran sonrisa.

Ella le sonrió agotada. De pronto, en ese momento, parecía increíblemente frágil. Raffi la cogió entre sus brazos y se desataron las lágrimas. Unos segundos después, Holliday pudo arrancar del suelo la abrazadera con forma de U consiguiendo liberarla. Tidyman salió de entre la nube de humo con un manajo de llaves en una mano y la pistola en la otra. De pronto, se oyó una especie de disparo y la parte delantera de la *chiesetta* se tambaleó y empezó a venirse abajo. Las llamas iban hacia ellos.

—Nos espera nuestro carro de guerra —dijo Tidyman—. Más nos vale darnos prisa si no queremos ser parte de la fritura de pescado.

Siguieron al egipcio al exterior de la cabaña en llamas y vieron la luz del sol. Aún no se escuchaban las sirenas y, excepto por el estruendo de las llamas que dejaban

atrás y la nube de humo oleoso que se elevaba en el aire salado, todo parecía normal. Raffi iba el último y sostenía a una Peggy aún temblorosa, rodeándola con el brazo por los hombros.

Se tambaleaba un poco al andar, apoyándose en el costado de Raffi y recostando la cabeza en su hombro. Tidyman abrió las puertas de la vieja camioneta Fiat Ducato y se subieron, Raffi y Peggy en la parte de atrás y Holliday y Tidyman delante. Dentro hacía un calor abrasador y el aire era denso y asfixiante. Cuando Tidyman arrancó, escucharon a lo lejos los primeros sonidos de los camiones de bomberos.

—Hora de salir zumbando —dijo Holliday.

Detrás, las llamas quemaban ya el techo de la cabaña y se consumían en el aire. Holliday se recostó en el asiento y sintió, en un mismo instante, la adrenalina y una súbita bofetada de agotamiento.

—Van a empezar a encontrar cadáveres llenos de balas en esa barbacoa y está claro que estaremos en problemas.

Miró por la ventana de Tidyman y vio a la gente salir de sus cabañas y contemplar boquiabiertos las llamas, que cada vez se hacían más grandes. Cualquier metomentodo podría anotar el número de matrícula de la camioneta y, en unos pocos minutos, mandarían una alerta general por radio.

A Holliday le vibró el móvil en el bolsillo y lo sacó. Tidyman puso en marcha la camioneta y giró completamente el volante. Avanzaron por la polvorienta carretera haciendo crujir la gravilla bajo las ruedas. El sonido de las sirenas era más potente según se acercaban.

—Un mensaje de texto de Caruso —dijo Holliday.

—¿Qué dice? —preguntó Tidyman.

Holliday frunció el entrecejo como si no lo entendiera muy bien y lo leyó en voz alta.

—Estación de Termini. Siete cuarenta y cinco en punto. Atuendo formal. Conteste.

—**M**E estás tomando el pelo —le dijo Holliday a Vince Caruso, parado en el andén de la vía once en la estación central de trenes de Roma.

Junto a los dos hombres esperaban Raffi, Peggy y Emil Tidyman, mirando la larga fila de vagones antiguos que había en la vía junto a ellos. Cada uno de los brillantes vagones recién lavados estaba pintado de un azul vivo e intenso y llevaba un elaborado emblema con las letras *V, S, O, E* entrelazadas y resaltadas en oro. Justo debajo de la cubierta curva de color crema de cada vagón, también en oro, había una pancarta donde decía *Compagnie Internationale des WagonsLits*.

—Anoche me pidió una estrategia de huida, coronel, señor; pues esta es —dijo el joven con orgullo—, sacarle de Roma con estilo.

—Pero, Vince —dijo Holliday—, ¿el *Orient Express*? ¡Venga ya!

—Disculpe, coronel, pero tiene bastante sentido desde el punto de vista táctico. En realidad, tiene mucho sentido. Según mis fuentes, la mitad de la Policía de Roma le está buscando. Al parecer, estuvo usted involucrado en los sospechosos homicidios de un sacerdote que trabajaba para el Vaticano y del asalto a un montón de napolitanos de La Santa. ¿Estoy en lo cierto, coronel? ¿Es una valoración correcta?

Una válvula de freno silbó ruidosamente y se anunció algo apenas distinguible a través del sistema de megafonía. Se oyó un agudo pitido.

—Lo suficientemente correcta —dijo Holliday.

—Lo que significa que tendrán los aeropuertos hasta arriba de vigilancia y, conociendo a la Policía, habrán puesto obstáculos por todas partes. Hay más cámaras de vigilancia en Roma que en Nueva York. Han lidiado con terroristas nacionales mucho más tiempo que nosotros, ¿verdad?

—Verdad —dijo Holliday.

—Ahí lo tiene —dijo Caruso—. Entonces, ¿quién va a esperarse que se largue de la ciudad, a, en tren, y be, en un tren lleno de ricos y peces gordos? Es como intentar escapar de Alcatraz en el *Queen Mary*. —El joven teniente frunció el ceño—. Por mucho que me gustara, señor, tampoco hay manera de que les pueda guarecer en la embajada. Usted y sus amigos están ahora mismo en el punto de mira.

—Aprecio todo lo que has hecho, Vince. Créeme, no lo habríamos conseguido sin ti —dijo Holliday.

Peggy, con los efectos de las últimas semanas aún visibles, se acercó un paso. Caruso medía fácilmente metro noventa descalzo y Peggy tuvo que ponerse de puntillas para besarle suavemente en la mejilla.

—Yo también, teniente —dijo en voz baja—. Me ha salvado la vida.

Caruso se sonrojó como un colegial en su primera cita. Peggy dio un paso atrás y

cogió a Raffi de la mano. Tidyman, todavía algo estupefacto, miraba los exóticos colores distintivos del vagón de tren que tenía al lado.

Sobre otra vía algo más alejada, un tren mucho más moderno salió de la estación y el intenso zumbido de la locomotora eléctrica resonó ruidosamente al acelerar.

A través del techo abierto, brillaba la luna que acababa de salir.

—¿Qué hay de la documentación? —preguntó Holliday.

Caruso se recompuso, parpadeando.

—Ah, aquí está, coronel. —Sacó un sobre abultado del bolsillo y se lo entregó—. Pasaportes para todos ustedes, desgastados y con nombres nuevos. Alguna tarjeta de crédito, dinero en efectivo. Cuando lleguen a París, vayan a la embajada y empezaremos desde allí.

—¿Vamos a París? —preguntó Peggy con expresión soñadora.

Bostezó y se apoyó en Raffi muerta de sueño. A él no pareció importarle en absoluto.

—El billete cubre el recorrido del tren hasta el final: Venecia, Viena y después al oeste hacia París. He arreglado que un pastor protestante se reúna en Bolonia con ustedes en torno a la medianoche. Se llama Paul Czinner. Lo sabe todo sobre su situación.

—¿Cómo sabremos quién es? —le preguntó Holliday.

—Viste como un vagabundo y va a llevar un anillo de West Point —dijo Caruso—. Es uno de los nuestros.

—Para mí es suficiente —dijo Holliday asintiendo con la cabeza.

Un agente de seguridad de la estación ataviado con unos pantalones azules y un *blazer* pasó con un zumbido, esquivando el tráfico de peatones en uno de esos transportes personales a motor, que desentonaba claramente junto al viejo y elegante tren. Holliday desvió la mirada, con el corazón en la garganta. El policía de la estación se alejó por el andén y Holliday se relajó.

—¿Armas fuera? —preguntó Caruso en voz baja.

Holliday asintió con la cabeza.

—En el Tíber.

El andén a su alrededor estaba ahora abarrotado: enjambres de gente bien vestida con sus zumbidos de última hora hablando media docena de idiomas se arremolinaban seguidos de sus ayudantes uniformados de azul y tirando de carritos de equipaje sobrecargados hasta arriba de maletas de diseño.

—Creo que no vamos vestidos para la ocasión —dijo Holliday mirando a los pasajeros descaradamente lujosos.

—Nos hemos encargado de todo —dijo Caruso—. Ya hay maletas para cada uno de ustedes en sus compartimentos.

Hizo una pausa y sacó una segunda carpeta de su bolsillo bien cerrada con una tira elástica.

—Los billetes.

Holliday los cogió.

—¿Cómo sabe mi talla? —le preguntó Peggy.

—Mmm... el coronel la describió a usted, señora —dijo Caruso sonrojándose intensamente de nuevo—. Trabajaba los veranos donde mi tío Ziggy, en el distrito de la moda. Tenía una tienda de moda de imitación y vendía cosas en la calle del Canal. Solía salir por ahí con los modelos. Usted me sonó a talla 36.

—Eres un cielo —dijo ella sonriendo.

Caruso enrojació de nuevo y miró su reloj.

—Es hora de subir a bordo, señor.

Caruso los llevó hasta el interior del tren. En el estrecho pasillo había una pequeña aglomeración de gente, pero finalmente llegaron a una entrada a medio camino hacia el vagón. La puerta estaba hecha de una especie de chapa de madera exótica vetada y tenía accesorios en bronce. El alfombrado del pasillo seguía un diseño de estampado de cachemira y las luces del mismo encima de ellos eran tenues y suaves. Todo parecía caro. El efecto era como el de entrar en una fotografía antigua. Lo siguiente que parecía ir a aparecer era una princesa rusa envuelta en joyas y fumando un cigarrillo con una larga boquilla de marfil.

Caruso abrió la puerta corredera y se apartó. Había una sala con una gran litera, un biombo plegado que dejaba ver otra litera más en la habitación de al lado, más chapa de madera, más bronce, más alfombras de cachemira y tapicerías a juego.

Había cuatro maletas pequeñas de nailon negro metidas bajo el sofá y sobre un perchero con adornos de bronce. Holliday vio un vestido negro y varios trajes colgados en perchas y metidos en un pequeño y estrecho armario junto a la puerta. Cuidado al detalle, compacto y elegante.

—Es un camarote doble, una *suite* lo llaman —dijo el joven teniente nervioso, sin quitarle los ojos de encima a Peggy—. Diez compartimentos individuales en cada vagón. Estos son los números seis y siete. Hay vagones comedor, un vagón cafetería, tres coches cama tras nuestro vagón y otros cuatro coches cama y el vagón de equipajes delante. Todo es completamente privado. Los baños están en los extremos de los vagones. Salvo por eso, no tienen que salir del compartimento hasta llegar a París. El camarero les traerá la comida si lo desean. Se llama Mario.

Caruso se encogió de hombros.

—Supongo que eso es todo, señor. —Le tendió la mano—. ¿Me pone un sobresaliente, coronel?

—Matrícula de honor, cadete Caruso —dijo Holliday con una sonrisa, tendiéndole la mano al joven teniente para estrechársela.

—Buena suerte, señor.

El soldado dio un paso atrás, hizo a Holliday un saludo seco y formal y salió del compartimento.

Holliday cerró la puerta y echó el pestillo. Se volvió de nuevo hacia la pequeña habitación. Peggy ya estaba tirada en el sofá, con las piernas en el regazo de Raffi.

Tidyman, que era el que más cerca estaba de la ventana, miró hacia el andén. Por primera vez desde esa mañana se dio cuenta de que todos en esa habitación olían a barbacoa.

Holliday sintió un tambaleo y una leve sacudida bajo sus pies. Era la nota grave e intensa del generador poniéndose en marcha y, a continuación, casi imperceptiblemente, el tren comenzó a moverse, deslizándose hacia delante en silencio con tanta discreción que por un segundo creaba la ilusión de que era el andén el que se movía, no el tren.

—Lo logramos —dijo Raffi.

—Podría dormir toda una semana —suspiró Peggy con los ojos ya cerrados.

—Es el efecto que suele tener que te secuestren y te retengan como rehén unos terroristas tuareg —dijo Raffi sonriéndole con cariño.

Holliday sintió un vuelco en la boca del estómago al recordar sus días con Amy, hacía mucho tiempo ya, antes de que la arrastrara la terrible marea de cáncer que la consumió. Su esposa y él debían de parecerse a Peggy y Raffi ahora.

Llamaron discretamente a la puerta que tenía a su espalda. Holliday se dio la vuelta y quitó el pestillo. Abrió una rendija. En el pasillo había un joven atractivo de treinta y tantos con un uniforme azul con botones de latón. Incluso llevaba guantes blancos.

—Soy Mario, *signore*, su camarero mientras dure su viaje. Si gustan, se están sirviendo cócteles en el vagón cafetería en este momento. También hay un bufé nocturno más adelante, en el vagón restaurante.

—Gracias, Mario —dijo Holliday.

—*Prego, signore*.

Mario hizo una pequeña reverencia. Holliday asintió, sonrió brevemente y cerró la puerta. Volvió a echar el cerrojo y se giró hacia la habitación.

—¿Qué os parece? —dijo Holliday—. ¿A alguien le apetece? —Se encogió de hombros—. Tengo que reunirme con el tal Czinner a medianoche.

—Paso —murmuró Peggy, ya medio dormida.

—Yo también —dijo Raffi.

—Yo iré contigo —dijo Tidyman.

—Por la cara de Mario cuando ha visto cómo voy vestido, creo que será mejor que nos cambiemos —dijo Holliday.

Los trajes eran de Zegna y Armani, las camisas de Enrico Monti, las corbatas de Cadini, los zapatos eran Mirage, y todo les quedaba como un guante.

Habían sacado la ropa del estrecho armario y corrido el biombo que dividía la estancia en dos. Peggy estaba profundamente dormida en el sofá y Raffi roncaba sentado. A Holliday le daba pena despertarlos para que Mario hiciera las literas.

—Me siento como un impostor —dijo Tidyman haciendo una mueca a su reflejo en el pequeño espejo que había sobre el lavabo de su lado del compartimento.

Se peinó con la mano la melena canosa que le llegaba hasta los hombros.



—Pareces salido de la revista *GQ* —dijo Holliday con una sonrisa, anudándose la corbata de rayas azul y roja.

—La *GQ* para viejos. —Gruñó Tidyman—. Después de las aventuras de hoy, me siento como si tuviera un millón de años. Estoy demasiado viejo para hacer de James Bond.

—Amén —asintió Holliday—. Vamos a tomar una copa.

El vagón cafetería consistía en una cómoda disposición de mesitas y sillones de orejas tapizados, con un camarero presto y un pianista que improvisaba sintonías de series de televisión y piezas de Scott Joplin en un piano de cola. El camarero parecía aburrido y la sonrisa del pianista, completa y totalmente falsa. Solo había unas cuantas personas en el vagón. Al parecer, si se tenía dinero suficiente para viajar en el *Orient Express*, es que se era demasiado viejo para divertirse.

Se sentaron en la mesa más alejada del piano. Un camarero con chaqueta blanca corta les tomó nota y los dos hombres se echaron hacia atrás en sus sillones. Las ruedas vibraban y rugían bajo los coches cama y el paisaje no era más que luces parpadeantes y formas en la oscuridad, que se veían desdibujadas a través del grueso cristal a causa de la lluvia oblicua que había comenzado a caer cuando salieron de Roma. El camarero volvió a aparecer con el Martini *rosso* con hielo de Holliday y el *brandy* de Tidyman.

—Realmente asombroso —dijo Tidyman después de dar un pequeño sorbo a la gran copa en forma de tulipán—. Esta mañana quitaba vidas con mis propias manos y esta noche bebo calvados en el vagón cafetería del *Orient Express* llevando un traje de dos mil dólares. El mundo es un lugar increíble, coronel, ¿no te parece?

Holliday hacía girar el líquido en su vaso, puliendo los afilados bordes de los cubitos de hielo. Se encogió de hombros.

—Hicimos lo que nos propusimos hacer —dijo—, rescatamos a Peggy. Los hombres que murieron hoy, en particular el sacerdote calvo hijo de puta, iban a violarla, torturarla y luego matarla. La gente como esa vive en un mundo diferente, Emil, un mundo oscuro con reglas más oscuras. Simplemente he jugado según esas reglas.

—¿Sin remordimientos ni nada parecido? —preguntó Tidyman con curiosidad.

—No más de los que habrían tenido ellos por matarte a ti, o a mí, o a Peggy.

—Una mujer joven y guapa —dijo Tidyman—. Ella y el israelí parecen realmente enamorados.

—Sí, ¿verdad? —Holliday se echó a reír.

Dio un trago de su vaso, paladeando su sabor.

—Es pequeña, tu Peggy, chiquita —dijo Tidyman suavizando el tono—. Mi esposa también era así, como ella.

Al egipcio se le quebró la voz y se giró, mirando al infinito por la oscura ventana.

—Lo siento, Emil —dijo Holliday en voz baja—, sé lo que duele. Yo también perdí a mi esposa.

—¿Se pasa el dolor? —preguntó Tidyman.

—Un poco —dijo Holliday—. Se va desvaneciendo con el tiempo, como una vieja fotografía, pero nunca desaparece.

—Bien —dijo Tidyman—. Quiero que esté siempre en mi corazón.

Se le endureció de pronto la voz y los ojos se le ennegrecieron como el carbón.

—Tampoco quiero olvidar lo que haré si algún día encuentro a ese *kekri gahba*, ese cerdo del desierto, Alhazred.

El egipcio golpeó levemente con el puño derecho en su palma izquierda abierta y masculló una maldición.

—*Alaan abok, labo abook, yabn al gahba, okho el gahba, yal manyoch kess, ommek, o omen, yabetek!*

—Suenan muy desagradables —comentó Holliday.

—No te haces una idea —murmuró Tidyman.

Miró hacia la ventana azotada por la lluvia, perdiendo la mirada en la oscura noche como si allí hubiera respuestas para él. Siguieron así sentados mucho rato, en silencio. Al final Holliday habló.

—Háblame de tu hija —dijo.

Tidyman apartó los ojos de la ventana, con la expresión llena de luz y de vida otra vez.

Se quedaron allí sentados en el vagón cafetería hasta que fueron los únicos que quedaban. Finalmente, el pianista se despidió con *Kiss me good-night, dear*, y luego se alejó mientras el camarero empezaba a sacar brillo ostentosamente a unos vasos de cristal que ya estaban relucientes. Afuera, cada vez se veían más luces brillar según se acercaban al extrarradio de Bolonia. Holliday miró la hora. Casi medianoche.

Tidyman se puso de pie, tambaleándose un poco, agotado por el día y notando los efectos de los varios *brandies*.

—Hora de dormir, me temo —dijo el egipcio—. Seguramente Mario habrá hecho las camas —sonrió—. Cogeré la litera de abajo, si no te importa; no creo que pudiera enfrentarme a una escalera en este momento.

—No hay problema —dijo Holliday.

—Muchas gracias por la conversación —dijo Tidyman—. Este es un mal momento para quedarse a solas con los pensamientos de uno mismo.

—El placer es mío —dijo Holliday—. Buenas noches, Emil, que tengas felices sueños.

—O mejor, ningún sueño —dijo Tidyman—. Buenas noches, doctor.

Se dio la vuelta, tropezando un poco y balanceándose con el ritmo del tren. Tiró de la puerta para abrirla y el sonido del descansillo de paso entre los vagones se elevó hasta un rugido. Luego, la puerta se cerró y el egipcio desapareció. El camarero le echó a Holliday una larga mirada, fija y significativa. Holliday lo ignoró y fijó la vista en la lluvia a través de la ventana.

Quince minutos más tarde, el tren entraba en la Estación Central de Bolonia.

—¿CUÁNTO tiempo paramos? —preguntó Holliday al camarero.

Cogió cincuenta euros del dinero que Caruso le había dado y los dejó en la barra de madera de cerezo.

El hombre miró con desdén el billete doblado, restregando con un paño el interior de un vaso antiguo perfectamente limpio.

—Veinte minutos, *signore*, para hacer el cambio de personal solamente —respondió el hombre—. Tenga cuidado o el tren partirá sin usted, *signore*.

Parecía que eso era exactamente lo que al hombre le habría gustado que sucediera.

—Gracias —dijo Holliday.

Por un momento pensó en guardarse el billete de cincuenta euros en el bolsillo, pero al final lo dejó allí. Salió del vagón cafetería y fue tres vagones atrás hasta que encontró una puerta de descansillo abierta hacia el andén. Bajó los escalones. El andén estaba seco, pero el aire aún estaba impregnado del aroma intenso y limpio de la lluvia.

El andén era como todos los andenes de tren del mundo: una larga franja de hormigón, una línea amarilla para advertir de que se está demasiado cerca del borde y una iluminación industrial muy intensa que convertía la noche en día. Por encima de su cabeza, pendía la tela de araña de los cables eléctricos del sistema catenario que alimentaba la mayoría de las locomotoras de Europa.

Había cuatro personas más con él en el andén: una pareja de jóvenes con mochilas y labio con labio, en un banco estrecho que hacía publicidad de algo llamado Zaza, un trabajador de mantenimiento con una gorra de béisbol de visera ancha y bajada y un mono azul empujando una escoba pesada, y un hombre solo con una gabardina que se parecía al joven Peter Falk en la serie de televisión *Colombo*. Llevaba un maletín maltrecho y pasado de moda y un traje marrón arrugado.

Al ver a Holliday, saludó vagamente con la mano y corrió por el andén. Holliday se quedó donde estaba. El hombre se acercó a él, alzando una mano a modo de pequeño saludo. Los zapatos del hombre eran negros y lustrosos.

—¿Coronel Holliday? —dijo Colombo.

Tenía el tipo de voz áspera que normalmente es indicativa de una gran cantidad de alcohol y de tabaco. El acento era inequívocamente estadounidense, con el tono monótono del Medio Oeste. Illinois, o puede que Kansas, pero con un acento extraño. En su expresión había tensión y cautela.

—Usted debe de ser Czinner —respondió Holliday.

—En carne y hueso —dijo el hombre de la gabardina sucia.

Le tendió la mano. Llevaba un anillo de sello en el dedo corazón. Un anillo de graduación de West Point.

Holliday estrechó la mano extendida ante él.

—¡Qué buena joya ha recibido de su escuela! —dijo Holliday bajando la mirada hacia el anillo de oro grueso con la gran piedra color rubí en el centro.

El hombre se quedó perplejo por un instante. Luego lo entendió.

—Ah, sí, se refiere al anillo —dijo, y asintió con la cabeza.

Hizo girar el anillo de oro macizo holgadamente en el dedo.

—He perdido un poco de peso desde entonces.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó Holliday.

—Podría ir mejor —dijo Czinner—. Los checos, Pesek y su esposa, llegaron hoy a Venecia. Se los vio en el aeropuerto de Treviso bajando de un vuelo de SkyEurope procedente de Praga. No saben que los hemos encontrado, pero no vamos a correr ningún riesgo. Damos por hecho que le han puesto precio a su cabeza y a la de su gente también. Pronto los sacaremos del tren.

—¿Dónde?

Czinner miró a su alrededor claramente nervioso.

—No podemos hablar aquí —dijo Czinner—. Vuelva a subir al tren.

Czinner volvió a mirar al andén, inquieto. La pareja del banco todavía estaba completamente a lo suyo. El de mantenimiento se había ido. No se movía nada más. La guarnición de freno empezó a ventilar. Se oyó el eco lejano de una risa y luego, el silencio.

Subieron a bordo por las primeras escaleras que encontraron. Los hombres con uniforme azul de la compañía estaban bajando ya al andén en busca de rezagados.

Czinner y Holliday recorrieron el tren, pasando de un vagón a otro.

Pasaron por los tres recargados comedores vacíos, ya preparados para el desayuno a la carta, con las servilletas de lino almidonadas dispuestas en forma de corona marcando cada lugar, la plata brillante bajo la luz tenue y los jarrones de cristal en el centro de cada mesa a la espera de flores frescas. Comprobando su billete, el hombre de la gabardina encontró finalmente su compartimento.

—Allá vamos, viejo —dijo Czinner deslizándose la puerta para abrirla.

Se apartó para dejar entrar a Holliday.

—Después de usted —dijo Holliday en un gesto de respeto a las arrugas del hombre.

Czinner se encogió de hombros y entró en el pequeño habitáculo. Holliday lo siguió.

El compartimento era una versión de la mitad de tamaño de la *suite* que Caruso había dispuesto para ellos. Habían convertido la litera en una cama simple y puesto una mesa plegable junto a la ventana. Czinner se coló entre la cama y la mesa, y luego extendió la mano y bajó la persiana. Se volvió de nuevo hacia Holliday.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dijo.

Se sentó en la cama y dio unas palmaditas junto a él sobre una manta bien remetida.

—Tome asiento —dijo Czinner.

Rebuscó en los bolsillos de su abrigo y sacó un horario de Trenitalia y un mapa doblado. Luego los puso sobre la mesita plegable.

Holliday se sentó a su lado. Caruso tenía toda la razón, eso se podía jurar sobre la Biblia. Ese hombre tenía una mancha de mostaza en la corbata con nudo Windsor y la gabardina le olía a naftalina. La colonia, sin embargo, era Roger & Gallet. Holliday habría esperado algo tipo Old Spice.

Czinner se sacó del bolsillo una gruesa pluma de aspecto caro; luego, abrió el horario por una página con la esquina doblada. Encontró lo que estaba buscando en el mapa.

—Esto es Bolonia —dijo, señalando con su pluma un punto en el mapa—, y esta es la línea principal hacia el río Po, a unos cincuenta kilómetros al norte de donde estamos. Hay un pueblo llamado Pontelagoscuro, de unos seis mil habitantes, un lugar sin importancia, pero que tiene un puente ferroviario sobre el río.

Czinner hizo una pausa para mirar a Holliday.

—¿Me sigue, coronel?

—Le sigo —dijo Holliday, y asintió con la cabeza.

Se oyó un silbido agudo desde el exterior y el tren comenzó a moverse y a ganar velocidad. Czinner volvió al mapa.

—A la velocidad que viajamos, tardaremos unos cuarenta y cinco minutos. El puente es para trenes de alta velocidad de Eurostar y algunos más lentos, de los que paran en todas las estaciones, como este. Hemos fijado las señales en el puente para que estén las dos luces en rojo y el tren se detenga para dejar pasar antes al Eurostar, que va en dirección opuesta. Tardarán por lo menos diez minutos en darse cuenta de que el Eurostar no llega y de que la señal está mal. Eso nos da a nosotros tiempo de sobra para bajar del tren.

—Y luego, ¿qué?

—Hay un sendero que baja hasta el río. El terreno es bastante llano y las orillas no son empinadas. Debajo del puente habrá un barco esperando. El barco nos llevará corriente arriba a la ciudad de Ferrara. Desde allí, tenemos un avión listo para llevarles a Suiza.

—Muy eficiente —dijo Holliday—. Estoy impresionado, sobre todo por el poco tiempo que han tenido.

—Es nuestro trabajo —dijo Czinner encogiéndose de hombros.

Hizo clic pulsando el botón del bolígrafo. Hubo un destello. Las luces parpadearon y se apagaron un segundo cuando el tren se deslizó bajo una catenaria defectuosa y Czinner movió ficha. Holliday se anticipó al movimiento.

Había estado tenso y a la espera. Al mismo tiempo que Czinner ponía la pluma del revés trazando un amplio arco, Holliday levantó el brazo izquierdo para bloquear

la estocada a la garganta. A la vez, dobló la mano derecha, con la palma hacia arriba, alcanzando debajo de la barbilla a Czinner con la base del pulgar.

La cabeza del hombre volvió a su posición y se le levantaron las piernas, impactando en la parte inferior de la mesa. Holliday se giró, agarró el brazo derecho de Czinner por debajo de su propio codo y se lo dislocó hasta que oyó el chasquido del hueso. Czinner chilló y Holliday le dio con el mismo codo en la boca y la nariz, haciéndolo callar con una gota de sangre y los dientes rotos.

Sin apenas una pausa, Holliday agarró la muñeca derecha de Czinner y la dobló hacia atrás en un ángulo imposible. El hueso se quebró de nuevo y la pluma que había usado como arma cayó de los dedos muertos del asesino. Holliday la recogió mientras Czinner luchaba debajo de la gabardina con la mano izquierda.

El agente falso se las ingenió finalmente para sacar una pistola automática de la gabardina, buscando torpemente el seguro. Holliday no lo dudó. Utilizando exactamente el mismo tipo de revés que Czinner había intentado con él, Holliday llevó la punta afilada de la pluma hipodérmica a la garganta de su atacante. Czinner comenzó a convulsionar al instante. Tamborileaba con los pies en el suelo y empezó a agitar y sacudir los brazos.

Tenía los ojos desorbitados y fijos y sufría espasmos en la garganta. Empezó a echar espuma por la boca, haciendo sonidos horribles de arcadas. Finalmente, se le arqueó la espalda y la lengua hinchada asomó entre los labios. Todo el cuerpo se agitó en la litera en un espasmo final y murió, con la piel de la cara enrojecida como una grotesca parodia del sonrojo propio de la salud, con los ojos completamente abiertos, mirando al infinito: curare o estricnina o algo parecido, al igual que el asesino que le había atacado en West Point. Holliday miró a Czinner. Si sus reflejos hubieran sido una fracción de segundo más lentos, habría sido él en su lugar.

Holliday extendió la mano, cogió la automática de entre los dedos muertos de Czinner y luego se la guardó en el bolsillo de su propia chaqueta. Quitó el anillo de West Point del dedo del hombre muerto y lo dejó caer en el bolsillo junto con la pistola.

—Adonde vas, no vas a necesitar esto.

Llamaron discretamente a la puerta. Holliday dio un salto.

—*Biglietto, signore* —dijo una voz tranquila al otro lado de la puerta.

Por alguna razón, el revisor supuso que era italiano.

—*Momento* —dijo Holliday.

Se dio la vuelta y rebuscó desesperadamente en los bolsillos del abrigo del muerto. Encontró la carpeta azul y verde y se volvió hacia la puerta. Apagó la luz del techo y entreabrió la puerta unos cinco centímetros; luego deslizó la carpeta del billete a través de la abertura.

—*Prego* —dijo el revisor.

Se oyó algo rasgarse cuando el revisor separó las dos copias y luego se lo devolvió a través de la rendija.

—*Conservi il biglietto fino alla fine del viaggio, signore* —agregó.

¿Conserve el billete hasta el final del viaje? Algo por el estilo.

—*Prego* —respondió Holliday.

—*Buona serata, signore* —dijo el conductor educadamente.

Bloqueado, Holliday probó suerte.

—*Buona serata* —respondió.

Holliday volvió a cerrar la puerta, apretó los párpados y luego contuvo la respiración, rezando con fuerza.

El revisor se alejó por el pasillo. Holliday empezó a respirar de nuevo. Se quedó así durante un buen rato, con la espalda contra la puerta, de pie en la oscuridad y con el cadáver de Czinner como una sombra oscura en la litera. De acuerdo con el horario, el tren llegaba a Venecia a las tres de la mañana.

Los pasajeros no se despertarían hasta las llamadas para el desayuno, que empezaban a las siete, antes de comenzar su día de turismo en la ciudad de los canales y las góndolas. Quedaban siete horas más o menos hasta entonces. No lo suficiente como para tomar ventaja, pero tendría que valer. Volvió a encender la luz. Apretando los dientes, rebuscó en los bolsillos de Czinner más detenidamente en busca de algo que pudiera utilizar.

Tenía dos pasaportes: uno era estadounidense, dorado y negro, a nombre de Peter Paul Czinner, de cuarenta y dos años, nacido en Chicago, Illinois. La fotografía había sido sobreimpresa y estaba claramente caducado, pero a simple vista el cadáver de la cama habría pasado.

El otro era un pasaporte diplomático del Vaticano para alguien llamado John Pargetter, de Toronto, Canadá, lo que explicaba el acento extraño. Según el pasaporte, Pargetter era fotógrafo oficial del Vaticano. La cara de la foto definitivamente pertenecía al hombre muerto de la cama. El padre Thomas de nuevo. Tenía sentido. Parecían estar en todas partes, ¿por qué no también en la embajada de los Estados Unidos? De alguna manera, se habían enterado de la operación de Caruso y habían enviado al tal John Pargetter, que ahora yacía en la cama, para interceptar a Czinner y ocupar su lugar. Casi había funcionado.

Además de los pasaportes había una billetera con diez mil euros en billetes grandes, una sola llave en un llavero de cuero gastado, un cuchillo Buck plegable con mango de hueso y espiga de latón y un silenciador de Gemtech para la Walther P22 semiautomática. El muerto llevaba una medalla religiosa al cuello, un calvo, barbudo y demacrado san Nicolás de oro. Holliday sonrió de forma agria. Alguien tenía sentido del humor. San Nicolás es el santo patrón de la inteligencia militar.

Holliday cogió el cuchillo Buck, el silenciador, la llave y la billetera. Dejó la medalla donde estaba. Se levantó y miró su reloj. Llegarían al puente en menos de veinte minutos. Tenía que despertar a los demás rápidamente. Se les acababa el tiempo. Se levantó, apagó la luz por segunda vez y se fue hacia la puerta. La entreabrió y comprobó el exterior. El pasillo estaba vacío, las luces del techo lo

iluminaban débilmente. Abrió la puerta del todo, se salió deslizándose del compartimento y cerró firmemente la puerta detrás de él.

Avanzó por el tren, recorriendo lentamente el pasillo, y luego pasó al siguiente vagón. Un camarero estaba dormitando en su pequeña alcoba enfrente del baño. Holliday se relajó un poco y continuó. El siguiente vagón era el suyo. La puerta que daba al pequeño cubículo de Mario estaba cerrada. Holliday bajó por el pasillo hasta el dormitorio siete, rezando para que Tidyman hubiera recordado dejar la puerta abierta. Tiró del picaporte de latón y suspiró aliviado cuando la puerta se abrió fácilmente. Entró en la habitación girándose para cerrar la puerta tras él.

El tiempo se detuvo.

La luz violeta de la lamparita del techo del compartimento estaba encendida. Una figura con un mono azul oscuro estaba en cuclillas hurgando en una maleta. El de mantenimiento del andén de Bolonia que iba con la escoba. Emil Tidyman yacía en la cama, con los ojos cerrados y la garganta cortada con una herida abierta y correosa que aún dejaba que la sangre se filtrara a las sábanas ya empapadas. Asesinado por un ladrón mientras dormía por la noche. No tuvo ninguna oportunidad.

El hombre del mono se levantó y se giró, con un gran cuchillo de comando de mango de caucho en la mano. Holliday se quedó mirando fijamente, horrorizado. Era Raffik Alhazred, ojeroso y demacrado, con un aspecto salvaje y desesperado en sus ojos. Se lanzó hacia adelante.

—*Wald al haram!* —susurró Alhazred con el gran cuchillo brillante hacia el suelo.

Años antes, un sargento e instructor *ranger*, con el extraño y desafortunado nombre de Francis Marion, le había dicho a Holliday que solo un idiota hablaba en medio de una pelea con cuchillos y solo un idiota podría intentar apuñalarte como Anthony Perkins en *Psicosis*.

Holliday reaccionó exactamente como Francis Marion le había entrenado. Le dio una patada a Alhazred en el hueso de la rodilla, un rodillazo en la ingle y, con la palma de la mano, le aplastó el cartílago de la nariz.

El cuchillo de Alhazred rebotó en el antebrazo de Holliday, haciéndole un tajo a través del tejido de la chaqueta del traje. Brotó la sangre y, a continuación, Alhazred estaba en el suelo boca abajo. Holliday apenas se dio cuenta y siguió atacando.

Le golpeó con dureza la muñeca, desarmándolo, y luego se dejó caer con la rodilla sobre la nuca de Alhazred, rompiéndosela con un limpio crujido húmedo. Holliday se puso de pie con la respiración irregular entrecortada y goteándole la sangre por el brazo.

—Eres un cobarde hijo de puta —dijo Holliday lentamente—. Has matado a mi amigo.

Se apoyó en la pared, tratando de recobrar el aliento.

El tren aminoró la marcha y luego se detuvo, tambaleándose. Habían llegado al puente del ferrocarril que atravesaba el Po.



Holliday intentó abrir el pestillo de la puerta de separación entre los dos compartimentos. Estaba cerrada con llave. Golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Raffi!

Hubo una pausa y luego se oyó un gemido.

—¿Quién es? —La voz de Raffi.

—¡Soy Doc! ¡Abre!

—¿Qué hora es? —Esta vez, la voz soñolienta de Peggy.

—¡Abrid la puñetera puerta!

Se oyó un suspiro y luego otro gemido y, finalmente, movimiento. El pestillo de la puerta de separación se retiró y la puerta se abrió. Raffi estaba allí, con cara de sueño, pero todavía vestido. Peggy, con el pelo alborotado, estaba sentada en la litera detrás de él. Raffi estaba muerto de sueño, pero finalmente reparó en Holliday y la sangre que le goteaba por el brazo.

—¿Qué demonios...?

Entonces vio la escena en el otro compartimento.

—Dios mío —susurró el arqueólogo—, ¿qué ha pasado?

—Es una larga historia —dijo Holliday.

Entró en su compartimento y cerró la puerta.

—Tidyman está muerto. Tenemos que bajar del tren. Ahora.

—Pero... —comenzó Peggy, todavía sin entender.

—No discutáis, chicos. No hay tiempo.

Abrió la puerta del pasillo y se asomó. Vacío. Todo el mundo estaba dormido. A través de las ventanas de los descansillos podía ver la brillante luz amarilla de las lámparas de arco reflejándose en las aguas oscuras y mansas del río, justo delante de ellos. Río arriba, pasado un pequeño parque industrial que dormía a la orilla de un pueblecito, había un puente de baja altura para coches y camiones. El río parecía tener unos treinta metros de ancho. Se volvió hacia el compartimento.

—Vamos —dijo.

Aún medio dormidos, Raffi y Peggy siguieron a Holliday según avanzaba por el pasillo hasta la puerta entre vagones. La abrió y salió al pequeño andén. Mario se había despertado al detenerse el tren y salió a ver lo que estaba sucediendo. Había bajado por las escaleras para ver por qué hacía el tren una parada no programada.

Mario vio a Holliday y luego a Raffi y Peggy acercándosele por detrás. El camarero sacudió la cabeza e intentó llamar su atención haciendo un pequeño gesto como de empujar con las manos mientras sus zapatos crujían sobre la calzada de grava.

—No, no, por favor, *signore, prego*. Permanezcan en el tren. No hay razón para alarmarse. Solo hemos parado por la *segnale di ferroviario*, ¿cómo se dice?, la señal del tren, ¿no? De vuelta en el tren, *signore*, por favor.

Entonces vio la sangre que caía goteando por el brazo de Holliday y palideció.

Holliday sacó la Walther del bolsillo y apuntó al hombre uniformado.

—*Signore?* —susurró el camarero.

—Atrás —dijo Holliday, manteniendo en alto la pistola hasta que bajó los escalones.

El camarero hizo lo que se le dijo, con los ojos fijos en la pistola negra mate.

Con la mano libre, Holliday hizo gestos a Raffi y Peggy para que bajaran. Bajó el arma, poniéndola a un lado mientras descendían.

Holliday miró a la izquierda siguiendo el tren con la vista. El puente estaba construido sobre dos arcos, uno al lado de otro, cada uno con su propia vía, ambas convergiendo en las agujas, y la señal justo enfrente de la locomotora parada a la espera. La señal mostraba dos luces rojas, una encima de la otra. De repente, la luz superior se apagó y la de abajo se puso en verde. La orilla del río estaba a sesenta metros. Sonó el silbato del tren.

—Mario, quiero que me escuches —dijo Holliday con voz firme, pero calmada.

—Sí, *signore*.

—Quiero que vuelvas al tren y vayas a tu compartimento.

—Sí, señor —dijo Mario, y asintió con la cabeza.

—Quédate allí. Si te vuelvo a ver, o si el tren se detiene, o si alguien viene detrás de nosotros, te mataré, *capisce?*

—Sí, *signore*.

—Bien. Hazlo.

—Sí, señor —asintió el mayordomo fervientemente.

Holliday se echó a un lado y dejó pasar a Mario. El silbato volvió a aullar. Mario recogió los escalones y cerró la puerta. Holliday levantó la mirada hacia el tren.

En ese momento, probablemente Mario iba derecho hacia el revisor.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Raffi.

—Correr —dijo Holliday.

Abrió la marcha él a toda máquina por la calzada, en dirección al río atrapado en el resplandor amarillo de las luces industriales junto a los arcos gemelos del puente. El tren comenzó a moverse al lado de las figuras que corrían. El silbato sonó por tercera vez y, justo delante, Holliday vio cómo la señal cambiaba a doble verde. Aún no sonaba ninguna alarma. El tren comenzó a ganar velocidad y Holliday sintió una oleada de esperanza. Tal vez saldrían de aquello después de todo. La locomotora llegó al puente y el tren comenzó a atravesarlo con un gran estruendo.

—¿Qué estamos haciendo? —insistió Raffi—. Creía que íbamos a encontrarnos con Czinner y ahora han matado a Tidyman.

—Czinner también está muerto, o por lo menos un hombre que se hacía pasar por Czinner. Era uno de los hombres del sacerdote. Un impostor.

El tren pasó retumbando, dejándolos atrás junto a la vía desierta. «Mario se ha tomado en serio la amenaza», pensó Holliday.

Abrió la recámara de la Walther y miró en su interior. Completamente cargada. Empujó la recámara a su sitio sintiendo que encajaba con un clic de eficiencia

teutónica.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Peggy cansada.

—Esta era la ruta de escape de Czinner —explicó Holliday—. Ahora es nuestra.

Rebuscó en el bolsillo y encontró el silenciador. Luego lo enroscó para empalmarlo en la boca del revólver de cañón corto.

Raffi se quedó mirando el arma.

—¿Esperamos problemas?

—Nunca se sabe —respondió Holliday—. El coche que espera a Czinner está ahí abajo. Igual viene con conductor.

—No quiero que hagan daño a Peggy —advirtió el israelí rodeándola por los hombros.

Ella se apartó.

—Puedo apañármelas sola, Raffi —dijo molesta.

—De todas formas id detrás de mí, los dos. Y quedaos atrás hasta que silbe *Dixie*.

—*Dixie*? —preguntó Raffi.

—Es como el *Hava Nagila* de los cristianitos sureños —explicó Peggy.

Raffi parecía confundido.

—Tú quédate atrás hasta que silbe —le dijo Holliday.

Dejándolos atrás, bajó por el camino entre los puentes, girando por debajo del arco más corto de la izquierda. Había una densa hilera de sauces y alisos en la parte más alta de la orilla ocultando el sendero que recorría la ribera del río. Holliday ya había dejado atrás las lámparas de arco de la vía del tren y el camino que tenía por delante se perdía en la lúgubre oscuridad. Oía el agua, un ligero ruidito de chapoteo cayendo en la tierra blanda de la orilla del río fangoso, mezclado con otro sonido diferente, el del río impactando levemente contra el casco de un barco pequeño.

Una figura desgarbada emergió de la oscuridad justo delante de él. Un hombre con un jersey oscuro y algo colgando del hombro. La forma le era bastante familiar: un viejo comando de Colt de la guerra de Vietnam, la versión corta del M16. La figura oscura desenfundó el viejo rifle de asalto.

—*É sei, padre?* —murmuró el hombre con aspereza.

Estaba a menos de quince metros.

Holliday no esperó a oír el sonido de la corredera del rifle al cargar una bala en la recámara. Levantó la Walther con las dos manos, apuntó con el arma al pecho del hombre y disparó seis veces en una rápida y uniforme sucesión. Los disparos silenciados sonaban como si alguien estuviera partiendo ramas secas.

Otra cosa puede que no, pero Czinner era un profesional a la hora de hacer su trabajo. Para ser tan discretos, los disparos tendrían que ser subsónicos. Y en vista de que estaban en Italia, probablemente la munición era Super Match, de Fiocchi. El hombre del fusil, convertido en una bolsa de carne vacía, cayó al suelo dando de bruces con la tierra.

—No —dijo Holliday—, *io non sono* ese asesino al que llamas *padre*.

Holliday esperó. Nada se movía. Los únicos sonidos provenían del ir y venir del río. Se acercó al hombre en el suelo, apuntándolo aún con la Walther a la parte posterior de la cabeza. Le tomó el pulso. Nada, lo que era de esperar a esa distancia. Se levantó.

Detrás del hombre había una vieja lancha de madera de aspecto elegante amarrada a un muelle de hormigón medio derruido que parecía haber sido desechado durante la construcción de los embarcaderos del puente. Holliday había visto uno igual años antes en las ruinas de la casa de verano del Danubio de Milosevic.

El barco era un Aquarama Riva italiano, el Ferrari de los yates de motor lo llamaban, un sueño de caoba de los años sesenta construido para desafiar cualquier cosa que hubiera construido antes la Chris-Craft. El barco, de casi nueve metros de eslora, estaba equipado con motores de Cadillac y podía planear sobre el agua a cerca de cincuenta nudos.

Lo primero es lo primero. Desenroscó el silenciador de la pistola y se volvió a guardar ambas cosas en el bolsillo. Sacó el rifle de debajo del cuerpo y lo lanzó al río. Hecho esto, agarró al muerto por las axilas, arrastró el cadáver por la playa de guijarros y luego lo hizo rodar entre la maleza.

Peggy había visto suficiente muerte; no necesitaba añadir otro cadáver a la lista.

Cuando estuvo satisfecho volvió al camino y silbó los primeros compases de la vieja melodía juglar que, de alguna manera, se había convertido hacía mucho tiempo en el himno de un ejército abocado a la derrota. Mientras silbaba se sintió venir el peso del mundo sobre sus hombros y la extraña sensación de pérdida que se siente cuando la batalla termina. Silbó unos compases más, luego se dio la vuelta y salió hacia la embarcación.

Pasó por encima de la cubierta curva y cogió el llavero de cuero de su bolsillo. Se sentó detrás de la rueda de baquelita blanca, metió la llave en el contacto y giró el mando de arranque hasta la posición de encendido. Se oyó un sonido renqueante y luego una especie de carraspeo ruidoso al ponerse en marcha el enorme motor con un murmullo. Giró el arranque de estribor y el segundo motor se hizo eco de su compañero.

Tiró un poco del acelerador y el murmullo se convirtió en un rugido apagado. Holliday sonrió. Era como tener a dos tigres tirando de una correa. «Emil Tidyman habría disfrutado de esto», pensó algo entristecido. Entonces, Raffi y Peggy aparecieron de entre la oscuridad y, al verlos, se le encendieron los ánimos una vez más.

Raffi se quedó mirando la lancha motora.

—Dios mío —dijo.

—Fantástico —dijo Peggy—. ¿Puedo conducir?

—No —dijo Holliday—. Soltad amarras y subid a bordo. Nos vamos a casa.

Y eso fue lo que hicieron.

**H**OLLIDAY se sentó detrás de su escritorio en el estudio de la casa de Professor's Row en West Point. Fuera, el suelo estaba cubierto de nieve temprana y Holliday había encendido el fuego, que ardía en la chimenea. Era la víspera de Acción de Gracias y, una vez más, West Point estaba casi vacío. Cualquier persona que tuviera adonde ir, ya se había ido.

A casa por vacaciones. Miró a su alrededor.

El suelo estaba lleno de cajas listas para almacenarlas en algún trastero y todas las estanterías estaban vacías. La casa iba camino de convertirse en una cáscara estéril de paredes desnudas y habitaciones libres... Ya no era la casa de nadie.

La investigación sobre la muerte del asesino que le había atacado el mismo día que Raffi se presentó en su puerta en busca de ayuda había concluido, y Holliday había sido completamente exonerado.

Su trimestre como jefe del Departamento de Historia en la Academia Militar de los Estados Unidos había terminado oficialmente, los papeles estaban firmados, la dimisión presentada, la renovación rechazada. Como solían decir los viejos escritores de ciencia ficción, la vida tal y como él la conocía había terminado. Estaba desempleado y sin hogar. Peggy estaba en Jerusalén con su nuevo marido y él estaba solo.

Lo curioso era que no le importaba un comino. De hecho, estaba deseando descubrir lo que vendría después. El tiempo que había pasado rastreando a Peggy por medio continente africano le había enseñado al menos una buena lección: los amigos era valiosísimos, la vida más aún y el tiempo era el único tesoro auténtico.

Se sentó a la luz del fuego, recordando. Se habían separado en París, tras tomar la gran lancha río abajo hacia la costa del Adriático y luego hacia el sur, pasando por Venecia hasta llegar a Rávena. Desde allí, llegar a París había sido fácil.

Durante una comida de despedida en la *brasserie* Le Terminal R en el hotel Radisson SAS del aeropuerto Charles de Gaulle, Raffi le preguntó cómo había adivinado que el hombre que se hacía pasar por Czinner era un impostor. Holliday sacó el gran anillo de graduación de West Point de su bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—¡Qué buena joya ha recibido de su escuela! —dijo Holliday con una sonrisa.

—*Pardonnez-moi?* —dijo Peggy con un atroz acento francés.

—Esa fue la reacción de Czinner —dijo Holliday—. Se recuperó rápidamente, pero no lo suficiente. Cualquiera de West Point lo sabría. Supe entonces que no era Czinner. Estaba preparado para enfrentarme a él.

—No lo entiendo —dijo Raffi.

Cogió el gran anillo de sello y lo miró de cerca, haciendo de arqueólogo y tratando de descifrar el artefacto.

—Es un ritual, un poema —explicó Holliday.

Citó el texto entero:

*Oh, Dios mío, señor, qué anillo tan bonito,  
qué grosera masa de latón y vidrio,  
qué molde intenso de oro laminado,  
qué buena joya ha recibido de su escuela.  
Vea cómo brilla y reluce.  
Debe haber costado una fortuna.  
Por favor, señor, ¿podría tocarlo?  
¿Podría tocarlo, por favor, señor?*

—No es la mejor poesía que he oído —dijo Peggy.

—Todavía no lo entiendo —dijo Raffi.

Volvió a dejar el anillo sobre la mesa.

Holliday lo cogió y se lo guardó en el bolsillo. El anillo tenía grabados el nombre y la promoción de Czinner y, en algún momento, se lo enviaría a la embajada a Vince Caruso para que llegara a donde por derecho le correspondía. Terminó su explicación.

—Como he dicho, es un ritual. Cosas de ritos de iniciación para cadetes de primer año. Allá por los días en los que cada pimpollo de West Point se tenía que aprender el poema de memoria, bajo amenaza de muerte, o al menos de severa reprimenda y castigo. Si veía a algún estudiante de la clase que se graduaba ese año con el anillo puesto, el pimpollo tenía que saludar, ponerse de rodillas y recitar el poema. Si te siguieras acordando de algún trozo del poema de West Point, sería de ese. Todavía lo hacen, solo que ahora no se ponen de rodillas.

—West Point es un lugar muy extraño —dijo Raffi sonriendo—. Su primer comandante, el mayor traidor de su país; además, intentos de asesinato; ahora jóvenes poniéndose de rodillas y recitando poesía horrible. Es un milagro que hayáis ganado tantas guerras.

Sacudió la cabeza fingiendo consternación.

—Sí —asintió Holliday—, pero no hay nada como el hogar.

Y ahora el hogar era cosa del pasado.

Hablando de cosas del pasado.

Holliday sonrió para sí mismo, mirando la chimenea y escuchando el viento de noviembre haciendo tabletear con rabia las ventanas. Por lo menos sabría cómo encontrar el nuevo camino. Y encontrar el camino de vuelta al oro escondido de Alhazred, oro que iba a encontrar de nuevo para asegurarse de que volvía a sus legítimos herederos.

Abrió el cajón y sacó el único recuerdo que tenía de sus días terribles en el

desierto. Dos listones de madera, oscurecidos por la edad; dos listones con forma cuadrangular de unos veinte centímetros con símbolos pequeños tallados en ambos: números de hacía miles de años. A uno de los listones se le había perforado un agujero cuadrado que se ajustaba exactamente a las dimensiones del otro.

Puestos juntos formaban una cruz ligeramente desigual cuya parte interna del brazo podía deslizarse arriba y abajo de su compañero. La misma figura cruciforme que sostenía Imhotep en el fresco del barco que mostraba su tumba oculta. El objeto cruciforme que él encontró olvidado en el enorme sarcófago de piedra.

Se dio cuenta al instante de lo que realmente eran los pequeños objetos de madera y, de alguna manera, se las había arreglado para quedárselos y ocultarlos durante el resto de su viaje.

Dos listones de madera vieja más valiosos que las propias toneladas de oro del sótano de la cámara subterránea.

Dos listones de madera que habrían dado a los arqueólogos de Jerusalén, o a Raffik Alhazred, una fama casi ilimitada. Dos listones que irónicamente daban su nombre antiguo a la organización secreta del padre Thomas, Organum Sanctum, el Instrumento de Dios.

Holliday encajó las dos tablillas cuadradas y las deslizó hacia arriba y hacia abajo. Casi tan elegante como el traslado del diseño de colmena de la tumba de Imhotep en su tierra natal hacia las gigantescas pirámides de su hogar adoptivo. Tan simple y, quizás a su modo, casi tan brillante como la ecuación más famosa del mundo:  $E = mc^2$ .

Los dos palos, unidos de la forma correcta, leyendo sus símbolos como grados de un ángulo cuando apunta hacia el sol, fueron el primer instrumento de navegación que permitió a los hombres salir de tierra y viajar por el océano. Un verdadero instrumento de Dios para un hombre como Imhotep, cuyo dios más importante era Ra, el sol, y cuyo dios privado era el conocimiento.

Efectivamente, los dos palos unidos eran una versión simple de la vara de Jacob, así llamada por el hombre que la inventó, Jacob ben Macquir ibn Tibbon, un astrónomo judío que vivió en la Provenza del siglo XIII. Lo único era que Tibbon no la había inventado, sino Imhotep, aproximadamente cuatro mil años antes que él. El invento y el fresco de la tumba oculta hicieron surgir otra posibilidad:

¿Y si el paisaje del fresco no fuera la casi mítica tierra de Punt? ¿Y si la isla del fresco fuera Manhattan y el río fuera el Hudson, a unos cien metros de donde estaba sentado, bajando hacia el invisible Atlántico escondido más allá de las colinas? ¿Y si Imhotep hubiera zarpado con su barco de quilla larga a través del océano Mundial tres mil años antes de Cristo, por no hablar de Colón, y reclamado la tierra para su gran faraón, Zoser?

Hacía tan solo un año más o menos que habían encontrado barcos funerarios enterrados en la arena cerca de la tumba de Ramsés, en el valle de los Reyes; barcos con el doble de eslora que cualquiera con el que Colón navegara hasta las Indias

Occidentales. Juntando todas las piezas, parecía muy posible. Eso sí, ¿no pondría eso la historia patas arriba?

Tomó la cruz de madera y la metió en el cajón junto con el cuaderno templario con la cubierta manchada de sangre que había heredado del viejo monje Rodrigues. Miró el fuego del hogar, que empezaba a apagarse según se enfriaba la habitación. Pensó en Imhotep, en el oro y en el pasado. Y luego pensó en el futuro.

Emil Tidyman tenía razón: el oro y el poder sacaban lo peor de casi todo el mundo. Una gran cantidad de personas habían muerto por culpa de los lingotes de Rauff, y Holliday podría apostar que aquello no había terminado todavía. Estaba bastante seguro de que el padre Thomas no había terminado con él. Esa batalla seguiría casi seguro adelante, dondequiera que fuera. Había cuentas que saldar.

Y páginas que escribir.

Cogió unas cuantas hojas de papel de su cajón, junto con un rotulador y un cuaderno nuevo de piel de topo. Le había llevado su tiempo y un montón de llamadas telefónicas, pero con el tiempo había descubierto los nombres de los cuatro hombres que formaban la tripulación del malogrado B-17, *Su Anheló*: El mayor *Fleigerstabsingenieur* Johann Biehl, el piloto; el capitán Hugo *Fleigerstabsingenieur* Dahmer, el copiloto; el teniente *Fleigerstabsingenieur* Gerhard Fischer, el ingeniero de vuelo y de navegación, y, por último, el operador de radio, el teniente *Fleigerstabsingenieur* Willi Nolla.

Había descubierto también los nombres de sus parientes más cercanos, todos los hijos e hijas supervivientes, y había decidido escribir una carta a cada uno hablándoles del descubrimiento del avión y el destino de sus padres olvidados. Era lo menos que podía hacer.

Y luego estaba Tabia, la hija de Emil Tidyman. Había tardado incluso más en averiguar su paradero, pero tiró de unos hilos y movió algunos archivos y, finalmente, consiguió el nombre y la dirección de un fulano que por fin haría llegar la carta a las personas que estaban a su cuidado.

Tal vez alguien le leería la carta a Tabia ahora, o tal vez la leería ella misma en un futuro lejano. No importaba. Desde que volvió a West Point, había tenido mucho tiempo para pensar en lo que le contaría, y ahora las palabras fluían fácilmente.

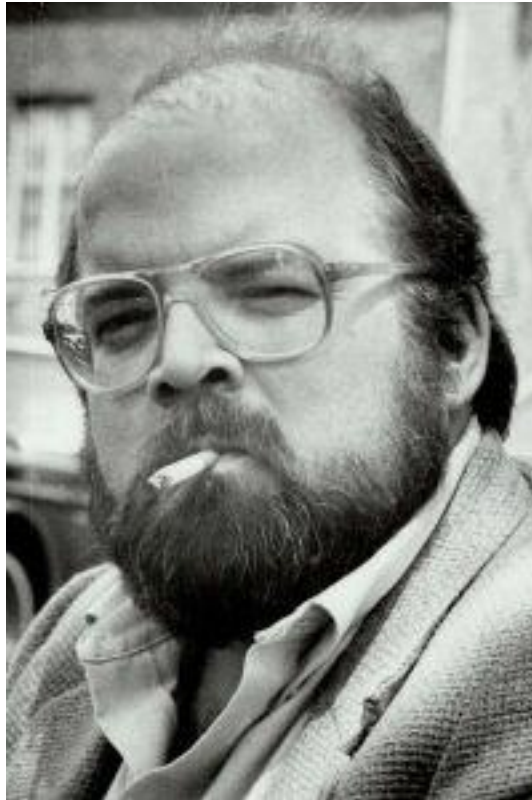
En la oscuridad de una helada noche de Nueva York, comenzó a escribir. Movía la pluma con facilidad sobre el papel en blanco, formando letras y palabras que contaban una historia de amistad y amor a la familia, una historia sobre un pícaro, pero un pícaro redimido, y la historia de un amigo que creía en la amistad por encima de todo. Sobre todo, eran las memorias del héroe de cualquier niño: su padre, un hombre del que podía estar orgullosa. Holliday escribió durante mucho tiempo y cuando acabó, sonrió. Soltó la pluma y se recostó en la silla. Tal vez, al menos para Tabia, los malos tiempos habían terminado.

Afuera, el viento invernal sacudía con su puño los aleros que gemían y la ventana cubierta de escarcha, recordando al mundo lo que estaba por venir, como las frías



pesadillas.

La sonrisa de Holliday se esfumó dando paso a un gesto serio. Sentado allí, con el fuego más que extinguido y reducido a cenizas en el hogar, sabía que, si bien los problemas de Tabia habían terminado, los suyos acababan de empezar.



Paul Christopher es el seudónimo de Christopher Hyde (Ottawa, Ontario, Canadá, 26-5-1949 - 2014). Es hijo de Laurence Hyde (un autor, ilustrador y productor) y Bettye Marguerite Bambridge (una psicóloga infantil). Se casó con Mariea Sparks, el 23 de julio 1975 con quien tuvo 2 hijos: Noah Stevenson Sparks, y Chelsea Orianna Sparks. Vivió a caballo entre Europa y Estados Unidos.

Fue escritor y productor en la *Canadian Broadcasting Corporation* durante diez años, se consagró a la escritura en pleno a partir de 1977. Fue profesor de historia contemporánea en la famosa Universidad Ivy League y autor de un gran número de libros de referencia sobre robos de arte, falsificaciones y, más concretamente, los saqueos que ocurrieron en Europa durante la segunda guerra mundial. Dio conferencias sobre el tema y fue un consultor de Naciones Unidas y de una brigada especial de la policía de Nueva York en el robo de obras de arte.

Es el creador de tres sagas (ambas bajo el seudónimo de Paul Christopher): la de la arqueóloga que da nombre a la serie *Finn Ryan*; la del teniente coronel *John Holliday*, antiguo Ranger del ejército; y una tercera más extensa entorno al mundo de los templarios, *Templars*.

También ha utilizado los seudónimos de A. J. Holt, y el de Nicholas Chase (junto a su hermano, el escritor Anthony Hyde).